

VANGUARDIA

DOSSIER

NÚMERO 78 ENERO / MARZO 2021

CON TEXTOS TAMBIÉN
EN VERSIÓN ORIGINAL

El mundo después de la Covid-19




Bruno Tertrais, Rafael Vilasanjuan,
Javier Martín-Vide, Bruce Jones, Joshua Kurlantzick,
Antonio Calleja-López, James K. Galbraith,
Paul Collier, Antón Costas, Branko Milanovic,
Jayati Ghosh, Francisco Betti, Hernan Saenz,
Juliane Stephan, Nicholas A. Bloom, Pedro Aznar

6 € España y Andorra, 9,50 € Europa.

6 EUROS





COME

**“CADA RETO
REQUIERE
SU PROPIO
PLAN”**

Santander One.

Un nuevo modelo de banca hoy que se adapta a ti y a tu empresa para ayudarte a superar retos tan únicos como tú y personalizar tu relación con el banco.

Infórmate en tu oficina o en bancosantander.es

 **Santander One**

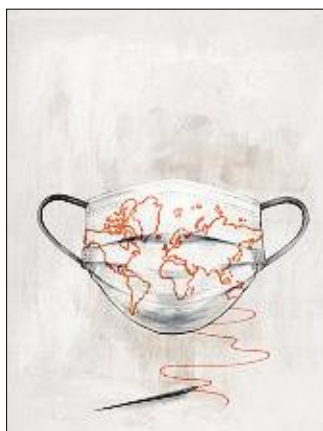
Repensemos el mundo

Despeditos 2019 felices y deseándonos un magnífico 2020. Nadie sospechaba lo que se nos venía encima. Bueno, quizá alguien sí. La *start up* canadiense BlueDot detectó que algo estaba pasando en la ciudad china de Wuhan semanas antes de que finalizara el año. Muchos de sus once millones de habitantes tosían y tenían fiebre. Y divulgaban los síntomas de su enfermedad a través de las redes sociales. Los algoritmos de BlueDot analizaron más de diez conjuntos de datos para concluir que estaba brotando una nueva enfermedad infecciosa en la capital de la provincia de Hubei. Y acertaron. Mucho después llegó la declaración de pandemia global de la Organización Mundial de la Salud (OMS). La Covid-19, que mide una diezmilésima de milímetro de diámetro, pilló al mundo con el paso cambiado y lo ha paralizado. Si otras pandemias históricas, como la peste negra de 1347, que creó las condiciones para el Renacimiento, sirvieron para rediseñar el mundo (Ruiz-Domènec), ¿cómo será después del nuevo virus? *Vanguardia Dossier* intenta dar respuesta a esta pregunta cuando el mundo vive la segunda ola de contagios.

La Covid-19 acelerará tendencias que ya existían. Así, la nueva guerra fría entre Estados Unidos y China continuará (Tertrais). Y, si la nueva Administración estadounidense no regresa al multilateralismo, bien puede ocurrir que sea promovido por las potencias medias, que ya han desempeñado un papel crucial a la hora de reaccionar ante el coronavirus. Dos ejemplos entre otros muchos: el Reino Unido asumió el papel de dirigir la Cumbre de Respuesta Global para recaudar fondos para el desarrollo de una vacuna y Suecia y España impulsaron una videoconferencia de ministros de Exteriores para coordinar su producción (Jones). La tecnología y la inteligencia artificial han entrado aún más en nuestras vidas, y conviene vigilar lo que regulan ahora nuestros gobernantes, porque puede quedarse para siempre (Harari), como están haciendo los autócratas (Kurlantzick). Por eso es imprescindible que la sociedad civil plante alternativas para garantizar la democracia y las libertades de las sociedades digitales (Calleja-López).

La transferencia del liderazgo de Occidente a Asia es probable que se acelere (Galbraith), como también lo es que el capitalismo, que ya renqueaba antes de la Covid-19, se reinvente (Collier), que la hiperglobalización se reequilibre en favor de políticas nacionales (Costa), que se reformulen las cadenas de suministro (Betti) y que se busquen soluciones para la deuda (Ghosh). Las desigualdades aumentarán en los países ricos y se reducirán a nivel mundial (Milanovic). No hay referentes, pero parece claro que el turismo deberá reinventarse para un mundo que quizá viaje menos en el próximo futuro (Aznar).

Arnold Toynbee señalaba que la historia es un equilibrio entre el desafío y la respuesta. Nadie se vio amenazado por la Covid-19 hasta que no le alcanzaron sus efectos. Tal vez no haya mejor ocasión para replantear la salud pública del planeta como la principal estrategia mundial de seguridad (Vilasanjuan). Quizá, la próxima gran pandemia proceda, si no lo ha hecho ya la actual, del cambio climático, que ya está aquí (Martín-Vide). Repensemos el mundo.



ILUSTRACIONES DE ALBERT ASENSIO

Álex Rodríguez

SUMARIO

ENERO / MARZO 2021

6| **La pandemia como senda hacia una nueva guerra fría**

por **Bruno Tertrais**

La crisis de la Covid-19 ha removido los cimientos de la geopolítica mundial. Por un lado ha supuesto un fortalecimiento de los estados y de su soberanía y ha debilitado la globalización. Por otro, ha significado un 'salto atrás' económico para los países en desarrollo. Pero también ha exacerbado las disputas entre las grandes potencias, que han iniciado una nueva guerra fría.

14| **EL GRAN RESET**

16| **El legado del virus**

por **Rafael Vilasanjuan**

Los sistemas actuales –nacionales e internacionales– han mostrado importantes lagunas en la lucha contra el coronavirus. La pandemia pasará pero es obvio que la seguridad mundial ha sido puesta en peligro y debe reconstruirse desde otras premisas. El concepto clave para el futuro es 'salud global'.

22| **TENDENCIAS CLAVE DE LA RECUPERACIÓN**

24| **Oportunidad para la Tierra en la era post-Covid**

por **Javier Martín-Vide**

El freno a la economía a causa de la pandemia ha comportado un respiro para el planeta. El cambio climático y el calentamiento global se han reducido ligeramente, pero todo apunta a que se recuperarán los peligrosos valores anteriores. Cuando lleguen las vacunas, deberíamos enfocarnos en esa otra 'pandemia'.

28| **ENTREVISTA A YUVAL HARARI**

32| **¿Pueden las potencias medias salvar el orden multilateral?**

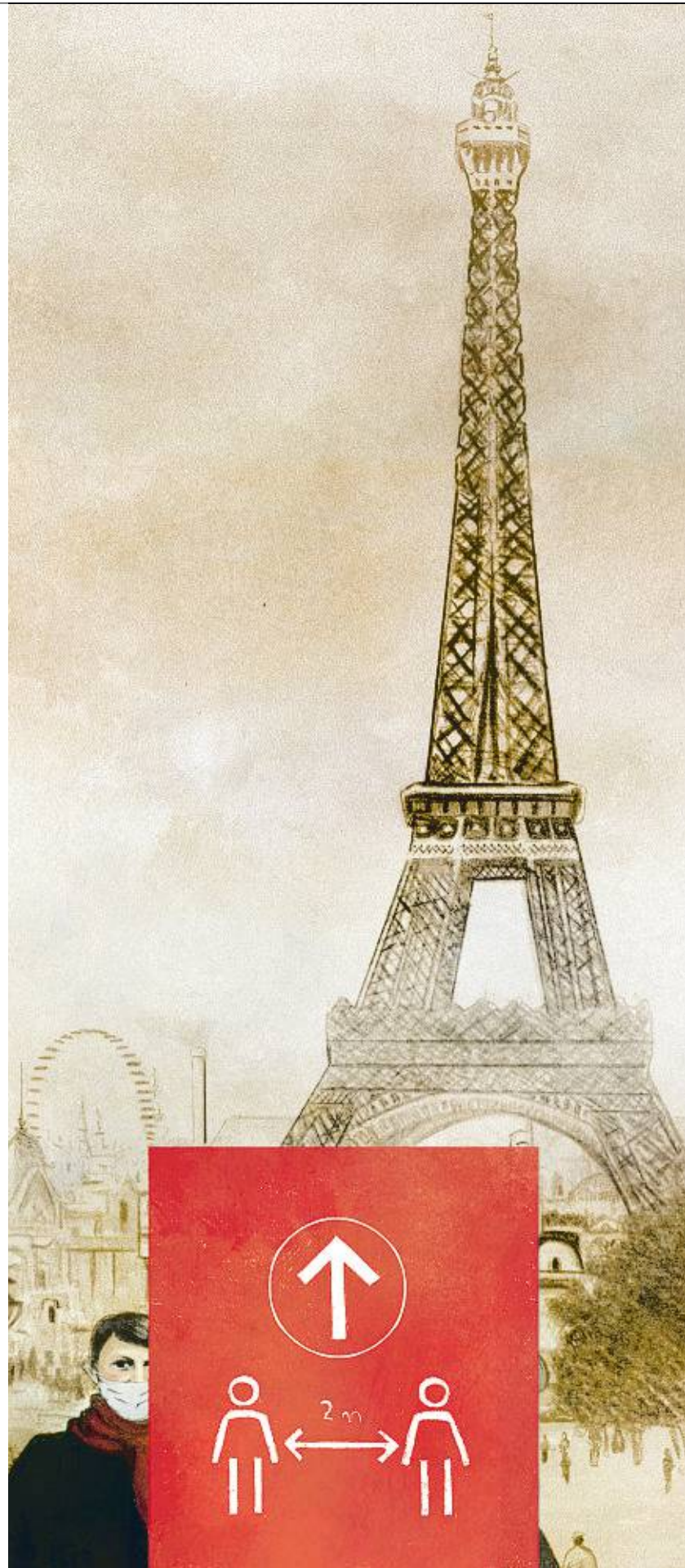
por **Bruce Jones**

China y EE.UU. han utilizado la pandemia para atacar al rival y agudizar su unilateralismo, en detrimento de los 'bienes públicos mundiales' (clima, salud, seguridad financiera...). Las potencias medias han reforzado al contrario las instituciones internacionales y han desarrollado exitosas políticas contra la Covid-19.

36| **Autocracias y populismo en los nuevos tiempos**

por **Joshua Kurlantzick**

Las grandes crisis, sean guerras o pandemias, son una oportunidad para que los autócratas consoliden su poder. Las medidas de emergencia suelen disimular acciones de represión contra los disidentes y, pasada la crisis, son difíciles de revertir.



42| El autoritarismo digital y sus alternativas en tiempos de pandemia

por **Antonio Calleja-López**

Los últimos años parecen marcados por un declive de las democracias y un auge de los autoritarismos a escala global. Las respuestas digitales al shock de la pandemia estarían acelerando esos procesos.

46| PANDEMIA Y GOBERNANZA

48| Los efectos económicos desiguales de la Covid-19

por **James K. Galbraith**

La estructura económica de cada país, y no tanto la gobernanza o las medidas tomadas contra el virus, explican el mayor o menor impacto y la posibilidad de salir pronto de la recesión.

52| Desafío al capitalismo en el mundo post-Covid

por **Paul Collier**

El capitalismo ya no funcionaba bien, pero ha quedado patente que su modelo de beneficio a corto plazo es nefasto. Lo contrario ha pasado con los países que han actuado como 'comunidades adaptativas'.

56| ¿Acabará la crisis del coronavirus con la globalización tal como la conocemos?

por **Antón Costas**

La hiperglobalización que ha caracterizado las últimas décadas ya se hallaba en crisis. La pandemia solo la ha agravado, pero abre la posibilidad de una nueva globalización centrada en la salud y el clima.

59| Distribución global de los ingresos tras el coronavirus

por **Branko Milanovic**

La desigualdad global se va a mitigar con las consecuencias económicas de la pandemia, como pasó en la crisis financiera del 2008, pero el motivo será también el decrecimiento en los países ricos.

62| UN MUNDO ENDEUDADO

64| Temores por la deuda del mundo en desarrollo

por **Jayati Ghosh**

La crisis sanitaria ha llegado tras unos diez años de fuerte aumento de la deuda mundial, lo que ha conllevado una menor financiación por parte de los estados y un crecimiento de los acreedores privados.

68| Cómo mejorar las cadenas de suministro tras la Covid-19

por **Francisco Betti, Hernan Saenz y Juliane Stephan**

Hasta ahora las cadenas de suministro solo buscaban fiabilidad y eficiencia, todo al más bajo coste posible. La crisis de la Covid-19 las ha roto y ha mostrado que eran demasiado inflexibles y opacas.

72| EL 'DÍA DESPUÉS DE LAS PANDEMIAS HISTÓRICAS, POR JOSÉ ENRIQUE RUIZ-DOMÈNEC

78| Cómo funciona el teletrabajo

por **Nicholas A. Bloom**

Con el confinamiento, el teletrabajo despuntó con fuerza. Todo indica que, aunque se reduzca tras las vacunas, está aquí para quedarse, con afectación en las oficinas y los centros de las grandes ciudades.

84| El futuro del turismo global

por **Pedro Aznar**

La descenso de ingresos en el sector turístico ha sido brutal, en especial en los países cuyo PIB dependía más de él, como España. La recuperación será posible con un control real de la pandemia.

87| LIBROS

90| LITERATURA

92| CINE

94| VIAJES

96| WEBS

98| ÍNDICE

100| TEXTOS ORIGINALES

VANGUARDIA DOSSIER
www.vanguardiadossier.com
Número 78 / AÑO 2021

Editor: Javier Godó, Conde de Godó

Consejera editorial: Ana Godó

Director: Álex Rodríguez

Redacción: Toni Merigó,
Marc Bello (diseño e infografía)

Traducciones del inglés:
Juan Gabriel López Guix.

Edita La Vanguardia Ediciones, S.L.
Avenida Diagonal, 477, 9.ª planta.
08036 Barcelona.
cartas@vanguardiadossier.com

Publicidad: Godo Strategies SLU
Av. Diagonal 477, 1a planta.
08036 Barcelona.
Tel.: 93 344 30 00.

Suscripciones
Av. Diagonal 477, 2a planta.
08036 Barcelona.
Tel.: 93 348 14 82.
suscripciones@lavanguardia.es

Distribución
Polígono Industrial Zona Franca.
Calle E, 1, 2.ª planta. 08040 Barcelona.
Tel.: 93 361 36 22. Fax: 93 361 36 68.
dyr@dyrsa.es

Depósito Legal: B-12.026.02

ISSN: 1579-3370

Preimpresión:
La Vanguardia Ediciones, S.L.
Impresión: Rotimpres

© LA VANGUARDIA EDICIONES S.L.
BARCELONA, 2007. TODOS LOS
DERECHOS RESERVADOS.

Esta publicación no puede ser reproducida; ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la empresa editora.

VANGUARDIA
DOSSIER
Patrocinado por

 movistar



La pandemia
como senda hacia
una nueva guerra fría



Bruno Tertrais

DIRECTOR ADJUNTO DE LA FUNDACIÓN
PARA LA INVESTIGACIÓN ESTRATÉGICA (FRS).

POR PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA, una pandemia ha producido más efectos económicos que médicos. Hasta este momento, sus efectos políticos han sido menos importantes. Sin embargo, con su aparición tras tres años de Gobierno de Trump y en el contexto de una radicalización de las políticas chinas, la pandemia anuncia y facilita el paso a una nueva guerra fría.

Balance del año 2020

La Covid-19 no ha cambiado las reglas del juego. La pandemia no ha sido ese disruptor que diversos comentaristas estadounidenses (Henry Kissinger, Francis Fukuyama y Thomas Friedman entre algunos de los más conocidos) esperaban a principios de este año, cuando afirmaron que “el mundo ya nunca será como antes”. Una vez más, la incapacidad para observar de modo objetivo los efectos causados por un gran acontecimiento ha llevado a muchos analistas a exagerar las probables consecuencias de la crisis.

Al mismo tiempo, eso ha sido claramente un amplificador o acelerador de tendencias ya existentes. Ha confirmado la disposición de los países más grandes de movilizar en un momento de crisis los activos de su poder (la manufactura para Beijing, las finanzas para Washington). Ha ilustrado el auge de los nacionalismos y la oposición a

la globalización. El Gobierno estadounidense ha continuado con su sabotaje del sistema multilateral abandonando la Organización Mundial de la Salud (OMS). La pandemia ha sido una buena noticia para todos cuantos defendían (por razones políticas o económicas) un desacoplamiento de las economías occidentales de China. Además, como todas las grandes crisis, la Covid-19 es ya una fuente de *destrucción creativa*. Los pioneros entre los ganadores son los sectores digitales y los productores nacionales.

La Covid-19 no ha sido la principal causa de crisis o conflictos importantes. En general, el entorno estratégico ha demostrado ser impermeable a las consecuencias de la pandemia (en Oriente Medio, por ejemplo), aunque cabe el debate en el caso de las intenciones de Beijing, que claramente

Como en cualquier otra crisis de seguridad, con el virus el Estado se fortalece y potencia su papel de control sobre la población y su intervención en la economía en apoyo de la oferta y la demanda

ha puesto de manifiesto a lo largo del año un comportamiento agresivo en todas sus fronteras (desde la frontera con la India hasta la del mar del Sur de China, pasando por la del mar del Japón, Taiwán y Hong Kong). Sin embargo,

a escala mundial, las dinámicas nacionalistas ya existentes y la percepción de un relativo atenuamiento del poderío estadounidense han tenido más impacto que las consecuencias de la pandemia, como se puede ver, por ejemplo, en el Mediterráneo oriental.¹ Las organizaciones militares, por su parte, indicaron durante la crisis que las misiones estaban en curso, por utilizar una expresión de moda entre los militares. Lo mismo se aplica en el plano multinacional: por más que los

estados miembros de la OTAN fueran los más golpeados en la primavera del 2020, la organización apenas se ha visto afectada por la pandemia en términos de capacidades, aunque algunos ejercicios han tenido que ser pospuestos. Y tampoco se ha producido la tregua mundial pedida por las Naciones Unidas: las propuestas de Arabia Saudí y las fuerzas de defensa sirias para detener los enfrentamientos militares en Yemen y Siria han caído en saco roto. Lo mismo es cierto a la inversa: no hay pruebas de que los acuerdos de Abraham (la normalización de las relaciones entre Israel, Bahrein y los Emiratos Árabes Unidos) no se habrían producido sin la pandemia.

La Covid-19 es también un factor de *desaceleración*. Ya está contribuyendo a frenar el desarrollo y modernización de los países en desarrollo; sobre todo, a causa de la disminución de las remesas, los ingresos del turismo y las exportaciones de recursos. Todo ello se traduce en un deterioro general del nivel de vida, la educación y la salud. Se puede hablar, por tanto, de un *gran salto atrás* para el desarrollo. Se calcula que en el 2020 habrá hasta 100 millones más de pobres (150 a finales del 2021) y más de 130 millones más de personas desnutridas.² La única

buena noticia aquí es que África, en el momento de redactar estas líneas, no se ha visto tan afectada por la Covid-19 como muchos temían a principios del 2020.

Ningún modelo político ha demostrado ser más capaz que otros para hacer frente a la pandemia. Un breve análisis elaborado por el Instituto Montaigne ya a finales de marzo llegó a la conclusión de que ni las democracias ni las dictaduras, ni los estados centralistas ni los sistemas federales podían exhibir una especial ventaja comparativa.³ Ahora bien, sí que se puede decir que los gobiernos calificados de populistas han demostrado ser aún menos capaces que otros a la hora de emprender a tiempo acciones eficaces.

La venganza del Estado ha llegado. El apego a la soberanía parece ser ya uno de los grandes ganadores de la crisis, con la ayuda de lo que Ivan Krastev llama “la mística de las fronteras”. En gran medida como el sector de la salud, la agricultura cosechará los beneficios de la reubicación. Con las lecciones aprendidas de las crisis de las décadas del 2000 y 2010, las sociedades nacionales tenderán a replegarse y a exigir una mejor protección contra las amenazas externas en el sentido más amplio: terrorismo, crisis financieras, inmigración ilegal,

competencia comercial... Al afirmar en marzo que “tenemos que recuperar el control” de nuestro sistema de salud pública, Emmanuel Macron tal vez tomó prestada, y quizá de modo inconsciente, una expresión directamente asociada con el Brexit. ¿RIP para el *mundo sin fronteras*, 1990-2020? Como en cualquier otra crisis de seguridad (guerra, terrorismo, epidemias) el Estado se fortalece y se potencia su papel en el control sobre la población y sobre su propia intervención en la economía (en apoyo de la oferta y la demanda). Los estados contra las GAFAs (Google, Apple, Facebook, Amazon): ¿un nuevo choque de capitalismo?

Europa ha estado a la altura de la situación. En un principio, la actitud europea no fue más brillante que la de Estados Unidos o China. Es sabido que las competencias de la Unión Europea en el sector de la salud es limitada. De todos modos, su reacción fue tardía y también lo fue la solidaridad entre sus miembros. Existe el riesgo de que una parte del acervo comunitario (el acuerdo de Schengen, el Reglamento General de Protección de Datos, la regla de 3% del déficit...) se desvanezca mañana o por lo menos sea puesta en animación suspendida. Ahora bien, en la primavera

1. La historia nos dirá quizás un día si la ausencia, motivada por la pandemia, de portaaviones estadounidenses en el Pacífico occidental durante unas pocas semanas a principios del 2020 pudo desempeñar un papel en los cálculos geoestratégicos de China (y lo mismo con la reducción temporal, du-

rante el verano del 2020, de las patrullas indias a lo largo de la línea de control entre los dos países).

2. Estimaciones del Banco Mundial, octubre 2020; Informe *Estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo*, julio 2020.

3. Michel Duclos y Bruno Tertrais, “Covid-19 – les

autoritaires vont-ils l’emporter sur les démocraties?”, Blog de l’Institut Montaigne, 17 abril 2020. Para una perspectiva histórica, véase Rachel Kleinfeld, “Do Authoritarian or Democratic Countries Handle Pandemics Better?”, *Carnegie Endowment for International Peace*, 31 marzo 2020.

del 2020, el Banco Central Europeo (BCE) evaluó el impacto económico de la pandemia, y el histórico acuerdo de julio del 2020 marcó un paso adelante hacia la federalización económica. Además, las redes de seguridad que son características de los modelos europeos han permitido atenuar considerablemente el shock social de la pandemia en la mayoría de los países. En abril predijimos que los profetas de la fatalidad volverían a equivocarse en relación con la capacidad de supervivencia de la Unión Europea, como había ocurrido durante las crisis del euro o de las migraciones. Y es realmente lo que ha ocurrido.

Mirando hacia la década del 2020

En un documento de otoño del 2020, Joseph S. Nye previó varios escenarios posibles para el mundo pospandémico: el fin del orden liberal globalizado; un desafío autoritario similar al de la década de 1930; un orden mundial dominado por China; y una agenda internacional verde. A

continuación, afirmó que cada uno de ellos no tenía más de un 10% de posibilidades de convertirse en realidad y consideró que “hay menos de la mitad de las posibilidades de que la actual pandemia de Covid-19 haya conseguido remodelar profundamente la geopolítica en el 2030”.⁴ Compartimos esa evaluación.

No se vislumbra un retorno a la normalidad. Si bien la pandemia no va a cambiar el mundo, es probable que su impacto en los sistemas de salud sea masivo y duradero hasta la distribución generalizada de una vacuna eficaz en un horizonte temporal que nadie puede predecir hoy en día. De hecho, tampoco se vislumbra una tendencia a la baja en las tasas de contagio y mortalidad en el momento de redactar este artículo.

En cualquier caso, la reactivación económica llevará tiempo: no cabe esperar una recuperación rápida de una reducción, previsible en el 2020, del comercio, los flujos de inversión y la transferencia de fondos que puede oscilar entre un 20% y un 40% según las instituciones internacionales. Además, en un mundo en el que todos los países se ven afectados, no existe en este momento ninguna palanca para el crecimiento económico.

4. Joseph S. Nye, “Post-Pandemic Geopolitics”, Project Syndicate, 6 octubre 2020.

Por otra parte, tampoco se vislumbra el fin de la globalización. Es posible que hayamos pasado el punto culminante de la globalización en el 2008 (la crisis financiera) sin saberlo. Sin embargo, en los próximos meses y años las empresas querrán restablecer sus márgenes, por lo que seguirán obteniendo sus suministros de Asia a un costo menor. Del mismo modo que la peste negra no puso fin a los intercambios marítimos, la crisis de la Covid-19 no va a reducir la globalización y, desde luego, sólo tendrá un efecto limitado en los viajes aéreos a medio plazo. Las sociedades interconectadas ofrecen más ventajas que inconvenientes para la gestión de las epidemias: alertas y vigilancia, repatriación por motivos de salud, asistencia internacional o cooperación científica.

Ganarán importancia las preocupaciones ambientales. Es la tercera vez en veinte años que vemos la aparición de un nuevo coronavirus de género *beta* (con salto entre especies); y seguramente habrá más. No cabe duda de que veremos más advertencias sobre los posibles vínculos entre el calentamiento del planeta y las pandemias; de hecho, hay temores recurrentes acerca de las posibles consecuencias epidemiológicas del derretimiento del permafrost (en particular, en las zonas septentrionales de Rusia). Quizá los temores carezcan de fundamento: no hay estudios serios que indiquen que ese derretimiento pueda suponer un grave peligro para la salud. De todos modos, la ecología, en el sentido estricto de la palabra, tiene buenas posibilidades de cosechar algún éxito: la lucha contra la deforestación y la destrucción de los hábitats naturales, las cuales, según se sabe hoy, sobre todo tras la acometida del VIH/sida, son parcialmente responsables de la aparición de virus hasta ahora desconocidos. Sin duda, el tráfico y el consumo de animales salvajes se prohibirán de modo mucho más drástico. Ello no significa que vayamos a cambiar fundamentalmente nuestro modelo económico; los atractivos del consumismo seguirán intactos, y la clase media mundial, que se ha beneficiado de treinta años de globalización, no renunciará a esos beneficios de forma voluntaria. El crecimiento *verde* sólo se aceptará sin reparos si se demuestra que permite el mismo tipo de crecimiento que antes.

La *gobernanza populista* podría perder apoyos. Es probable que la credibilidad del populismo como método de gobernanza salga de la crisis en peor situación que otros modelos políticos a la hora de hacer un balance; en especial, porque uno de sus rasgos característicos es el desafío a los conocimientos técnicos y las administraciones.

Es la tercera vez en veinte años que aparece un coronavirus de género ‘beta’ (con salto entre especies); y seguramente habrá más. También se centrará la atención en el vínculo entre calentamiento global y pandemias

Ese desafío dista de haber desaparecido (como se ha observado en el ejemplo de la controversia sobre la hidroxycloroquina), pero al final acabará por hacerse patente su coste humano y económico. Además, la mayoría de los dirigentes que se consideran populistas (encabezados por Donald Trump, Javier Bolsonaro y Boris Johnson, todos ellos contagiados por el SARS-CoV-2) han demostrado cierta incapacidad para simpatizar con las preocupaciones inmediatas de sus conciudadanos y para expresar la dosis necesaria de empatía. Sin embargo, si la gestión económica nos lleva a un retorno de la inflación a través de la creación monetaria y el aumento de los precios de bienes hoy fabricados en el territorio nacional, el resultado sería un tipo de malestar social favorecedor de la aparición de una *segunda ola* de populismo a escala gubernamental.

Estamos entrando en una era de individualismo digital. En la mayoría de los países (y no sólo en los más modernos) el teletrabajo, la telemedicina y la teleeducación serán mucho más comunes en los próximos años. Crecerán aun más las compras on line y las entregas a domicilio. La transformación digital de las sociedades tendrá el apoyo de la inteligencia artificial, la robotización y la llegada del 5G. Quienes posean segundas residencias (un concepto, por cierto, cuyo rastro puede seguirse hasta las epidemias de la edad media) obtendrán un retorno de su inversión. Frente al shock de la pandemia, cuatro segmentos de la población han visto confirmadas la elección de su estilo de vida y sus preferencias ideológicas. Tienen en común una mentalidad de autosuficiencia que en ocasiones borra las diferencias, aunque sus elecciones proceden de lógicas diferentes: *libertarianos*, que no toleran ninguna interferencia del Estado en la forma de disponer de sus cuerpos; *supervivencialistas*, que comparten esa paranoia y se arman en preparación para una catástrofe; *aislacionistas*, firmes defensores del cierre de fronteras y partidarios de los barrios residenciales cerrados para los privilegiados; y *apocalípticos*, que subrayan el riesgo de colapso global de la sociedad moderna y predicán una autosuficiencia individual y comunitaria.

Es probable que se produzca una reducción de las libertades. Incluso las democracias más liberales (Reino Unido, Países Bajos), que se vieron tentadas durante un tiempo por el atractivo del *laissez-faire* y apostaron por una especie de inmunidad de grupo que se adquiriría en pocos meses, tuvieron que dar marcha atrás cuando se vieron enfrentadas a las aterradoras cifras de la letalidad probable de semejante estrategia. ¿Vamos a entrar

en una época de auténtico autoritarismo digital (vigilancia, detección, represión) caracterizado por un persistente sacrificio de las libertades individuales? Las dictaduras soñaron con ello. ¿Van a hacerlo también las democracias? En cualquier caso, es probable que la mayoría de la población acepte, como ocurrió tras el 11-S, un recorte significativo de las libertades. Y, en caso de que se produzca un resurgimiento paralelo del yihadismo, ¿veremos la imposición de una especie de estado de emergencia permanente como el que prevalece en Israel, en términos jurídicos, desde 1948? ¿Se hará realidad el *todos somos israelíes*?

Ninguna de las grandes potencias saldrá ganadora de la crisis. Las pandemias siempre debilitan a los grandes agentes del momento; recordemos la repercusión de la peste en Roma o Venecia. Niall Ferguson escribió que, desde enero del 2020, todas las grandes potencias han puesto de manifiesto su debilidad.⁵ En este terreno, de nuevo, el virus ha servido para abrir los ojos. Resulta bastante inquietante que las proyecciones elaboradas por la Universidad de Washington en septiembre del 2020 ofrecieran un escenario medio en el que las grandes democracias del mundo fueran las más afectadas a finales de año: India (600.000 muertos), Estados Unidos (400.000) y Brasil (175.000).⁶ Y todos los principales agentes serán perdedores a corto plazo, según indicamos en una breve monografía publicada en la primavera de 2020.⁷ Estados Unidos tendrá dificultades para presentarse como modelo a seguir, dado que su reacción tardía y desordenada tiene un impacto social masivo y amenaza con causar una catástrofe sin precedentes en la historia moderna del país. A ello no va a ayudar su negativa a proporcionar una verdadera dirección política, ilustrada por su ausencia de la cumbre del G-7 por primera vez en la historia. Ahora bien, a China no le va mucho mejor. Aunque el gobierno de Trump no logró imponer la expresión “virus chino”, China fue claramente el problema antes de intentar ser parte de la solución (a través de la ayuda internacional), y debería de haber estado más preparada. De todos modos, no estará en mejor forma cuando

5. Niall Ferguson, “From COVID War to Cold War. The New Three-Body Problem”, en Hal Brands y Francis J. Gavin (eds.), *COVID-19 and World Order*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2020, pág. 425.

6. Institute for Health Metrics and Evaluation, *First COVID-19 Global Forecast: IHME Projects Three-Quarters of a Million Lives Could Be Saved by January 1*, 3 septiembre 2020.

7. Bruno Tertrais, *L'Épreuve de faiblesse. Les conséquences géopolitiques du coronavirus*, Tracts de Crise, 62, Gallimard, París, 30 abril 2020.

finalice la crisis: retrasos en la gestión de la pandemia, silenciamiento de los denunciantes, propaganda diplomática descarada (Estados Unidos, presuntos responsables de la introducción del virus en China), máscaras y tests inservibles. En conjunto, el calendario del proyecto insignia chino (la Nueva Ruta de la Seda) bien podría saltar por los aires dado que, al deterioro de su imagen pública, se le suman las dificultades económicas.

Con todo, las democracias liberales pueden tener más cartas ganadoras. En lugar de hablar de la Covid-19, como hacen algunos expertos occidentales (Stephen Walt) o asiáticos (Kishore Mahbhumani), en tanto que acelerador del desplazamiento aparentemente inevitable del centro del mundo de Occidente a Asia, resulta más tentador apostar a que las democracias liberales acabarán por salir ganando. Algunas potencias medias como Alemania y Corea del Sur, por ejemplo, parecen ir por buen camino para ser consideradas como modelos, en términos rela-

tivos, en relación con la gestión médica y económica de la pandemia. En cuanto a Estados Unidos, la historia demuestra que nunca debemos subestimar su capacidad de recuperación.

Sería temerario apostar por un verdadero relanzamiento del multilateralismo. Desde luego, el probable éxito de las políticas soberanas no se traduce de forma mecánica en una cooperación internacional reducida y, de hecho, es la soberanía la que hace posible el multilateralismo.⁸ Sin embargo, se trata de una condición necesaria pero no suficiente. No cabe duda de que el G-20 y la Unión Europea han demostrado una capacidad infinitamente superior para comprender lo que está en juego en términos económicos en comparación, por ejemplo,

8. Justin Vaïsse, "Derrière le triomphe de l'Etat souverain", *Le Monde*, 28 mayo 2020.

con los resultados de la cooperación internacional durante la crisis de 1929. Sin embargo, la debilidad de la OMS y el papel poco convincente del G-7, así como las reacciones nacionales egoístas durante las primeras semanas de la crisis, han demostrado que, incluso cuando se enfrenta una crisis esencialmente mundial y se apela a la solidaridad internacional, la cooperación no se produce de modo espontáneo. Sería, por tanto, arriesgado

Si bien la pandemia puede ser vista como una guerra, no se prestará a una declaración de victoria. Sin duda, no habrá un verdadero mundo nuevo después, o si lo hay, no será ni el anterior ni un mundo totalmente diferente

esperar un auténtico relanzamiento del multilateralismo. Eso no significa que las instituciones ya no importen: China hace todo lo posible por maximizar su influencia en ellas, y Washington sigue valorando el hecho de colocar a sus representantes en posiciones clave. De hecho, el futuro de las grandes organizaciones multinacionales como las Naciones Unidas, la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la OMS, o las regionales como la OTAN o el Cuadrilátero (EE.UU., Japón, India, Australia) dependerá

en gran medida del valor que les sea acordado por Beijing y Washington.

Existen aún dos riesgos para un mayor agravamiento en las situaciones de conflicto. Uno es el riesgo de una guerra interestatal como resultado de una alteración del equilibrio de poder: el debilitamiento brutal de un país clave por la Covid-19 podría engendrar la necesidad de una aventura externa para desviar la atención u ofrecer a otro gran Estado la oportunidad de aprovechar la situación. El otro riesgo es que las luchas internas den lugar a un mayor debilitamiento de un Estado que ya se halla en una posición difícil; por ejemplo, los países de América Latina, África, Oriente Medio o Asia que dependen para su crecimiento de las transferencias de dinero, los ingresos del turismo y/o la exportación de recursos.

Una nueva guerra fría está hoy en camino. Durante varios años, los especia-

listas y los expertos han debatido la pertinencia de la metáfora de la *nueva guerra fría*. Ahora parece cada vez más apropiado usarla; pues, salvo una nueva sorpresa estratégica, la pandemia está actuando como senda hacia una segunda guerra fría en toda regla. La radicalización de las políticas bilaterales entre China y Estados Unidos ya estaba en marcha, pero el mero hecho de que el SARS-CoV-2 procediera de China y de que el brote inicial en Wuhan estuviera, desde el punto de vista de la mayoría de los observadores, mal gestionado, ha acelerado mucho una tendencia ya existente. Taiwán desempeñó un papel importante en ese sentido al señalar que un gobierno chino (Taipéi) podía manejar mejor la situación y al *encender la chispa* publicando su correspondencia de diciembre del 2019 con la OMS.⁹ Tampoco ayudó la insistencia del Gobierno Trump en llamar *virus chino* al SARS-CoV-2. Los componentes de una guerra fría ya están presentes: la rivalidad Estados Unidos-China es política, económica y militar, y es global. Sí, es cierto que su interdependencia es mucho mayor que la existente en el contexto soviético-estadounidense; pero, justo por ello, la pandemia aumentará lo que los expertos de la Unión Europea han llamado *distancia estratégica*.¹⁰ La gran pregunta no es si se van a regionalizar o no las cadenas de valor, sino cómo y en qué medida. ¿Significa todo esto el fin del *orden liberal*? Ese destino ha sido anunciado tantas veces que debemos mostrar un poco de precaución. Todas las instituciones posteriores a 1945 siguen ahí: las destinadas a promover la paz (el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas), el desarrollo (el Banco Mundial, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación), la estabilidad de la economía internacional (el FMI), la liberalización del comercio (la OMC) o el derecho internacional (el Tribunal Internacional de Justicia, el Tribunal Penal Internacional). Son instituciones

9. Viorel Mionel et al., "Pandemopolitics. How a public health problem became a geopolitical and geoeconomic issue", *Eurasian Geography and Economics*, 30 septiembre 2020, pág. 3.

10. Parlamento Europeo, *The Geopolitical Implications of the COVID-19 Pandemic*, septiembre 2020.

que serán atacadas por los nacionalismos, pero los países seguirán compitiendo por la influencia en esos foros. Es probable que lo que se avecina sea una mezcla de la tradicional competencia entre grandes potencias con su agresiva promoción de los intereses nacionales y una continuación del sistema multilateral. Quizá se trate del fin de la ilusión liberal de la década de 1990, pero no necesariamente el fin del orden posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Pensamientos finales

Quedan abiertas, por supuesto, varias cuestiones, empezando por las que se refieren a los factores primarios, es decir, los epidemiológicos y médicos. Una mutación significativa del SARS-Cov-2 que lo haga más contagioso o más letal podría cambiar el panorama. A la inversa, la disponibilidad de una vacuna eficaz y accesible para todos antes de lo previsto iluminaría de modo considerable el horizonte. Y, si un descubrimiento pudiera atribuirse a los esfuerzos de un país específico, daría al país ganador una ventaja indiscutible en la competencia por la imagen de poder.

Por lo tanto, es demasiado pronto para sacar verdaderas lecciones de la crisis de la pandemia, puesto que todavía estamos sumidos en ella. La guerra contra el SARS-Cov-2 estalló a la manera de la crisis financiera del 2008, primero con algunas señales débiles, y luego de forma agravada expandiéndose rápidamente por todo el planeta. Sin embargo, esta guerra se está librando de manera muy similar a la campaña contra el terrorismo islamista tras el 11-S y es poco probable que desemboque en una victoria final. Tendremos que vivir con el virus durante mucho tiempo, al igual que con el terrorismo. La OMS no proclamará nunca un “¡Misión cumplida!” en su sitio web, o al menos no dentro del plazo de una previsión razonable. En un texto titulado “El desconfinamiento de las analogías”, el historiador francés Pierre Grosser desmantela la pertinencia de las metáforas bélicas utilizadas muy a menudo en este contexto.¹¹ Viniendo después de dos conflictos mundiales y aunque no afecta directa y profundamente a todos los continentes, lo cierto es que la pandemia tiene un efecto global. De todos modos, si bien es una guerra, no se prestará a una declaración de victoria. Sin duda, no habrá un verdadero mundo nuevo después, o si lo hay, no será ni el mundo anterior ni un mundo totalmente diferente de él.

11. Pierre Grosser, “Déconfinement des analogies”, *Esprit*, julio-agosto 2020.

Es probable que la década del 2020 no se parezca a la de 1920, una época de renacimiento occidental tras una guerra y una espantosa pandemia de gripe. No vamos a ver una repetición de los *años locos* europeos ni de los *rugientes años veinte* estadounidenses. Es verosímil que la pandemia empeore todos los males existentes y añada otros nuevos (“el mismo mundo, sólo que peor”, temía el ministro de Asuntos Exteriores francés Jean-Yves Le Drian en la primavera del 2020).¹² Sin embargo, es igualmente posible que la situación geopolítica de principios de la década del 2020 y la actuación de unos agentes agotados por la pandemia no se manifiesten en forma de una prueba de fuerza, sino más bien de *prueba de debilidad*, como sugirió este autor en abril del 2020.¹³

Podemos tener un debate interminable sobre si el SARS-Cov-2 es un *cisne negro* o un *cisne gris* o algún otro animal del bestiario de la previsión estratégica. Lo esencial es observar de nuevo que un escenario a menudo previsto y descrito por los expertos, expuesto con detalle en todos los grandes documentos de estrategia nacional y, por lo tanto, conocido por los políticos, ha revelado la naturaleza defectuosa de nuestros sistemas de gobierno. La cuestión fundamental ahora es: ¿lo haremos mejor la próxima vez? Lamentablemente, es algo que dista de ser seguro. Existe el riesgo de estar preparados para luchar una vez más en la última guerra, es decir, de hacer todo lo posible para evitar otra pandemia de este tipo y descuidar otras posibles sorpresas estratégicas, ya sean militares, tecnológicas o geofísicas. Nunca las podremos evitar del todo. Y, si la Covid-19 nos ayudó a redescubrir el papel indispensable del Estado y las virtudes de la intervención pública, no podemos esperar que nuestros gobiernos estén permanentemente preparados para gestionar sin fallos todos los peores escenarios. Pero, sin duda, podemos hacerlo mejor. Como escribimos en la primavera del 2020, “la anticipación es una cuestión de mentalidad y agilidad mental. La aceptación de lo insondable no es incompatible con la mejora de nuestra capacidad colectiva para gestionar lo que no podíamos prever. No cabe duda de que estaremos mucho mejor preparados para la próxima pandemia. Ahora bien, no estaremos mejor preparados para otro tipo de sorpresa sin un esfuerzo adicional”.¹⁴

12. Entrevista para *Le Monde*, 20 abril 2020.

13. Bruno Tertrais, *L'Épreuve de faiblesse. Les conséquences géopolitiques du coronavirus*, Tracts de Crise, 62, Gallimard, París, 30 abril 2020.

14. Florence Gaub y Bruno Tertrais, “L’anticipation est une affaire de mentalité”, *Le Monde*, 19 mayo 2020.

EL GRAN RESET

El impacto de la Covid-19 en el mundo ha comportado consecuencias destructoras para algunos sectores y actividades pero también un fuerte impulso para otros. Una manera objetiva de calibrarlo es observar la evolución que ha experimentado la bolsa durante el 2020, que nos indica cómo se han comportado los distintos grupos de productos y servicios tras el gran reset. Complementamos estos datos con una visión gráfica de los sectores que se muestran al alza y a la baja según los informes de distintas instituciones y consultoras.

SECTORES AL ALZA, SECTORES A LA BAJA

COMERCIO ELECTRÓNICO
Aumento facturación en los 2.000 principales portales (enero/junio 2020)

36,65

MAYORES AUMENTOS SEGÚN PRODUCTOS
Activos compradores, al menos una compra cada dos meses tras la Covid-19, octubre 2020

NOTA: El gasto, sin embargo, ha bajado en todas las categorías de productos.

TECNOLÓGICOS Y TIC

FARMACIA, SALUD

EDUCACIÓN Y CURSOS ON LINE

HERRAMIENTAS, JARDINERÍAS...

PRODUCTOS Y MUEBLES PARA EL HOGAR

COSMÉTICOS Y CUIDADO PERSONAL

REALIDAD VIRTUAL Y REALIDAD AUMENTADA
Aumento estimado entre 2020-2024

35

Penetración en el mundo 2020: **48,3%**
REDES SOCIALES
Aumento en 2020

2,2

% ↑

% ↓

TRANSPORTE AÉREO

Primer trimestre
COMERCIO DE MERCANCIAS
2020 respecto a 2019
Segundo trimestre

-27

-6,8

-26,6

PRODUCTOS DE CAUCHO Y PLÁSTICO
Primer semestre 2020

-8,4

VEHÍCULOS DE MOTOR
Primer semestre 2020

VUELOS DOMÉSTICOS
(asientos 2020 | entre ambos datos)

VUELOS INTERNACIONALES
(asientos 2020 | entre ambos datos)

TURISMO INTERNACIONAL
Visitantes que pernoctan, primera mitad 2020
• Con descensos bajos o en aumento en China, Rusia y los países de la UE

SEIS ÁMBITOS GOLPEADOS POR LA CRISIS

Los más vulnerables han sido los más afectados por los impactos económicos.

1
Muchas pequeñas empresas han cerrado o están a punto de hacerlo.

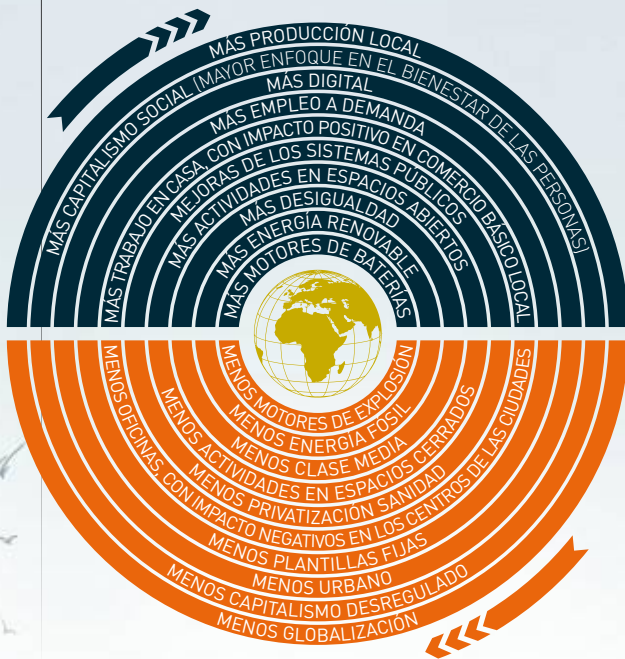
2
La inversión en innovación está en riesgo.

3
Afectación en regiones con altas concentraciones de sectores vulnerables (hostelería, restauración, pequeño comercio minorista y manufactura).

4
La brecha digital se ha agrandado y ha mostrado su profundidad e importancia.

5
FUENTES:
Fidelity (acciones de la Bolsa de Nueva York); The Post-Covid 19 World, Geoffrey Garrett, Warton-Universidad de Pensilvania; Statista (comercio electrónico); Covid-19 and E-commerce, Unctad (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo); Global Augmented Reality and Virtual Reality Market 2020-2024, Technavio; Evaluate Pharma; 10 technology trends to watch in the Covid-19 pandemic, World Economic Forum; World Tourism Barometer, Unwto (Organización Mundial del Turismo); ICAO (Organización de Aviación Civil Internacional);

EL MUNDO QUE VIENE



FARMACÉUTICAS

Ventas de medicamentos de prescripción 2020



6 El papel futuro de las megaciudades está en duda. Concentraron gran parte del crecimiento económico en los veinte años previos a la pandemia, pero su densidad ha favorecido la expansión del virus.

WTO (Organización Mundial del Comercio); 'World Manufacturing Production Statistics for Quarter II 2020', UNIDO (Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial); 'Global Energy Review 2020'; IEA (Agencia Internacional de la Energía); y 'Reimagining the postpandemic economic future', Mckinsey.

ACCIONES QUE EMERGEN, ACCIONES QUE SE HUNDEN

La evolución de la bolsa indica qué sectores se han beneficiado más de la pandemia y cuáles han sido los más perjudicados. Aquí ofrecemos los datos de la bolsa Nueva York entre enero y octubre de 2020.



El legado del virus

Rafael Vilasanjuan

DIRECTOR DE ANÁLISIS Y DESARROLLO GLOBAL, ISGLOBAL,
BARCELONA INSTITUTE FOR GLOBAL HEALTH. HOSPITAL CLÍNIC -
UNIVERSITAT DE BARCELONA.

NOS HAN CAMBIADO LA AGENDA. Tras casi un año desde que la Covid-19 entró en nuestras vidas seguimos todavía pendientes de saber cómo saldremos. Durante este tiempo, muchas certidumbres –al menos en los países occidentales– se han desmoronado.

El concepto de seguridad común ha mutado como un virus, y ahora la nuestra depende mucho más de la respuesta a los problemas de salud que de ejércitos capaces de defender un territorio en caso de conflicto. La nómina de amenazas globales ha cambiado sin estar preparados para hacerles frente. El error sería pensar que es solo un cambio transitorio, que todo pasará y volverá a su cauce normal. La evidencia es que los estados y las organizaciones creadas para afrontar los retos colectivos no contaban con esta emergencia. El legado del virus apunta así al final de un mundo antiguo.

La crisis de la Covid-19 fue llegando a fuego lento. Sabíamos que podía suceder, había signos claros, mensajes no acabados de leer. Bill Gates, el mayor filántropo, que dejó la presidencia de Mi-

crosoft para crear la principal fundación dedicada a la salud global, pronosticaba una crisis mundial justo después de la epidemia del ébola en África en el 2014. La onda de aquella epidemia traspasó ocasionalmente las fronteras, pero el virus no tuvo fuerza para arraigar en países con sistemas de salud estructurados y buenas condiciones de vida. Era un aviso de que algo más serio podía llegar. No fue una voz en el desierto, sino el organismo independiente de vigilancia global de emergencias –creado con el impulso del Banco Mundial y la Organización Mundial de la Salud (OMS)– quien publicó, en septiembre del 2019, mucho antes de que el virus apareciera en Wuhan, un informe¹ que consideraba previsible y probable el riesgo de que una pandemia respiratoria de alto impacto por virus se llevara la vida de millones de personas y hundiera un 5% la economía global. ¿Por qué no empezamos entonces a preparar la emergencia que ya muchos daban por segura? Tal vez la primera de las lecciones que podemos extraer de esta crisis es que no hay modelos matemáticos ni predicciones que puedan convencer a una sociedad sin evidencia directa. Nadie se daba por amenazado hasta que no le alcanzaban sus efectos. Ni la población ni

El concepto de seguridad común ha mutado y ahora depende más de la respuesta a los problemas de salud que de ejércitos capaces de defender un territorio. La nómina de amenazas globales ha cambiado

1. https://apps.who.int/gpmb/annual_report.html

como consecuencia los responsables en la toma de decisiones políticas sintieron la gravedad, y no se tomaron medidas más adecuadas. Medidas por otra parte que en las democracias occidentales jamás se habrían pensado posibles en tiempo de paz.

Como el fuego del volcán, todas las crisis, por lentas que se presenten, acaban teniendo manifestaciones abruptas. Por mencionar solo otro de los grandes retos globales que avisan sin que tomemos las medidas necesarias, el cambio climático, una gran amenaza anunciada, no tardará en tener consecuencias, si es que esta pandemia, como ya apuntan muchos científicos, no tiene también alguna relación ¿Estamos preparados? A diferencia de lo que ha ocurrido con la Covid-19 todavía estamos a tiempo. Pero para ello debemos al menos entender y analizar los tres grandes fracasos que nos han traído hasta aquí y aprender de ellos: la crisis de la salud global, la debilidad de los mecanismos internacionales de decisión y la percepción errónea de las amenazas reales.

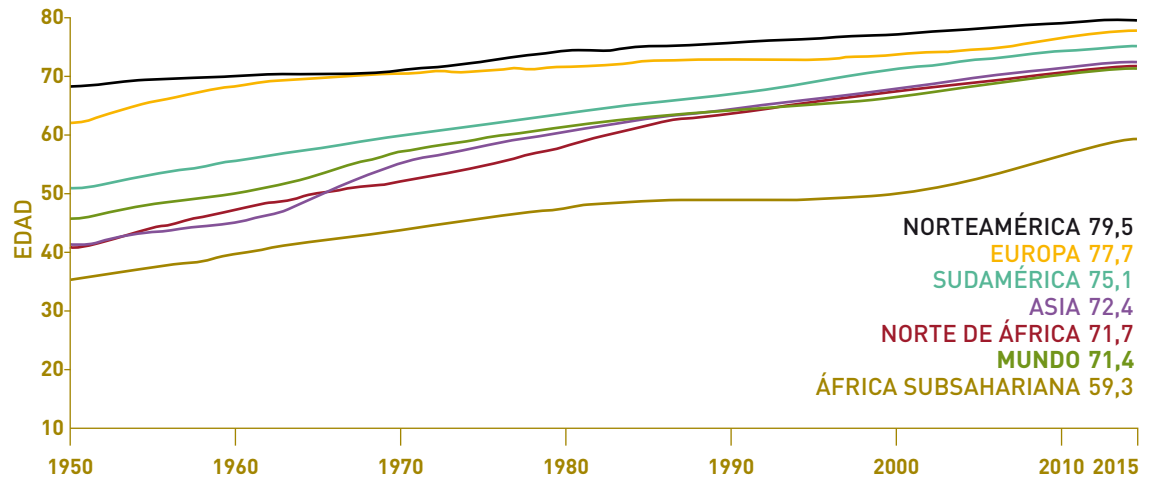
Una visión global de la salud

Si consideramos la Covid-19 como la mayor crisis que ha vivido nuestra generación, tal vez no haya mejor ocasión para replantear la salud pública del planeta como la principal estrategia mundial de seguridad. Mientras aumentan las voces para desglobalizar y volver al interior de las fronteras, lo que ha dejado la epidemia es la certeza de que no se puede estar seguro en un país

mientras no se esté seguro en todos. Mantener economías modernas, movilidad para garantizar el intercambio, la libre circulación de bienes en mercados abiertos y la de personas, requiere hacer frente a los peores efectos del virus colectivamente. El concepto de *salud global* es ahora mismo la estrategia prioritaria –quizá la única– para hacerlo posible. Ya no por una cuestión ética o de solidaridad con los más vulnerables, ni como una mera transferencia de recursos entre los países *ricos* del norte y los *pobres* del sur. Es hora de hacer frente a un nuevo concepto colectivo de la salud como principio de seguridad compartida a uno y otro lado del planeta. La mirada hacia adentro de las principales potencias mundiales se demostrará como un fracaso en la respuesta a la Covid-19, pero con visiones ultranacionalistas. No sería sorprendente que la financiación para hacer frente a la salud global, principalmente para enfermedades que afectan a los más vulnerables y marginados de los países en desarrollo, disminuya aun más. Su efecto sería catastrófico.

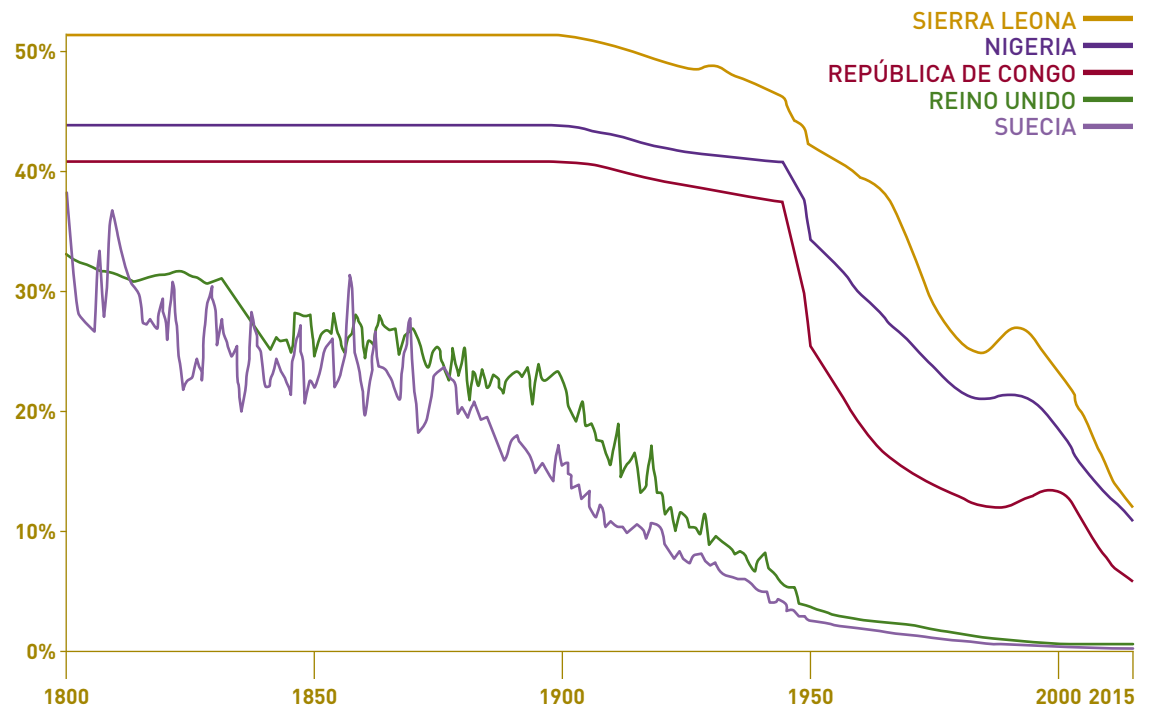
Es el momento de ponerla de nuevo en el centro del debate. La salud global ha vivido desde inicios del siglo XXI una época dorada. Se han multiplicado los recursos, la filantropía ha entrado a gran escala, ha logrado transformarse y pasar de ser una ayuda asistencial a buscar la innovación en toda la cadena, desde el desarrollo de nuevos protocolos a la búsqueda de mecanismos financieros innovadores como el Fondo Mundial para

GRÁFICO 1
ESPERANZA DE VIDA AL NACER POR REGIONES



Fuente: Gapminder

GRÁFICO 2
ÍNDICE DE MORTALIDAD INFANTIL
PROPORCIÓN DE NIÑOS QUE MUERE ANTES DE SU QUINTO CUMPLEAÑOS



Fuente: Gapminder

el Sida, Malaria y Tuberculosis o la Alianza para la Vacunación (GAVI), que han llevado tratamientos y vacunas indispensables, apoyando a los sistemas de salud en los países donde son más frágiles. Su impacto ha sido enorme. Por un lado, la calidad y la esperanza de vida han seguido mejorando. No solo en Occidente, en todo el mundo. Según el informe del 2020 de la carga global de enfermedades² que elabora la revista *The Lancet*, desde el inicio del mi-

lenio la esperanza de vida ha aumentado en 202 de los 204 países registrados. No solo vivimos más, también vivimos mejor (gráfico 1). Durante ese mismo periodo la mortalidad infantil en menores de 5 años se ha reducido a la mitad entre el 2000 y el 2019 pasando de 10 millones de muertes prematuras anuales a los 5 millones actuales (gráfico 2).

Sin embargo, todavía queda mucho por hacer. Si en Occidente la mortalidad infantil alcanza

2. [www.thelancet.com/journals/lancet/article/PIIS0140-6736\(20\)30925-9/fulltext#seccesstitle70](http://www.thelancet.com/journals/lancet/article/PIIS0140-6736(20)30925-9/fulltext#seccesstitle70)

cifras marginales cercanas a un 0%, en los países de renta baja y media-baja sigue estando muy por encima. Sigue habiendo una diferencia enorme por nacer en el lado acertado del hemisferio. Desde que en el año 1979 se erradicó la viruela, la carrera por acabar con todas las enfermedades infecciosas dejó el mundo dividido en dos partes: a un lado los países con recursos donde no había epidemias, al otro el resto, donde la gente muere por enfermedades infecciosas perfectamente tratables. La salud global era una estrategia de contención, un dique con el que mitigar los daños desde una mirada humanitaria. Un error en la visión que ahora se ha demostrado insuficiente está en la base del fracaso frente a la pandemia actual.

La ilusión por erradicar enfermedades apenas duró una década, la irrupción del VIH primero, y posteriormente epidemias como el SARS, la gripe aviaria o el ébola, fueron el anuncio de que el muro económico tal vez no fuera suficiente para garantizar la seguridad a este otro lado. Lejos de erradicarlas, las infecciones por virus se han ido reproduciendo con una frecuencia cada vez más corta. Es tarde para pensar que deberíamos haber actuado de otra manera frente a la Covid-19, tampoco lo hubiéramos hecho, porque esas predicciones basadas en algoritmos y secuencias matemáticas no cambian conductas. Nadie hubiera aceptado el confinamiento de no estar seguros que el virus le afectaría en persona y que sería capaz de atacar a nuestros vecinos, a nuestros abuelos o a nosotros mismos. Ajustando el retrovisor, cuando la crisis está aún lejos de ser solventada, nos podemos seguir planteando la misma cuestión que hace solo un año nadie hubiera puesto en duda: ¿estamos seguros de poder hacer frente a una emergencia de salud pública?

Es importante que entendamos que esta crisis ni es la única, ni desgraciadamente tampoco la última que vivirá nuestra generación. El primer paso en el largo camino que nos conduzca a un nuevo escenario debe superar esta visión estrecha, que entiende la salud global como una continuidad de la medicina tropical, aquella en la que básicamente se invertía para evitar los peores efectos de las enfermedades infecciosas entre los colonos desplazados a países remotos y que luego sirvió en la descolonización para aplacar conciencias apelando a la caridad. Ese ya no es el mundo que vivimos, en la nueva era global. La salud pública proyectada para todo el mundo seguirá fracasando si no hace frente al aumento de factores de riesgo colectivos. Hay que dejar de concebirla como un apoyo a los más vulnerables para convertirla en la

principal estrategia de seguridad mundial compartida. Para eso hay que trabajar en un sistema multilateral diferente, más inclusivo, y al mismo tiempo también más orientado a conseguir impacto. Harán falta más recursos, pero más que un nuevo gasto hay que considerarlo una inversión, la más adecuada para evitar un nuevo hundimiento de la economía mundial.

Las decisiones globales

El fracaso de la gobernanza global, incapaz de hacer frente a los nuevos riesgos de seguridad que nos acechan, ha sido tan evidente que cuando se abra la puerta no veremos un mundo nuevo. A pesar de ello, no se puede perder tiempo para empezar a construirlo. No será inmediato, habrá que ir tejiendo alianzas. Harán falta líderes capaces de intuir la fragmentación y dispersión del poder, tanto como la nómina de asuntos para los que su capacidad de acción está limitada. Un tipo de perfil que hoy asoma poco por el horizonte. En contraste, a fuerza de golpes, la sociedad que salga de esta crisis será más consciente de afrontar cambios en profundidad en nuestra manera de gestionar los recursos globales, en el consumo, en la huella climática, en el medio ambiente, en los movimientos de población y en la definición de bienes públicos globales, como la sanidad, las vacunas o el oxígeno que respiramos. Todos ellos están en la base de una visión compartida para hacer frente a los retos de la salud global. Pero para eso hará falta una nueva arquitectura.

Tenemos el precedente de la Segunda Guerra Mundial. El mundo que consiguió sobrevivirla se conjuró para construir mecanismos capaces de frenar intereses económicos o expansivos que propiciaran una nueva guerra global. Ahora no ha sido la ambición económica o expansiva la que ha traído la inseguridad, sino una epidemia la que ha hundido la economía, poniendo en riesgo la seguridad en todo el planeta. Seguridad en términos de vidas perdidas, pero también de quiebras y bancarrotas, extendiendo la pobreza no solo entre países, también en el interior de los países con las economías más avanzadas, aumentando la brecha social, con consecuencias todavía por comprobar. Los mecanismos multilaterales que se crearon entonces para la colaboración y el control del riesgo, como los acuerdos de Bretton Woods, la ONU, el Banco Mundial o la Unión Europea o los de defensa como la OTAN han hecho posible una globalización fundamentalmente económica, favoreciendo las democracias liberales y los derechos humanos, creando espacios de control de daños y disuasión,

Para no seguir fracasando, la salud pública proyectada para todo el mundo debe dejar de concebirse como un apoyo a los más vulnerables para convertirse en la principal estrategia de seguridad mundial compartida

especialmente en lo que hace referencia a conflictos o terrorismo. Ahora sabemos que ya no puede ser solo eso, porque un virus microscópico es capaz de hundir la economía y descomponer en piezas el puzzle global. Como entonces, hace falta un pacto entre países para crear nuevos mecanismos de acción internacional porque las instituciones que se crearon hace casi un siglo no son las que pueden dar mejor respuesta a los principales retos que hoy ponen a riesgo la seguridad de todos.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) es un buen ejemplo de esos mecanismos creados para dar respuesta conjunta que se han visto superados. Una organización preparada técnicamente, pero que obedece a un equilibrio de poderes que depende exclusivamente de los estados, y ahí es donde empieza su declive. A medida que el nuevo virus empezó a circular, la OMS intentó recoger una información que el propio Gobierno chino le negaba. La diplomacia de la salud es difícil, y la Covid-19 ha puesto de manifiesto la inconsistencia de la comunidad internacional. La OMS debería llenar ese espacio, pero no deja de ser una organización que responde a 194 estados y más concretamente a la voluntad de sus gobiernos. No puede imponer sanciones a los ministerios de salud, ni forzar a recabar la información que no le quieren dar. De hecho, lo único que puede hacer es poner de manifiesto debilidades de los sistemas de los países, pero por la misma razón de que depende solo de ellos no suele ponerlos en evidencia por si se le vuelven en contra, y mucho menos a los países que ostentan mayor poder. El anuncio de Donald Trump de retirada de Estados Unidos de la OMS, junto con los recursos que aporta, es un claro ejemplo de los límites de poder e independencia de las agencias del sistema de la ONU.

Llevamos más de una década oyendo cantos de sirena sobre la reforma de la ONU, incluidas sus agencias, como la OMS, que son un entramado de organizaciones internacionales cuyas costuras ya parecen demasiado estrechas para el mundo actual y tal vez acaben rompiéndose con lo que viene. No ha habido coordinación, cada país ha tomado sus medidas sin tener en cuenta las de al lado, una respuesta segmentada que solo ha logrado que el virus sea más fuerte y más largo su viaje, destacando una realidad mucho más cruda: más que reformar el sistema es necesario pensar otro capaz

de garantizar la seguridad global. El que tenemos no sirve, y la agenda ha cambiado.

En el ámbito de la salud ya ha habido propuestas como la del ex primer ministro británico Gordon Brown,³ que apuntan a una organización con capacidad de regular, con poder para imponer soluciones a los ministerios de salud de cualquier país. No parece fácil, pero apuntando a una dirección tenemos idea de hacia donde dar los próximos pasos. Para empezar, habría que definir si el nuevo multilateralismo es solo una cuestión de estados, o como ya ocurre con las nuevas organizaciones de salud global nacidas con el milenio, sus mecanismos de decisión combinan poderes públicos con expertos, intereses privados y representantes de la sociedad civil. En un momento en que las principales

potencias han renunciado al multilateralismo para poner los intereses nacionales por delante de todo, empezando por Estados Unidos, el momento no parece el más adecuado. El país que abrió el multilateralismo hoy se muestra más agresivo y unilateralista que nunca. Pero lo que enseña este coronavirus es que incluso los gobiernos más nacionalistas acabarán entendiendo que no es suficiente con parar el virus en su país, porque solo se frenará la epidemia cuando se pare en todos.

El caso de la vacuna de la Covid-19 es un buen ejemplo de como se pueden construir plataformas de decisión global alternativas no contando necesariamente con el acuerdo de todos los gobiernos. Los estados

son necesarios, pero ya no están solos en la mesa. Nunca antes la ciencia había destinado tantos recursos a conseguir el antígeno que impida que el virus siga circulando libremente. Sin embargo, y aunque se esperen una o varias vacunas a lo largo del 2021, la capacidad de producción, el primer año, solo alcanzaría a entre un 20% y un 30% de la población mundial. La vacuna es la llave para recuperar la economía global. Podemos empezar a salir de la crisis durante el 2022 a condición de que esa vacuna o vacunas salgan, que se puedan producir a gran escala y que su distribución sea equitativa para todos los países. La tentación *nacionalista* de las economías más avanzadas de obtener dosis para toda su población, con la contrapartida de que el resto de países se queden sin, será una nueva garantía de fracaso. Puede que las vacunas tengan una eficacia similar a las de la gripe –entre

Lo único que puede hacer la OMS es señalar las debilidades de los sistemas de salud de los países, pero como depende de ellos no suele ponerlos en evidencia por si se le vuelven en contra, y menos a los países con mayor poder

3. www.theguardian.com/politics/2020/mar/26/gordon-brown-calls-for-global-government-to-tackle-coronavirus

un 40 y 60%-, lo que significa que aun vacunando a toda una comunidad, la mitad seguiría sin estar protegida. Si España vacuna a toda su población, pero los países del norte de África o de Latinoamérica apenas tienen dosis, habrá que seguir cerrando fronteras. Con esta filosofía se ha creado la plataforma internacional COVAX, cuyo objetivo es garantizar que todos los países del mundo tengan dosis para vacunar a un 20% de su población durante la fase aguda de la epidemia, de manera que todos vayan bajando su curva de contagios en paralelo. En este nuevo mecanismo global se sientan los representantes de los gobiernos de economías de renta baja, media y alta, junto con la industria, los productores, representantes de agencias de la ONU implicadas, expertos, centros de investigación, filantropía y representantes de la sociedad civil. El objetivo es conseguir esas tres premisas imprescindibles: que la vacuna exista, que sea asequible y que se distribuya en todo el mundo. Si se consigue, tal vez sea un buen primer paso hacia el nuevo multilateralismo.

Las amenazas globales

Estamos muy lejos de vislumbrar la posibilidad de un gobierno global que se encargue de todo, pero necesitamos avanzar, porque cuando salgamos de esta, a pesar de las derivas nacionalistas, emerge una nueva lista de amenazas no menores, para las que o no se está trabajando o se hace de forma tan retraída que cuando lleguen sus peores efectos nos sorprenderán de nuevo de manera abrupta. El abanico de riesgos para la seguridad humana en términos de salud no es exclusivo de la medicina, ni de los sistemas de salud.

Como la Covid-19, entre los grandes retos globales que avisan sin que tomemos las medidas necesarias, el cambio climático es otra gran amenaza anunciada, que no tardará en tener manifestaciones abruptas y consecuencias graves sobre la salud de las personas. Según el informe del 2018 del Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC),⁴ sobre el aumento de temperatura del planeta, el tiempo corre exponencialmente, y lo que hasta hace poco parecía una necesidad a medio plazo se ha convertido ya en urgencia. Hay que frenar el calentamiento y dejarlo como máximo a 1,5 grados por encima de los niveles preindustriales –actualmente ya hemos rebasado un grado de media-. No sobrepasar esa frontera

requiere, según este consorcio de científicos, una transición rápida y de largo alcance que abarque aspectos como el uso de la tierra, la energía, la producción industrial, el transporte, los edificios y las ciudades. En definitiva, más que un cambio de comportamientos, una revolución que afecta prácticamente a todo lo que nos rodea y que requiere de grandes compromisos internacionales.

Y como el cambio climático otras tantas cuestiones. Tomemos como ejemplo la deforestación. Cuando se destruye el equilibrio ecológico, aumenta el contacto entre los humanos y los reservorios animales potenciales transmisores de enfermedades. Tiene mucha relación con las últimas crisis epidémicas, incluida la Covid-19. Con el ébola o el sida, hay evidencia de que el contagio humano

Con la deforestación y la destrucción del equilibrio ecológico, aumenta el contacto entre humanos y reservorios animales que son potenciales transmisores de enfermedades (ébola, sida o la propia Covid-19)

se generó a partir de la proximidad y el contacto con animales salvajes infectados cuyas colonias se acercan a la población como consecuencia de la deforestación. Los sistemas de salud sirven para paliar las consecuencias y tratar una parte del problema, pero sin afrontar los cambios en los ecosistemas que las generan es difícil encontrar soluciones efectivas.

Desconocemos qué otras epidemias pueden surgir en el futuro, pero la evidencia de su relación con la degradación medioambiental es cada vez mayor. La salud planetaria es, en este sentido, una nueva estrategia para expandir el estudio de las causas y encontrar nuevos mecanismos de control vinculados a las principales enfermedades que

afectan a la población humana, más allá de la medicina y con un cambio de escala. Para quienes confían en la ciencia, hay suficiente evidencia que nos habla de otras crisis a las que nos dirigimos y del impacto que tendrán en nuestras vidas. ¿Hasta qué punto podremos mantenernos sanos en un planeta enfermo? Para aquellos que todavía lo intuyan lejano tal vez les baste comprobar cómo las enfermedades que hoy quitan más años de vida tienen mucho más que ver con factores medioambientales, como la contaminación, desde el cáncer a los accidentes cardiovasculares, que con las que mataban hace solo un siglo. El virus ha dejado entrever que no somos inmunes, ni siquiera a este lado del mundo. Su legado debería servir para avanzar en una geografía del bienestar y seguridad humana que tenga en cuenta la salud de todos al mismo tiempo.

4. www.ipcc.ch/sr15/chapter/spm

TENDENCIAS CLAVE DE LA RECUPERACIÓN

Tras el gran bache de la Covid-19, nada será un calco del pasado, ni la recuperación económica que todos los expertos pronostican ni la propia sociedad. Por un lado, las ayudas de la Unión Europea enfocadas a "una transición ecológica y digital para ser más sostenibles y residentes", los planes de los distintos gobiernos de las economías avanzadas y las iniciativas empresariales puestas en marcha permiten entrever qué grandes tendencias serán clave en el futuro.

FUENTE: 'Post Covid-19 market trends' Luxinnovation, Agencia Nacional de Innovación de Luxemburgo, julio 2020; y 'El camino de la recuperación de la industria de consumo', Deloitte, mayo 2020.

LA RUEDA DEL FUTURO

Son 16 tendencias generales de mercado y 45 cuestiones identificadas, según un estudio de la Agencia de Innovación Nacional de Luxemburgo a partir de las medidas adoptadas por estados e instituciones y a partir de artículos de la prensa especializada en tendencias de mercado y prospectiva.

LAS DIEZ TECNOLOGÍAS CLAVE

- 1 PLATAFORMAS DE DATOS
- 2 INTELIGENCIA ARTIFICIAL/'BIG DATA'
- 3 ANÁLISIS DE DATOS
- 4 INTERNET DE LAS COSAS (IIOT) Y COMUNICACIÓN MÁQUINA-MÁQUINA (M2M)
- 5 ROBÓTICA
- 6 CIBERSEGURIDAD Y HERRAMIENTAS DE AUTENTIFICACIÓN
- 7 BLOCKCHAIN O CADENA DE BLOQUES
- 8 REALIDAD VIRTUAL Y AUMENTADA
- 9 REDES 5G
- 10 INFORMÁTICA EN NUBE

Aumento de la permacultura (imitación de un sistema natural) y de agricultura vertical (especie de estanterías y pisos sin límite de altura, y con poca ocupación de suelo, que representa un mercado de 2.230 millones de dólares en el 2018 y que alcanzará en el 2026 los 12.770 mil millones en el 2026, con un crecimiento anual compuesto entre 2019-2026 de un 24,6%). También de la hidroponía (disoluciones minerales en lugar de suelo agrícola), aeroponía (cultivo aéreo o de niebla sin usar suelo), acuaponía (acuicultura+hidroponía) e invernaderos en azoteas.

Los cortes de suministro durante los primeros meses de la Covid-19 implicó un aumento de la llamada 'agricultura sostenida por la comunidad' (aumento de un 430%) y de granjas cercanas (149%).

Probable aumento en la demanda de alimentos orgánicos, veganos, vegetarianos y otros alimentos saludables (en marzo en Reino Unido algunas empresas del sector crecieron un 30%). Enfoque hacia 'una sola salud', que engloba la salud del ganado, de la vida silvestre y del ecosistema.

- 1
 - **Inversión en infraestructuras digitales**
5G, potencia de computación, superordenadores...
 - **Marcos de datos legales y estandarizados**
Los acuerdos sobre estándares e interfaces incrementarán los intercambios de datos.
 - **Nuevos modelos de negocio basados en la digitalización**
Oportunidad para la innovación, también para pymes.

- 2
 - **Implementación del Reglamento General de Protección de Datos (GDPR) de la UE y de tecnologías de privacidad**
A mayor digitalización (sociedad, empresas, Administración...), más importancia tendrán las normas de seguridad y los sistemas de privacidad.
 - **Ciberseguridad y ciberresiliencia**
Serán clave tanto en las empresas como en las instituciones públicas.
A pesar de la recesión de la Covid-19, se estima que este sector crecerá a una media de un 6,2% anual del 2020 al 2023.

- 3
 - **Robótica y automatización**
Aceleración en el uso de robots e internet de las cosas.
La fabricación inteligente alcanzará los 514.300 millones de dólares en el 2027, con un incremento anual compuesto hasta entonces de un 11,8%.
 - **Manufactura digitalizada**
Aumento en valor, velocidad y eficiencia, con interconexiones con otras fábricas o distribuidoras.
 - **Fábricas basadas en datos**
Los datos son un activo valioso y conllevará un gasto creciente en sensores, paneles de control y otros productos para obtenerlos.

- 4
 - **Energías renovables y flexibilidad en cuanto a potencia**
Bajada de energías fósiles y leve subida renovables, que dan más flexibilidad al sistema.
Eficiencia energética para ciudades sostenibles
Los servicios para mejorar la eficiencia energética de los edificios se duplicará de aquí al 2025.
 - **Movilidad más inteligente y más limpia**
Vehículos eléctricos, servicios de transporte compartido y servicios de movilidad inteligente bajo demanda experimentarán un crecimiento anual compuesto de un 19,9% entre 2017-2023.

- 5
 - **Modelos de economía circular**
Opuestos a los modelos lineales (extracción de recursos+fabricación+consumo=vertedero) como son: el producto como servicio (no se compra el producto sino su uso o resultado) o la economía colaborativa o de intercambio... Esta última, perjudicada por las medidas de higiene en la pandemia, de todos modos crecerá al amparo de la digitalización.
 - **Maximizar el uso de recursos**
Concebir los desechos como nuevo material para ahorrar materias primas (un 40% del coste de fabricación). Pej., la reutilización de material médico ha mostrado capacidad de resiliencia durante los confinamientos y se estima que crezca alrededor de un 10% anual en 2020-2025.
 - **Regulación de la economía circular**
Demanda de adaptar la regulación (p.ej., de los residuos para permitir su reutilización) o de más incentivos (impuestos, contratación pública...).
La UE ha lanzado un plan para fomentarla, que espera cree unos 700.000 nuevos puestos de trabajo y aumente un 0,5% el PIB europeo de aquí al 2030.

- 6
 - **Producción sostenible de alimentos**
Modelos circulares podrían reducir un 50% de pesticidas y fertilizantes sintéticos para el 2030 en Europa (en comparación con el 2012) y conllevarían una caída de un 12% del gasto en los hogares y unos mejores productos.
 - **Cadenas de abastecimiento de alimentos locales**
Crecimiento de modelos más cortos de productor a consumidor y de producción periurbana regenerativa.
 - **Enfoque hacia los alimentos de calidad**
Mayor conciencia sobre la seguridad alimentaria y deseo de alimentos más nutritivos.

- 7
 - **Infraestructuras resistentes al cambio climático**
La inversión en ellas formará parte de los planes de recuperación de muchos países, con repercusión en el empleo.



8

Atención sanitaria preventiva

Crecerá hasta los 432.400 mil millones dólares de aquí al 2024 (incluye vacunas, dispositivos de detección, monitoreo y dispositivos inteligentes para reducir errores médicos).

Medicina personalizada

La mayor cantidad de datos y capacidad de proceso llevará a una medicina hiperpersonalizada. Este sector alcanzará los 3,18 billones de dólares el 2025, con un crecimiento anual compuesto de un 10,6%.

Salud digital

Crece el diagnóstico, la consulta y el tratamiento remotos, como parte del emergente mercado de la salud digital (de 103.100 millones de dólares en el 2019 se alcanzarán los 385.800 en el 2025).

9

Relocalización de la producción en el país

Descentralización de la producción.

Cadenas de suministro más inteligentes y móviles

Creerán hasta un valor de 23.800 millones de dólares en el 2024. Reducción del papeleo del comercio internacional.

Cadenas de suministro más diversificadas

Buscar el mejor costo no es el principal objetivo, sino la diversidad y movilidad ante posibles bloqueos.

10

Programas educativos para los jóvenes

Enfocados a la habilidad para culminar proyectos y al uso de conocimientos de modo responsable. Más pensamiento crítico y adaptabilidad, menos memorización.

Aprendizaje y actualización profesional de los trabajadores

De un 30% a un 40% de los empleados en las economías desarrolladas tendrán que cambiar de profesión o someterse a una reeducación completa antes del 2030.

Enseñanza a distancia

Antes de la Covid-19, ya crecía el mercado para la educación en línea, con inversiones globales hasta los 18.660 millones de dólares en el 2019, y se proyectaba que el mercado alcanzaría los 350.000 millones de dólares en el 2025.

11

Crecimiento inclusivo

La Covid-19 ha agudizado la pobreza y la desigualdad. Veremos a las administraciones implementar medidas a favor de mayor bienestar, inclusión y reducción de la desigualdad.

Democracia participativa

Emergencia de nuevos métodos de escrutinio, debate y votación

Lucha contra las noticias falsas y la desinformación

La eclosión de las redes y la desinformación llevará a gobiernos y empresas a proponer medidas.

12

Conocer y entender a los consumidores

Crecimiento marketing digital destinado a construir y fortalecer la relación con el cliente. El software asociado se valoró en 43.800 millones de dólares en el 2019 y se espera que crezca a un 17,4% anual del 2020 al 2027.

Remodelar la propuesta de valor

Las empresas se ven obligadas a innovar. Crecerá el software de inteligencia empresarial para tomar decisiones informadas, un mercado de 24,9 millones de dólares en el 2018, con un crecimiento anual compuesto de un 10,1% del 2019 al 2025.

Ampliar el alcance de los negocios

Diversificación hacia otros sectores cercanos y exploración de oportunidades en nuevos países (en especial entre países de la UE). Un 62% de las empresas están desarrollando sus capacidades de comercio electrónico y un 54% su propia infraestructura de entrega/último kilómetro.

Desarrollar un modelo operativo ágil

Mejoras en la gestión rápida de canales de venta, entre lo global y lo local.

13

Integrar el ecosistema de innovación

Colaboración entre las empresas y los gobiernos, los verdaderos impulsores de los ecosistemas. La innovación abierta (p.ej. en equipos médicos) ha ganado terreno.

Propiedad intelectual

La regulación es un factor que protege la innovación, aunque la Covid-19 ha traído normas más relajadas.

14

Teletrabajo

Aumento de un 30% a un 48% por la pandemia. Crece la tecnología asociada y de recopilación de datos.

Espacio laboral más ágil y seguro

Nuevos espacios adaptados a ir y venir, con nuevas tecnologías facilitadores. Afectación en el diseño de las oficinas, que por otro lado ya experimentan un descenso. La seguridad de la información, la privacidad y el soporte técnico serán clave.

Salud física y bienestar emocional de los empleados

Vendrán nuevas regulaciones y estudios sobre los efectos del teletrabajo. Las empresas aumentarán las medidas facilitadoras para los empleados.

15

Compra on line

El SARS ya condujo a un enorme crecimiento de las plataformas de mercado en línea de empresa a empresa y de empresa a consumidor en China. De manera similar ha pasado ahora en todo el mundo. En marzo 2020 se produjo un crecimiento de un 74% en sectores minoristas respecto a 2019.

Automatización de la entrega segura

Crecimiento de lugares seguros de recogida y de la entrega por robots y drones.

Pagos digitales y sin contacto

Este mercado mundial se valoró en 43.500 millones de dólares en el 2018 y se estima su crecimiento compuesto anual en un 17,6% del 2019 al 2025. El gran impulsor será el teléfono móvil.

Habilitación de espacios seguros

Crece medidas y dispositivos de higiene, limpieza, ventilación...

16

Nueva era del entretenimiento

El mercado global de dispositivos de entretenimiento para el hogar se valoró en 225.000 millones de dólares en el 2018 y se espera que crezca a una tasa compuesta de un 6,3% entre 2019 y 2025. Batalla competitiva entre servicios streaming y plataformas de juego, entre los que destacan los juegos 'deportivos'.

Auge de la cultura del videojuego y los perfiles virtuales.

Visita virtual de lugares y eventos

Fiestas y conciertos on line, visitas virtuales a museos, eventos on line, en detrimento turismo presencial y hostelería.

TENDENCIAS DE CONSUMO EN ESPAÑA

	€	🏠	🔑
SALUD	📈	📈	📈
OCIO/ CONSUMO	📈	📈	📈
TRABAJO/ TRANSPORTE	📈	📈	📈
PERSONA/ HOGAR	📈	📈	📈
SUBE	📈	📈	📈
BAJA	📉	📉	📉
ESTRUCTURALES			
<ul style="list-style-type: none"> Farmacia como centro de salud Autocontrol de la salud Apartamentos medicalizados Seguros privados 	<ul style="list-style-type: none"> E-commerce Uso de efectivo Conveniencia y cercanía Apps (de gimnasio, cocina, hazlo tu mismo) Realidad virtual, aumentada e impresión 3D Bifurcación del ocio (aire libre y en casa) 	<ul style="list-style-type: none"> Teletrabajo Reuniones virtuales Educación on line 	<ul style="list-style-type: none"> Digital Apertura datos personales Casa en las afueras Redes sociales
COYUNTURALES			
<ul style="list-style-type: none"> Obsesión higiénica Distanciamiento social 	<ul style="list-style-type: none"> Local Internacional Sensibilidad al precio 'Last minute' 'Take away' Afinidad con marcas 'seguras' 	<ul style="list-style-type: none"> Modelos de compartir Transporte público Transporte privado Profesiones vocacionales 	<ul style="list-style-type: none"> Ahorro (casa, coche) Inversión (casa, coche) Valores tradicionales (familia, sostenibilidad, naturaleza) Solidaridad (empatía y liderazgo horizontal)





Oportunidad para la Tierra en la era post-Covid

¿Nos ha enseñado algo la pandemia en la lucha contra el cambio climático? ¿Cambiaremos?

Javier Martín-Vide

CATEDRÁTICO DE GEOGRAFÍA FÍSICA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA. ACADÉMICO DE LA REIAL ACADEMIA DE CIÈNCIES I ARTS DE BARCELONA

EL MUNDO QUE NOS HA TOCADO vivir se caracteriza, incluso en una visión somera, por su complejidad, que va más allá del número de humanos que habitamos el planeta, los más de 7.500 millones, aunque también este valor, que recuerda el debate pendiente sobre la capacidad de carga de la Tierra, contribuye a remarcar lo complejo del caso. Si el análisis es más profundo, desde cualquier ámbito del conocimiento, pero especialmente desde las ciencias que permiten aproximaciones integrales y transversales, como en la geografía, lo complejo es categoría en el mundo actual. Complejidad que se manifiesta a cualquier escala, desde la global a la local, desde nuestro hogar en sentido amplio, un planeta de solo 40.000 km de circunferencia, afectado por un consumo de recursos insostenible y por un ingente vertido de residuos, y por la inequidad y la injusticia, hasta nuestros pueblos y ciudades, con sus problemas cotidianos de convivencia, de gestión, de igualdad de oportunidades, de salud pública y de segregación.

La complejidad del mundo actual se visualiza a diario y es estructural. Además, el denso tejido de intereses entre poderes económicos y políticos, fácticos o reales, entre regiones y países, sectores socioeconómicos, clases y grupos sociales, comunidades, etcétera, se complica por la aceleración

de los tiempos que corren. Si hace una década nos asombrábamos por la crisis económica, las revoluciones en los países árabes o el movimiento de los indignados, imprevistos ni con apenas unas semanas de antelación o, por lo menos, inimaginables en su magnitud, hoy la pandemia de la Covid-19 ha arrasado, incontenible hasta la fecha, vidas y economías. El mundo anda acelerado, con futuros imprevisibles incluso a muy corto plazo, un mundo, en fin, complejo e incierto, con pocos rincones ajenos a la vorágine, desconcertante incluso para los analistas más preclaros.

Entre los problemas del mundo actual hay coincidencia en señalar –si se exceptúan visiones ancladas en el pasado o ejercicios conspirativos o negacionistas– el cambio climático como uno de los más sustantivos y de más difícil solución, aunque, paradójicamente, su diagnóstico y su remedio sean conocidos. Se ha hablado incluso, con buen criterio, que la gran pandemia post-Covid-19 será el cambio climático. La realidad del calentamiento global, que es la manifestación más clara del cambio climático actual, no se discute en ciencia. La ingente cantidad de datos meteorológicos registrados en superficie, así como otros procedentes de satélites e indicadores naturales, dibujan un planeta más cálido que cuarenta años atrás. El calentamiento es, además, global, afecta al planeta en conjunto y a todas sus regiones, pero desigual, siendo la cuenca del Ártico la más afectada. Tales

son las evidencias que en los círculos negacionistas, cada vez más reducidos, pero agresivos al amparo del anonimato que permite las redes sociales, se llega a reconocer que la temperatura del planeta ha aumentado, aunque no se acepta que la causa de ello sea antrópica.

La causa del calentamiento global radica fundamentalmente en el enorme volumen de gases de efecto invernadero inyectado en la atmósfera desde la revolución industrial. Si el efecto invernadero natural de la Tierra produce una temperatura media en superficie cercana a los 15°C, que, con su rango de variación, resulta *confortable* para los humanos y la mayoría de los seres vivos, el plus de gases de efecto invernadero inyectado artificialmente aumenta esa temperatura progresivamente, algo que ya sabían algunos químicos, como Arrhenius (1859-1927), hace un siglo. Ese gran volumen de gases de efecto invernadero añadido a la atmósfera, las llamadas *emisiones de gases de efecto invernadero*, que siguen aumentando año tras año, proceden principalmente de la quema o combustión de los combustibles fósiles, carbón, petróleo y gas natural, hidrocarburos que han sido una fuente, en un principio barata y abundante, de energía para los procesos industriales, el transporte, la iluminación, la energía en el hogar, la calefacción y la refrigeración, etcétera. Su combustión y su consunción, porque son una fuente energética no renovable, conllevan la emisión de CO₂, un gas relativamente inocuo, el de las burbujas de una bebida carbónica, pero con efecto invernadero. El sistema natural es capaz de absorber una cantidad notable de nuestras emisiones, en particular la vegetación (recuérdese que las plantas verdes, mediante la fotosíntesis, capturan CO₂ de la atmósfera y agua del suelo y, en presencia de energía lumínica, son capaces de generar su propia biomasa). Otra parte de las emisiones del citado gas son absorbidas por los océanos, en una reacción química reversible entre carbonatos y bicarbonatos. Por tanto, hay dos sumideros naturales del CO₂: la vegetación y el océano. Si se observa desde hace ya bastantes décadas que la concentración de este gas en la atmósfera está aumentando

sin pausa, hay que concluir que los citados sumideros son incapaces de absorber la ingente cantidad emitida. A parte del citado gas, hay otros, como el metano y el óxido nítrico, fruto de cambios en los usos del suelo y procesos agrarios e industriales, que refuerzan también el efecto invernadero. La diagnosis, pues, está clara.

El confinamiento de gran parte de la humanidad en la primavera boreal del 2020 paralizó industrias, transporte y servicios de todo tipo, reduciendo en muchos países la actividad económica a la esencial, la que provee y distribuye alimentos y medicinas, y el mantenimiento básico de servicios e infraestructuras, al margen de los servicios de salud y la Administración principal. Esto produjo una inmediata caída de los niveles de contaminación atmosférica de las áreas urbanas e industriales, así como a lo largo de las principales vías de comunicación por carretera. Particularmente, en las ciudades la mejora de la calidad del aire fue espectacular. Las inéditas imágenes de animales salvajes circulando por las calles de algunas ciudades, junto con el aire libre de contaminantes, parecían devolver a la naturaleza el medio más artificial y antropizado. Como contrapunto a la catástrofe sanitaria, a las neumonías que comprometían muy seriamente, y a menudo con final fatal, la función pulmonar de los pacientes en las ucis de los hospitales, quienes mantenían la salud intacta podían respirar un aire libre de partículas y gases nocivos desde las ventanas de sus hogares. Al aire respirable de las urbes se unió la mejora en la visibilidad, lo que permitió apreciar con nitidez el entorno de las urbes y recordar que realmente la ciudad estaba rodeada, en alguna medida, de espacios naturales.

La pandemia del coronavirus nos ha enseñado que el mundo es frágil, sujeto a la teoría del caos, por la que un suceso presuntamente mínimo puede bruscamente desencadenar efectos de una magnitud

inimaginable. Nos ha mostrado a las claras que la humanidad tiene unos límites ceñidos, que la solidaridad es una de las principales armas ante una adversidad semejante y que no hay fronteras, que es casi imposible aislarse en un planeta hiperconectado, aunque el aislamiento y el confinamiento hayan sido las estrategias más efectivas para rebajar la incidencia de la enfermedad. La pandemia nos ha

El coronavirus nos ha enseñado que el mundo es frágil, sujeto a la teoría del caos, por la que un suceso mínimo puede desencadenar efectos de una magnitud inimaginable, y que no es posible aislarse en un planeta hiperconectado

mostrado que la solidaridad es una de las principales armas ante una adversidad semejante, a todas las escalas, desde la planetaria y la supranacional hasta la del vecindario. Vivimos juntos –convivimos– en el mismo planeta, que no es simplemente coexistir, y, además, con otros seres vivos, muchos de ellos con la espada de Damocles de la extinción.

El virus será derrotado, la pandemia llegará a su final, pero asomará, por si lo hubiéramos olvidado, una pandemia de mayor calado, que lleva ya varias décadas activa, sin un final previsible, aparentemente menos

lesiva que el coronavirus, a la que nos enfrentamos sin mascarilla protectora, la *pandemia* del cambio climático no reconocida en círculos negacionistas, con dudosos objetivos, y en otros conspirativos, con visiones fuera de toda razón. La ciencia, con el método científico, esto es, el que procede con la observación sistemática, la medición rigurosa, el planteamiento de hipótesis, la experimentación repetida cuantas veces haga falta, la obtención de unos resultados y, con ellos, la aceptación o el rechazo de las hipótesis de partida, etcétera, hace tiempo que mostró de forma concluyente que el calentamiento es inequívoco y que, con el nivel de confianza que se exige en ciencia, los humanos tenemos la principal participación en el calentamiento actual.

Es cierto que las emisiones de los gases de efecto invernadero se redujeron también drásticamente durante el confinamiento, lo que tendrá su efecto

positivo en el balance anual de emisiones del 2020. La máxima reducción se produjo a mediados de abril, cuando las emisiones de CO₂ quedaron cerca de un 30% bajo las normales, así como las de otros gases contaminantes (P.M. Forster *et al*, en *Nature Climate Change*, 2020) (ver gráfico). Tras este mínimo las emisiones se fueron recuperando a la par que la actividad socioeconómica. Con una evolución incierta del coronavirus y unas medidas para su control de diverso calado según los países y regiones en cuanto al ámbito productivo a finales de 2020, sin duda la curva de evolución de las emisiones anuales de CO₂ mostrará una muesca en la tendencia creciente. La reducción puede ser de un 7% (Le Quéré *et al*, *Nature Climate Change*, 2020), lo que supondría solo unas décimas de partes por millón (ppm) de ahorro en la concentración del citado gas, del todo insuficiente para detener el calentamiento. Esta concentración era de 411,29 ppm en el pasado mes de septiembre, cerca de 3 ppm más que en septiembre de 2019.

Se trata ahora de evitar que la recuperación de la actividad económica, cuando la pandemia lo permita, vuelva a situar las

actual como una gran oportunidad para llevar a buen puerto un plan de recuperación económico, social y ambiental sostenible y justo; integrando de forma equilibrada las ventajas del teletrabajo, que ahorra desplazamientos; cambiando los hábitos cotidianos consumistas por otros moderados y ahorro; reforzando los servicios públicos, la maltratada sanidad en primer lugar; optimizando e invirtiendo los recursos puestos para la recuperación en modos de producción limpios, en estímulos para el fomento decidido de una transición energética ineludible, renunciando definitivamente a los combustibles fósiles. No podemos volver a la vieja normalidad, ansiada en los momentos más duros de la pandemia, ni al espejismo de la llamada *nueva normalidad*, sino a lo que debería ser una auténtica nueva normalidad, la de un planeta, un país y unas ciudades y pueblos empeñados en el verdadero progreso, el solidario y sostenible.

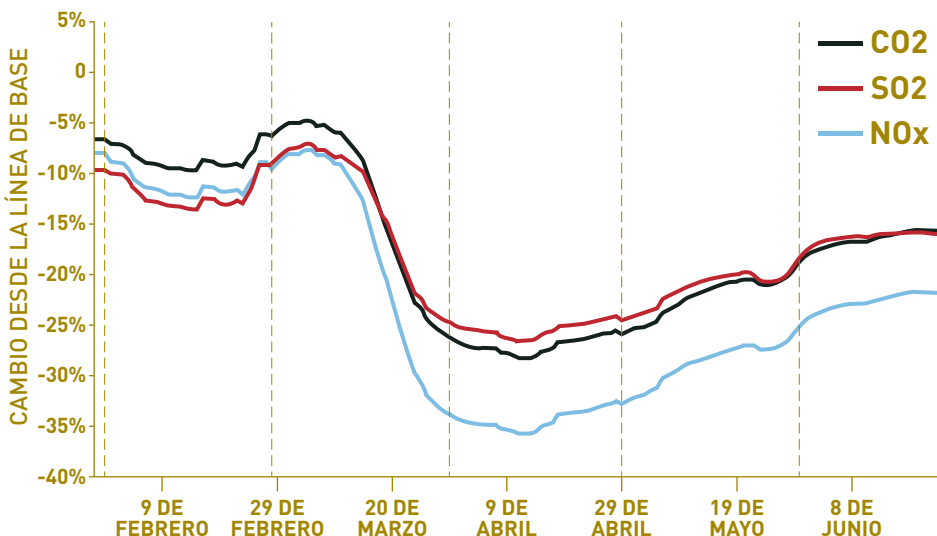
El acuerdo de París de diciembre del 2015 concluyó en que no se puede apostar más por los combustibles fósiles. La ciencia del cambio climático nos advierte de que

posible, hay que limitar el calentamiento a 1,5°C. Nos acercamos a este umbral, porque la temperatura media global del aire en superficie ha rebasado ya un grado centígrado neto (entre 1,1°C y 1,2°C). Nos queda poco tiempo para evitar lo peor. La tragedia del coronavirus podría, paradójicamente, servir para detener la *pandemia* del cambio climático, eso sí, solo con toda la voluntad política posible, el máximo empeño ciudadano, la solidaridad entre los pueblos, la ayuda de la tecnología y el conocimiento científico. Volver a la vieja normalidad, la de hace poco más de medio año, es condenar al planeta a que se acerque al umbral crítico de 2°C (el 1,5°C muy probablemente se alcanzará antes de llegar a mediados de siglo).

Lo anterior tendría también un efecto positivo local casi inmediato en la calidad del aire de las ciudades, que cada año, de un modo silente, se lleva muchas vidas. La Organización Mundial de la Salud estima que “cerca de siete millones de personas mueren cada año por la exposición a las partículas finas contenidas en el aire contaminado, las cuales penetran profundamente en los pulmones y el sistema cardiovascular y provocan enfermedades como accidentes cerebrovasculares, cardiopatías, cáncer de pulmón, neumo patía obstructiva crónica e infecciones respiratorias, por ejemplo, neumonía”. Se incluye en la anterior estimación también a los afectados por aire contaminado en el interior de sus propias viviendas.

El rastro de desgracias de la Covid-19 nos ha abierto un resquicio de oportunidad para el cambio. Su carácter de pandemia nos invita a repensar de nuevo globalmente nuestra relación con el planeta, mellado en gran parte de su superficie y del aire que la recubre. Y con urgencia, porque el tiempo para revertir las cosas se acorta. Ha transcurrido ya un lustro del acuerdo de París, de diciembre del 2015, esperanzador en su resultado, que sintéticamente podría resumirse en que no apostaríamos más por los combustibles fósiles, aunque seguimos, mayoritariamente, llenando los depósitos de nuestros automóviles con gasolina y gasoil, como imagen, entre otras muchas, de que el mundo no ha cambiado sustancialmente desde entonces.

GRÁFICO 1
VARIACIÓN PORCENTUAL DE LAS EMISIONES DE CO₂, SO₂ Y NO_x ENTRE FEBRERO Y JUNIO DEL 2020



Fuente: P.M. Forster 'et al', en 'Nature Climate Change', 2020.

emisiones de CO₂ en unos niveles similares a los previos. Es decir, hay que intentar por todos los medios que Administración, empresas, trabajadores y todos los agentes económicos y sociales asuman la situación

llegar a los 2°C de aumento de la temperatura respecto al período preindustrial, o, más concretamente, a las últimas décadas del siglo XIX, conllevaría efectos muy negativos, algunos irreversibles. Y a ser

Yuval Harari

“Hay que controlar
qué hacen los políticos
en la crisis del coronavirus”

El pensador cree que hoy se están realizando grandes experimentos sociales
y que las decisiones actuales marcarán profundamente el futuro



Fèlix Badia

PERIODISTA DE 'LA VANGUARDIA'

La expansión de la epidemia y la inestabilidad política y económica derivadas de ella han llevado a la humanidad a uno de esos momentos en que la historia se acelera y entra en un momento crítico de cambio, afirma el historiador y filósofo Yuval Noah Harari (Kyriat Atta, Israel, 1976) en esta entrevista concedida vía correo electrónico.

El autor de libros como *Sapiens: de animales a dioses* o, el último de ellos, *21 lecciones para el siglo XXI* (Debate), y de influyentes artículos sobre la repercusión del coronavirus, cree que los gobiernos están tomando decisiones que marcarán el futuro inmediato de la humanidad, y que la ciudadanía ha de presionar y controlar a sus gobernantes. Y debe hacerlo ya.

• ¿Cómo será el mundo el día después del coronavirus?

Somos nosotros quien tenemos que decidirlo. La actual pandemia no nos empuja hacia un futuro de forma determinista; es más, nos obliga a hacer muchas elecciones. Y elecciones diferentes darán forma a futuros diferentes.

• Usted ha dicho que las sociedades futuras dependerán de las decisiones que tomemos ahora. ¿Estamos, pues, en un momento crítico de cambio para la humanidad?

Sí. La historia se está acelerando: el viejo libro de reglas está quedando hecho trizas y el nuevo se está todavía escribiendo. Hemos entrado en un momento muy fluido históricamente. Estamos llevando a cabo inmensos experimentos sociales con centenares de millones de personas: industrias enteras han pasado a trabajar desde casa; universidades y escuelas han pasado a la enseñanza on line; los gobiernos están inyectando billones en la economía y considerando aspectos como la renta básica universal.

Ambos, gobiernos y personas individuales, están intentando hacer cosas que

hace unos pocos meses hubieran sonado totalmente imposibles. En los pasillos del poder se oyen ideas locas. Pero esta ventana de fluidez es corta. Pronto un nuevo orden emergerá y se solidificará, y, por tanto, el momento de influir en la dirección de la historia es este.

• En estos momentos en que, como usted decía, la humanidad debe hacer elecciones, ¿qué alternativas se nos plantean?

Nos enfrentamos a muchas. ¿Apoyaría la gente el ascenso de dictadores, o insistiría en que esta emergencia se gestionara de un modo democrático? Cuando los gobiernos gastan millones para ayudar a negocios arruinados ¿salvarán a las grandes corporaciones o a los pequeños negocios familiares? ¿Los países se ayudarán unos a otros en un espíritu de solidaridad global o continuarán con una política egoísta y aislacionista?

Estoy de acuerdo con lo que escribí recientemente el presidente del Gobierno español, en el sentido de que esta crisis es una prueba de vida o muerte para la Unión Europea. Si sus países se ayudan entre sí y tienen una política común para detener la epidemia y rescatar la economía, la Unión saldrá de esta mucho más fuerte. Pero si cada país desarrolla su estrategia por su lado, eso puede llevar probablemente a la desintegración de la UE.

• Se han tomado y se están tomando decisiones a gran distancia de la gente. ¿Qué pueden hacer los ciudadanos al respecto?

Tenemos que estar alerta porque esta crisis no es sólo sanitaria, sino también política. Los medios de comunicación y los ciudadanos no deberían dejarse distraer totalmente con la epidemia. Naturalmente es importante seguir las últimas noticias sobre la enfermedad en sí –¿cuánta gente ha muerto hoy? ¿cuánta gente se ha infectado?–, pero es igualmente importante poner el foco en la política y presionar a los políticos para que hagan lo correcto.

Los ciudadanos también deberían meter presión a los políticos para que actúen con un espíritu de solidaridad global; para que cooperen con otros países más que culparlos; para distribuir los fondos de forma justa; para preservar los controles y los equilibrios democráticos incluso en una emergencia.

El momento de hacerlo es ahora. Sea quien sea a quien elijamos para gobernar en los próximos años no tendrá la capacidad para revertir las decisiones que se están tomando ahora. Si usted se convierte en presidente del gobierno en el 2021, es como llegar a una fiesta cuando casi ha terminado y lo único que se puede hacer es lavar los platos.

Si usted se convierte en presidente del gobierno en el 2021, descubrirá que el gobierno anterior ha distribuido decenas de millares de euros –y que usted tiene una montaña de deuda que devolver–, que el gobierno anterior ha reestructurado el mercado laboral –y que usted no puede empezar de nuevo de cero–, que el gobierno anterior ya ha introducido nuevos sistemas de vigilancia –y que no pueden ser anulados de un día para otro–. Por tanto, no esperemos hasta el 2021. Controlemos lo que los políticos están haciendo en este preciso momento.

• ¿Cómo de importante es la cooperación internacional en la situación actual y, sobre todo, es esa cooperación posible?

Sin liderazgo global, los países no pueden confiar en la información que reciben de los otros. Y esta información es nuestro activo más importante en esta crisis. La gran ventaja de los humanos en comparación con los virus es que nosotros podemos comparar de una manera que los virus no pueden.

Un virus en Corea no puede aconsejar a un virus en España sobre cómo infectar a gente, pero lo que un médico descubre en Corea por la mañana puede salvar vidas en España por la tarde. El Gobierno español afronta dilemas que el Gobierno coreano afrontó hace un mes y puede pedir consejo. ¿Por qué repetir los mismos errores que otros

gobiernos hicieron en el pasado? Y cuando, en un mes, Argentina vuelva a enfrentarse a un dilema similar, España puede ayudar.

• ¿Y respecto a la economía?

El liderazgo global es también vital para la producción y distribución de equipos médicos, como ventiladores, tests, mascarillas y guantes. En estos momentos, los países están compitiendo entre sí, de manera que la producción es ineficiente y la distribución es injusta. Necesitamos un acuerdo global para racionalizar la producción y para asegurarnos de que los equipos vayan a los países que más lo necesitan, en lugar de que vayan a los países que pueden pagar más.

El liderazgo también es necesario en el terreno económico. A menos que tengamos un plan de acción glo-

bal, muchos países pueden colapsar completamente. Países ricos como Estados Unidos, Alemania o Japón probablemente estarán bien, pero ¿cómo podrán gestionar la crisis países como Ecuador, Egipto o Bangladesh?

• ¿Y cómo se logra la coordinación?

No soy un político y no sé cómo unir a los líderes mundiales y acordar un plan de acción global. Espero que los medios de comunicación y los ciudadanos en países diferentes presionarán a los gobiernos para que piensen globalmente acerca de esto, y para que actúen con un espíritu de solidaridad global. Tenemos que recordarnos cada uno constantemente que mientras la epidemia se expanda en un país, todos los países están en riesgo. Y si algunos países quiebran, los resultantes caos, violencia y olas de inmigración desestabilizarán a todo el mundo.

• La información, en la actual situación, es muy importante, pero ¿tenemos poca o demasiada?

La información es nuestro activo más importante. No se puede hacer nada sin información. Incluso las cuarentenas y confinamientos están basados en información de buena calidad. Si usted no comprende cómo se contagia la enfermedad, ¿cómo puede confinar personas contra ella?

Por ejemplo, el aislamiento contra el sida es muy diferente del aislamiento contra la Covid-19. Para aislarse contra el sida, hay que usar

preservativo, pero no hay problema al hablar cara a cara con una persona con VIH, darle la mano o abrazarle. La Covid-19 es distinta.

Para saber cómo aislarse de una epidemia concreta, primero se necesita información fiable sobre qué la causa. ¿Es un virus o una bacteria? ¿Se transmite a través de los fluidos o la respiración? ¿Pone en peligro a los pequeños o a los de mayor edad? ¿Hay sólo una cepa del virus o hay varias mutaciones?

Entender todo esto es importante no solo para los gobiernos, sino también para los ciudadanos. Esta es la razón por la que es tan impor-

tante dar una buena educación científica en la escuela a todos los ciudadanos. En la crisis actual, si alguien trata de convencerle de una teoría de la conspiración sobre el origen y expansión de la Co-

vid-19, pídale primero que le explique qué es un virus y cómo este causa la enfermedad. Si no tiene idea, no confíe en esa teoría. Tener un doctorado no es obligatorio, pero saber un poco de biología básica sí que es necesario.

“Nuestros mayores enemigos en esta crisis no son los virus, sino nuestros demonios internos: el odio, la codicia y la ignorancia”

• ¿Es optimista o pesimista?

No puedo predecir el futuro, solo puedo intentar influir en las decisiones que se toman en el presente. En última instancia, creo que nuestros mayores enemigos en esta crisis no son los virus. Nuestros mayores enemigos son nuestros demonios internos: el odio, la codicia y la ignorancia. Si la gente responsabiliza de la epidemia a los extranjeros y a las minorías; si los negocios codiciosos sólo se preocupan por sus beneficios; y si creemos en toda clase de teorías de la conspiración, será mucho más difícil vencer a esta epidemia y viviremos en un mundo envenenado por el odio, la codicia y la ignorancia.

Por otro lado, si en este momento de crisis mostramos solidaridad con otra gente de todo el mundo; si ayudamos generosamente a los más necesitados; si fortalecemos nuestra confianza en la ciencia y en medios de comunicación responsables, será mucho más fácil vencer a esta epidemia, y finalmente viviremos en un mundo mucho mejor.

• Entrevista publicada en *La Vanguardia* el 19/IV/2020

Foto: NurPhoto / Getty

¿Pueden las potencias medias salvar el orden multilateral?

Bruce Jones

INVESTIGADOR PRINCIPAL Y DIRECTOR DEL PROYECTO SOBRE ORDEN INTERNACIONAL Y ESTRATEGIA DE LA INSTITUCIÓN BROOKINGS, DONDE TAMBIÉN TRABAJA CON EL CENTRO DE ESTUDIOS POLÍTICOS DE ASIA ORIENTAL.

Entre las diversas formas en que el año 2020 ha causado decepción y desesperación, ninguna ha sido tan perjudicial como constatar que Estados Unidos y China (los dos países más poderosos del mundo) no se enfrentaban al estallido de una pandemia mundial con esfuerzos concertados en el intercambio de información, el tratamiento y el desarrollo de vacunas, sino con la negación, la hostilidad, la acusación y un esfuerzo inútil por utilizar la enfermedad como una oportunidad para la competencia diplomática. El espectáculo de ver al Gobierno de Trump haciendo un despliegue de anticiencia, incompetencia y antiooperación ha hecho más por erosionar el prestigio diplomático de Estados Unidos que cualquier otra actuación desde el comienzo de la guerra de Irak. China, tras obrar torpemente en relación con las primeras

El despliegue de anticiencia, incompetencia y antiooperación del Gobierno Trump ha erosionado más el prestigio de EE.UU. que cualquier otra actuación desde el inicio de la guerra de Irak

comunicaciones en torno a la Covid-19, enseguida se recuperó por lo que hace a su respuesta interna y podría haberse beneficiado de la disfunción estadounidense. En cambio, mostró sus verdaderas intenciones emprendiendo una agresiva campaña diplomática a lo *guerrero lobo* (el equivalente chino a Rambo). Una medida del terreno perdido por parte de China: aunque su sistema científico-militar ha sido el primero en asegurar que posee una vacuna, no tiene ningún comprador internacional.

Los aliados internacionales se mantuvieron a la espera de un rechazo popular al detestable Gobierno del presidente Trump en las elecciones del 3 de noviembre. Aunque el vencedor ha sido Biden, el liderazgo mundial de Estados Unidos tardará en reconstruirse y se verá limitado por dos realidades. Una: hay un escaso apoyo interno al tipo de amplio multilateralismo que la mayoría de los europeos desearía ver en la estrategia estadounidense. Dos: la rivalidad entre Estados Unidos y China (o, en el mejor

de los casos, su competencia estratégica) está ya integrada en la política exterior estadounidense, al margen de quién ocupe la Casa Blanca, y en la estructura de los asuntos internacionales.

Si la rivalidad entre Estados Unidos y China constituye hoy el hecho organizador central de los asuntos internacionales, el resto de Occidente, y el resto del mundo, se encuentra muy expuesto a las consecuencias. Las potencias medias, deseosas de ver un restablecimiento del orden multilateral, tendrán que esforzarse para dar una respuesta.

Este riesgo toma tres formas. Primero, es probable que haya consecuencias directas de la rivalidad en forma de intensa presión diplomática sobre los capitales ya sea por parte de Washington o de Beijing, o de ambos, para que los otros países se amolden a sus preferencias: sobre el 5G, Nord Stream, acuerdos comerciales, Irán y otros asuntos. Lejos de un acuerdo G-2 temido por muchos europeos en el que Beijing y Washington tomarían las decisiones y esperarían su cumplimiento por parte de los demás, Europa y el resto del mundo se enfrentan a la peor perspectiva de hallarse comprimidos entre dos grandes potencias rivales.

En segundo lugar, existe un riesgo creciente de que la rivalidad entre Estados Unidos y China

provoque el debilitamiento de algunos elementos de la globalización. Hasta ahora no hemos visto que el sector privado empiece a hacer el tipo de movimientos inversores que marcaría la magnitud del debilitamiento indicado por algunos en Washington y Beijing; pero existe sin duda una presión creciente para una desglobalización, al menos parcial. Si se gestiona sin tropiezos, el resultado podría ser una mayor resiliencia y unas pérdidas económicas limitadas; pero no es probable que se gestione sin tropiezos.

En tercer lugar, y lo más grave: casi todos los rincones del planeta dependen hoy en gran medida de la producción y la gestión de los bienes públicos mundiales. El concepto de *bienes públicos mundiales* resulta todavía poco conocido en el discurso público, pero una buena parte de la vida internacional depende de ellos. Se entiende con mayor facilidad aludiendo a sus opuestos, los *males públicos mundiales*: el inquietante cambio climático, la enfermedad pandémica, las crisis financieras. La coordinación de la política internacional para gestionar el cambio climático, la prevención o la respuesta a las enfermedades infecciosas, la prevención de las crisis financieras y el modo de recuperarse de ellas... tal es el cometido de la pro-

ducción y gestión de bienes públicos mundiales. Requieren una amplia coordinación de políticas, finanzas e instituciones en el plano internacional. En las últimas décadas, la principal forma en que se han producido los bienes públicos mundiales ha sido siguiendo la iniciativa del actor más poderoso del sistema internacional, Estados Unidos, que ha actuado ya sea de forma independiente (por ejemplo, para contener las consecuencias de la crisis financiera mexicana; aportando capacidad a las respuestas mundiales, como la forma en que los centros de control y prevención de enfermedades de Estados Unidos dirigieron la respuesta a cada brote importante de enfermedades infecciosas, como en el caso del brote de ébola en el África occidental) o bien uniendo las instituciones necesarias para llevar a cabo una acción colectiva (por ejemplo, en la creación del Foro de Grandes Emisores para impulsar soluciones de energía limpia, y del G-20 para responder a la crisis financiera mundial).

La paz de las grandes potencias, el buen funcionamiento de la globalización y la producción de bienes públicos mundiales quedan en entredicho por el rápido deterioro de las relaciones entre las grandes potencias. En este aspecto, la situación a la que nos enfrentamos es distinta a la de la guerra fría, ya que ni siquiera en su momento de mayor apogeo la Unión Soviética gozó nunca de nada parecido a la influencia económica e institucional mundial de la que goza hoy China.

La pregunta, entonces, es ¿quién puede ayudar?

Una respuesta es las instituciones y los acuerdos multilaterales. Sin embargo, a las instituciones multilaterales hay que crearlas, dirigir las y animarlas: son el reflejo del poder y la política estatales, no su productor. Si Estados Unidos no regresa a una política de dirigir el orden multilateral, y China no está capacitada para la tarea, ¿quién más puede actuar?

La crisis en curso de la Covid-19 ofrece un atisbo de respuesta. Desde el comienzo de la crisis, las potencias medias han desempeñado un papel crucial a la hora de reaccionar frente a ella. Es cierto en relación a sus propias respuestas internas: Japón, Corea del Sur, Singapur, Canadá, Nueva Zelanda y Alemania han organizado algunas de las mejores respuestas del mundo. Ahora bien, no se trata solo de eso, sino que además han intervenido de forma decisiva en la gestión de importantes aspectos de la respuesta internacional. Y tanto más por cuanto que el Gobierno de Trump, extraña y confusamente, decidió retirarse de la Organiza-

ción Mundial de la Salud (OMS) en el punto álgido de la crisis.

Las potencias medias han asumido varios roles. El Reino Unido asumió el papel de dirigir la Cumbre de Respuesta Global al Coronavirus con objeto de recaudar fondos para el desarrollo de una vacuna. Esa cumbre fue presidida por el presidente de la Comisión Europea y recaudó 7.400 millones de euros como esfuerzo de respuesta. Del mismo modo, el Reino Unido, los Países Bajos y Suecia tomaron la iniciativa en el apoyo a los esfuerzos del Banco Mundial para desplegar más de 14.000 millones de dólares en financiación de emergencia destinada a los países en desarrollo más afectados. El 4 de junio, el Reino Unido, el mayor donante de la Alianza para la Vacunación (GAVI), organizó una conferencia de reposición de fondos para la organización que logró recaudar otros 8.800 millones de dólares. De modo fundamental, la conferencia reservó 3.600 millones para proporcionar vacunas gratuitas a los países que no pueden permitirse inmunizar a su población. Suecia y España convocaron conjuntamente una videoreunión de ministros de Asuntos Exteriores de todas las regiones del planeta para ayudar a coordinar la producción de la vacuna. Canadá encabezó el esfuerzo por organizar excepciones humanitarias y sanitarias a los cierres de fronteras que amenazaban con impedir la distribución vital de equipos sanitarios y de protección personal. Y, en otro tipo de papel, Australia ayudó a negociar un resultado crucial en la Asamblea Mundial de la Salud y generó un amplio apoyo a su propuesta de investigación de las fuentes de la pandemia. Fue un movimiento que sirvió para dos propósitos: avanzar en nuestro conocimiento sobre la evolución de esa enfermedad mortal y desmontar algunos de los aspectos más politizados de la batalla de relaciones públicas entablada por Estados Unidos y China en torno a la Covid-19. Tal vez lo más importante sea que Noruega y Suiza, junto con la OMS, han asumido la dirección de la coordinación de tratamientos avanzados y ensayos de vacunas (el Programa de Solidaridad de la OMS).

No es la primera vez tras la guerra fría que las potencias medias desempeñan un papel crítico en el desarrollo o la salvaguardia de la arquitectura internacional necesaria para la cooperación. En la década de 1990, fueron Suecia y Gran Bretaña quienes encabezaron la tarea de crear la moderna arquitectura humanitaria de las Naciones Unidas que en años posteriores ha sido la responsable de salvar millones de vidas y apoyar a decenas de millones en decenas de crisis. Fue Canadá quien

se encargó de la diplomacia inicial que condujo a la creación del Tribunal Penal Internacional y de la noción de “responsabilidad de proteger”. Fue Australia quien encabezó el esfuerzo (por encima de la oposición inicial de Estados Unidos) para crear una Convención sobre Armas Químicas. Más recientemente, Japón ha abierto el camino para la creación de un Tratado Integral y Progresivo de Asociación Transpacífico (TPP-11) con el que llenar el vacío dejado por la salida de Estados Unidos de la Asociación Transpacífica.

¿Qué hace falta para que las potencias medias desempeñen ya un papel efectivo en los asuntos internacionales?

El terreno más evidente para la acción de las potencias medias es la defensa y la articulación de las instituciones necesarias para la producción y la gestión de los bienes públicos mundiales. A partir de sus respuestas clave durante la Covid-19, las potencias medias podrían, trabajando juntas, tomar la iniciativa para impulsar la rendición de cuentas, la reforma, la creación de capacidades y la financiación suficiente de la OMS y las instituciones auxiliares de salud pública mundial; es decir, hacer el trabajo necesario para reducir el riesgo de que la próxima gran epidemia se transforme en pandemia. Pueden actuar como pioneras tanto en el modelo industrial como en la diplomacia internacional para el cambio climático. Pueden invertir en el capital humano, los acuerdos institucionales y la circulación de conocimientos necesarios para prevenir las crisis financieras. En última instancia, no pueden evitar, por supuesto, que se produzcan males públicos mundiales sin la participación de los dos mayores actores de los asuntos mundiales, Estados Unidos y China; pero sí pueden garantizar la vitalidad y la resiliencia de los principales acuerdos e instituciones internacionales que contribuirán a hacer viable esa participación.

Varias potencias medias (en particular, Alemania, Canadá y Japón) también están bien situadas para dirigir los esfuerzos encaminados a reconceptualizar la globalización contemporánea: elaborar los modelos analíticos, los sistemas de capacitación y los incentivos a la inversión necesarios para generar una globalización más equitativa y con mayor capacidad de recuperación. Una vez más, ese empeño tiene límites: en tanto que mayor mercado del mundo, si Estados Unidos opta por seguir el camino de la desvinculación total de China, habrá límites muy claros a la capacidad de las potencias medias para limitar el daño. Sin

embargo, la aparición de nuevos modelos puede frenar el impulso hacia esa desglobalización más destructiva.

Por último, pero no por ello menos importante, las potencias medias pueden invertir en el tipo de diplomacia, acuerdos de defensa y sistemas de desarrollo susceptibles de limitar el daño de la rivalidad entre Estados Unidos y China. Eso debería producirse de dos maneras. Una es limitar la expansión de la influencia china en su periferia y más allá de ella. Es importante señalar que todas las potencias medias del mundo (las mencionadas anteriormente y otras potencias clave como la India) ven la creciente influencia de China como un serio desafío. Muchas de ellas son aliadas de Estados Unidos, algunas son socias y otras no alineadas; pero todas ellas tienen interés en atenuar la creciente influencia china. Podrían coordinarse mejor entre sí y con Estados Unidos para proteger el espacio para los intereses occidentales y los valores liberales en aquellos países en los que China está utilizando la política tradicional y también la no tradicional para ejercer su influencia. En segundo lugar, las potencias intermedias podrían ejercer una diplomacia discreta para frenar una escalada entre Beijing y Washington cuando los inevitables accidentes e incidentes se conviertan en crisis y amenacen con descontrolarse. Existe una larga tradición diplomática por parte de las potencias medias desde la guerra fría, cuando capitales como Ottawa y Berna utilizaron sus relaciones en Washington y Moscú para ayudar a que esos dos rivales forjaran acuerdos de desescalada y entendimiento. Es hora de reinventar esa historia.

Pretender que las potencias intermedias limiten los riesgos de una guerra entre grandes potencias, encuentren nuevos modelos de globalización y defiendan el espacio de los bienes públicos mundiales es a la vez ambicioso y una política *de segunda mejor opción*. La mejor sería, con creces, un retorno duradero de Estados Unidos al liderazgo del orden multilateral. Puede que todavía veamos esa articulación tras las elecciones del 2020; pero muchos países se preguntarán hasta qué punto será duradera. El sector populista, el sector antimultilateralista y el sector aislacionista del espectro político estadounidense no desaparecerán solo porque Donald Trump abandone la Casa Blanca. Por lo tanto, las inversiones de las potencias medias pueden ser nuestra mejor esperanza; en el caso ideal, respaldadas por el compromiso estadounidense y quizás a veces por la participación china, pero no plenamente impulsadas por ninguno de esos dos poderosos rivales.

Potencias medias como Japón, Corea del Sur, Singapur, Canadá, Nueva Zelanda y Alemania han organizado algunas de las mejores respuestas del mundo a la crisis de la Covid-19



Autocracias y populismo en los nuevos tiempos

Joshua Kurlantzick

INVESTIGADOR PRINCIPAL PARA EL SUDESTE ASIÁTICO
EN EL CONSEJO DE RELACIONES EXTERIORES (CFR).



E **L DICTADOR AZERÍ ILHAM ALIYEV ES** un astuto superviviente. Corteja las democracias europeas con las exportaciones de gas, organiza el festival de Eurovisión y gana cien millones de dólares en ofertas de ayuda militar estadounidense. Esos éxitos son aun más notables si consideramos que encarcela regularmente a políticos y reporteros. Y ahora ha visto una nueva oportunidad para consolidar su Gobierno. Utiliza la amenaza del coronavirus para reprimir a grupos opositores y medios independientes. Ha cerrado la oficina de un grupo disidente alegando que no se podían permitir “reuniones masivas”. Había cuatro personas.

Aliyev no es ni mucho menos un personaje único. A medida que el coronavirus se ha ido extendiendo por el planeta, la mayoría de los países ha tomado medidas drásticas para mantener la tasa de infección controlada y evitar el desbordamiento de hospitales y trabajadores sanitarios. Son muchos (entre ellos, las democracias liberales) los que han decretado confinamientos. Algunos de los que han tenido más éxito en la lucha contra el coronavirus (como Corea del Sur y Nueva Zelanda) han seguido de cerca las interacciones de las personas infectadas gracias a la obtención de datos sobre los ciudadanos. En mu-

Un contagio de la magnitud del coronavirus ofrece a las figuras autoritarias una oportunidad mayor de consolidarse en el poder que cualquier otro acontecimiento, excepto una guerra

chos de esos lugares, los propios ciudadanos han aceptado ceder temporalmente ciertas libertades a sus gobiernos democráticos y confían en que sus dirigentes actuarán de buena fe para hacer frente a esta amenaza extrema.

Sin embargo, las figuras autoritarias suelen aprovechar las emergencias (guerras, ataques terroristas, incendios provocados, desastres naturales) para consolidar el poder. Esas catástrofes despiertan el miedo, refuerzan el deseo público de un gobernante fuerte y llevan a la población a unirse en torno a sus dirigentes. Según informan los expertos en Rusia, Vladímir Putin utilizó la guerra de Chechenia para hacerse con una mayor cuota

de poder; y el dictador indonesio Suharto aprovechó las grandes matanzas y los disturbios civiles de 1965-1966, alentados por las fuerzas armadas, para tomar el control del país y derrocar a su predecesor. El ejemplo

más infame es el de Adolf Hitler, que se hizo con el poder dictatorial supremo tras el incendio del Reichstag en 1933, un incendio probablemente provocado por los propios nazis.

Ahora bien, un contagio de la magnitud del causado por el coronavirus puede ofrecer a las figuras autoritarias una oportunidad mayor que cualquier otro acontecimiento, con excepción de una guerra. El virus no entiende de fronteras y la sensación de pánico que crea es mayor que la pro-

ducida tras un ataque terrorista, concebido para atemorizar pero con un objetivo muy localizado, y no tiene ni de lejos el mismo impacto económico. En una guerra o en un desastre natural, los ciudadanos medios disponen de cierto margen de actuación: pueden ofrecerse como voluntarios para luchar en una guerra o ayudar en el frente interior, o proporcionar ayuda en una zona devastada por un huracán. El virus, en cambio, deja a los ciudadanos impotentes; para ayudar a otros, cuanto pueden hacer es quedarse en casa, con lo que se vuelven dependientes de la guía de expertos y funcionarios, y no pueden congregarse públicamente para protestar contra una toma de poder. Y, si bien es posible que una guerra, un ataque terrorista o un desastre natural provoquen el bloqueo de algunas zonas, no suelen cerrar todo un país, una situación que da a un dirigente la mayor libertad de acción. Por último, como han demostrado déspotas del estilo del camboyano Hun Sen, el contagio ofrece a un dirigente autoritario la oportunidad de estigmatizar a ciertas poblaciones marginadas y culparlas de la enfermedad. De hecho, desde Filipinas hasta Hungría, pasando por India y Camboya, los dirigentes autocráticos de muchos países están utilizando el coronavirus para acumular poderes y establecer nuevas reglas que serán difíciles de revertir aun cuando el coronavirus sea derrotado. Muchos de esos nuevos poderes no tienen un límite temporal claro. La pandemia habrá consolidado a esos déspotas de modo indefinido.

Rodrigo Duterte, el impulsivo e intolerante presidente de Filipinas, ha librado una brutal guerra contra las drogas en la que tal vez se hayan

llevado a cabo decenas de miles de ejecuciones extrajudiciales. También ha luchado contra medios de comunicación y políticos opositores. Ahora ha conseguido que el poder legislativo, controlado por sus leales, le conceda amplios poderes de emergencia para combatir el coronavirus. Algunos son razonables, como la capacidad de poner el transporte público al servicio de los trabajadores sanitarios. Sin embargo, los activistas de derechos humanos creen que Duterte usará los poderes de emergencia para castigar a los opositores y obtener un mayor control sobre los fondos estatales, y es eso lo que ya está haciendo. Los poderes de emergencia incluyen la capacidad de efectuar una detención sin orden judicial contra cualquiera considerado como *sospechoso* por un órgano gubernamental. El Congreso filipino ha ampliado los poderes de emergencia de Duterte, y sigue sin estar claro si esos poderes estarán limitados en el tiempo. El Congreso también tipificó como delito la difusión de “información falsa”, algo definido de un modo inquietantemente vago, según Human Rights Watch. Y, teniendo en cuenta los antecedentes de Duterte silenciando a la prensa, es posible que utilice esas amplias atribuciones para castigar a los periodistas que lo critican a él o critican la respuesta de su Gobierno al coronavirus. En plena pandemia, Duterte ordenó el cierre de la mayor cadena de televisión del país, ABS-CBN, y ha presentado acusaciones penales contra la web de investigación Rappler.com.

En Malasia, tras unas luchas internas en el seno de la coalición hoy en el poder, vencedora en el 2018 sobre la Organización Nacional de

Orbán aprobó una ley que le otorgaba poderes de emergencia. Ya ni siquiera mantiene una ilusión de democracia: puede cambiar cualquier ley existente y encarcelar a ciudadanos por difundir información 'falsa'

Malayos Unidos (UMNO) que había gobernado el país durante mucho tiempo, el rey nombró en marzo a un nuevo primer ministro, Muhyiddin Yassin. Muhyiddin formó Gobierno fundamentalmente con el apoyo de la UMNO. Ese Gobierno que cuenta con una mayoría parlamentaria muy ajustada, se ha escudado en repetidas ocasiones tras la pandemia para impedir la celebración de sesiones parlamentarias. Esas restricciones impiden la presentación de un voto de confianza y las deserciones en su coalición. El Gobierno también ha retirado las acusaciones penales contra varias figuras de la UMNO supuestamente relacionadas con el gran escándalo financiero masivo del fondo de inversiones 1MDB y ha colocado en los puestos directivos de las compañías estatales a muchos aliados de la UMNO.

En India, la potencia regional de Asia meridional, el primer ministro Narendra Modi ha alimentado las divisiones culturales y religiosas desde que juró el cargo en el 2014 y ahora usa la pandemia para azuzar aun más las diferencias. Altos funcionarios del Partido Popular Indio (BJP) han convertido en chivos expiatorios a musulmanes, *dalits* (intocables) y otras minorías, acusándolos una y otra vez de ser vectores de la Covid-19 sin que haya pruebas científicas que respalden la afirmación. Semejante estigmatización, en un clima que ya era ponzoñoso para las minorías bajo Modi, ha desembocado en brotes de violencia contra los musulmanes en estos tiempos de pandemia. Además, el Gobierno de Modi ha detenido en los últimos meses a muchos activistas de la oposición, algunos de los cuales habían encabezado a principios del 2020 protestas contra una nueva ley de ciudadanía discriminatoria, según sostienen, contra los musulmanes. En cambio, pocos partidarios gubernamentales que participaron en las contra-protestas en apoyo de la ley de ciudadanía han sido detenidos. Los activistas de la oposición, muchos de los cuales han sido detenidos por sedición y de acuerdo con leyes antiterroristas, afirman que una vez detenidos por las autoridades tienen poco acceso a un asesoramiento jurídico y poca capacidad para impugnar las acusaciones debido a las restricciones impuestas al amparo de la Covid-19.

Y, en otras partes de Asia, otros déspotas ven también en el virus una oportunidad. Según Human Rights Watch, el autócrata camboyano Hun Sen ha recurrido al brote para detener al menos a diecisiete críticos de su régimen entre enero y marzo (en su mayoría, personas que compartieron información sobre la propagación del coronavirus en el país y la respuesta del Gobierno). Varios de los

detenidos son miembros del principal (y prohibido) partido de la oposición, el Partido de Rescate Nacional de Camboya. Hun Sen también ha usado el virus para difamar a grupos minoritarios, como los musulmanes jemer. El Ministerio de Salud insinuó en su página oficial de Facebook que los musulmanes han sido de algún modo responsables de introducir el contagio en Camboya.

Su compañero de viaje Viktor Orbán, que en la última década ha hecho que Hungría pase de una democracia a un régimen autoritario con fachada democrática, también saca provecho del coronavirus. A finales de enero, el Parlamento de Orbán aprobó una ley que otorgaba al dirigente húngaro poderes de emergencia. Convertido en un dictador dentro de la Unión Europea, Orbán ya ni siquiera mantiene una ilusión de democracia: puede cambiar unilateralmente cualquier ley húngara existente y encarcelar a ciudadanos por difundir información falsa, un concepto que, como en Filipinas, no queda bien definido. No está claro qué relación tenían esos cambios, si es que la tenían, con la lucha contra el coronavirus.

En Polonia, los dirigentes del partido gobernante Ley y Justicia introdujeron nuevas leyes electorales en la legislación de emergencia para hacer frente al coronavirus, aprobada durante una caótica sesión parlamentaria. Se trata de una modificación de los procedimientos electorales que favorece aún más a Ley y Justicia, puesto que facilita la participación de los votantes de mayor edad, seguidores en su mayoría del partido, pero no la de los partidarios de la oposición.

El israelí Benjamin Netanyahu también ha intentado utilizar el virus por razones políticas. Ante los cargos penales ya presentados contra él, citó la pandemia como motivo para cerrar los tribunales, paralizar la Kneset y actuar durante un tiempo sin supervisión parlamentaria.

Mientras tanto, en Rusia, el Gobierno de Putin ha utilizado el virus para reforzar en Moscú sus sistemas de vigilancia instalando para mantener las cuarentenas más dispositivos de reconocimiento facial, unos instrumentos que también podrían desplegarse para reprimir las manifestaciones públicas. Y, mientras la mayor parte de Rusia estaba distraída por la propagación del virus, Putin logró que un obediente Parlamento pusiera fin a los límites a su reelección, lo cual le permitirá posiblemente seguir en el poder hasta la década del 2030.

En Turquía, el Gobierno del déspota Recep Tayyip Erdogan ha detenido a ciudadanos que se han atrevido a criticar su respuesta a la crisis. Y, a finales de marzo, el Gobierno autoritario de Turk-

menistán, que afirmó de forma inverosímil que el país no tiene casos de contagio, prohibió el uso de la palabra *coronavirus*.

En Oriente Medio y África subsahariana, la historia es en buena medida la misma. El Gobierno argelino ha detenido y utilizado una fuerza desproporcionada contra muchos activistas antigubernamentales con el pretexto de frenar la propagación de la pandemia; Marruecos, por su parte, ha utilizado un estado de emergencia relacionado con la Covid-19 para procesar a unos 25.000 marroquíes por violar las restricciones de emergencia (algunas de las detenciones quizás estuvieran justificadas por razones de salud pública, pero han surgido sospechas por el hecho de que se detuviera a múltiples ciudadanos críticos con el Gobierno). También el Gobierno turco ha detenido a cientos de personas por haber difundido en las redes sociales mensajes supuestamente *provocadores* sobre la pandemia. En Egipto, el Estado más represivo del norte de África, el Gobierno del presidente Abdul Fatah al Sisi ha utilizado la pandemia para revisar la legislación de emergencia y para obtener para sí y las fuerzas armadas un control aun más estricto sobre la sociedad egipcia. En el África subsahariana, los gobiernos autocráticos (como el de Zimbabue) también se han vuelto más represivos, y las detenciones de políticos y activistas de la oposición han ido aumentando a medida que la Covid-19 se extendía por el continente.

Este tipo de ataque tiene una historia. A lo largo de los siglos, los gobernantes han solido culpar de las epidemias a los extranjeros. Durante la peste negra de principios del siglo XIV, por ejemplo, los funcionarios locales de Estrasburgo, como recordó Elizabeth Kolbert en un artículo de *The New Yorker*, acusaron del brote a los judíos. Se les dio a elegir: convertirse o morir. La mitad se convirtió, y el resto fue asesinado. Lo mismo ocurrió en otras ciudades europeas, donde se repitieron las matanzas.

La obtención de poderes de emergencia por parte de los autócratas suele ser difícil de revertir. La historia señala que en muchos casos, después de una crisis, los dirigentes autoritarios conservan esos poderes y los convierten en una parte normal del Gobierno. Putin se ha fortalecido desde que usó la guerra de Chechenia para acumular más autoridad, y ahora quiere gobernar Rusia hasta entrado en la setentena. Tras hacerse con el poder en Indonesia, Suharto gobernó dictatorialmente durante los siguientes treinta años. Lo sucedido tras el incendio del Reichstag es de sobra conocido.

Una vez han acumulado un mayor poder político gracias a las medidas aplicadas en las crisis,

los políticos suelen ser reacios a renunciar a él. A veces, la legislación y las acciones ejecutivas del momento de crisis se mantienen intactas. Otras, son retorcidas y reutilizadas para adecuarse a nuevos objetivos políticos, sin que por ello dejen de ayudar a los gobiernos a mantener unos poderes considerables. En EE.UU., una democracia más consolidada que la de los países del sur o sudeste de Asia, la ley Patriótica aprobada tras el 11-S, ha seguido en esencia vigente casi dos décadas después.

Ahora bien, quizás con el coronavirus ocurra algo diferente. A diferencia de las guerras, en las que presidentes y primeros ministros no parten al combate, los jefes no son inmunes. Ya han contraído el coronavirus dirigentes mundiales como el primer ministro británico Boris Johnson, el ministro del Interior australiano Peter Dutton y el príncipe Carlos de Inglaterra (ninguno de los cuales es, por supuesto, un personaje despótico). Dos ministros iraníes, dirigentes de un régimen autocrático y opaco, han enfermado. En pandemias anteriores, como durante la peste de Justiniano en el siglo VI, los autócratas infectados vieron disminuir su poder. Si los científicos diseñan una vacuna o un tratamiento contra el coronavirus, se podría poner un punto final claro y evidente al pánico y el miedo, lo cual sería una señal de que los poderes de un dirigente deberían ser restringidos.

Por otra parte, aunque han utilizado la pandemia para amasar poder político y económico, algunos dirigentes autoritarios han fracasado en el frente de la salud pública. Muchos de los que han gestionado mal la pandemia son populistas autoritarios que han menospreciado el conocimiento y la experiencia en su ascenso al poder y tienen un estilo de gobierno caótico e improvisado. El desdén por el conocimiento experto y la mala coordinación de las políticas, algo que supone un reto incluso en los mejores momentos, han impedido que esos dirigentes aborden con éxito la Covid-19 y han dado lugar a resultados muy pobres en salud pública. En Brasil, por ejemplo, el populista Jair Bolsonaro, que muestra un intenso desprecio por el conocimiento experto y actúa con un estilo improvisado, negó durante mucho tiempo que el virus fuera una amenaza real, manejó mal la relación federal-estatal en la lucha contra la pandemia y promovió teorías de la conspiración, incluso cuando él mismo contrajo la Covid-19. Bajo su caótica dirección, Brasil ha padecido uno de los peores brotes del mundo.

Mientras tanto, las maniobras de hombres como Hun Sen, Orbán y Duterte mantendrán a sus países cada vez más alejados de la democracia.

NOTA: Este artículo es la traducción de un trabajo aparecido en *The Washington Post* el 2 de abril del 2020 (https://www.washingtonpost.com/outlook/dictators-are-using-the-coronavirus-to-strengthen-their-grip-on-power/2020/04/02/c36582f8-748c-11ea-87da-77a8136c1a6d_story.html) y también de un documento de trabajo del Consejo de Relaciones Exteriores (Council on Foreign Relations, Cfr.org) sobre la Covid-19 y su repercusión sobre las libertades políticas.



El autoritarismo digital y sus alternativas en tiempos de pandemia

Antonio Calleja-López

COORDINADOR DE LA UNIDAD DE TECNOPOLÍTICA DEL GRUPO DE INVESTIGACIÓN COMMUNICATION NETWORKS AND SOCIAL CHANGE DEL INSTITUTO INTERDISCIPLINARIO DE INTERNET DE LA UOC.

El mundo en tiempos de la Covid-19 está marcado por una crisis sanitaria. Sin embargo, no es la única. Los últimos años parecen marcados por un declive de las democracias y un auge de los autoritarismos a escala global. Las respuestas al shock de la pandemia estarían acelerando estos procesos, de la mano de la digitalización. Según el informe *Freedom on the Net 2020* (FN2020),¹ la libertad en internet ha disminuido por décimo año consecutivo. En este momento de emergencia, ¿asistimos al auge de un orden geopolítico definido por China y el autoritarismo digital, como viene señalando Freedom House? ¿O quizá presenciaremos el ascenso de lo que Naomi Klein denomina el *screen new deal*,² una sociedad digital preconfigurada por partenariados público-privados liderados desde Silicon Valley? ¿O tal vez se anuncia un cruce entre ambos? ¿Cómo afecta esta coyuntura a las libertades individuales y colectivas en el mundo? ¿Existen resistencias o alternativas?

Desde los trabajos de Juan Linz en los sesenta,³ el autoritarismo ha sido considerado un tipo de sistema político. Sin embargo, como ha sugerido Marlies Glasius,⁴ hoy resulta más productivo atender a las “prácticas autoritarias e iliberales” desplegadas también por actores no estatales y estados no considerados autoritarios. Las prácticas autoritarias se caracterizarían por el sabotaje a la rendición de cuentas por parte de la autoridad mediante estrategias como el desmantelamiento del acceso a la información (p.ej.: la desinformación), mientras que las prácticas iliberales estarían definidas por la violación de la autonomía y la

dignidad personal (p.ej.: la vigilancia arbitraria). Casos como el ataque a la libre expresión (p.ej.: la censura) serían una combinación de ambos tipos.

La digitalización da nuevos medios y formas a estas prácticas. A la hora de abordarlas, es importante distinguir dos momentos en la relación entre política y tecnología. Al hablar del autoritarismo digital suele subrayarse el momento del uso, pero uno previo e igualmente importante es el de construcción de las tecnologías.

La construcción de la tecnología en la era de la Covid-19

Para explorar la construcción de tecnologías puede tomarse un caso característico de la era Covid-19: el de las aplicaciones de rastreo de contactos. Diferentes paradigmas compiten para diseñar estas tecnologías, usadas para identificar personas que hayan estado en contacto con un caso positivo. Por un lado existe una propuesta, la DP3T (*Decentralized Privacy Preserving Proximity Tracing*), que usa el bluetooth del móvil siguiendo un protocolo descentralizado: los terminales almacenan códigos encriptados de las personas usuarias con las que se entra en cercanía física. Cuando una persona se declara positiva, el terminal envía un código a un servidor central, que a su vez envía una notificación al resto de terminales, los cuales comprueban autónomamente si el código está en su listado. Este protocolo es software libre, minimiza los datos recabados (p.ej.: no recoge la identidad de los sujetos ni su geolocalización) y los almacena en el propio móvil. Por el contrario, otros modelos usan GPS, almacenan datos de diverso tipo, se apoyan en servicios digitales o de telecomunicaciones, o, como mínimo, almacenan listados de contac-

1. <https://freedomhouse.org/report/freedom-net/2020/pandemics-digital-shadow>

2. <https://theintercept.com/2020/05/08/andrew-cuomo-eric-schmidt-coronavirus-tech-shock-doctrine>

3. Juan J. Linz, “An Authoritarian Regime: The Case of Spain” in Erik Allardt and Yrjö Littunen, eds., *Cleavages, Ideologies, and Party Systems: Contributions to Comparative Political Sociology* (Helsinki: Transactions of the Westermarck Society), págs. 291-342

4. Glasius, M. (2018), “What authoritarianism is... and is not: a practice perspective”. *International Affairs*, 94 (3), 515-533, y Glasius, M., & Michaelsen, M. (2018), “Authoritarian Practices in the Digital Age: Illiberal and Authoritarian Practices in the Digital Sphere, Prologue”, *International Journal of Communication*, 12 (2018)

tos completos en servidores centrales. El modelo DP3T trata de maximizar la privacidad mientras que el resto ofrece más información a las autoridades, e incluso terceros, algo potencialmente útil en términos sanitarios pero también de vigilancia, represión, discriminación o explotación mercantil. El estudio *Covid-19 digital rights tracker*⁵ muestra que, a 7 de octubre, la apuesta de Google y Apple por un protocolo inspirado en DP3T lo ha hecho llegar (al menos) a un 37,5% del total de aplicaciones de rastreo. Más allá, una mayoría de ellas muestra deficiencias en sus políticas de datos y privacidad.

La GDPR (*General Data Protection Regulation*), la ley europea de protección de datos, una de las contribuciones clave del Viejo Continente a la geopolítica de la tecnología, ha servido como referente para DP3T. Pero más allá de las aplicaciones de rastreo, la geopolítica de la tecnología tiene hoy otros protagonistas. EE.UU. y China compiten por la hegemonía en el desarrollo y despliegue global de tecnologías como la inteligencia artificial (IA), el 5G o la vigilancia masiva. El Partido Comunista chino ha lanzado el programa China Standards 2035 para impulsar sus estándares. Mientras, EE.UU. ha tomado una posición errática a la hora de definirlos. Quizá como síntoma, frente al discurso del internet abierto y el tecnoglobalismo de las últimas décadas, el bloqueo frontal a Huawei, TikTok, y WeChat en EE.UU. o la abolición del principio de neutralidad de internet (por el cual proveedores de servicios de internet y gobiernos deben tratar todo tráfico de datos de igual forma), denotan un tecnonacionalismo corporativo e intervencionista en auge. Por su parte, países como Rusia o Irán impulsan una *cibersoberanía* entendida como construcción y control autoritario de *internets nacionales*.

Enlazando geopolítica y economía, debe recordarse que los actores en estas disputas no son solo estados sino también corporaciones. Las GAFAM (Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft), entre las mayores empresas del mundo por capitalización bursátil, han instaurado su modelo durante las últimas décadas. Al implantar sus prácticas, amparadas por el marco regulatorio estadounidense, en

todo el mundo, han ejercido una forma de colonialismo digital. Han extendido lo que la socióloga Shoshana Zuboff denomina “capitalismo de la vigilancia”,⁶ una variación del capitalismo centrada en la extracción, procesado y uso de datos (y metadatos) personales a escala masiva a fin de analizar y orientar el comportamiento, en términos alineados con la maximización del beneficio privado, o lo que el filósofo Nick Srnicek define como “capitalismo de plataforma”,⁷ subrayando el despliegue corporativo de infraestructuras tecnológicas que operan como mediadoras y explotadoras de los recursos y actividades de otros actores sociales. Este modelo, extendido en transporte, alquiler de vivienda, entrega a domicilio o entretenimiento, parece ampliarse con la pandemia a ámbitos como la educación o la salud. Las corporaciones tecnológicas se ofrecen (en partenariados público-privados) como solución a los problemas del mundo de la pandemia y la pospandemia, algo que está incrementando sus cotizaciones bursátiles. Las *Big Tech* chinas, como Alibaba, Baidu, Tencent, Xiaomi o Huawei, operan según lógicas similares.

La prevista extensión del internet de las cosas de la mano del 5G implicará un mayor entrelazamiento de lo digital y lo analógico y, posiblemente, una profundización de estas lógicas algorítmicas y económicas en la vida cotidiana. Estos procesos son útiles, también, para las prácticas autoritarias. Más allá de este marco general, el autoritarismo digital encuentra proveedores tecnológicos específicos (cuando no promotores geopolíticos) entre las empresas y los estados de la OTAN, China, Rusia, e Israel.⁸

Usos de la tecnología: vigilancia, censura, manipulación

Tras la construcción de tecnologías vienen sus usos. Entre las prácticas que definen el *kit del autoritarismo digital* destacan la vigilancia, la censura y la manipulación. Ligadas a ellas suelen ir otras como los ciberataques, la persecución y el acoso o los cortes de internet. Estas prácticas suelen combinarse entre sí y con estrategias analógicas como las iniciativas legales y la represión en las calles.

Una primera práctica, la vigilancia digital, se ha apoyado a menudo en aplicaciones y plataformas digitales *mainstream*. Sobre su base han crecido sistemas de vigilancia estatal tanto en EE.UU. como en China. Las revelaciones de Edward Snowden mostraron cómo diferentes programas de la Agencia de Seguridad Nacional de EE.UU. y la CIA analizaban digitalmente la actividad de millones de personas. Por su parte, la regulación china de protección de datos ofrece amplios márgenes al Gobierno para recabar información o solicitarla a las empresas digitales del país. Además, durante la pandemia, la vigilancia digital se ha adentrado en lo analógico y lo biométrico. La estrategia china es un ejemplo del potencial de los sistemas de vigilancia híbridos para afrontar la crisis sanitaria, sistemas que incluyen tecnologías de grabación, biometría, IA, drones y aplicaciones móviles, junto a estrategias analógicas (p.ej.: fuerzas de seguridad). Pero el uso de estos sistemas (a menor escala) no es exclusivo. Otros países como Israel o Corea del Sur han usado una combinación de datos de geolocalización, grabación de videocámara o información de tarjetas de crédito, con flagrantes invasiones de la privacidad.

Por su parte, la censura en internet ha seguido en alza tras la llegada de la Covid-19. Según muestra FN2020, los gobiernos de al menos 28 países censuraron sitios y publicaciones en redes para ocultar acusaciones de corrupción y contenidos críticos ligados a la Covid-19. En 45 países activistas, periodistas o ciudadanía fueron arrestados o acusados de delitos penales por causas similares. En todo el mundo, los cortes de internet aumentaron de 111 a 213 entre el 2011 y el 2019. Se dan, también, situaciones paradójicas: empresas como Facebook, que ha rehuido toda supervisión y ha sido criticada por sus filtrados de contenidos, son llamadas a arbitrar y asumir más responsabilidades ante la proliferación de noticias falsas y desinformación entre el 2016 y el 2020.

Una tercera práctica del autoritarismo digital es la manipulación, entendida como desinformación/conformación. Aquí se sitúan casos como el de Cambrid-

ge Analytica, las operaciones de desinformación de Rusia, o de figuras como Steve Bannon, impulsor global del nacionalismo autoritario. La infodemia ha acompañado a la pandemia, impulsada por actores locales y globales. En países como India, Brasil o Filipinas, los partidos en el gobierno han usado las redes para desviar la atención de los errores en sus políticas sanitarias y lanzar a sus seguidores contra minorías u opositores. Por otro lado, iniciativas como el crédito social chino enlazan Estado y plataformas en un sistema de orientación del comportamiento que podría marcar el post-Covid-19. El debate sobre la realidad e impacto de estas prácticas subraya la necesidad de analizarlas.

Contra el autoritarismo digital

En este contexto ¿hay resistencias o alternativas? Recientes encuestas como las del Pew Research Center,⁹ el Eurobarómetro¹⁰ y el European Tech Insights,¹¹ o productos culturales como los documentales *El gran hackeo* y *El dilema de las redes sociales*, han mostrado y estimulado la creciente conciencia y preocupación pública en torno a estos asuntos. Sin embargo, la pandemia parece haberlas relegado frente a otras variables como la salud.¹² En todo caso, ante el autoritarismo digital se vienen ensayando formas de resistencia, contraataque y alternativas impulsadas por la sociedad civil y algunas instituciones públicas.

Las estrategias digitales de países como Islandia o Estonia, la ley de protección de datos europea, las iniciativas para regular las *Big Tech* en EE.UU., o redes como la Internet Freedom Coalition o la de Cities For Digital Rights, son pasos en positivo. Más allá, la sociedad civil está en el centro de la batalla.

En el plano de la construcción de tecnologías, la intervención de organizaciones activistas y académicas en los debates sobre las aplicaciones de rastreo de contactos ha mostrado la flexibilidad del diseño y la relevancia de la ética de la tecnología frente al tecnodeterminismo o el tecnocentrismo. En esta dirección, nacen organizaciones de auditoría algorítmica y de justicia en el diseño tecnológico. En perspectiva geopolítica, desde la sociedad civil surgen narrativas y prácticas alternativas de soberanía tecnológica, que impulsan de infraestructuras abiertas, democráticas y garantistas de los derechos digitales¹³ y que en ocasiones enlazan con instituciones oficiales en parternariados público-comunes.¹⁴ Proyectos de hardware libre como Arduino, servicios de internet como Guifinet, redes sociales como Mastodon, o redes políticas como Decidim, tratan no tanto de contrarrestar el autoritarismo digital cuanto de construir formas

alternativas y más democráticas.¹⁵ En el ámbito económico, la economía social y solidaria explora el cooperativismo de plataforma y los procomunes de datos como alternativas incipientes al capitalismo de plataforma. Investigadoras y activistas de todo el mundo, del Berkman Klein Center a la Mozilla Foundation, debaten y promueven estándares globales en esta línea. El propio FN2020 reclama a los gobiernos restringir tanto la exportación de tecnologías de censura y vigilancia como el desarrollo de sistemas integrados de biometría e IA.

Frente a los usos tecnológicos autoritarios surgen también diversas respuestas. Contra la vigilancia, son recursos usados por activistas las redes VPN o navegadores como Tor, las técnicas de encriptación fácil o los dispositivos para bloquear cámaras. En términos de contraataque, las prácticas de vigilancia desde abajo (la *sousveillance* opuesta a la *surveillance*) incluyen el uso de móviles para grabar actuaciones de las fuerzas de seguridad estatal, las filtraciones de informantes o las denuncias de organizaciones de derechos humanos.

Ante a la censura, además de las prácticas mencionadas, la sociedad civil ha seguido recurriendo a las redes sociales, en el caso de activistas chinos, usando el humor o los emojis para circular sus mensajes durante la pandemia. Frente a la manipulación social, redes activistas y académicas o de medios de comunicación han articulado observatorios, líneas de investigación y herramientas para detectar y contrarrestar redes de bots, noticias falsas y desinformación, o para divulgar información fidedigna y narrativas constructivas. La pandemia ha servido para experimentar tanto en el uso de espacios digitales para la protesta como en su conexión con la autoorganización urbana (p.ej.: Black Lives Matter) o la ayuda mutua inclusiva y de proximidad, posibles diques frente a la ultraderecha. Ante los cortes de internet se han usado aplicaciones como Firechat, que no requieren conexión a ella. Contra el acoso en redes se han extendido los talleres y kits de seguridad y autodefensa digital.

En este momento de shock pandémico y digitalización acelerada, el supervisar, intervenir y bloquear, o impulsar alternativas a las prácticas de construcción y uso de tecnologías de corporaciones y estados, desde la sociedad civil, parece imprescindible para garantizar la democracia y las libertades en las sociedades digitales. Las formas de autoridad y libertad hoy dependen de complejos entramados y conflictos tecnopolíticos. Lejos de todo determinismo histórico, político o tecnológico, el rostro de las sociedades tras la pandemia emergerá de las luchas en torno a ellos.

Entre las prácticas que definen el 'kit del autoritarismo digital' destacan la vigilancia, la censura y la manipulación, acompañadas de otras como los ciberataques, la persecución y el acoso o los cortes de internet

5. www.top10vpn.com/research/investigations/covid-19-digital-rights-tracker

6. Zuboff, S. (2019). *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. Profile Books.

7. Srnicek, N. (2017). *Platform capitalism*. Polity Press

8. <https://warontherocks.com/2020/02/when-it-comes-to-digital-authoritarianism-china-is-a-challenge-but-not-the-only-challenge>

9. www.pewresearch.org/internet

10. https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/en/IP_20_383

11. www.ie.edu/cgc/research/european-tech-insights

12. www.ie.edu/university/news-events/news/covid-19-major-impact-global-attitudes-towards-data-privacy-politics-regulation-new-technologies

13. www.ritimo.org/IMG/pdf/dossier-st1-es.pdf

14. <http://lab.cccb.org/es/soberania-tecnologica-democracia-datos-y-gobernanza-en-la-era-digital>

15. <https://tecnopolitica.net/es/content/democratizacion-tecnologica-notas-para-reimaginar-la-sociedad-digital-de-abajo-arriba>

PANDEMIA Y GOBERNANZA

¿Qué países han respondido mejor a la Covid-19? ¿Cuáles la han superado y ven cómo su PIB vuelve a crecer? La mortalidad por el virus es el indicador más objetivo para establecer el desempeño de los gobiernos, aunque evidentemente confluyen a favor o en contra otros factores estructurales (insularidad, densidad de población...). Ofrecemos aquí las cifras absolutas por continentes y países más afectados que permiten una comparativa visual de la letalidad de la pandemia, al mismo tiempo que se consignan los países con peores cifras relativas y una selección de los que obtienen las mejores y por qué.

• MUERTES EN EL MUNDO POR COVID-19

1.311.192 (15/XI/2020)

El primero fallecido por Covid-19 fue registrado como tal el 11/I/2020 en Wuhan, China. El primer aviso sobre la enfermedad se había producido poco antes en un hospital de la misma ciudad, el 27/XII/2019.

• CONTINENTES Y SELECCIÓN DE PAÍSES MÁS AFECTADOS (CON MÁS DE 10.000 MUERTES)

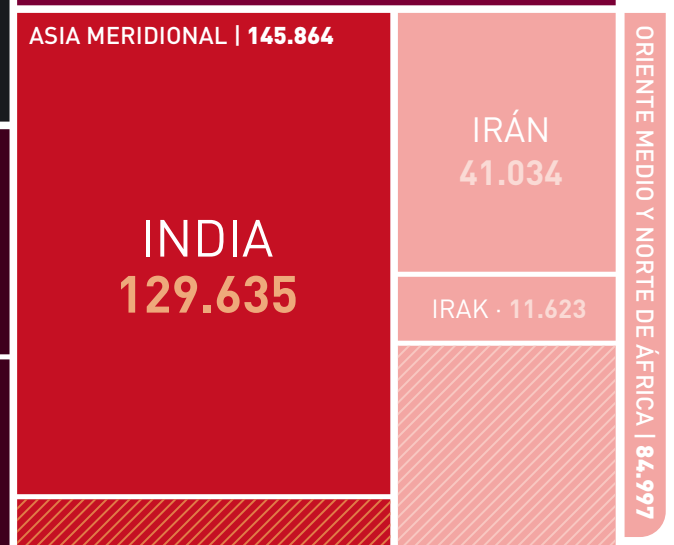
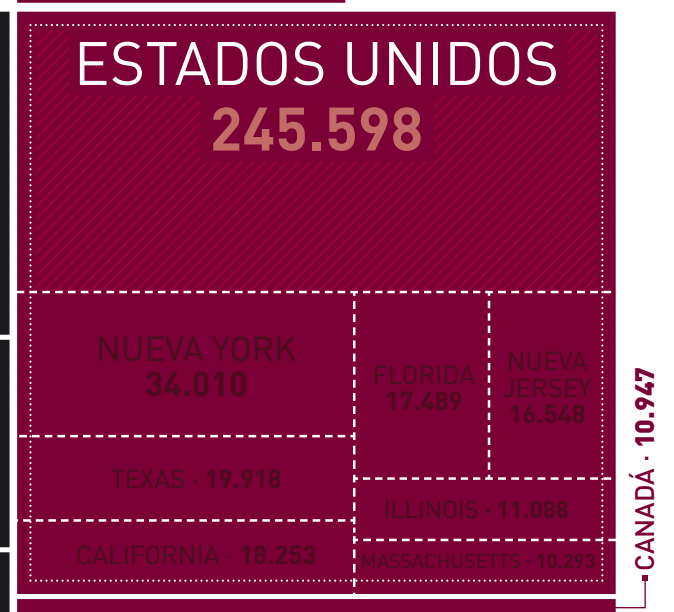
CHINA | 7.742



LATINOAMÉRICA Y CARIBE | 423.101



NORTEAMÉRICA | 256.545



EUROPA Y ASIA CENTRAL | 337.245

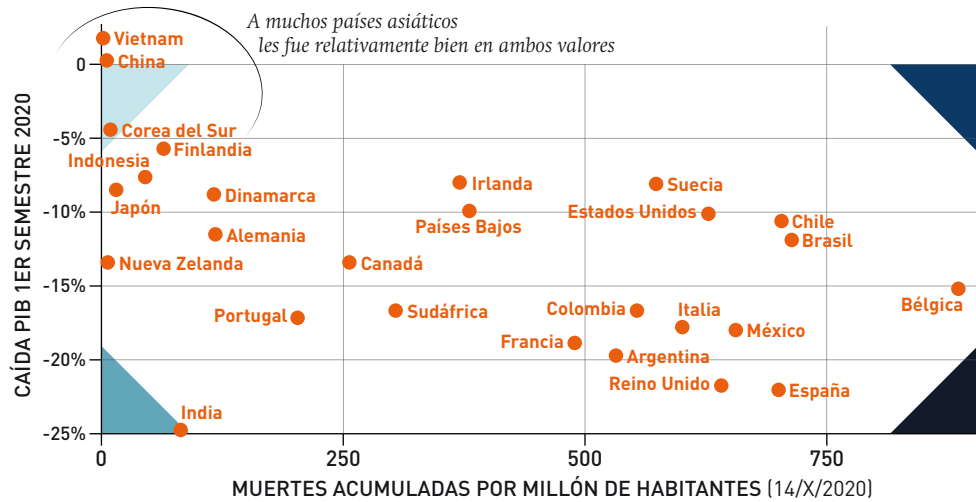
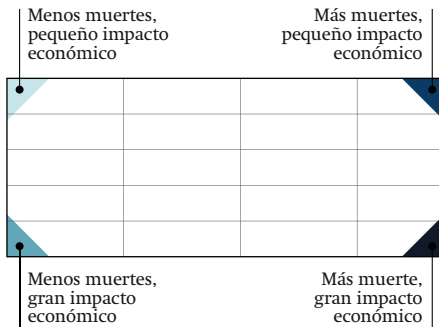


* Los datos actualizados pueden consultarse en la fuente del Banco Mundial, con una visualización similar: <https://datatopics.worldbank.org/universal-health-coverage/coronavirus>

*Aquí incluimos los países con más de 1.000 muertes

- MÁS MORTALIDAD, MENOS PIB

Los países que no han sido capaces de controlar sus brotes tienden a sufrir mayor daño económico.



- MORTALIDAD POR CIENTO MIL HABITANTES

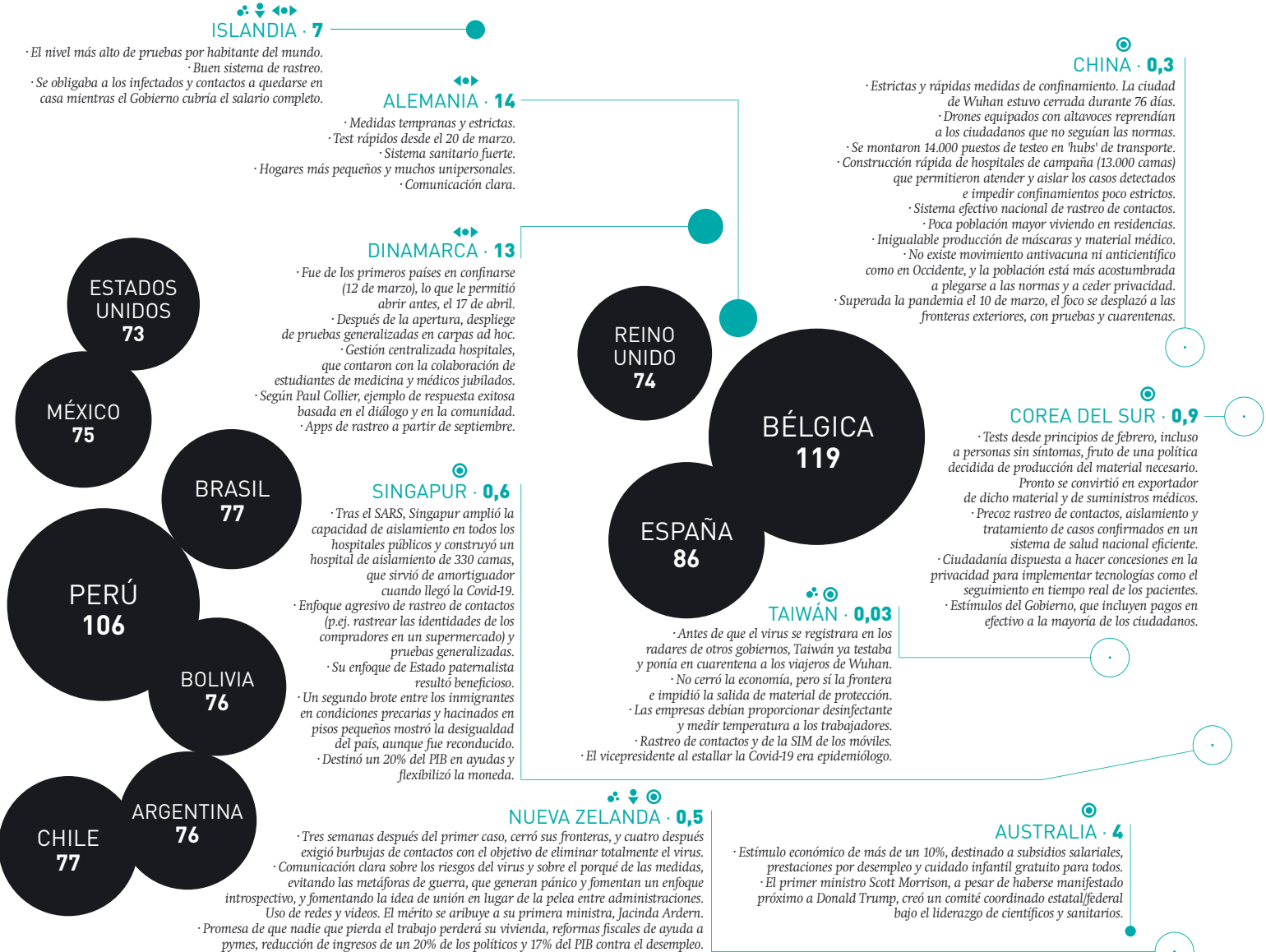
(desde el primer muerto por cien mil habitantes hasta el 12/XI/2020)

● LOS DIEZ PAÍSES CON CIFRAS MÁS ALTAS

● SELECCIÓN DE PAÍSES CON CIFRAS BAJAS Y SUS POLÍTICAS CONTRA LA COVID-19

- Insularidad
- Baja densidad de población

- A causa de pandemias anteriores (SARS y MERS) disponían de mayor stock de equipos de protección y mejores protocolos
- Distancia entre personas mayor que en el sur de Europa



FUENTES: Financial Times (gráfico PIB); Banco Mundial (WB); The Economist; The Vaccine Alliance (Gavi); "The best global responses to Covid-19 pandemic", Time; y "China's successful control of Covid-19", The Lancet.

Los datos actualizados, estos relativos, pueden consultarse en la fuente de 'The Economist': www.economist.com/coronavirus-pandemic

Los efectos económicos desiguales de la Covid-19

James K. Galbraith

TITULAR DE LA CÁTEDRA LLOYD M. BENTSEN JR. DE RELACIONES GUBERNAMENTALES Y EMPRESARIALES EN LA ESCUELA DE ASUNTOS PÚBLICOS LYNDON B. JOHNSON DE LA UNIVERSIDAD DE TEXAS EN AUSTIN. SUS LIBROS MÁS RECIENTES SON 'INEQUALITY: WHAT EVERYONE NEEDS TO KNOW' Y 'WELCOME TO THE POISONED CHALICE: THE DESTRUCTION OF GREECE AND THE FUTURE OF EUROPE'.

LA COVID-19 AMENAZA POR IGUAL A toda la humanidad; sin embargo, sus efectos económicos son desiguales y lo son en formas que pueden parecer de entrada sorprendentes. Europa (incluido el Reino Unido) y Estados Unidos han resultado muy golpeados, con segundas oleadas

que van apareciendo en diferentes partes de ambos territorios y con recesiones económicas profundas y hasta ahora difíciles de gestionar.

China, Corea de Sur, Vietnam y Taiwán tienen la epidemia bajo control; y en esos lugares la vida vuelve en gran medida a la normalidad, incluso en Wuhan, el epicentro original del brote.

Los datos no son sistemáticos, pero da la impresión de que a algunos países pobres del mundo les ha ido mejor que a algunos de los ricos, aunque no tan bien como a las capas de ingresos medios de Asia oriental.

¿Cómo se explica ese patrón? Las simples

China, Corea de Sur, Vietnam y Taiwán tienen la epidemia bajo control; y en esos lugares la vida vuelve en gran medida a la normalidad. Incluso en Wuhan, el epicentro original del brote

diferencias ideológicas no pueden hacerlo, ya que aparentemente algunos de los países asiáticos son socialistas y otros capitalistas, algunos democráticos y otros no, y en la práctica todos ellos son una mezcla de modelos que desafían una fácil caracterización ideológica. Y, aunque resulta tentador echar la culpa en Estados Unidos y el Reino Unido a una deficiente dirección política, en realidad ambos países poseen organismos públicos competentes, y en el caso de Estados Unidos, gobiernos locales y estatales con responsabilidad sobre la salud pública y con capacidad para tomar el asunto en sus propias manos.

En cualquier caso, las consecuencias económicas de la pandemia han sido y son resultado sólo en parte de las cualidades o los defectos del enfoque inmediato de la salud pública. También dependen de la *resiliencia* de las economías, del mismo modo que, cuando dejamos caer un jarrón, el que se rompa o no depende de la altura desde la que cae y del material del que está hecho. Y aquí entramos en una cuestión económica.

Para la mayoría de los economistas, las economías subyacentes son en esencia iguales: todas tienen empresas, hogares, gobiernos, productores y consumidores, y los modelos de manual que se les aplica son básicamente universales. Se dan dos grandes variantes principales en los puntos de vista:

- El punto de vista neoclásico o neoliberal de la economía en tanto que estructura autorreguladora ve la pandemia como una sacudida que será revertida por procesos naturales de autoestabilización en cuanto se haya controlado el virus. Semejante concepción, que es en gran medida la del Gobierno estadounidense de Trump, parece compartida por las facciones ordoliberales que siguen siendo dominantes en Europa. Acepta que la pandemia continuará durante un tiempo, está dispuesta a tolerarla mientras los centros sanitarios no se vean desbordados por una afluencia de casos graves y confía en que acabaremos por tener una terapia o una vacuna. Cuando eso suceda, según esta concepción, los problemas económicos se resolverán por sí solos, porque se volverá rápidamente a los patrones anteriores de comportamiento en el consumo y, en última instancia, en la inversión empresarial.

- El punto de vista neokeynesiano solo difiere del neoliberal en un aspecto significativo, a saber, la creencia de que las rigideces en los salarios y los precios (o asimetrías de información) suelen impedir los ajustes que de otro modo se producirían en el mercado. Por ese motivo, si los precios y los salarios no se ajustan a los niveles más bajos de la demanda, se corre el riesgo de una recesión prolongada. Según esta concepción, el problema puede resolverse mediante inyecciones de dinero, llamadas *estímulos*, medidas para *encender la mecha o poner en marcha el motor* de la prosperidad renovada. “Denles dinero y lo gastarán” es el mantra neokeynesiano. Entre muchas otras cosas que los neokeynesianos comparten con los neoliberales se encuentra la creencia en el deseo ilimitado por parte de los consumidores de más bienes y de más servicios, así como la incapacidad de distinguir (como sí hacen invariablemente los consumidores corrientes) entre lo necesario y aquello a lo que se puede renunciar sin grandes pérdidas. Ninguna de las dos escuelas ha incorporado nunca la realidad de la sociedad opulenta, ni ha comprendido el papel desempeñado por la deuda y el crédito en la economía de la moderna clase media occidental (y, sobre todo, estadounidense).

Mi razonamiento parte de una proposición de la economía clásica señalada por Adam Smith según la cual un gran mercado comporta una división del trabajo. En una economía mundial integrada, los países y las regiones se diferencian unos de otros, ocupan diferentes posiciones en una jerarquía de producción y riqueza y en ocasiones luchan entre sí para ascender a una posición más alta o para evitar caer a una más baja. Esta diferenciación estructural es la clave para comprender por qué la Covid-19 tiene un efecto económico diferente en lugares diferentes. Intentaré esbozar aquí el contraste entre, sobre todo, Asia por un lado y Estados Unidos, Reino Unido y Europa por otro.

Si analizamos el caso de Estados Unidos, observamos que a lo largo de cincuenta años el país ha evolucionado y ha pasado de ser una potencia industrial y manufacturera dominante a ser una economía con una estructura dual. Por un lado, los principales sectores son el tecnológico y el financiero; por otro, los empleadores estadounidenses constituyen un enorme complejo de proveedores de servicios, un sector en el que los salarios reales se mantienen gracias a las importaciones baratas, la fortaleza del dólar y los progresos en la calidad de los bienes de consumo, así como a una oferta crediticia elástica con la que cubrir los costes de la educación superior, la vivienda y la atención sanitaria. Además, como consecuencia de haber sido la principal sociedad próspera del mundo en un territorio sin escasez de suelo, las familias estadounidenses tienden a ser ricas en términos de vivienda; viven en espacios propios, equipados con cocinas, baños, jardines traseros...

Cada uno de los siguientes elementos de la posición estadounidense ha demostrado representar una seria desventaja económica frente a la pandemia:

- El mercado mundial de bienes de capital avanzados ha disminuido hasta llegar casi al punto de colapso y las políticas nacionales no pueden reactivarlo. Los aviones son un destacado ejemplo: se construirán sólo mientras puedan venderse, y las compañías aéreas los comprarán sólo cuando los necesiten, algo que no ocurrirá mientras los viajeros de todo el mundo decidan no vo-

Los pobres estadounidenses, que viven en espacios reducidos y trabajan en sectores esenciales como la distribución de alimentos y la atención sanitaria, cargan con el grueso de las infecciones

lar. En el ámbito petrolero, Estados Unidos posee un sector nacional de alto coste cuya suerte depende del precio mundial; de nuevo, la política nacional se mostrará impotente si no es posible perforar nuevos pozos de modo rentable. La construcción comercial no se reactivará mientras los edificios de oficinas y los centros comerciales estén vacíos. Todos esos factores repercuten sobre la salud de los bancos, aunque nadie sabe cómo ni cuándo se pondrán de manifiesto las tensiones financieras.

- El sector estadounidense de servicios proporciona en un grado asombroso los placeres y las diversiones de una sociedad rica en restaurantes, bares, balnearios, cafeterías,

centros turísticos, casinos, festivales de música, gimnasios, peluquerías y salones belleza, masajistas, tatuadores... actividades que animan la vida económica pero que en ningún modo son esenciales. Y que, sin embargo, cuando se derrumban se llevan consigo los ingresos que son esenciales para la maquinaria económica, porque es el gasto en otros servicios diferentes de los que proporcionan servicios esenciales el que hace girar el tiovivo.

Ahora bien, la salud pública y la ansiedad económica pueden detener y han detenido el tiovivo. Para proteger su salud y sus hogares, los estadounidenses de ingresos medios se retiran a la relativa seguridad de sus casas, mientras que los trabajadores pobres, que viven en espacios reducidos y trabajan en sectores esenciales como la distribución de alimentos y la atención sanitaria, tienen que cargar con el grueso de las infecciones.

- Y el tercer problema es que, cuando los ingresos fallan, los contratos de deuda continúan aplicándose, por lo que los estadounidenses están expuestos a desalojos, ejecuciones hipotecarias, liquidaciones, cortes en el suministro de agua, gas y electricidad y también a sus efectos en los barrios (en particular, el deterioro y la disminución del valor de las propiedades), que agravan las dificultades incluso para los solventes. El problema de las deudas puede ser aplazado con flexibilidad en los desalojos y las ejecuciones hipotecarias, aunque al final habrá que enfrentarse a él de alguna manera. Y, cuando eso suceda, toda la estructura de la riqueza estadounidense, basada como está en el crédito privado y la deuda privada, se pondrá en duda.

El gran contraste con las economías asiáticas es perceptible en esos tres aspectos.

- En China, Corea del Sur, Vietnam, Taiwán y en otras partes de Asia con la excepción parcial de Japón, el centro de gravedad económico reside en la fabricación de bienes de consumo (desde zapatos y prendas de vestir hasta electrodomésticos y productos electrónicos), cuya demanda es mucho más estable, está más vinculada con la renta nacional y resulta más fácil de respaldar con medidas keynesianas de estímulo económico.

- En Asia, la población urbana vive sobre todo en apartamentos, en espacios reducidos. Y, si bien eso es una desventaja desde el punto de vista del contagio, también significa que la economía de servicios es más esencial para la vida cotidiana y, por lo tanto, más resistente cuando desaparezcan buena parte de los problemas de salud pública. Los asiáticos no pueden retirarse con tanta facilidad como la mayoría de estadounidenses y muchos europeos al refugio seguro de una casa privada independiente.

- Por último, el endeudamiento profundo y crónico es menos frecuente por razones de política social, y resulta menos probable que dé lugar a ejecuciones hipotecarias y desalojos. Además, en la sociedad asiática existe un fuerte impulso en favor del ahorro para la educación y la atención sanitaria, por lo que esos sectores también están muchísimo menos financiados, y nadie habla de una inminente crisis de quiebras entre las clases medias corrientes de China o Vietnam.

Por estas razones, si bien las sociedades asiáticas se enfrentaban a un posible desastre de salud pública que exigía una respuesta draconiana inmediata (y, hasta ahora, en gran parte eficaz), una vez controlado el virus la actividad económica ha podido volver y ha vuelto con bastante rapidez a niveles cercanos a los anteriores a la pandemia.

En cuanto a Europa, el continente parece ocupar una posición intermedia en todos esos aspectos analizados. Presenta un equilibrio entre los sectores de bienes de consumo y capital, una cultura de prestación de servicios relativamente sólida y un grado de financiación de las viviendas y de suburbanización de las casas que se encuentra entre los niveles asiático y estadounidense. Por ello, aunque Europa (considerada en su conjunto)

Tras la respuesta draconiana contra el virus en las sociedades asiáticas (hasta ahora en gran parte eficaz), la actividad económica ha vuelto con rapidez a niveles cercanos a los anteriores

ha sufrido problemas similares a los de Estados Unidos al hacer frente a la pandemia propiamente dicha (a saber, caída de las inversiones en salud pública, escasez de equipos de protección y una ciudadanía con una disposición diversa a cooperar con las instrucciones oficiales), cabe esperar de modo razonable que, a su debido momento, la reactivación económica europea se sitúe en algún punto entre la recuperación asiática y la depresión estadounidense.

Si este razonamiento es correcto, es probable que las consecuencias económicas de la Covid-19 sean *más graves* en los países más avanzados, postindustriales y hiperfinanciados del mundo, en particular, Estados

Unidos y el Reino Unido, y que la recuperación económica de Asia siga avanzando por sendas mucho más cercanas a la normalidad.

En consecuencia, una política eficaz en los países avanzados exige medidas mucho más radicales que las contempladas hoy por el discurso político. En concreto, los sectores avanzados, el sector de la energía y la construcción tendrán que reestructurarse y reorientarse con fines públicos al modo del *new deal* (o el propuesto *green new deal*) para hacer frente a las necesidades urgentes, incluida la transformación de la energía, el rediseño de la vida urbana y el cambio climático. También los sectores de servicios exigirán un nuevo modelo económico, en gran parte cooperativo y sin fines de lucro, para garantizar que un sector de servicios privado pueda seguir existiendo bajo un recorte general del poder adquisitivo privado. Será necesaria una garantía de empleo público para reducir, y en última instancia, eliminar las ansiedades y las propensiones al ahorro excesivo asociadas con el temor a un desempleo masivo. Y (tal vez eso sea lo más difícil y que seguro provoque conflicto) habrá que cancelar deudas y reorganizar el sector financiero para que se adapte.

Por supuesto, ninguna de esas medidas es probable. En realidad, ninguna voz influyente en el discurso público ha reconocido todavía su necesidad. El pronóstico para las economías avanzadas, globalizadas e hiperfinanciadas de la anglosfera es malo, mientras que el de Europa es incierto. Por consiguiente, en estos momentos es muy probable que el resultado económico de la pandemia acelere la transferencia del liderazgo económico mundial de Occidente a las potencias emergentes de Asia.

Desafío al capitalismo en el mundo post-Covid

Paul Collier

PROFESOR DE ECONOMÍA Y POLÍTICAS PÚBLICAS EN LA ESCUELA DE GOBIERNO BLAVATNIK, UNIVERSIDAD DE OXFORD. SU ÚLTIMO LIBRO ES 'GREED IS DEAD: POLITICS AFTER INDIVIDUALISM', ESCRITO EN COLABORACIÓN CON JOHN KAY.

EL CAPITALISMO YA NO FUNCIONABA bien antes de la Covid-19. ¿Acentuará esos fallos o producirá remedios la inédita escala de la conmoción provocada por la pandemia? John Kay y yo hemos tratado de responder a esa pregunta en nuestro nuevo libro, *Greed is Dead* (es demasiado reciente y no está traducido).

Este artículo se basa en las ideas contenidas en dicha obra. Sostiene que el capitalismo posee unas capacidades únicas para construir sociedades cohesivas capaces de superar los problemas; pero que el tipo de capitalismo que se ha alentado durante las últimas cuatro décadas ha hecho lo contrario. Por ello, la crisis de la Covid-19 puede dar lugar a un reajuste, y esa es la tarea que se plantea en los próximos meses.

En su mejor vertiente, el capitalismo genera *comunidades adaptativas*. Esa sencilla expresión está cargada de significado. Empezaré por *comunidades*. Hemos evolucionado para pertenecer a ellas. El ser humano es un mamífero claramente prosocial: queremos pertenecer a un grupo y ganarnos la buena opinión de los demás miembros. Las pequeñas comunidades se forman de modo natural, pero las grandes tienen que or-

ganizarse. Rousseau fue el primer filósofo que vio la ventaja de cooperar a escala en una comunidad: cazando en solitario solo podíamos atrapar conejos, haciéndolo juntos podíamos atrapar ciervos.

Las empresas y las burocracias públicas con éxito no solo se basan en una jerarquía formal, sino que se convierten en comunidades que logran un propósito. Del mismo modo, las ciudades, regiones y países con éxito van más allá de ser lugares en los que vive un conjunto aleatorio de individuos y se convierten en comunidades con un propósito. ¿Y cómo se convierte una comunidad en capaz de actuar unida para lograr un objetivo compartido? El camino más seguro es mediante el *diálogo* y una dirección *inspiradora de confianza*. El diálogo es una forma particular de comunicación: suele adoptar la forma de la narración, no del análisis: la narración es el estilo que la evolución nos ha enseñado a dominar. Compromete a todos: todos los miembros de la comunidad pueden intervenir y ser partícipes del resultado. Fluye en ambas direcciones entre iguales que pretenden comprenderse en contraste con las instrucciones, que fluyen por una jerarquía. Y supone respeto mutuo entre los participantes, no indiferencia o algo peor. Los diálogos tienden a construir una comprensión común de una situa-

La combinación de diálogo comunitario, que logra una y otra vez propósitos comunes, y de una dirección inspiradora de confianza son la clave del éxito de Dinamarca en la gestión de la pandemia

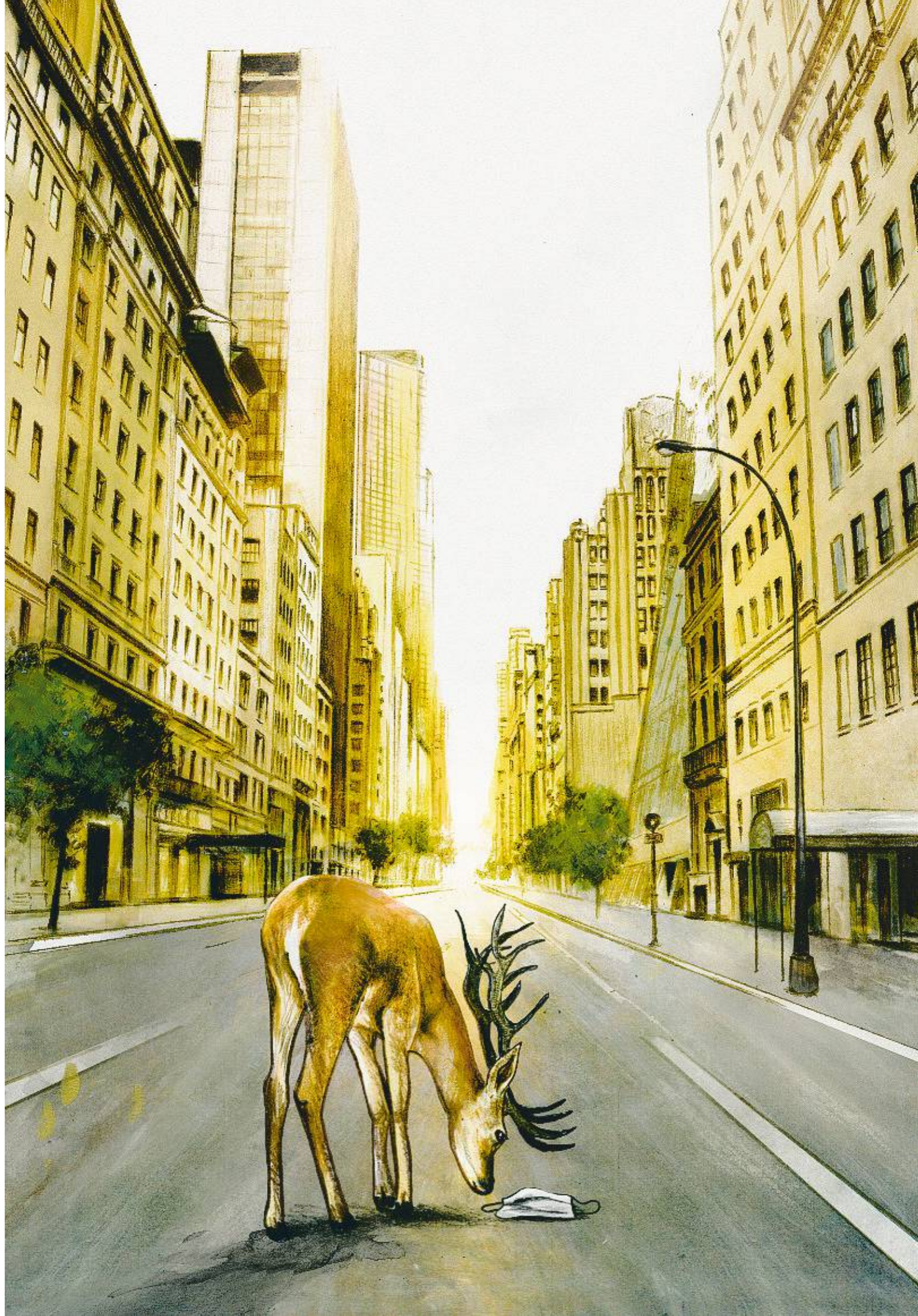
ción, un sentido de identidad común que puede coexistir con nuestras otras identidades, y unos propósitos comunes que todos coincidimos en ver como deseables. Ahora bien, por encima de todo, es capaz de crear un sentido de obligación común que anima a anteponer esos propósitos a nuestros propios intereses individuales.

Una dirección inspiradora de confianza es valiosa a la hora de construir rápidamente nuevos propósitos comunes, como los que necesitamos frente a la Covid-19. También aquí, los seres humanos hemos evolucionado para ser distintivos. Todos los demás mamíferos tienen un único estilo de dirección: el dominio. Somos una especie mamífera y, por lo tanto, por desgracia, abundan a nuestro alrededor muchos dirigentes dominantes. Sin embargo, de modo único, hemos desarrollado un estilo alternativo de dirección, y ello a través de un comportamiento que pone de manifiesto que la comunidad se antepone al yo: el humor autodesaprobatorio y las acciones abnegadas que ganan la confianza de las personas. Los dirigentes dominantes sólo se ven a sí mismos como comandantes en jefe; los dirigentes inspiradores de confianza también pueden ser comunicadores en jefe.

Esa combinación de diálogo comunitario que logra una y otra vez propósitos comunes y de dirección inspiradora de confianza capaz de guiar rápidamente el diálogo hacia nuevos propósitos comunes es, según creo, la razón por la que Dinamarca ha manejado con tanto éxito la Covid-19. El país ha mantenido sus escuelas abiertas y ha

recibido uno de los impactos más pequeños en la economía, mientras que también ha sufrido uno de los excesos de muertes más bajos. Una y otra vez, ha logrado propósitos comunes, razón por la cual es el país con más éxito del mundo en todos los índices de bienestar, felicidad y nivel de vida. Y en la actualidad está dirigido por Mette Frederiksen, una madre soltera de clase trabajadora que se relaciona fácilmente con la gente: cuando dice “nosotros”, todo el mundo está dispuesto a escuchar, y por ello ha sido capaz de construir el nuevo propósito común de contener la Covid-19 sin dañar la economía. No ha necesitado un doctorado en virología para comprender lo que todos necesitaban saber y hacer. Todos necesitamos saber si hemos contraído la Covid-19, por lo tanto el Gobierno debe proporcionar un sistema de rastreo masivo. Y tenemos que proteger a nuestros vecinos: si somos jóvenes, al tiempo que seguimos con nuestras vidas, tenemos que mantenernos alejados de los mayores; si somos mayores, tenemos que mantenernos alejados de los demás. El genio de Dinamarca no se basa en una gran ciencia llena de complejidad, sino en un propósito común y rápido.

Ahora me referiré a por qué las comunidades necesitan ser *adaptativas*. Una vez más, la evolución ha acudido en nuestra ayuda: somos, ya desde la infancia, distintivamente imaginativos. Soñamos situaciones que supondrían mejoras sobre nuestra vida actual: recuerdo que de niño soñaba con algo parecido a un teléfono móvil con el que charlar con un amigo. Actualmente, en Silicon Valley el sueño



parece ser *ojalá tuviéramos coches voladores*. Y luego usamos lo que imaginamos para llegar a ideas creativas: mis hijos tienen ahora esos teléfonos, que son tan divertidos como yo había imaginado (aunque supongan una pesadilla paterna). Por supuesto, es mucho más fácil soñar que crear, por lo que una condición existencial de la humanidad es que intentamos objetivos que no sabemos cómo alcanzar. Nuestra ambición y los azares de la vida no dejan de sumirnos en futuros imposibles de conocer: una situación que hoy se reconoce como *incertidumbre radical*. De ello hemos tenido dos episodios mundiales en los últimos doce años: tanto durante la crisis financiera del 2008 como ante la Covid-19, nadie sabía qué hacer. Por eso tenemos que ser *adaptativos*: si no sabemos algo, tenemos que averiguarlo cuanto antes. ¿Cómo hacerlo?

El conocimiento necesario para tomar buenas decisiones viene bajo dos modalidades, experto y tácito. El conocimiento experto es el que se supone que tengo como profesor de Economía. El conocimiento tácito es el que se obtiene de la experiencia de realizar una tarea en determinado contexto. El conocimiento experto sin el conocimiento tácito es peligroso: la arrogancia de los expertos constituye una amenaza. De todos modos, el conocimiento experto está concebido para ser compartido y, de hecho, enseñarlo es parte de mi trabajo como profesor. En cambio, el conocimiento tácito es muy difícil de compartir; se aprende haciéndolo, y depende mucho del contexto. Por lo tanto, para un aprendizaje rápido, es más sensato compartir el conocimiento experto a través de la jerarquía que empujar hacia arriba por ella el conocimiento tácito. La implicación es que, cuando una organización necesita adaptarse, la forma correcta de gobierno es la transferida.

Sin embargo, si no sabemos qué hacer, no basta con fusionar conocimiento experto y tácito: también hay que experimentar. Y necesitamos tantos experimentos como sea posible, y por eso tienen que hacerse en paralelo. Es otra razón por la que una organización adaptativa necesita una gobernanza transferida. Cuando todas las decisiones se adoptan en el extremo superior de la jerarquía, a menudo se produce lo mismo en todas partes, o una diferenciación siguiendo unos criterios centrales toscamente trazados. La transferencia permite a los equipos de las distintas partes de la organización utilizar su creatividad y, por lo tanto, conduce naturalmente a enfoques diferentes. Algunos funcionarán mejor que otros, y una vez más la evolución está de nuestra parte: somos muy buenos imitando el éxito ajeno en el seno de

nuestra comunidad. Ahora bien, para que la imitación funcione, necesitamos decisiones transferidas dentro de una comunidad, no una separación en comunidades rivales. No todo tiene que decidirse en Bruselas, Londres o Madrid: las decisiones sobre el propósito común deben tomarse en el nivel más bajo posible para obtener un fuerte sentido de obligación común y un aprendizaje rápido. Sin embargo, el Brexit, la independencia de Escocia y la secesión catalana van demasiado lejos. Si destruimos un sentido más amplio de comunidad, nos retraemos a la caza de conejos y no de ciervos, y reducimos el conjunto de experimentos de los que estamos naturalmente dispuestos a aprender.

El capitalismo ya no funcionaba bien antes de la Covid-19. Las empresas habían dejado de ser nuestra principal organización de innovación propositiva para superar problemas prácticos y se habían enfrascado en una lucha por el beneficio a corto plazo que a menudo causa más problemas de los que resuelve. El Gobierno había dejado su búsqueda pragmática de propósitos comunes dentro de una comunidad y se había enfrascado en disputas dogmáticas con grupos de identidades rivales. El mundo post-Covid-19 heredará todos los problemas anteriores y añadirá otros. Por tanto, necesitaremos más que nunca comunidades adaptativas en nuestras empresas y en nuestras políticas.

¿Las obtendremos? Tengo esperanzas. El auge del individualismo ha debilitado nuestras sociedades, pero ahora está desacreditado. Las ideas que pretendían justificarlo se ven ahora refutadas: nuestro libro *Greed is Dead* forma parte de una oleada de trabajos de intelectuales comunitarios que aportan las nuevas pruebas. Y todos tenemos ante los ojos el evidente daño causado por la pérdida de la comunidad. La Covid-19 nos ha enfrentado a la necesidad de un propósito común. En Gran Bretaña, uno de los países más centralizados del mundo, el Gobierno dio órdenes pero se sintió obligado a abrir un portal para el voluntariado. Esperaba recibir unas 250.000 personas, y sin saber demasiado qué podría hacer con ellas. El portal puso de manifiesto un fuerte deseo residual de contribuir a la comunidad: ya el primer día se inscribieron como voluntarias más de 500.000 personas. Pero en Estados Unidos, donde el individualismo lleva mucho más tiempo desbocado, la respuesta inicial de los ciudadanos fue hacer cola ante las armerías: *no protege a tu vecino sino dispara a tu vecino*. Y también el espectáculo político al que acabamos de asistir con incredulidad: no el diálogo, sino los gritos. La Covid-19 puede hacer que entremos en razón o puede completar nuestro proceso de disgregación.

El capitalismo ya no funcionaba bien antes de la Covid-19. Las empresas habían dejado de ser la principal fuente de innovación para superar problemas y se habían enfrascado en una lucha por el beneficio a corto plazo

¿Acabará la crisis del coronavirus con la globalización tal como la conocemos?

Antón Costas

CATEDRÁTICO DE ECONOMÍA. UNIVERSITAT DE BARCELONA.

SI CUANDO PIENSA EN LA GLOBALIZACIÓN lo que le viene a la cabeza es el número de contenedores, la cantidad de bienes y servicios, o el volumen de capitales que se mueven diariamente, esas cifras están mostrando un desplome. Si lo que le viene a la cabeza es el grado de influencia que los organismos que gobiernan la globalización (Organización Mundial del Comercio, OMC; Fondo Monetario Internacional, FMI) tienen sobre las políticas nacionales, también la pandemia está reduciendo esa influencia. Los cierres de fronteras y las limitaciones a los negocios que los gobiernos están imponiendo para controlar la propagación de la Covid-19 significan que la lógica de la política nacional se está imponiendo a la lógica de los mercados que dominaban la globalización.

La cuestión es si estas tendencias serán temporales o se mantendrán en la etapa pospandémica. Si este cambio hubiese sido repentino, surgido con la pandemia, podríamos pensar que será temporal. Pero esas tendencias desglobalizadoras ya actuaban antes. De hecho, se puede afirmar que antes de la pandemia la globalización tal como la conocemos ya había llegado a los límites social y políticamente tolerables para las democracias. El

Brexit y el triunfo de Donald Trump fueron señales inequívocas. Pero no se supo verlos. Pensábamos que eran acontecimientos singulares que nada tenían que ver con los excesos de la hiperglobalización. Lo que ha hecho la pandemia es dejar ver esos límites. En este sentido, la crisis de la Covid-19 trae un momento de oportunidad para cambiar la hiperglobalización comercial y financiera por una mejor globalización, focalizada en la salud pública y en el clima, que son verdaderos bienes públicos globales. Este viraje traerá mayores beneficios netos para el mundo y aumentará el bienestar de las naciones.

Ahora bien, la pandemia por sí sola no producirá este cambio. Para que tenga lugar han de estar presente otros factores que lo empujen. Permítanme desarrollar con más de detalle esta idea.

La crisis de la Covid-19 como bisagra de la globalización

De vez en cuando los países se paran a revisar las trayectorias seguidas en el pasado y repensar su futuro. Esos momentos acostumbran a coincidir con las grandes crisis económicas. Así ocurrió en los años treinta durante la Gran Depresión y también en la crisis energética y económica de los años setenta. En esas dos ocasiones las democracias occidentales rectificaron el rumbo político económico

de las décadas anteriores, construyeron nuevos contratos sociales internos y reformaron las reglas del funcionamiento de la economía internacional.

En los años treinta y cuarenta, los países aliados supieron construir nuevos contrato sociales internos (*new deal* en Estados Unidos, estados del bienestar en Europa) que reconciliaron el capitalismo de mercado con el progreso social y la democracia liberal. A la vez, mediante los acuerdos de Bretton Woods acordaron nuevas reglas para gobernar la globalización del comercio y de las finanzas internacional de posguerra. Y se crearon nuevas instituciones para gobernar la globalización: el Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT), el FMI y el Banco Mundial. Ese equilibrio entre políticas nacionales y globalización fue extraordinariamente eficaz. Los países crecieron y mejoraron el bienestar de sus ciudadanos. Surgieron las nuevas clases medias. La democracia se expandió. Y el comercio internacional y los flujos de capital a largo plazo tuvieron una trayectoria ascendente. Fue la época conocida como los *treinta gloriosos*, las tres décadas comprendidas entre los cuarenta y los setenta.

Sin embargo, coincidiendo con la crisis energética y económica de los años setenta (que tanto impacto tuvo en la industria textil, manufacturera y metalmeccánica de Catalunya), se produjo un viraje en el equilibrio anterior entre políticas nacionales y globalización, a favor de la última. Acompañando al cambio de ideas económicas que se produjo en esos años –desde el keynesianismo al neoliberalismo– y al giro político –desde la socialdemocracia al conservadurismo radical de Ronald Reagan y Margaret Thatcher– vino también un giro radical en el modelo de globalización de Bretton Woods. El objetivo a partir de ese momento fue impulsar una integración económica y financiera global profunda, una integración que se hizo a costa de reducir el margen de maniobra de las políticas nacionales de estabilización, de cohesión y las industriales. A tal fin, en 1994 se creó la OMC. Son los años en que también China se incorpora a la vida comercial internacional, aunque sin la obligación de respetar las normas de la OMC.

Esa nueva narrativa identificó la modernidad económica de los países con su aceptación de la libertad absoluta de movimientos de capitales. Especialmente los de corto plazo, que son los más distorsionadores tanto para las economías nacionales como para la economía internacional. Lo curioso de este giro desde la globalización de Bretton Woods hacia la hiperglobalización financiera y comercial es que su defensa no vino, como

se acostumbra a suponer, de las élites económicas y políticas norteamericanas, sino de las élites francesas que en esos años dirigían la Comunidad Económica Europea, la OMC y el FMI.

Lo que me interesa resaltar de este giro hacia la hiperglobalización es que no había nada determinístico que inevitablemente llevara a ese resultado. La hiperglobalización no fue el resultado inevitable del cambio tecnológico (las tecnologías de la información y las telecomunicaciones), ni del desarrollo de nuevos y más rápidos medios de transporte (el *contenedor* es posiblemente el gran invento de esta época). La hiperglobalización fue una opción política influida tanto por poderosos actores económicos y financieros como por unas ideas económicas que crearon una narrativa favorable.

¿Traerá la crisis económica de la Covid-19 un giro similar al que en el pasado impulsaron la Gran Depresión de los años treinta y la crisis energética de los años setenta? De forma más concreta, ¿significará la pandemia el golpe de gracia a la hiperglobalización? No es posible predecir el futuro; entre otros motivos, porque no existe. Lo que sí podemos es identificar algunas tendencias y factores del mundo pospandémico que pueden hacer posible que veamos tanto una cierta desglobalización comercial y financiera como un giro hacia la salud pública global y el clima, verdaderos bienes públicos globales.

Tendencias del mundo pospandémico

No es arriesgado pronosticar cinco tendencias del mundo pospandémico que afectarán a la globalización tal como la conocemos. La primera es un reequilibrio entre los mercados y los estados, en favor de estos últimos. Esta tendencia ya es muy perceptible en el momento actual. De la misma forma en que la lógica de los mercados se impuso a la lógica política en la etapa de la hiperglobalización, ahora estamos viendo cómo la lógica política se impone a la de los mercados globales.

La segunda tendencia es un reequilibrio entre hiperglobalización y las políticas nacionales, en beneficio de estas últimas. Dentro de esta tendencia, adquirirán nuevo protagonismo las políticas de recuperación de la prosperidad de los territorios y las comunidades locales, que constituyen el tercer pilar de la prosperidad pero que en las últimas décadas han sido dejadas atrás por el mercado y el Estado. Las consecuencias políticas de ese abandono quedaron de manifiesto con los movimientos sociales que impulsaron el Brexit, el triunfo de Trump y los chalecos amarillos en Francia.

La crisis de la Covid-19 trae un momento de oportunidad para cambiar la hiperglobalización comercial y financiera por una mejor globalización, focalizada en la salud pública y en el clima, verdaderos bienes públicos globales

Una tercera tendencia del mundo pospandémico es la intensificación de la rivalidad geopolítica entre Estados Unidos y China. Este tipo de rivalidad es una constante a lo largo de la historia en la dinámica de los imperios que han existido desde la antigüedad. Conforman el mundo real de cada etapa histórica. Hoy se ve favorecida tanto por la pérdida de liderazgo de Estados Unidos como por la creciente asertividad con que China se mueve en el exterior. Imaginen que dentro de unas semanas o meses China se presenta como salvadora del mundo con una vacuna eficaz contra la Covid-19. La percepción de superioridad sería irresistible.

Asociada a esta rivalidad geopolítica veremos también el retorno de la batalla de las ideas acerca de la superioridad de los sistemas en competencia. Por un lado, el sistema político autoritario asiático. Por otro, el modelo liberal occidental. En términos de crecimiento y de progreso social China parece ir ganando.

Una cuarta tendencia que cambia la globalización es el comercio de los datos. A diferencia de la globalización de los bienes y los capitales, la globalización de los datos constituye una amenaza tanto para la seguridad económica y la soberanía tecnológica de los países como para la estabilidad política de las democracias occidentales. Lo hemos visto con la injerencia de Rusia en las elecciones norteamericanas. Donald Trump puede no ser el mejor presidente para los norteamericanos, pero no hay duda que ha sido el mejor presidente para enfrentarse a China y obligarla a respetar las reglas y normas de la globalización.

Por último, la pandemia de la Covid-19 ilumina también otra tendencia relacionada con las opciones que las sociedades tienen para afrontar los retos de la salud global y del clima. A la vista de cómo las restricciones al comercio internacional, a la movilidad de las personas y a las actividades económicas han hecho descender las emisiones de gases contaminantes, algunos movimientos sociales y fuerzas políticas están defendiendo la alternativa del decrecimiento como la estrategia más eficaz contra el cambio climático y las pandemias. Sin embargo,

si algo demuestra la crisis de la Covid-19 es que la mejor opción contra las pandemias y el calentamiento global es la ciencia y el conocimiento. Solo la investigación científica sobre vacunas y tratamientos clínicos eficaces nos protegerá de este y de otros virus. Del mismo modo, es la tecnología y las políticas correctoras de las externalidades medioambientales las que nos pueden permitir conciliar la reducción de emisiones de gases con el crecimiento económico y el bienestar social.

La crisis de la Covid-19 trae un nuevo 'zeitgeist'

Ahora bien, estas tendencias no son deterministas; es decir, no predicen el camino que vayan a seguir las sociedades. La forma concreta en que esas tendencias vayan a configurar el futuro depende de, al menos, tres factores: la aparición de un nuevo *zeitgeist* o clima de la época en relación con la necesidad de reducir la desigualdad; la capacidad para organizar la globalización bajo principios diferentes; y la existencia de grupos sociales de presión que equilibren los intereses de las corporaciones y grupos profesionales interesados en la hiperglobalización económica.

A diferencia de lo que ocurrió en la crisis del 2008, ahora la crisis de la Covid-19 está creando un nuevo clima acerca de la importancia del problema distributivo de nuestras sociedades y de la urgencia de corregir esa desigualdad. Este nuevo clima empuja a favor de la corrección de la globalización.

Sin embargo, para que se produzca un cambio necesitamos modificar los objetivos y los principios que rigen la globalización. La experiencia traumática de la pandemia ayuda a cambiar el foco. La Covid-19 nos ha hecho más conscientes de nuestra vulnerabilidad como seres humanos. Cuando nos sentimos vulnerables buscamos protección. Y los candidatos a ofrecérsela son dos viejas instituciones a las que durante la etapa de hiperglobalización se consideró amortizadas: la religión y el Estado. Este retorno al Estado implicará un nuevo equilibrio entre globalización y políticas nacionales.

Este giro de la globalización en favor de las políticas nacionales (y regionales en

el caso de la Unión Europea) puede hacer temer una oleada de proteccionismo y nacionalismo económico, como ocurrió en los años treinta. Pero no hay razón para ese temor. El principio sobre el que tenemos que articular ese nuevo equilibrio es el del *desbordamiento*. Las políticas nacionales (fiscales, sociales e industriales) son legítimas mientras sus efectos no desborden las fronteras nacionales provocando el *empobrecimiento* de los vecinos, como ya señaló en los años treinta Joan Robinson, la primera mujer en ocupar una cátedra de Economía en la Universidad de Cambridge. Mientras no sea así, la globalización no puede utilizarse como argumento para obstaculizar las políticas nacionales de estabilización, cohesión e industriales. Por el contrario, políticas nacionales que tienen efectos negativos claros sobre terceros países, como la manipulación del tipo de cambio o los paraísos fiscales, deben ser prohibidas por perjudicar y empobrecer a los países vecinos.

Cuando los efectos de las políticas nacionales desbordan sus fronteras pero son positivos para terceros países, se debe profundizar en la globalización. Este es el caso de las políticas de salud pública y del clima. En estos terrenos, los esfuerzos y los avances que se hagan en un país benefician a todos. De ahí que les llamemos bienes públicos globales. Es en estos campos donde debemos buscar una mayor globalización.

Utilizando este principio de *desbordamiento*, el margen para llevar a cabo políticas nacionales compatibles con la globalización económica es muy amplio. Este margen es el que quiere aprovechar el nuevo programa Next Generation UE para recuperar la soberanía industrial y tecnológica y la seguridad económica de los países de la Unión Europea con la que hacer frente a la Covid-19 y a futuras pandemias, incluida la del clima.

La convicción de que la hiperglobalización fue una elección política y no un resultado inevitable de fuerzas económicas y tecnológicas permite construir una nueva globalización post-Covid-19 que cambie el acento en el comercio y las finanzas para ponerlo en la salud pública y el cambio climático.

Distribución global de los ingresos tras el coronavirus

Branko Milanovic

PROFESOR EN EL CENTRO STONE SOBRE DESIGUALDAD ECONÓMICA DE THE GRADUATE CENTER DE LA UNIVERSIDAD DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK (CUNY) Y AUTOR DE 'GLOBAL INEQUALITY' 2018 Y 'CAPITALISM, ALONE' 2019.

QUÉ PODEMOS DECIR DEL IMPACTO de la pandemia sobre la distribución mundial de los ingresos? Es difícil decir ahora algo significativo porque no sabemos cuánto durará la pandemia, cuántos países se verán fuertemente afectados, cuántas personas morirán, ni si se desgarrará o no el tejido social de las sociedades. Nos hallamos sumidos en una oscuridad total. La mayor parte de lo que afirmamos hoy puede resultar erróneo mañana. Si alguien acierta, quizá no sea necesariamente porque es inteligente, sino porque tiene suerte. Aunque, en una crisis como esta, la suerte cuenta mucho...

¿Qué probabilidades hay de que la crisis reduzca los ingresos mundiales? El gráfico 1 ofrece las tasas globales de crecimiento real per cápita entre 1952 y 2018. La línea gruesa da la medida convencional (plutocrática): muestra la expansión o contracción del promedio del PIB real per cápita del mundo (todos los cálculos están en dólares de igual poder adquisitivo). El PIB mundial per cápita

sólo ha caído en cuatro ocasiones: en 1954, 1982, 1991 y, más recientemente, en 2009, como consecuencia de la crisis financiera mundial. Las cuatro caídas globales fueron provocadas por el comportamiento en EE.UU. Es algo bastante comprensible. EE.UU. era hasta hace poco la mayor economía del mundo y, cuando se desaceleraba, la tasa de crecimiento mundial se veía afectada.

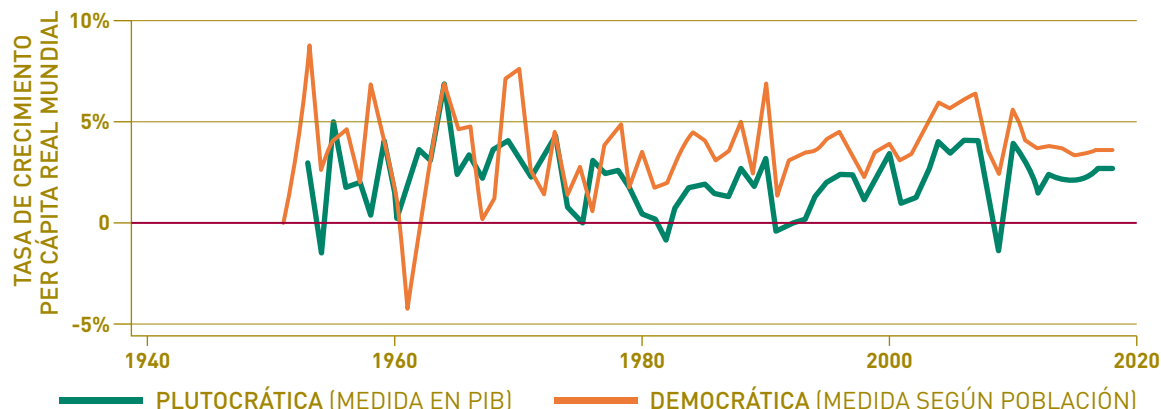
Una medida diferente del crecimiento mundial es la llamada tasa de crecimiento real de la población o democrática (la línea delgada en el gráfico). Plantea la siguiente pregunta: suponiendo una ausencia de cambios en la distribución de los ingresos de cada país, ¿cuál ha sido la experiencia de crecimiento medio de la población en el

mundo? Dicho de un modo más sencillo: si aumenta rápidamente el PIB per cápita de India, China y otros países muy poblados, mejorará la situación de más personas que si aumenta el PIB per cápita de algunos países

ricos, pero pequeños. O de otro modo más: pensemos en la década de 1960, cuando el PIB total de, por ejemplo, el Benelux era similar al PIB total de China. Según un cálculo plutocrático, el

Cabe esperar, como en lo sucedido tras el 2008, una reducción de la desigualdad mundial. Como entonces, se logrará por las 'fuerzas malignas' del crecimiento negativo en los países ricos

GRÁFICO 1
TASA DE CRECIMIENTO PLUTOCRÁTICA Y DEMOCRÁTICA DE LOS INGRESOS PER CÁPITA MUNDIALES



incremento de ambos contaría lo mismo. Según un cálculo democrático, el aumento en China contaría mucho más porque mucha más gente experimenta una mejora. Por lo tanto, esta segunda medida pondera las tasas de crecimiento de los países en función de su población. De ese modo observamos que el mundo nunca ha tenido una tasa de crecimiento negativa salvo en 1961 cuando el desastre del (paradójicamente llamado) *gran salto adelante* redujo el ingreso per cápita chino en un 26% y arrastró al mundo hasta territorio negativo.

¿Qué podemos decir sobre la probable evolución de esas dos medidas en el 2020? El Fondo Monetario Internacional, que sólo calcula la primera medida, estimó que el PIB mundial se reducirá al menos tanto como durante la crisis financiera. Es poco probable que la segunda medida sea negativa ya que China se ha recuperado y, como hemos visto, son los países muy poblados los que determinan en buen parte lo que sucede con ella. Sin embargo, no sabemos cómo se verá afectada India por la crisis. Si su tasa de crecimiento se vuelve negativa, podría (combinada con las tasas de crecimiento casi seguramente negativas de la mayor parte de Europa y Norteamérica) provocar la segunda recesión de la población desde la década de 1950.

De modo que los efectos negativos de la crisis sobre el crecimiento serán muy fuertes, pero esta no afectará a todos por igual. Si el declive económico es más grave, como parece ahora, en Estados Unidos y Europa, la brecha entre los grandes países asiáticos y el mundo rico se reducirá. Esa es la principal fuerza que ha llevado a la reducción de la desigualdad mundial desde 1990 aproximadamente. Por lo tanto, cabe esperar, de modo similar a lo sucedido después del 2008-2009, una aceleración de la reducción de la desigualdad mundial. Igual

que entonces, la reducción de la desigualdad mundial no se logrará mediante las fuerzas *benignas* del crecimiento positivo en las economías emergentes y ricas de Asia, sino mediante las fuerzas *malignas* del crecimiento negativo en los países ricos.

Eso tendrá los dos efectos siguientes. En primer lugar, desde el punto de vista geopolítico, el desplazamiento del centro de gravedad de la actividad económica seguirá moviéndose hacia Asia. El hecho de que uno decida *pivotar* o no hacia Asia será cada vez más irrelevante. Si Asia sigue siendo la parte más dinámica de la economía mundial, todo el mundo se verá empujado hacia ella de forma natural. En segundo lugar, el descenso en los ingresos reales de las poblaciones occidentales se producirá justo cuando las economías occidentales salgan del período de austeridad económica y bajo crecimiento, y cabría esperar el final de la ausencia de crecimiento de la clase media que ha caracterizado a esos países desde la crisis económica.

Por lo tanto, en términos puramente contables (económicos) es probable que veamos hasta cierto punto una repetición de la crisis financiera mundial: el deterioro de la posición relativa de los ingresos de Occidente, el aumento de las desigualdades en el seno de los países ricos (a medida que se deteriora la situación de los trabajadores más vulnerables y con salarios bajos) y el estancamiento de los ingresos de la clase media. De modo que el impacto de la crisis del coronavirus podría suponer un drástico golpe, el segundo en los últimos quince años, a la posición de los países ricos.

Es posible esperar, en algún ámbito, un retroceso de la globalización. Se trata de algo muy evidente en un plazo relativamente corto, uno o dos años, durante los cuales, incluso en el escenario optimista de gestión de la pandemia, la circulación



de personas y posiblemente de bienes estará mucho más controlada que antes de la crisis. Muchas de las trabas a la libre circulación de personas y bienes pueden provenir del fundado temor a la reaparición del virus. Pero algunas de ellas coincidirán con intereses económicos empresariales. Por tanto, la eliminación de las restricciones será difícil y costosa. No hemos eliminado las costosas y engorrosas medidas de seguridad aérea a pesar de la ausencia de ataques terroristas desde hace años. Tampoco es probable que las eliminemos en este caso. También aparecerá el razonable temor de que

fiarlo todo a la generosidad de extraños en una situación de emergencia nacional no es necesariamente la mejor política. Esto también debilitará la globalización.

Con todo, no debemos sobrestimar esas trabas al comercio y la circulación de la mano de obra y el capital. Cuando está en juego el propio interés a corto plazo, olvidamos pronto las lecciones de la historia; por ello, si pasan varios años sin la aparición de nuevas turbulencias, es probable que volvamos a las formas de globalización anteriores al coronavirus.

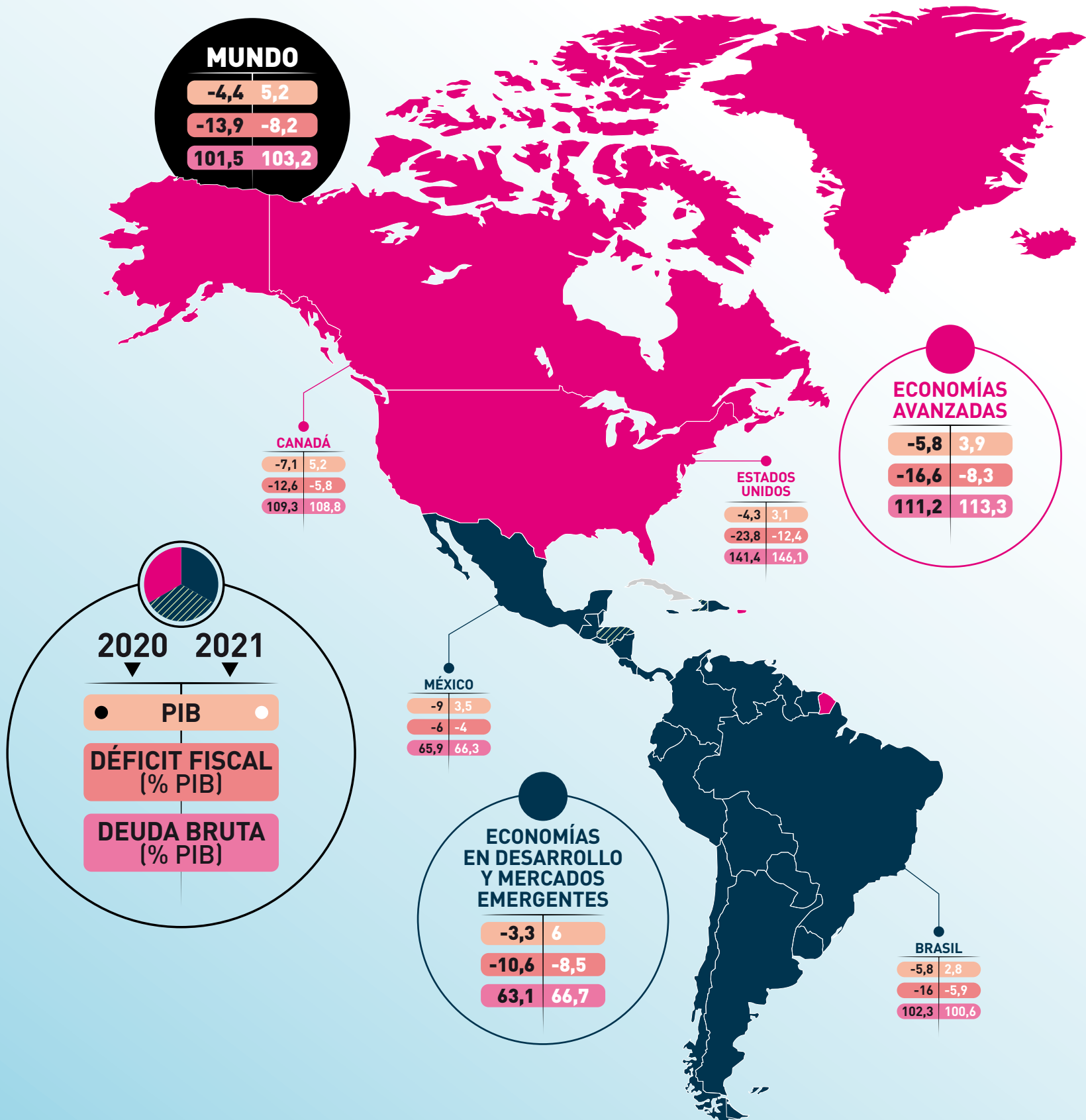
Ahora bien, lo que puede no volver a ser como antes es el poder económico

relativo de los diferentes países y la atracción política de las formas liberales frente a las más autoritarias de gestionar las sociedades. Las crisis agudas como esta tienden a fomentar la centralización del poder porque a menudo es la única forma en que pueden sobrevivir las sociedades. Y luego resulta difícil despojar del poder a quienes lo han acumulado durante la crisis; y, además, se puede afirmar de forma verosímil que gracias a su capacidad o sabiduría se evitó lo peor. Así pues, la política seguirá siendo turbulenta.

NOTA: Del blog *Globalinequality*, de Branko Milanovic.

UN MUNDO ENDEUDADO

El impacto de la pandemia en la economía marcó su punto álgido en el primer semestre del 2020, con especial incidencia en las economías avanzadas, y las previsiones dibujan una recuperación lenta. En las economías con tasas de infección en descenso, se detecta mayor 'cicatrización' del daño al potencial de suministro y un aumento en la productividad a medida que las empresas sobrevivientes incrementan las prácticas de seguridad e higiene. Las economías que luchan por controlar las tasas de infección tendrán más dificultades. El mundo entero registra un aumento del déficit y la deuda.



ECONOMÍAS AVANZADAS

ECONOMÍAS EN DESARROLLO Y MERCADOS EMERGENTES

PAÍSES CON BAJOS INGRESOS

FUENTE: 'World Economic Outlook Update, June 2020', Fondo Monetario Internacional (IMF).

EUROZONA

-8,3	5,2
-11,7	-5,3
105,1	103

ALEMANIA

-6,0	4,2
-10,7	-3,1
77,2	75

FRANCIA

-9,8	6
-13,6	-7,1
125,7	123,8

ITALIA

-10,6	5,2
-12,7	-7
166,1	161,9

ESPAÑA

-12,8	7,2
-13,9	-8,3
123,8	124,1

RUSIA

-4,1	2,8
-5,5	-3,9
18,5	18,8

REINO UNIDO

-9,8	5,9
-12,7	-6,7
101,6	100,5

COREA DEL SUR

-1,9	2,9
-3,6	-2,4
49,5	53,4

JAPÓN

-5,3	2,3
-14,7	-6,1
268	265,4

TURQUÍA

-5	5
-8,4	-7,5
40,4	42,2

CHINA

1,9	8,2
-12,1	-10,7
64,1	70,7

ARABIA SAUDI

-5,4	3,1
-11,4	-5,6
35,2	36,8

INDIA

-10,3	8,8
-12,01	-9,4
84	85,7

INDONESIA

-1,5	6,1
-6,3	-5
37,7	40,3

NIGERIA

-4,3	1,7
-7,3	-5,7
36,5	36,8

SUDÁFRICA

-8	3
-14,8	-11
79,9	84,6

PAÍSES CON BAJOS INGRESOS

-1,2	4,9
-6,1	-5,1
48,2	49

AUSTRALIA

-4,2	3
-8,6	-8,4
56,8	64,3

Temores por la deuda del mundo en desarrollo

Jayati Ghosh

INVESTIGADORA DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN DE ECONOMÍA POLÍTICA DE LA UNIVERSIDAD DE MASSACHUSETTS EN AMHERST (ESTADOS UNIDOS). ESTE ARTÍCULO REFLEJA EL TRABAJO REALIZADO EN COLABORACIÓN CON C. P. CHANDRASEKHAR.

LAS IDEAS EQUIVOCADAS ACERCA DE la naturaleza de la deuda y los problemas que plantea siguen proliferando entre los responsables políticos y la opinión pública. Por una parte, se percibe que la deuda (en especial, la deuda soberana de los gobiernos) es intrínsecamente problemática y puede ser fuente de crisis financieras y fuga de capitales, sobre todo en los países en desarrollo. Por otra, la solución de política macroeconómica preferida para las crisis recurrentes de las dos últimas décadas ha sido una política monetaria sumamente laxa, lo cual ha dado lugar a mayores aumentos en los niveles de deuda. Además, existe la idea de que la deuda contraída por agentes privados (hogares y empresas) está más orientada al mercado y, por lo tanto, es más viable que la deuda contraída por los gobiernos; si bien la experiencia reciente ha demostrado con claridad que los deudores privados pueden ser aun más propensos al incumplimiento y que normalmente los estados deben intervenir para asegurar, garantizar y, en última instancia, asumir las deudas incobrables de los agentes privados.

Estas ideas equivocadas se han extendido aun más durante la pandemia, que ha exigido aumentos masivos del gasto público financiado

Antes de la Covid-19, el mundo ya estaba inundado de deuda, que había aumentado fuertemente tras la crisis financiera, en especial en Europa, Asia Central, África Subsahariana y Latinoamérica

por la deuda. Mucho antes de que estallara la crisis sanitaria, el mundo estaba inundado de deuda. En el período posterior a la crisis financiera mundial (que, según sostienen muchos, fue resultado de la acumulación excesiva de deuda en los mercados hipotecarios de EE.UU) se produjo un fuerte aumento de la deuda mundial. En los países en desarrollo, a finales del 2018, la relación entre deuda externa y PIB era considerablemente más alta que en el 2008 en Europa, Asia Central, América Latina y África Subsahariana. Sólo en Asia Oriental, el Pacífico, Oriente Medio y África Septentrional eran los niveles de deuda sólo ligeramente superiores o inferiores a los del 2008. Incluso en los países de bajos ingresos cuyo volumen de deuda externa había disminuido de 88.000 millones

de dólares en el 2000 a 83.000 millones en el 2008 (en parte debido a las condonaciones dentro de la iniciativa para los países pobres muy endeudados, los PPME) las cantidades se duplicaron con creces a partir de entonces, hasta

llegar a 173.000 millones de dólares en el 2018.

En los llamados *mercados emergentes* (países en desarrollo con mayor grado de integración en el mercado mundial de capitales), un nuevo motivo de temor fue el gran aumento de la exposición del sector privado a la deuda interna y externa. La relación entre el crédito al sector no financiero y el PIB (que había aumentado moderadamente de un

111% en diciembre del 2001 a un 120% en marzo del 2008) se elevó a un 183% a finales del 2018, y la deuda privada aumentó de un 83% a un 138%. Gran parte de esa exposición de las empresas se debió al endeudamiento en divisas, una situación que añade los riesgos cambiarios al riesgo de un posible aumento de los tipos de interés.

Este aumento de la deuda pre-Covid-19 fue alimentado sobre todo por la oferta, ya que hubo un empuje de capital hacia el Sur desde el Norte en busca de mayores rendimientos. Tras la crisis financiera mundial, los bancos centrales de los países desarrollados optaron por una política de *flexibilización cuantitativa* y por mecanismos de relajación monetaria para inyectar grandes volúmenes de liquidez barata al sistema. Gran parte de esta acumulación de deuda se produjo en los países desarrollados. Pero una parte de la liquidez llegó también a las economías en desarrollo y emergentes en forma de corrientes de capital y de deuda. Según un estudio del Banco Mundial (*Global Waves of Debt: Causes and Consequences*, 2019), desde la década de 1970 se han producido en los mercados en desarrollo y emergentes cuatro oleadas de deuda, de las cuales las tres primeras han terminado en crisis financieras: la crisis de la deuda de América Latina en la década de 1980, la crisis financiera asiática a finales la década de 1990 y la crisis financiera mundial de 2007-2009. La cuarta ola de deuda, que comenzó en el 2010 y llevó la deuda de los países en desarrollo hasta los 55 billones de dólares en el 2018, es la mayor, más amplia y más rápida de las cuatro. En esos ocho años, la deuda total se ha elevado en 54 puntos porcentuales del PIB

hasta alcanzar un máximo histórico de alrededor de un 170% del PIB. Por lo tanto, la forma en que se ha intentado manejar la crisis financiera mundial teniendo en cuenta los intereses de las finanzas ha dado lugar a una espiral de deuda, sin que haya dado mucho dinamismo a la economía mundial.

La crisis de la Covid-19 ya ha dado lugar a picos en el flujo de la deuda, incluida la deuda externa. En la medida en que los gobiernos de los países en desarrollo se han visto obligados a responder a la pandemia con un aumento sustancial de los gastos (incluso en un contexto de reducción de los ingresos), han aumentado con ello su exposición a la deuda externa. Los prestatarios privados han retrasado los reembolsos, lo que ha aumentado los niveles de deuda y ha incrementado la posibilidad de que se produzca otro colapso deudor. Según el Instituto de Finanzas Internacionales, la deuda mundial, que había aumentado en 10 billones de dólares durante el año 2019 hasta alcanzar los 255 billones, se incrementó en la enorme cantidad de 14 billones sólo entre enero y mediados de mayo.

Es probable que la exposición a la deuda aumente aun más en un futuro próximo a medida que los países pasen de la fase de gestionar la pandemia y abordar las consecuencias de los cierres a la fase de estimular la recuperación. Las nuevas oleadas de infección en muchos países, junto con la continua propagación de la pandemia en otros, generan aun más incertidumbre sobre la futura trayectoria económica del mundo, lo que aumenta considerablemente la probabilidad de incumplimiento por parte de los países de ingresos bajos y medios. El problema es que las dificultades

de la deuda en los países en desarrollo tienden a alimentarse a sí mismas. Ante los signos de dificultad, los prestamistas se vuelven cautos y los deudores tienden a perder el acceso al crédito. Se hace más difícil acceder a la deuda a largo plazo, lo que aumenta la dependencia de la deuda a corto plazo. Con el tiempo, se hace difícil renovar la deuda a corto plazo, y aumenta el coste de los créditos nuevos, lo que a su vez agrava la dificultad de la deuda. Si no se hace nada para detener e invertir semejante tendencia, las reservas de divisas caen y las monedas son objeto de ataques, con lo cual se hacen necesarios apoyos de emergencia y la imposición de medidas de austeridad por parte de los prestamistas. Los recortes en el gasto público repercuten entonces sobre unas medidas cruciales de protección social y mitigación de la pobreza y reducen la capacidad de los gobiernos para desembolsar las sumas necesarias para alcanzar los objetivos de desarrollo sostenible.

Las medidas que pueden adoptarse para hacer frente a las dificultades de la deuda varían de un país a otro, debido a las diferencias en la naturaleza de la vulnerabilidad. En los países de bajos ingresos y más pobres, la deuda externa tiende a ser mayormente deuda soberana, con una proporción estable en torno a un 80% desde el 2006. La disposición de los prestamistas a dar cabida a los prestatarios privados aumenta con el ingreso per cápita de los países. La proporción de la deuda pública en la deuda externa de los países de ingresos medios bajos era de un 59% en el 2006 y disminuyó aun más hasta un 52% en el 2018. En los países de ingresos medios altos, esa proporción disminuyó desde un 39% en el 2006 hasta un 31% en el 2018.

Ha habido cambios significativos en las fuentes del crédito a los países en desarrollo. Se ha producido un alejamiento de las fuentes oficiales, ya que la

fatiga de la ayuda ha reducido el crédito proporcionado por los gobiernos, ya sea en condiciones favorables o comerciales. Al inundar los mercados mundiales con liquidez barata, las instituciones privadas intervinieron y luego tomaron la delantera. A medida que los gobiernos de los países ricos se retiraban de los préstamos en condiciones favorables, las instituciones multilaterales, especialmente el FMI y el Banco Mundial, además de los bancos regionales de desarrollo, aumentaron su participación en el total de los préstamos, pero también perdieron terreno ante al sector privado. La otra tendencia clave es el creciente papel de los nuevos actores, en especial China.

Los altos niveles de endeudamiento pueden limitar el gasto necesario para hacer frente a la pandemia, asegurar una recuperación económica estable y equitativa y aliviar el cambio climático y adaptarse a él. También suele haber presión de los prestamistas y los inversores del mercado de bonos para que se limite severamente el déficit fiscal en el presupuesto gubernamental. Eso lleva a la opinión de que hay poco margen para gastos adicionales, con lo que los recortes recaen sobre esas inversiones. Incluso cuando los gobiernos no insisten en semejante conservadurismo fiscal, el nivel de deuda y el grado de vulnerabilidad pueden suponer una traba para los gobiernos al limitar el acceso a la deuda, especialmente a la procedente de unas fuentes privadas cada vez más importantes.

Para hacer frente al problema de la carga excesiva de la deuda son necesarias una serie de medidas, desde las que alivian las condiciones del servicio de la deuda hasta las que eliminan parcial o totalmente la deuda pasada. Pero también es importante asegurar el flujo continuado de unos volúmenes razonables de crédito, en especial de la moneda fuerte que sujeta el Norte al Sur. Aunque a largo plazo los países deben depender

más de la movilización de recursos internos y del endeudamiento interno que de la deuda externa, la dependencia del endeudamiento externo sólo disminuirá gradualmente en el mejor de los casos, sobre todo en los países en desarrollo que necesitan divisas. Es improbable que la deuda externa disminuya hasta casi cero en los países que no tienen la ventaja de ser hogar de monedas de reserva en las que se denominan las transacciones comerciales y las corrientes de capital.

Por lo tanto, para abordar el problema de la deuda de los países en desarrollo es necesario: 1. reducir la carga inmediata del servicio de la deuda; 2. disminuir la magnitud de la carga de la deuda acumulada mediante la condonación por parte de instituciones soberanas y multilaterales y la reestructuración de la deuda en manos privadas, y 3. asegurar el flujo de crédito nuevo en volúmenes razonables, con el fin de proporcionar a los países el margen fiscal y financiero necesario para financiar los gastos relacionados con el medio ambiente y cumplir otros objetivos de desarrollo sostenible.

Las actuales medidas para el alivio de la deuda, incluidos los 12.000 millones de dólares acordados en la reunión del G-20 de abril del 2020, distan mucho de ser adecuadas. Los pagos de la deuda no se han cancelado, sino que solo se han aplazado, por lo que solo se trata de un *alivio de la liquidez* temporal. Algunos donantes multilaterales se han mostrado reacios a unirse incluso a ese limitado acuerdo de reprogramación si ello afecta a sus calificaciones y, por lo tanto, a su capacidad para movilizar fondos de los mercados a tasas competitivas. Por otra parte, la campaña Jubileo de la Deuda estima que la cancelación total de los pagos de la deuda de los países pobres, incluso a acreedores privados, liberaría 50.000 millones de dólares hasta el 2021. Sin embargo, incluso esa cancelación total puede no ser suficiente: además de la condonación del servicio de la deuda, lo que hace falta es un grado significativo de condonación de la deuda.

Sin embargo, incluso en esta crisis, los prestamistas y los fondos buitres que se resisten siguen echando por tierra los

Es preciso persuadir a los prestamistas privados de que se sumen a los esfuerzos de alivio y reestructuración de la deuda en su propio interés. Deben modificarse los marcos jurídicos para evitar condiciones insostenibles

esfuerzos de reestructuración y resolución de la deuda, como lo demuestran los actuales temores en Argentina y Ecuador. Los marcos jurídicos inadecuados y diversos han dificultado la introducción en los nuevos acuerdos de deuda de cláusulas de acción colectiva apropiadas que aseguren que el consentimiento de una mayoría específica de tenedores de bonos sea adecuado para imponer un programa de reestructuración a todos los prestamistas. Es preciso abordar esta cuestión de inmediato y hacerlo mediante una activa cooperación internacional.

Es preciso persuadir a los prestamistas privados de que se sumen a los esfuerzos de alivio y reestructuración de la deuda en su propio interés a medio plazo. Deben modificarse los marcos jurídicos que permiten que algunos acreedores insistan en condiciones insostenibles en detrimento de los prestatarios y también de otros acreedores. Es necesario ejercer una presión especial para garantizar ese cambio en Estados Unidos y Reino Unido, donde se elaboran la mayoría de los contratos de crédito internacionales privados. Los inversores privados deberían estar dispuestos a unirse a ese esfuerzo porque la actual trayectoria económica indica que los impagos son ahora inevitables (si no inminentes) en muchos países. La imposición de la austeridad no será de ninguna ayuda, como ilustran ampliamente las múltiples pruebas ofrecidas por Europa y América Latina. Semejante proceder sólo dificulta que los países paguen y los obliga a aceptar el apoyo de emergencia que se les proporciona para evitar un incumplimiento en gran escala y un colapso financiero. Una solución más sensata es acordar un rescate ordenado, en el que los acreedores también compartan las pérdidas.

La mayoría de los sistemas de derecho civil o consuetudinario contienen disposiciones para hacer frente a circunstancias extraordinarias e imprevistas de las que la pandemia de Covid-19 podría ser un ejemplo destacado. Entre las más comunes en los contratos generales están las cláusulas de “fuerza mayor”, que son disposiciones que aplazan o liberan a las partes de sus obligaciones contractuales

debido a circunstancias que escapan a su control. Normalmente se han aplicado a desastres naturales, guerras, ataques terroristas y cambios legales o reglamentarios imprevistos que crean “la imposibilidad de actuar legalmente” porque “circunstancias imprevistas que escapan al control de la persona o personas afectadas les impiden absolutamente respetar su obligación internacional, en virtud del principio de que no se puede hacer lo imposible”. Si bien se ha recurrido ampliamente a las cláusulas de fuerza mayor que alegan la actual pandemia para un cambio de contratos dentro y fuera de las fronteras nacionales en muchas esferas económicas, muy pocos contratos de deuda (y, en particular, de deuda soberana) contienen una cláusula de ese tipo.

Una estrategia potencialmente viable con una aplicabilidad más amplia podría consistir en utilizar el artículo 62 de la Convención de Viena sobre el Derecho de los Tratados; dicho artículo abre la posibilidad de invocar un cambio fundamental de circunstancias (en comparación con el momento en que se concluyó un tratado o acuerdo) como motivo para dar por terminado un tratado, retirarse de él o suspender su aplicación, si: “a) La existencia de esas circunstancias constituyera una base esencial del consentimiento de las partes en obligarse por el tratado, y b) ese cambio tenga por efecto transformar radicalmente el alcance de las obligaciones que todavía deben cumplirse en virtud del tratado”. Esta salvaguarda podría extenderse a los problemas de cumplimiento de los contratos de deuda soberana. Las circunstancias especiales creadas por la pandemia indican que vale la pena estudiar las posibilidades de explorar recursos jurídicos innovadores.

Es evidente que los países en desarrollo necesitan ahora un acceso mucho mayor a los recursos externos, incluido un crédito nuevo y mejorado. Muchos economistas destacados e incluso la directora gerente del FMI, Kristalina Gueorguieva, han pedido que se emitan derechos especiales de giro adicionales (DEG), en sumas que oscilan entre los 500.000 millones de dólares y los 3 billones de dólares. Al ser un activo de reserva internacional creado

por consentimiento mutuo y emitido a los países miembros del FMI, los DEG son una forma gratuita de crear liquidez mundial. Los países pueden vender sus tenencias de DEG por moneda fuerte para financiar compromisos de pago en divisas de diferentes tipos y, en la medida en que lo hacen, pagan un minúsculo tipo de interés de alrededor hoy de un 0,1%, muy por debajo de los tipos comerciales a los que pueden solicitar préstamos los países en desarrollo. No están sometidos a ninguna presión de recompra y no tienen que devolver su cuota de DEG al fondo.

La emisión de DEG en tiempos de estrés económico es una política aceptada. Se utilizó en el 2009, cuando explotó la burbuja especulativa de los mercados financieros de Estados Unidos y Europa y sumió la economía mundial en la Gran Recesión. Sin embargo, Estados Unidos, que tiene poder de veto en la materia y que posee un 16,5% de los votos en el FMI (cuando la medida requiere un 85% de los votos de los miembros para ser aprobada), rechazó la propuesta, con el apoyo de algunos aliados como India. Si esto se hiciera, muchos países en desarrollo deudores experimentarían inmediatamente una importante relajación de las restricciones externas. Todavía no es demasiado tarde para impulsar la medida.

Dado que los gobiernos de los países en desarrollo también necesitarán acceder a más créditos para permitir las inversiones que tanta falta hacen, vale la pena considerar la posibilidad de crear bonos estatales condicionados y garantías de los bancos centrales. Los bonos estatales contingentes vinculan los pagos a alguna variable que capta la situación de la economía, como los bonos vinculados al PIB, en los que los pagos del servicio de la deuda están ligados al crecimiento del PIB. En los períodos en que el crecimiento es elevado, los países pagan como servicio de la deuda sumas mayores, y viceversa.

Para impulsar soluciones reales, deben descartarse las ideas equivocadas comunes sobre la deuda descritas anteriormente; y los países en desarrollo, en particular, deben zafarse de la tiranía de los mercados de deuda sesgados en favor de los intereses de los acreedores.

Cómo mejorar las cadenas de suministro tras la Covid-19

Francisco Betti

DIRECTOR DE LA INICIATIVA FORJANDO EL FUTURO DE LA MANUFACTURA Y PRODUCCIÓN AVANZADAS, FORO ECONÓMICO MUNDIAL.

Hernán Sáenz

SOCIO PRINCIPAL Y DIRECTOR DE PRÁCTICA DE MEJORA DEL RENDIMIENTO GLOBAL, BAIN & COMPANY.

Juliane Stephan

SOCIO ADJUNTO, MEJORA DEL RENDIMIENTO Y TRANSFORMACIÓN DIGITAL, BAIN & COMPANY.

LA COVID-19 HA DADO UN GOLPE FINAL a las cadenas de suministro que sólo valoraban la fiabilidad y la eficiencia. La pandemia ha hecho añicos las cadenas de suministro frágiles de todo el mundo y ha colocado la resiliencia (la capacidad de sanar, redirigir o sustituir) como prioridad de los ejecutivos de dichas cadenas.

Durante décadas, las dos prioridades de las organizaciones de cadenas de suministro fueron la fiabilidad y la eficiencia. Sin embargo, el precio de centrarse casi exclusivamente en un suministro fiable al menor coste fue que las cadenas de suministro se volvieron inflexibles y opacas. Y el único sacrificio no fue la resiliencia: también siguió siendo esquivo el objetivo de unas cadenas de suministro sostenibles (las que incorporan consideraciones ambientales, sociales o de gobernanza empresarial en el proceso de obtener materias primas, convertirlas en productos y entregarlas al mercado).

Sin visibilidad sobre la forma en que los materiales y los bienes entraban y se desplazaban

A COVID-19 HA DADO UN GOLPE FINAL a las cadenas de suministro que sólo valoraban la fiabilidad y la eficiencia. La pandemia ha hecho añicos las cadenas de suministro frágiles de todo el mundo y ha colocado la resiliencia (la capacidad de sanar, redirigir o sustituir) como prioridad de los ejecutivos de dichas cadenas.

La pandemia ha hecho añicos las cadenas de suministro frágiles de todo el mundo y ha colocado la resiliencia (la capacidad de sanar, redirigir o sustituir) como prioridad de los ejecutivos

a través de esas cadenas, era difícil, cuando no imposible, que las empresas vigilaran eficazmente esos insumos y productos para aplicar prácticas sostenibles. Incluso hoy en día, Bain & Company calcula que hasta un 60% de los ejecutivos carecen de visibilidad sobre los artículos de su cadena de suministro más allá de los proveedores de primer nivel. Al no disponer casi de datos para evaluar las compensaciones, a menudo la sostenibilidad sale perdiendo frente a la fiabilidad y la eficiencia por defecto.

Sin embargo, la resiliencia exige hoy que las empresas sean capaces de ver lo que ocurre en todas las partes de su cadena de suministro y de rastrear cualquier elemento en la misma, desde el campo hasta la fábrica y luego el cliente (y más allá). Y resulta que esas capacidades son exactamente las que necesitarán las empresas para integrar la sostenibilidad en el diseño de su cadena de suministro principal. Las mismas herramientas que apoyan la resiliencia pueden respaldar también los esfuerzos de sostenibilidad. Y esas herramientas pueden proporcionar los datos para evaluar con precisión las compensaciones entre coste, fiabilidad, resiliencia

y sostenibilidad, o para poner de manifiesto que las compensaciones ni siquiera son necesarias.

Los motores gemelos de la resiliencia y la sostenibilidad

La visibilidad describe el grado en que una empresa es capaz de ver lo que sucede exactamente en su cadena de suministro, lo cual puede incluir información y análisis en tiempo real y la solución predictiva de problemas. La trazabilidad se refiere a la capacidad de seguir con exactitud la ruta y el proceso de cada insumo, incluida la información sobre procedencia y origen, así como la información del proceso de conversión y las certificaciones.

Para lograr la visibilidad y la trazabilidad que necesitan las cadenas de suministro resilientes, las empresas están adoptando las llamadas *torres de control*. Las soluciones actuales de las torres de control presentan una complejidad técnica muy diversa. Algunas proporcionan datos en tiempo real a lo largo de toda la cadena de suministro y son capaces de predecir disrupciones o acontecimientos subóptimos, mientras que las menos sofisticadas se centran en porciones limita-

das de la cadena de suministro, con datos por lotes y menos capacidad predictiva. Mediante el recurso a los datos correctos y una profunda transparencia, las torres de control no sólo pueden fomentar la resiliencia, sino que también facilitan la incorporación de la sostenibilidad en la toma de decisiones a lo largo de toda la cadena de suministro, tanto en relación con los insumos de la cadena como en los procesos de conversión correspondientes.

Esta trazabilidad resulta esencial para hacer frente al creciente impulso de las cadenas de suministro circulares que recuperan y reutilizan materias primas al final del ciclo de vida de un producto. El seguimiento de los materiales a lo largo del ciclo de vida es un requisito previo para reintroducirlo en un proceso de conversión de cara a su reutilización, reciclaje o remanufactura. Cada ciclo reduce el consumo de materias primas de entrada. Las cadenas de suministro circulares no se limitan a la circularidad dentro de la cadena de valor de una sola empresa. A menudo, los materiales son reciclados por terceros y posteriormente se introducen en la cadena de valor de otro sector como sustitutos de las materias primas vírgenes. La visibilidad de la oferta y la

demanda resulta también fundamental para que las empresas aprovechen esas oportunidades.

El camino hacia la visibilidad y la trazabilidad

En el contexto del *gran reset*, nos encontramos en un momento crítico para la evolución de la visibilidad y la trazabilidad de la cadena de suministro. Sin embargo, la mayoría de las empresas tiene un largo camino por recorrer. Según una reciente encuesta de Bain, menos de un 15% de los ejecutivos considera que sus capacidades actuales permiten ofrecer una trazabilidad de modo consistente. La mayoría de las empresas ha comenzado a establecer algunas capacidades en ese ámbito, pero tiene dificultades para integrarlas o crear valor de manera consistente.

Transformación de los mercados

Durante los últimos cincuenta años se han producido avances sin precedentes en los indicadores humanos: la esperanza de vida ha aumentado hasta niveles sin precedentes; la mortalidad infantil y materna ha disminuido; menos niñas abandonan la escuela; se ha sacado de

LA TRAZABILIDAD Y LA VISIBILIDAD MEJORAN EL RENDIMIENTO DE LA CADENA DE SUMINISTRO

TRAZABILIDAD Y VISIBILIDAD			
INSUMOS		PROCESO DE CONVERSIÓN	
MATERIAS PRIMAS	TRABAJO	REDUCIR	REUTILIZAR
Obtención de materias primas de un modo renovable y no destructivo	Uso de prácticas laborales justas para fomentar la retención y la satisfacción del trabajador	Reducción de los recursos en la cadena de valor mediante la gestión de materiales	Reutilización de recursos tal cual (<i>as-is</i>) en toda la cadena de valor
CAPITAL	LOGÍSTICA	RECICLAR	(RE)MANUFACTURAR
Empleo de capital procedente de fuentes responsables que comparten objetivos de sostenibilidad	Transporte o logística de materiales o productos finales respetuosos con el medio ambiente	Separación de los materiales de los recursos en componentes y posterior procesado bajo nuevas formas	Remanufacturación de los recursos en nuevas formas manteniendo formas originales

MEJORA DEL RENDIMIENTO DE LA CADENA DE SUMINISTRO EN CUATRO ÁMBITOS

EFICIENCIA	FIABILIDAD	RECICLAR	SOSTENIBILIDAD
-------------------	-------------------	-----------------	-----------------------

la pobreza a más personas que nunca; y se ha reducido la desigualdad entre los países. El sistema de mercado nos ha servido bien.

Pero empiezan a aparecer profundas fracturas: una desigualdad enorme en casi todos los países; una degradación ambiental y una pérdida sin precedentes de especies; y los efectos más generales de un cambio climático irreversible. Nuestros mercados son insostenibles y necesitamos un nuevo modelo económico.

Para hacer frente a estos desafíos, *transformar los mercados* fue una de las cuatro esferas de atención prioritaria de la Cumbre sobre el Impacto en el Desarrollo Sostenible del Foro Económico Mundial celebrada en el 2019. En una serie de sesiones las partes interesadas se reunieron para adoptar medidas para la salud humana y ambiental en el centro de los sistemas de mercado y las cadenas de valor; entre otras, la creación de mercados sostenibles, cadenas de suministro responsables, la superación de la desechabilidad, la circularidad y las soluciones de escalado de la cuarta revolución industrial.

Las razones más comunes fueron los obstáculos a la obtención de datos,

incluidas la escasa fiabilidad de datos procedentes de socios de la cadena de suministro y la falta de normalización para el intercambio de datos y el cálculo de los parámetros. Existen también obstáculos tecnológicos, como la ausencia de plataformas de extremo a extremo, y obstáculos organizativos, como los mecanismos de intercambio de datos poco fiables o los temores relacionados con la privacidad.

La superación de esos obstáculos en las cadenas de suministro resilientes y sostenibles requerirá la colaboración entre múltiples interesados dentro de un sector, tanto para establecer normas y financiar inversiones relacionadas con plataformas, como para concentrar recursos, compartir costes y ganar impulso. Si los múltiples agentes de un sector pueden agruparse en torno a un lenguaje, unas normas o un modelo de datos comunes, todos saldrán beneficiados de un desarrollo acelerado de capacidades, una menor complejidad en las decisiones, una mayor facilidad para establecer puntos de referencia y otras formas de colaboración.

En los últimos años, varios sectores han combinado sus fuerzas para acelerar la trazabilidad y la visibilidad. Por

ejemplo, el Food Trust de IBM, fundado en el 2017, se ocupa de la necesidad de contar con sistemas de suministro de alimentos más inteligentes, seguros y sostenibles conectando un ecosistema de productores, proveedores, fabricantes, minoristas y otras partes interesadas. La solución basada en la cadena de bloques ayuda a los participantes a eliminar los cuellos de botella de la cadena de suministro, mejorar su reputación en materia de calidad, garantizar la seguridad y el cumplimiento de las normas y establecer una cadena de suministro sostenible con menos desechos y deterioro.

Si el intercambio y la colaboración por parte de toda la industria son el futuro, ¿cómo vamos a conseguir ese objetivo? En nuestra opinión, es probable que los líderes de la industria impulsen (adelantándose a los reguladores) el desarrollo inicial de las plataformas y establezcan las normas, a lo cual se sumarán otros agentes de la industria que vean el valor de lo conseguido. Esos líderes pueden considerar y actuar sobre cuatro medidas clave:

1. Crear un entorno para compartir datos, experiencias y buenas prácticas.



Para lograr la adopción en todo un sector, es probable que esos esfuerzos requieran la participación de entidades neutrales de confianza, como las asociaciones sectoriales. Solo un 6% de los ejecutivos encuestados se siente cómodo compartiendo datos sobre la cadena de suministro con los competidores; sin embargo, dos tercios se sienten cómodos compartiéndolos con las asociaciones sectoriales.

2. Activar la plataforma digital para una colaboración entre múltiples partes interesadas. Es probable que una compañía tecnológica deba asumir el alojamiento y el desarrollo en curso de la plataforma, y luego comercializar la solución.

3. Crear confianza en la certificación. Los proveedores de certificación pueden verificar de manera fiable los insumos y los procesos de cada participante en la plataforma, la propia plataforma digital o los resultados analíticos producidos.

4. Elaborar un conjunto de instrumentos para movilizar y crear valor de manera eficaz. Todas las empresas involucradas necesitarán un manual sobre cómo construir el talento, los sistemas y los procesos necesarios; orientación sobre cómo comparar el rendimiento, el progreso y el desarrollo con respecto a todo el sector; y funciones y responsabilidades

claras para obtener valor empresarial, resiliencia y sostenibilidad a partir de los nuevos conocimientos disponibles.

Esperamos que los líderes de la industria sean lo bastante perspicaces para evitar la posible parálisis que conlleva una ambición excesiva y que, en vez de eso, centren los proyectos piloto en la resolución de un único problema importante antes de pasar al siguiente. A medida que otros participantes adicionales, incluso competidores, se unan al esfuerzo, los sectores podrán colaborar para garantizar cadenas de suministro eficientes, fiables, resilientes y sostenibles.

EL 'DÍA DESPUÉS' DE LAS PANDEMIAS HISTÓRICAS



José Enrique Ruiz-Domènec. Catedrático de Historia Medieval de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB), especializado en la edad media, cultura europea y herencia mediterránea.



¿Cómo han encarado las sociedades el 'día después' a las grandes epidemias? Examinamos distintas respuestas a lo largo del tiempo

Era prácticamente una obligación hablar de la epidemia como protagonista de la historia. Habiendo estado confinado como todo ciudadano, leo para reflexionar sobre el significado de lo que nos está sucediendo las páginas que Tucídides dedicó a la peste de Atenas de tiempos de Pericles (el año 429 a.C.) y me veo en la obligación moral de plantear los efectos de esa anomalía de la cotidianidad que ha supuesto siempre, y supone hoy más que nunca, la presencia de una epidemia en la vida social. No hay modo de adivinarla, pero sí una estrategia para vencerla. Es el peso del azar en la historia que debemos asumir de una vez por todas: una epidemia llega cuando menos se la espera, y da igual el nivel de control tecnológico que se tenga. Se pueden predecir sus efectos pero tras estudiar otros casos anteriores. Siempre el problema se agudiza el día después. Como le sucederá a la pandemia actual.

Durante el tiempo que se padece, como nuestro tiempo actual, se lucha para vencer el contagio, como un titánico esfuerzo de impedir que se convierta en una pandemia que arrase para siempre un estilo de vida. Eso es lo que nunca se quiere. Nos aferramos a lo conocido.

Los seres humanos necesitamos respuestas en situaciones límite y reclamamos información de la historia. Buscamos en el pasado epidemias para ver si se puede aprender de su ejemplo en la ciceroniana convicción de que la historia es maestra de la vida. La opción puede ser útil si sabemos combinar, en la toma de decisiones, tanto el sentido del rumbo de casos análogos del pasado como la sensibilidad de saber adaptarlos al tiempo vital de quienes los sufren. Hoy se requiere, como antaño, una definición del modo de encauzar la recuperación ajustando las aspiraciones humanamente comprensibles de volver a la situación anterior a las capacidades, necesariamente limitadas, con las

· Ciudadanos de Los Ángeles pasan por delante de una muestra de arte urbano sobre la reciente campaña a la presidencia de Estados Unidos | Mario Tama / Getty

que se cuenta. Ya que se ha roto el principio de precaución debemos reflexionar en serio sobre los modos de acción, no vaya a ser peor el remedio que la enfermedad.

Hace años Arnold Toynbee hizo hincapié en una idea que parece necesaria: la historia es un equilibrio entre desafío y respuesta, cuanto mayor es el desafío más juiciosa debe ser la respuesta. Los cinco momentos de la historia universal que comentaré significaron otros tantos episodios en los que al desafío provocado por una gran epidemia siguió una juiciosa respuesta que abrió un futuro prometedor.

PRIMER MOMENTO

La gran epidemia de la primavera del 542

Es la más llamativa por ser la menos comentada pese a que el historiador Procopio tuvo conciencia inmediata de ella; rápidamente la vinculó al cambio climá-

tico visible en su tiempo por el abandono de superficies de cultivo y el desarrollo de los bosques que convirtieron la geografía europea en un paraje parecido al actual de África Central. Sin razón aparente, durante la Pascua, un brote de peste bubónica alcanzó la populosa ciudad de Constantinopla, que vivía sus días más gloriosos de la mano del emperador Justiniano y su esposa Teodora, a los que vemos representados en los mosaicos de la basílica de San Vital en Rávena. Escenas desgarradoras.

Los médicos encontraron la razón de la plaga en el interior de las hinchazones de los cadáveres, pero no lograban aislar la causa. Se moría por doquier, sin distinción de edad, sexo, dieta, clase social. Para los supervivientes quedaba la tarea de contabilizar víctimas, las medidas para enfrentarse a la gran cantidad de cadáveres o sencillamente la descripción del temor al contagio. En pocos años, la peste alcanzó las islas británicas e Irlanda. Se convirtió

en pandemia. Fin de una época. Desaparecieron muchas plantas y buen número de animales. Algo había que hacer a parte de resolver el abastecimiento de provisiones, sobre todo alimentos, a una población acostumbrada al privilegio de vivir en un emporio de toda suerte de mercancías. Había dinero pero nada que comprar. La administración del Estado se redujo al mínimo. Al final, se produjo el estancamiento administrativo y militar, lo que supuso el fin del sueño de reconstruir la unidad del Mare Nostrum y de mantener abiertos los conflictos del imperio, con los vándalos en el norte de África, con los ostrogodos en el Adriático o con los persas sasánidas en Siria.

Pero la sociedad reaccionó. Se cambió la geopolítica para adaptarla al mundo surgido tras la epidemia. Los longobardos en Italia, los francos en Francia y los ávaros en el Danubio entraron en el escenario de la historia para quedarse: el resultado más



· Mosaico de la basílica de San Vital, en Rávena (Italia). En el centro, Teodora, esposa de Justiniano, emperador del imperio romano de Oriente en la época de la peste del año 542 | Archivo



· 'Ruinas fantásticas con san Agustín y el niño' (1623) de François de Nomé | Archivo

llamativo fue la formación del imperio carolingio, un esbozo de Europa; por su parte, los bereberes en el norte de África y los árabes en la frontera sudoriental del imperio romano prepararon el terreno para asumir el mensaje del islam. El imperio bizantino se organizó para durar varios siglos más. Por tanto, ante la pregunta "¿fue un desastre esa epidemia?", cabe responder sí y no. Los que entendieron la importancia del desafío acertaron en la respuesta y crearon civilizaciones nuevas; quienes buscaron excusas para seguir con sus conflictos internos, desaparecieron de la historia.

SEGUNDO MOMENTO

La peste negra de 1347-1350

Es la epidemia más conocida, quizás porque sirvió de telón de argumento a la famosa crónica del historiador florentino Giovanni Villani, por no hablar de que se convirtió en una excusa literaria para Boccaccio o Chaucer. Fue un efecto no deseado de la primera globalización, la que unió Europa y China en tiempos de Marco Polo, la que hizo posible la ruta de la seda por donde se transmitió una bacteria mortal, la *Pasteurella pestis*, en el estómago de la

pulga *Xenopsilla*, un bicho que mide menos de un milímetro y que anida en el pelaje de las ratas negras. Las bacterias, las pulgas y las ratas habían salido de su hábitat original, probablemente Asia Central, en el asedio al que los tártaros sometieron a la factoría genovesa en la ciudad de Caffa, en el mar Negro, donde lanzaron cadáveres infectados por encima de las murallas. A partir de ahí se propagó primero por el ecúmeno mediterráneo y luego por todas las ciudades de Europa, donde los sistemas de alcantarillado y la eliminación de residuos eran el hábitat ideal para el desarrollo de la mortífera bacteria. Se convirtió por tanto en una pandemia.

El momento álgido fue el verano de 1348, cuando a la epidemia de peste bubónica se sumó otra de peste pulmonar. Una creó la escenografía de la muerte, bubones en el cuello del tamaño de una lenteja terminaban por reventar creando grandes manchas de sangre (*la muerte roja*, se la llamó), la otra el contagio por vía oral, un poco de saliva del infectado era suficiente para contagiar un barrio y luego una ciudad. No se encontró remedio. Se combatió con el fuego y muestras de desesperación. Algunos contagiados caían en un coma profundo, postrados en un jergón hasta

morir, otros sufrían delirios formando hileras de flagelantes que recorrían los caminos de aldea en aldea, había quienes se precipitaban de los tejados en medio de atroces gritos, y los no contagiados permanecían en sus casas con insomnio. Más de la mitad de la población europea desapareció en menos de tres años, dejando hondas secuelas psicológicas ante el hecho de ver, oler y sentir los cadáveres que se amontonaban en la calle. Se forjó un arte dedicado a entender los efectos de la epidemia en la vida social, surgió la danza de la muerte y una nueva moral basada en la devoción privada.

Pero la sociedad reaccionó. Se organizó de una forma diferente a la que había existido hasta entonces; se instauró una política más eficaz sobre la higiene pública y el urbanismo; se reflexionó sobre las líneas maestras de la gobernanza, se limitaron los populismos que agravaban el problema con las luchas campesinas en el centro de Francia o los lolardos en la campiña inglesa; se frenó la huelga de los cardadores de lana florentinos, los llamados Ciompi, se difundió el humanismo, que primaba la lectura del libro de la naturaleza. En suma, se crearon las condiciones para el Renacimiento.

TERCER MOMENTO

Grandes epidemias en Mesoamérica de 1492-1520

Los exploradores y conquistadores trajeron de América la sífilis, pero llevaron un buen número de enfermedades infecciosas que acabaron con más de la mitad de la población indígena. La serie comenzó con las epidemias por vía respiratoria, gripe en 1493, sarampión en 1500 y viruela en 1519; luego las que se propagaban por la vía digestiva, diarreas o la fiebre tifoidea y, finalmente, las que lo hacían por las picaduras de mosquito, como el tifus. Entre los intervalos de las grandes epidemias se desarrolla una sucesión de acontecimientos que definen la épica de los exploradores y la épica de los pueblos resistentes a la colonización. Son los historiadores de Indias López de Gómara o Bernal Díaz quienes informan de lo que muchos europeos empezaban a sospechar,

la banalidad con la que se enfrentaban al viaje por el Atlántico.

Hoy se acusa a los conquistadores de llevar a cabo un genocidio consciente de los pueblos que sometieron con la espada y la Biblia. Algunos historiadores niegan la acusación, pero este debate señala el fin de la lectura heroica de la llegada de los europeos a América. Se demuestra que su responsabilidad es limitada, pues desconocían los efectos desastrosos de las epidemias que llevaban consigo hacia una población no preparada para las nuevas infecciones, pero la forma de abordar el problema demuestra simplemente un exceso de ego, que pronto se desborda para convertirse en la clásica altanería del dominador y el fraude en los informes transmitidos a la corte. Durante un tiempo, se planteó el problema a la defensiva, ignorando su implicación, como si su cultura no hubiera surgido de la pandemia de la peste negra años atrás. Luego se desvió el asunto a una cuestión doctrinal, el debate sobre la dignidad del hombre que afectaba a la manera de tratar a los indígenas, que dio lugar a la escuela de Salamanca y a grandes autores como el padre Vitoria, pero nunca se pensó resolver las epidemias en su raíz. Hay dudas si utilizaron algunos patógenos como una incipiente y rudimentaria guerra biológica, como hicieron ingleses y holandeses en la costa de la actual Massachusetts, cuando infectaron a los nativos con mantas contaminadas del virus de la viruela.

Pero la sociedad reaccionó: se crearon nuevas matrices urbanísticas en el desarrollo de las ciudades virreinales, se asentó una lengua común para mejor comunicar las decisiones del poder referentes al contagio, se ajustaron las acciones de los conquistadores a la ley a través del derecho de gentes.

CUARTO MOMENTO

Las plagas durante la guerra de los 30 años (1618-1648)

En un libro reciente, Geoffrey Parker nos cuenta la conjunción de tres desastres en el siglo XVII, la pequeña edad del hielo, la guerra de religión y una sucesión de epidemias de tifus, viruela, paludismo

y peste. El foco más activo estuvo en la región de Lombardía, en especial en la capital, por eso se conoció como *peste de Milán*, que se llevó consigo cerca de un millón de personas. El movimiento de tropas favoreció el contagio, pues un día estaban en Alemania y al siguiente en los Países Bajos. Los otomanos que recorrieron el valle del Danubio no solo sembraron la muerte con sus armas sino por propagar la peste hasta alcanzar el grado de epidemia en Austria y Hungría.

Pero la sociedad reaccionó. Lo primero fue encontrar una vía para superar la discordia entre pueblos, y esa vía fue la diplomacia. Durante las reuniones que tuvieron lugar en Westfalia se creó la doctrina que fundamentó el Estado nación con poderes absolutos sobre sanidad pública y movimiento de personas y mercancías. Por su parte, Leibniz y otros escritores organizaron una república internacional de las letras para la trasmisión de ideas y conocimientos más allá de los credos religiosos. La conciencia crítica surgida como respuesta a la epidemia aparece trasplantada a los ilustrados del siglo XVIII, y convertida en un ansia de saber la diversidad del mundo animal, el visible y el invisible, con Buffon y otros miembros de la Enciclopedia. El compromiso político de alcanzarlo creó un horizonte de expectativas para superar la superstición dentro del espíritu de las leyes.

QUINTO MOMENTO

La gran epidemia de 1918-1920, llamada 'gripe española'

Vino precedida de dos brotes anteriores en el siglo XIX, cuando se popularizó el nombre de *influenza* para este tipo de enfermedad y que provocaron una gran cantidad de muertes. Recientemente, en el libro *El jinete pálido*, Laura Spinney se preguntó por las razones de que a comienzos del siglo XX surgiera la más grande epidemia de gripe de la historia, pues dejó casi cuarenta millones de muertos. Existe la opinión de que los primeros casos se detectaron en la base militar de Fort Riley en marzo de 1918, aunque otros creen que se dieron antes, en China, en otoño

de 1917. El caso es que llegó a España en la primavera de 1918 donde la prensa se hizo eco de la epidemia con tal riqueza de titulares que pronto comenzó a llamarse *gripe española*. Así, y sin ser el epicentro, España se convirtió en uno de los países con más afectados, unos ocho millones, con cerca de trescientos mil fallecidos, a causa de una neumonía bacteriana secundaria en una época sin antibióticos, aunque también hubo muertes bastante rápidas por edemas pulmonares. Se supo que se estaba ante un virus A del subtipo H1N1 que afectaba sobre todo a jóvenes entre 20 y 40 años.

Pero la sociedad reaccionó. Primero tomó conciencia del peligro y se puso a investigar en los laboratorios; se crearon institutos específicos para aislar bacterias y virus con una tecnología cada vez más sofisticada y un método científico responsable. A pesar del malestar de la cultura que se generalizó en los años veinte y de los problemas financieros que culminaron en el crac de la bolsa de Nueva York, se emplearon grandes recursos en investigación médica. Se crearon vacunas y antibióticos con los que luchar contra el mal invisible generador de las epidemias, aunque no lograron evitar el mal visible que se estaba gestando con los totalitarismos.

En suma, si nos atenemos al ejemplo de estos cinco momentos en que una epidemia retó al mundo con un nivel de angustia que hoy volvemos a tener, nos damos cuenta de que para salir adelante la sociedad primero asumió de forma responsable el desafío e inmediatamente después elaboró una respuesta a la altura. Se acertó cuando la respuesta abrió paso a un período prometedor, tras la peste negra llegó el Renacimiento, se erró cuando la respuesta fue pusilánime, partidista, torpe, sin generosidad. ¿Qué sucederá ahora? El desafío está planteado, la respuesta deberá ser más inteligente y creativa de lo hecho hasta ahora en la lucha de los fundamentos que han posibilitado la presencia de este mal en nuestra sociedad.

· Publicado en el suplemento 'Cultura/s' de *La Vanguardia* el 11/IV/2020.



·Laboratorio municipal de preparación de la vacuna antiftica en los años treinta del siglo pasado | Sagarra / Archivo

Cómo funciona el teletrabajo

Nicholas A. Bloom

PROFESOR DE ECONOMÍA DEL INSTITUTO STANFORD DE INVESTIGACIÓN DE POLÍTICA ECONÓMICA.

EL TELETRABAJO DOMINA YA NUESTRAS VIDAS. Quien no haya experimentado el fenómeno directamente, sin duda habrá oído hablar de él. En Estados Unidos, por ejemplo, la cobertura mediática del trabajo remoto se ha disparado en un 12.000% desde el 1 de enero del 2020.¹

Sin embargo, la tendencia hacia el teletrabajo no es algo nuevo. En el 2014, publiqué un estudio sobre una compañía de viajes china, Ctrip, analizando los beneficios de su política en relación con esa modalidad de trabajo (Bloom *et al.* 2014). Y, en los últimos meses, mientras la pandemia del coronavirus obligaba a millones de trabajadores a establecer su oficina en casa, he asesorado a decenas de empresas y analizado cuatro grandes estudios sobre el trabajo remoto.²

La investigación reciente ha puesto de relieve varios temas recurrentes que plantean todos ellos cuestiones de política, ya sea para las empresas o los funcionarios públicos. Ahora bien, la conclusión es clara: el teletrabajo será una parte importante de nuestra economía post-Covid-19. Por ello, cuanto antes piensen los

encargados de formular políticas y los dirigentes empresariales en las consecuencias de una fuerza laboral basada en el propio domicilio, mejor posicionadas estarán nuestras empresas y comunidades cuando retroceda la pandemia.

La economía estadounidense es hoy una economía de teletrabajo

El gráfico 1 muestra la situación laboral de un grupo de 2.500 estadounidenses que encuesté entre el 21 y el 25 de mayo pasado junto con mis colegas José Barrero (Instituto Tecnológico Autónomo de México) y Steve Davis (Universidad de Chicago). Los encuestados tenían entre 20 y 64 años, habían trabajado a tiempo completo en el 2019 y ganaban más de 20.000 dólares. Los participantes se seleccionaron para que fueran representativos de Estados Unidos por estado, sector e ingresos.

Descubrimos que un 42% de la fuerza laboral estadounidense trabajaba a tiempo completo desde su casa y que otro 33% no trabajaba, lo que constituye un testimonio del terrible impacto de la recesión provocada por las medidas para contener la pandemia. El restante 26% trabajaba en las instalaciones de su empresa, principalmente como

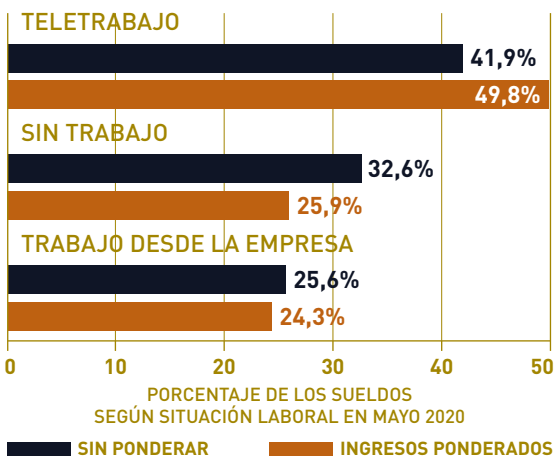
El teletrabajo será una parte importante de la economía post-Covid-19. Cuanto antes piensen los políticos y ejecutivos en las consecuencias de este hecho, mejor para empresas y sociedad

1. Newsbank Access World News, colección de unos 2.000 diarios estadounidenses locales y nacionales estadounidenses que muestran el porcentaje de artículos que mencionan las expresiones “working from home” o “WFH”.

2. Son: Encuesta estadounidense de uso del tiempo de la Oficina de Estadísticas Laborales, Encuesta de incertidumbre empresarial, Panel de tomadores de decisiones del Banco de Inglaterra y el estudio que he dirigido sobre 2.500 trabajadores estadounidenses.

trabajadores de servicios esenciales. Los empleados que trabajaban desde casa casi duplicaban a los que lo hacían en el lugar de trabajo.

GRÁFICO 1
EL TELETRABAJO REPRESENTA MÁS DE UN 60% DE LA ACTIVIDAD ECONÓMICA ESTADOUNIDENSE



Nota: Respuesta a la pregunta: “¿Cuál es en la actualidad (esta semana) su situación laboral?”. Las opciones de respuesta eran: “Trabajo desde la empresa”, “Trabajo desde casa”, “Sigo empleado y cobrando, pero no trabajo”, “En paro, pero espero que vuelvan a llamarme en mi anterior trabajo”, “En paro y no espero que vuelvan a llamarme en mi anterior trabajo” y “En paro, y no busco trabajo”.

FUENTE DE GRÁFICOS 1 Y 2: Datos de una encuesta a 2.500 residentes estadounidenses entre 20 y 64 años, con unos ingresos superiores a 20.000 dólares anuales en 2019, realizada entre el 21 y el 29 de mayo de 2020 por QuestionPro en nombre de la Universidad Stanford. Muestra reponderada para ajustarla a la ‘Encuesta de población actual’.

Si ponderamos esos empleados en función de los ingresos en el 2019 en tanto que indicador de su contribución al PIB nacional, vemos que esos teletrabajadores representaban ya más de dos tercios de la actividad económica. En cuestión de semanas, nos transformamos en una economía de teletrabajo.

La pandemia ha afectado de tal modo la economía que probablemente no veamos una reversión de la tendencia hasta el 2022 (Baker *et al.*, 2020), pero las cosas habrían ido mucho peor sin la capacidad de teletrabajar. El trabajo remoto nos ha permitido mantener el distanciamiento social en nuestra lucha contra la Covid-19. Por lo tanto, el teletrabajo no sólo es esencial desde el punto de vista económico, sino que es un arma crucial en la lucha contra la pandemia.

La bomba de tiempo de la desigualdad

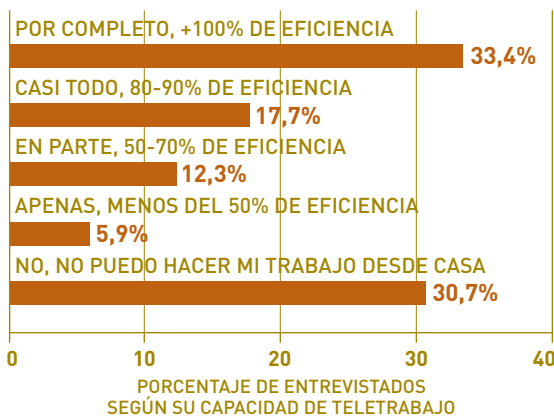
Ahora bien, resulta importante comprender los posibles inconvenientes de una economía del teletrabajo y tomar medidas para mitigarlos.

El gráfico 2 muestra que no todo el mundo es candidato al teletrabajo. Solo un 51% de nuestra encuesta respondió que era capaz de trabajar a distancia con una tasa de eficiencia igual o superior a un 80%. La mayoría eran directivos, profesionales y trabajadores financieros que podían fácilmente llevar a cabo su trabajo usando el ordenador con videoconferencias, teléfono y correo electrónico.



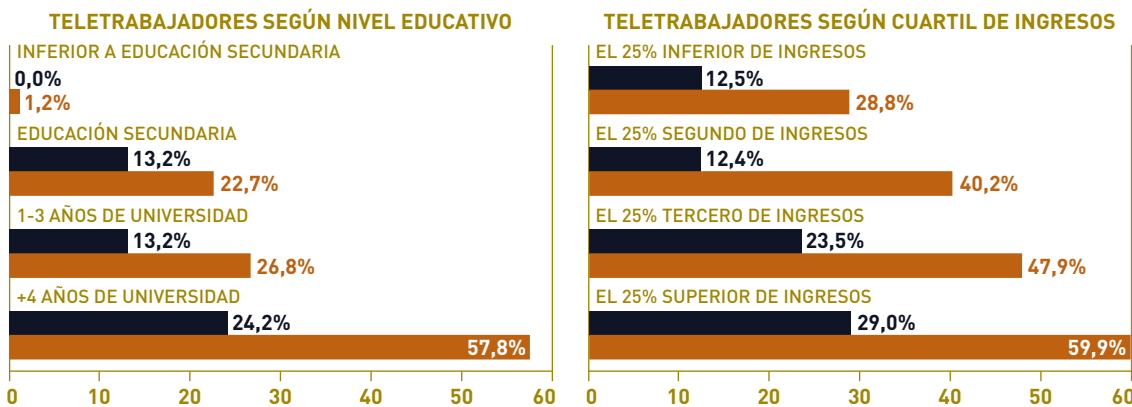
La otra mitad de los estadounidenses no se beneficia de esas soluciones tecnológicas: muchos empleados de establecimientos, centros de salud, transporte y servicios comerciales sólo pueden hacer su cometido en el lugar de trabajo tradicional. Necesitan ver a los clientes o trabajar con productos o equipos. De modo que se enfrentan a la desagradable disyuntiva de tener que elegir entre ir a trabajar y enfrentarse a un mayor riesgo sanitario o renunciar a los ingresos y la experiencia y quedarse en casa.

GRÁFICO 2
NO TODOS LOS TRABAJOS PUEDEN REALIZARSE A DISTANCIA



La misma encuesta muestra que muchos estadounidenses no disponen de instalaciones para trabajar efectivamente desde casa. Sólo un 49% de los encuestados puede trabajar de forma privada en una habitación que no sea el dormitorio. Y se detecta otra gran dificultad: la conectividad a la red. La conectividad a internet tiene que ser al menos de un 90% para las videollamadas, una capacidad que sólo afirmaron disponer dos tercios de los

GRÁFICO 3
EL TELETRABAJO ES MUCHO MÁS FRECUENTE ENTRE EMPLEADOS CON MAYOR CUALIFICACIÓN E INGRESOS



FUENTE: Datos de pre-Covid-19 extraídos de la 'Encuesta estadounidense de uso del tiempo de la Oficina de Estadísticas Laborales'. La fuente de los datos durante la Covid-19 son las mismas del gráfico 1. Clasificamos como teletrabajador pre-Covid-19 a todo trabajador que informara de trabajar desde casa al menos un día a la semana.

encuestados. El tercio restante tenía un servicio de internet defectuoso que les impedía trabajar eficazmente desde casa.

En el gráfico 3, vemos que los empleados con mayor formación y mayores ingresos tenían muchas más probabilidades de trabajar desde casa. Esos empleados seguían ganando dinero, desarrollando habilidades y progresando en sus carreras. Quienes no disponían de esa opción, ya sea por la naturaleza de sus trabajos o por falta de un espacio o una conexión a internet adecuados, quedaban rezagados. Se enfrentaban a perspectivas sombrías en el caso de que sus capacidades se erosionaran durante el cierre económico.

En conjunto, esos hallazgos apuntan a la existencia de una bomba de tiempo de desigualdad.

Por lo tanto, en nuestros pasos en favor de la reactivación de la economía estadounidense, una prioridad importante debe ser la inversión en expansión de la banda ancha. Durante la Gran Depresión, el Gobierno de Estados Unidos lanzó uno de los grandes proyectos de infraestructuras de la historia de ese país cuando aprobó en 1936 la ley de Electrificación Rural. A lo largo de los siguientes veinticinco años, el acceso a la electricidad por parte de los habitantes de las zonas rurales pasó de sólo un 10% a casi un 100%. Los beneficios a largo plazo incluyeron mayores tasas de crecimiento en el empleo, la población, los ingresos y el valor de las propiedades.

Ahora que los responsables de formular políticas planean cómo enfocar el gasto en estímulo para reactivar el crecimiento, un aumento significativo de la inversión en banda ancha resulta crucial para garantizar que en Estados Unidos todos tengan una oportunidad justa de recuperarse de la Covid-19.

Ahora que los políticos planean cómo estimular el crecimiento, un aumento significativo de la inversión en banda ancha resulta crucial para garantizar que todos tengan una oportunidad justa de recuperarse de la Covid-19

¿Problemas para las ciudades?

La comprensión de las consecuencias duraderas del teletrabajo en un mundo post-Covid-19 exige analizar el mundo laboral prepandémico. Antes, cuando la gente iba al trabajo, lo que hacía era realizar un trayecto diario hasta las oficinas situadas en el centro de las ciudades. Según nuestra encuesta, un 58% de quienes ahora trabajan desde su casa trabajaba en una ciudad antes del cierre debido al coronavirus. Y un 61% de los encuestados respondió que lo hacía en una oficina.

Dado que esos empleados también tienden a estar bien pagados, calculo que la consecuencia podría ser la desaparición en el centro de las ciudades de hasta un 50% del gasto diario total en bares, restaurantes y establecimientos. Es algo que ya está teniendo un efecto depresivo en la vitalidad de los centros de nuestras grandes ciudades. Y, como sostengo más abajo, ese aumento del teletrabajo está aquí, en gran parte, para quedarse. Así que preveo un declive a largo plazo del centro de las ciudades.

Las ciudades estadounidenses más grandes han experimentado un increíble crecimiento desde la década de 1980, puesto que los estadounidenses jóvenes y cualificados han acudido en masa a los centros revitalizados (Glaeser, 2011). Sin embargo, da la impresión de que el 2020 invertirá esa tendencia, con una fuga de la actividad económica hacia el exterior.

Por supuesto, el lado positivo es que habrá una expansión en suburbios y zonas rurales.

El teletrabajo está aquí para quedarse

Una obra en tres partes, es el teletrabajo, todas ellas muy diferentes entre sí. La primera parte es pre-Covid-19, una época en que era escaso y estaba mal visto.

Según una encuesta a 10.000 trabajadores asalariados por la Oficina de Estadísticas Laborales estadounidense,

sólo un 15% de los empleados había teletrabajado alguna vez un día completo.³

De hecho, sólo un 2% de los trabajadores había teletrabajado a tiempo completo. A lo largo de años de entrevistas con decenas de teletrabajadores para mis proyectos de investigación descubrí que en su mayoría eran trabajadores poco cualificados dedicados a la entrada de datos o la televenta o bien empleados de alta cualificación que eran capaces de realizar su trabajo en buena parte on line y que a menudo habían podido mantener un empleo a pesar de trasladarse a una nueva zona.

Antes de la pandemia el teletrabajo estaba muy mal visto y solía ridiculizarse diciendo que trabajar desde casa suponía “no dar golpe desde casa” o cosas como “trabajo a distancia, a distancia del trabajo”.

En una charla TEDx del 2017, mostré que la búsqueda de imágenes en línea relacionadas con las palabras “working from home” (trabajar desde casa) devolvía cientos de imágenes negativas de dibujos animados o viñetas, personas semidesnudas o progenitores con un ordenador portátil en una mano y un bebé en la otra.

El teletrabajo durante la pandemia es muy diferente. Ahora resulta de lo más común, no está mal visto, pero se realiza en condiciones difíciles. Muchos trabajadores tienen niños con ellos en casa. No hay un espacio tranquilo, no hay elección sobre esa modalidad de trabajo y no hay más opción que realizarlo a tiempo completo. Tengo cuatro hijos, de modo que es algo que he experimentado. A muchos, la Covid-19 nos ha obligado a teletrabajar en las peores circunstancias.

Ahora bien, el teletrabajo después de la Covid-19 debe ser lo que deseamos. En las decenas de empresas con las que he hablado, el plan típico es que los empleados teletrabajen entre uno y tres días a la semana y acudan a la oficina el resto del tiempo. Es lo que corroboran los datos de

un millar de empresas en la *Encuesta de incertidumbre empresarial* que llevo a cabo con el Banco de la Reserva Federal de Atlanta y la Universidad de Chicago.⁴

Antes de la Covid-19, se teletrabajaba un 5% de los días laborales. Durante la pandemia, el porcentaje se multiplicó por ocho hasta un 40%. Y, tras la pandemia, es probable que la cantidad baje a un 20%.

Sin embargo, ese 20% sigue representando cuatro veces el nivel anterior a la Covid-19, lo cual subraya el hecho de que el teletrabajo está aquí para quedarse. Aunque pocas empresas planean continuar con esa modalidad a tiempo completo cuando finalice la pandemia, casi todas aquellas con las que he hablado del tema se han mostrado gratamente sorprendidas de lo bien que ha funcionado.

La oficina sobrevivirá, pero con otro aspecto

“¿Tenemos que deshacernos de nuestra oficina?”. Es una pregunta que me hacen mucho. La respuesta es: “No, pero a lo mejor van a querer trasladarla”.

Aunque las empresas planeen reducir el tiempo que sus empleados pasan en el lugar de trabajo, la demanda de espacio físico total no se reducirá por la necesidad de distanciamiento social. Las empresas con las que hablo suelen considerar reducir la densidad de las oficinas a la mitad, lo cual conlleva un aumento de la demanda total de espacio de oficina. Es decir, la disminución de un 15% en los días laborales presenciales es ampliamente contrarrestado por el aumento de un 50% en la demanda de espacio por empleado.

Sin embargo, lo que sucede es que las oficinas se están trasladando desde los rascacielos hasta los polígonos industriales. Otro tema dominante de los últimos cuarenta años en las ciudades estadounidenses fue el desplazamiento del espacio dedicado a oficinas hacia los rascacielos del centro de las ciudades. La Covid-19 está invirtiendo drásticamente esa tendencia, puesto que los rascacielos se enfrentan a dos enormes problemas en un mundo post-Covid-19.

Sólo hay que pensar en el tráfico masivo y en los ascensores en una época de distanciamiento social obligatorio. ¿Có-

mo conseguir que varios millones de trabajadores entren y salgan cada día de grandes ciudades como Nueva York, Londres o Tokio manteniéndose todos a dos metros de distancia? Y pensemos en el último ascensor al que subimos. Si aplicamos estrictamente un distanciamiento social de dos metros, es posible que la capacidad máxima de los ascensores disminuya en un 90%,⁵ lo cual hace imposible que quienes trabajan en un rascacielos lleguen a sus puestos de trabajo de forma adecuada.

Por supuesto, quizá eso no importe si el distanciamiento social desaparece después de la Covid-19. Pero, dado el clima de incertidumbre, mi predicción es que, cuando aparezca por fin una vacuna, la sociedad se habrá acostumbrado al distanciamiento social. Y dadas las recientes enfermedades que no fueron pandemias por poco, como el SARS, el ébola, el MERS y la gripe aviar, puede que muchas empresas y muchos empleados estén preparándose para un nuevo brote y una nueva necesidad de distanciamiento social. Por ello, supongo que muchas empresas serán reacias a regresar a unas oficinas llenas de gente.

¿Cuál es, entonces, la solución? Quizá sea sensato que las empresas abandonen los edificios del centro de la ciudad y acudan a oficinas situadas en polígonos industriales, o campus, como suelen llamarlos las empresas de alta tecnología de Silicon Valley. Esos lugares ofrecen los enormes beneficios de un amplio estacionamiento para todos los empleados y de espaciosos edificios de poca altura que son accesibles mediante escaleras.

Cabe explorar dos tipos de políticas para abordar semejante desafío. En primer lugar, las ciudades deben ser flexibles en relación con la zonificación y permitir la transformación en oficinas de centros comerciales, cines, gimnasios y hoteles en dificultades. Son estructuras casi todas ellas de poca altura con amplio estacionamiento, perfectas para el desarrollo de oficinas.

En segundo lugar, debemos pensar más como economistas e introducir precios al estilo de las compañías aéreas para el transporte masivo y los ascensores. Los problemas relacionados con el distanciamiento social surgen durante los picos de capacidad, por lo que tenemos que reducir las cargas máximas.

En el caso del transporte público, eso significa un aumento considerable de las tarifas en horas punta y su reducción en horas valle para animar a los pasajeros a que se distribuyan a lo largo del día.

En el caso de los viajes en ascensor, debemos pensar más radicalmente. Por ejemplo, el alquiler del metro cuadrado de oficina por metro cuadrado

podrían reducirse en un 50% y poner un precio elevado al uso del ascensor durante las horas punta de la mañana y la tarde. Cargar a las empresas, digamos, 10 dólares por viaje en ascensor –entre las nueve menos cuarto y las nueve y cuarto de la mañana y las cinco menos cuarto y las cinco y cuarto de la tarde– las alentaría a escalonar su jornada laboral. Eso trasladaría el tránsito en los ascensores a períodos valle con exceso de capacidad. Estamos pasando de un mundo con escasez de espacio de oficina a otro con escasez de espacio de ascensor, y los propietarios comerciales deberían considerar cobrar a sus clientes en consonancia con ello.

Realizar una transición tranquila

Como resultado de todas mis conversaciones e investigaciones, tengo tres consejos para cualquiera que diseñe políticas de teletrabajo.

Primero, el teletrabajo debería ser a tiempo parcial. El trabajo remoto a tiempo completo es problemático por tres razones: es difícil ser creativo a distancia, es difícil sentirse inspirado y motivado en casa, y la lealtad de los empleados se debilita sin interacción social.

Segundo, el teletrabajo debería ser opcional. El consejo más simple es dejar que los empleados elijan, dentro de unos límites. Nadie debería ser forzado a teletrabajar a tiempo completo, ni tampoco ser forzado a trabajar en la oficina a tiempo completo. Las dos excepciones son los contratados nuevos, para quienes uno o dos años a tiempo completo en la oficina tal vez tenga sentido, y los empleados de bajo rendimiento, que son el tema de mi último consejo.

Tercero, trabajar desde casa es un privilegio, no un derecho. Para que el teletrabajo tenga éxito, es esencial contar con un sistema eficaz de evaluación del rendimiento. Si es posible valorar la producción de los empleados (sus logros), entonces estos pueden fácilmente trabajar desde casa. Si son efectivos y productivos, estupendo; si no lo son, se les hace una advertencia, y, si continúan teniendo un rendimiento bajo, deben volver a la oficina.

Referencias

- Baker, S. R., N. Bloom, S. J. Davis y S. J. Terry, *COVID-Induced Economic Uncertainty*, Working Paper n.º 26983, National Bureau of Economic Research, 2020.
- Bloom, N., J. Liang, J. Roberts, J. Y. Zhichun, “Does Working from Home Work? Evidence from a Chinese Experiment”, *Quarterly Journal of Economics*, 2014
- Glaeser, E., *Triumph of the City: How Our Greatest Invention Makes Us Richer, Smarter, Greener, Healthier and Happier*, Penguin Books, 2011.

3. Oficina de Estadísticas Laborales de Estados Unidos, *Job Flexibilities and Work Schedules*, comunicado de prensa, 24 septiembre 2019.

4. *Firms Expect Working from Home to Triple*, 28 mayo 2020, Federal Reserve Bank of Atlanta.

5. En un ascensor lleno cada persona necesita aproximadamente medio metro cuadrado. Con un distanciamiento de dos metros, necesitamos un círculo con un radio de dos metros en torno a cada persona, es decir, una docena de metros cuadrados. Según un informe de la National Public Radio (NPR), si un ascensor es lo bastante grande para que quepa en él más de una persona, los expertos aconsejan que quienes se suban a él permanezcan en los rincones, de cara a la pared y que lleven palillos (para apretar los botones).

El futuro del turismo global

Pedro Aznar

PROFESOR DE ECONOMÍA, ESADE. DIRECTOR DEL PROGRAMA DE GLOBAL GOVERNANCE.

UN PASEO POR LA RAMBLA DE BARCELONA permite contrastar de forma clara y contundente que la sociedad en la que vivimos ha sufrido un cambio radical e inimaginable hace tan solo unos meses. Pasear en la Rambla hoy supone cruzarse con tan solo unas decenas de personas, la mayoría residentes, llevando sus máscaras, rodeados de restaurantes, terrazas y bares prácticamente desiertos. En el 2019, las estadísticas mostraban que más de un millón de personas pisaban anualmente la calle más conocida de Barcelona. La pandemia del coronavirus ha cambiado nuestra realidad social y económica, pero en pocos sectores de una forma tan abrupta como en el sector turístico.

Plantearse cómo será el turismo tras esta pandemia es una cuestión fundamental, pues se trata de un sector que, según datos del Consejo Mundial del Viaje y el Turismo (WTTC), el 2019 representaba un 10,3% del PIB mundial y daba empleo a 330 millones de personas en todo el mundo, lo que supone que uno de cada diez empleados trabajaba en esta industria. Sin embargo, la importancia del turismo como actividad económica es muy desigual. En 44 países del mundo el peso de esta actividad supone más de un 15% del PIB. En algunas pequeñas economías la dependencia es casi total,

El turismo doméstico se recuperará antes que el internacional, pero la recuperación no será plena hasta que el virus deje de ser una amenaza para la salud y una prioridad global de salud pública

así por ejemplo en las islas Maldivas el turismo supone un 60% del empleo total y en Bahamas un 52%. Incluso en países de mayor tamaño, como Nueva Zelanda, puede llegar a representar un 20% del empleo. En el caso de España, la aportación a la riqueza nacional se situaba antes de la pandemia en un 14,6% del PIB, pero para comunidades autónomas como Baleares y Canarias se sitúa en valores cercanos a un 35% de su PIB.

Pocos sectores son tan sensibles a la movilidad de las personas y sufren tanto como consecuencia de los confinamientos y las restricciones impuestas para doblar las curvas de contagio como el turismo. La Organización Mundial de Turismo (WTO), agencia dependiente de las Naciones Unidas, estimó a principios del verano que si las restricciones a la movilidad y la pandemia continuaban siendo protagonistas de nuestra vida diaria las llegadas de turistas internacionales a nivel mundial podrían llegar a caer un 78% en términos anuales. A pesar de tratarse de una previsión, los datos ya disponibles muestran que, por desgracia para el sector, se trata de una predicción probablemente muy realista. Se estima que esta fuerte reducción de flujos de turistas internacionales implique la destrucción de entre 100 y 120 millones de empleos, en un sector en el que además la mujer representa un 54% del empleo total. En Europa el tráfico aéreo había caído un 88% en abril, y a pesar

dial podrían llegar a caer un 78% en términos anuales. A pesar de tratarse de una previsión, los datos ya disponibles muestran que, por desgracia para el sector, se trata de una predicción proba-

blemente muy realista. Se estima que esta fuerte reducción de flujos de turistas internacionales implique la destrucción de entre 100 y 120 millones de empleos, en un sector en el que además la mujer representa un 54% del empleo total. En Europa el tráfico aéreo había caído un 88% en abril, y a pesar

de la finalización del confinamiento en muchos países y de la suavización de las restricciones a la movilidad, el tráfico aéreo en agosto seguía siendo un 51% inferior al valor registrado un año antes.

En España, el Instituto Nacional de Estadística ya ha publicado datos relativos a estadísticas de viajeros e indicadores del sector hotelero para agosto del 2020 que permiten comparar con los datos de un año antes. El número de viajeros internacionales ha caído un 75%. De forma similar, el número de pernoctaciones hoteleras ha caído un 74% con respecto a agosto del 2019. En un sector, como el hotelero, en la que una parte importante de los costes son fijos, alquileres de establecimientos, amortización de las inversiones, costes financieros e incluso una parte del personal, la rentabilidad final depende enormemente de la variación de los ingresos. Los ingresos en este sector dependen del precio medio por habitación y del grado de ocupación, y ambos indicadores muestran caídas sin precedentes. En agosto del 2020, utilizando tasas de variación interanual, el precio medio de los establecimientos había caído un 9,6%, con un significativo -11,03% para los hoteles de cuatro estrellas, mientras que el grado de ocupación había caído desde un 76,9% a una ocupación de un 44,2%, teniendo en cuenta que la oferta del sector era únicamente de un 61% de las plazas hoteleras, pues muchos establecimientos han permanecido cerrados y con sus empleados acogidos a expedientes temporales de regulación de empleo. La combinación de un menor precio por habitación y una tasa de ocupación históricamente baja han llevado a que el ingreso medio por habitación disponible se haya reducido en tasa interanual un 49,3%, dato que muestra claramente la gravedad de la situación.

Los expertos en este sector y los gobiernos que deben tomar medidas para intentar salvarlo no tienen referencias históricas que puedan ser válidas. El turismo es un sector que no había dejado de crecer desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Se vivió una caída, cercana a un 4% en términos de número de turistas internacionales, como consecuencia de la crisis financiera del 2008, pero un año después el sector volvía a crecer por encima de un 5%. La crisis más similar a esta pandemia, la conocida como gripe española que infectó a cerca de un tercio de la población mundial y que costó la vida a cerca de un 10% de dicha población, se produjo en un momento histórico en el que el turismo no tenía el protagonismo en términos de empleo y generación de actividad económica que tiene hoy en día. El síndrome respiratorio agudo

grave (SARS) del periodo 2002-2004 tuvo un impacto significativo, con caídas del número de turistas cercanas a un 70% para algunos de los países más directamente afectados, pero con un impacto localizado en Asia. No hay referentes globales ni de la escala que la pandemia generada por la Covid-19 ha creado, de modo que los responsables de elaborar políticas que permitan la recuperación del sector se encuentran en un territorio inexplorado. En el contexto descrito realizar predicciones sobre el futuro del sector turístico en la era post-Covid-19 resulta un ejercicio complicado e incierto, pero sí pueden apuntarse líneas generales que ayudan a definir como puede ser ese futuro.

En cuanto a la movilidad de pasajeros es evidente que el sector de las aerolíneas se enfrenta a una muy complicada situación. La Asociación Internacional de Transporte Aéreo (IATA) estimó que la caída de ingresos en la industria de la aviación sería de 252.000 millones de dólares y que el sector necesitaría apoyo financiero directo de los gobiernos, ya sea en forma de inyecciones de capital, préstamos o subvenciones por importe de 200.000 millones de dólares para evitar el colapso y quiebra del sector. En un contexto de exceso de capacidad, que se combina con la falta de liquidez que supone la reducción de venta de billetes, es lógico esperar operaciones de concentración en el sector, como ocurrió con la banca en la crisis financiera del 2008, que reduzca no sólo el tamaño de las flotas sino también el número de participantes en el mercado. Esta situación de exceso de capacidad es una de las constantes en cualquier subsector relacionado con el turismo en el que pensemos.

El sector hotelero se enfrenta a caídas en el grado de ocupación, que han forzado a los hoteles abiertos y que intentan sobrevivir a reducciones de precios, para captar una demanda menguante, erosionando la rentabilidad del sector. No hay consenso en el sector sobre cuándo se iniciará la recuperación del turismo, sí lo hay en que el turismo doméstico se recuperará mucho antes que el internacional, y también en que dicha recuperación no será una realidad hasta que la Covid-19 deje de ser una amenaza para la salud y una prioridad global de salud pública. Algunos expertos consideran que es posible que no se recuperen niveles previos a la irrupción de la Covid-19 al menos hasta el año 2024. El problema de una recuperación tan tardía es que el sector deja de encontrarse en una crisis de liquidez para situarse de pleno en una crisis de solvencia, y de dicha crisis solo se sale con una reestructuración del sector que implica el reajuste de la oferta a las nuevas condiciones de demanda.

El previsible exceso de oferta del sector turístico, tanto en hoteles como en restauración y en otros sectores accesorios, abre un importante debate sobre el futuro económico de regiones fuertemente turísticas y sobre las mejores políticas económicas a emplear. Una recuperación muy lenta del turismo internacional en destinos que han tenido una peor gestión de los contagios, como España, impide la supervivencia de muchas empresas, que se ven abocadas al cierre. No es un problema de liquidez sino de solvencia, de la capacidad de los ingresos para cubrir costes y hacer frente a las deudas. El cierre de establecimientos implica también un aumento del desempleo. Una consecuencia que por desgracia esta crisis conllevará es el más que probable aumento de la desigualdad regional. Mucho se ha hablado de la necesidad de una reconversión que permita que el turismo sea sustituido por otras actividades. Sin embargo, muchas zonas turísticas se enfrentan a lo que se conoce en economía como *la enfermedad holandesa*. Cuando un sector productivo aumenta de modo considerable su peso en la actividad económica, acaba desplazando otras actividades, como la industria, de forma que ese territorio no tiene los activos, infraestructuras, ni la oferta laboral, en términos de formación de sus empleados, que favorezca la inversión en otros sectores. Vislumbrar alternativas al turismo no es imposible, pero si enormemente difícil en el corto plazo. Además, las posibles políticas de inversión pública se enfrentan a la dificultad que supone para muchos gobiernos la adopción de medidas de estímulo para la economía, como planes masivos de reconversión industrial, cuando sus niveles de deuda pública se encuentran en valores de endeudamiento en máximos históricos.

La pandemia también nos ha demostrado que los destinos más eficaces en la gestión de esta crisis de salud pública, con curvas de contagio más aplanadas, y que además han tenido una política de comunicación eficiente, tienen mejores datos que los destinos peor gestionados. Un ejemplo claro es Grecia, donde la curva de contagios mostró un pico muy inferior al observado en España o Italia, y se tradujo, por ejemplo, en una reducción inferior del turismo alemán con respecto a esos dos países. La pandemia puede suponer un reposicionamiento de destinos turísticos y un cambio en las preferencias de los turistas. Cambio que además puede jugar a favor de una demanda clásica en el sector, el desarrollo de un turismo más sostenible, que impacta menos en el territorio y en la sociedad en la que se produce. Destinos de turismo rural en España han visto cómo sus tasas de ocupación do-

blaban a la media del país, con algunos destinos de montaña alcanzando un 80% de ocupación. En el corto y medio plazo, el turista posiblemente optará por destinos menos masificados y más cercanos, lo que implicará una nueva distribución geográfica de los flujos de visitantes. Es importante tener en cuenta que el efecto de la pandemia sobre el turismo es doble, no solo las restricciones a la movilidad, sino la fuerte recesión que implica en muchos países. El turismo es una actividad con una elevada elasticidad respecto a la renta: cuando la economía crece, el turismo tiende a crecer a tasas mayores que dicho crecimiento, pero de la misma forma, ante una drástica reducción de rentas, con caídas de los ingresos, desempleo y aumentos de las tasas de ahorro fruto del miedo al futuro y la incertidumbre, el presupuesto familiar en viajes y ocio es uno de los que más se resiente.

La gripe española vino seguida de un tiempo de euforia, los años veinte, en los que no solamente se vivió una fuerte recuperación económica, sino que la sociedad quizás fruto de lo vivido antes, cambió en parte la forma en la que entendía la vida y las relaciones sociales. Quizás algo similar ocurra ahora con la pandemia de la Covid-19, si la misma sirve para replantear algunas cuestiones pendientes que tenemos como sociedad. Quizás todo el sacrificio no haya sido en balde.

Muchas zonas turísticas se enfrentan a lo que se conoce como 'la enfermedad holandesa', en la que un sector monopoliza la economía. En este caso, conlleva la falta de industria e infraestructuras y oferta laboral distintas al turismo



para saber más

literatura
cine
viajes
webs

libros

INCERTIDUMBRE, CAMBIO, INESTABILIDAD, ACELERACIÓN DE TENDENCIAS, INSEGURIDAD... SON TÉRMINOS QUE VEMOS REPETIDOS A DIARIO EN LOS MEDIOS. LA DIMENSIÓN TRANSVERSAL DE LA CRISIS ACTUAL NOS OBLIGA A PRESENTAR UNA SELECCIÓN DE LIBROS QUE OFREZCAN REFLEXIONES SOBRE EL MUNDO POST-COVID-19 DESDE DISTINTAS DISCIPLINAS, TENIENDO EN CUENTA QUE LAS CONSECUENCIAS DE LA PANDEMIA ABREN MÚLTIPLES DIMENSIONES, DESDE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS EN SANIDAD, SEGURIDAD Y EDUCACIÓN, A LA SOLIDARIDAD MÁS ALLÁ DE NUESTRAS FRONTERAS, LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL E INCLUSO LA GOBERNABILIDAD POLÍTICA Y ECONÓMICA MUNDIAL.

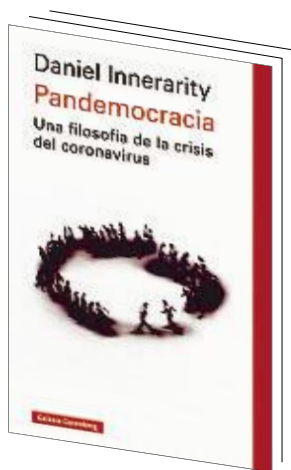


Cambiar o morir Capitalismo, crisis climática y el 'Green New Deal'

NOAM CHOMSKY / ROBERT POLLIN. CLAVE INTELLECTUAL, MADRID, 2020. 185 PÁG.

El nuevo libro de Noam Chomsky, que escribe junto al prestigioso economista Robert Pollin, es un excelente análisis de los principales problemas y desafíos de nuestra sociedad: la desigualdad económica y social, la inequidad y el empobrecimiento, o la creación de fuentes de trabajo y salarios dignos para todos. Pero más allá de analizar la economía política y las fallas sistémicas de un sistema capitalista enfermo, los autores nos invitan a repensar nuestra relación con la naturaleza, cuando tenemos el cambio climático a la vuelta de la esquina. Un *green new deal* a nivel mundial es una de las propuestas defendidas, en vistas a un horizonte libre de emisiones de carbono en el 2050. Las amenazas de vastas extensiones de la Tierra inhabitables, sequías, mares crecientes y malas cosechas son escenarios perfectamente posibles que los autores describen en este ensayo esencial para entender por qué hemos llegado a este punto y para darnos cuenta de la urgencia de tomar medidas.

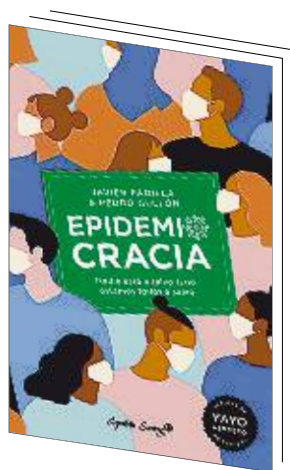
Francesc Fàbregues. Gestor de proyectos del CIDOB. Coordinador del 'Anuario Internacional CIDOB', este año sobre la Covid-19.



Pandemocracia Una filosofía de la crisis del coronavirus

DANIEL INNERARITY. GALAXIA GUTENBERG, BARCELONA, 2020. 130 PÁGINAS.

El catedrático de filosofía política Daniel Innerarity reflexiona sobre los errores cognitivos cometidos en esta crisis global, subrayando las deficiencias estructurales de un sistema basado en certezas, en la que los individuos nos sentíamos invulnerables y autosuficientes. La actual crisis es un fenómeno genuinamente pandémico, como lo son todos los riesgos globales. Según Innerarity esta crisis ha puesto fin precisamente al mundo de las certezas, del cual se aventura a pronosticar que saldremos aun más desiguales. Sin embargo, todavía hay espacio para la esperanza, que debe llegar de la mano de un cambio de actitud individual sobre la manera de entender y organizar nuestras interacciones. La gobernanza global sería, sin duda, un primer paso en la buena dirección.



Epidemiocracia Nadie está a salvo si no estamos todos a salvo

JAVIER PADILLA Y PEDRO GULLÓN. CAPITÁN SWING, MADRID, 2020. 232 PÁGINAS.

Desde su aparición en la ciudad china de Wuhan, capital de la provincia de Hubei, la gestión política de la pandemia ha presentado numerosos ejemplos de demagogia y populismo. *Epidemiocracia* reflexiona sobre la respuesta política, sanitaria y social a las epidemias. Analizar sus orígenes es esencial para hacerles frente, ya que los contextos sociales y geográficos donde aparecen son distintos y muy significativos para abordar su impacto y evolución. ¿Qué modelo de sanidad pública queremos? Y sobre todo, ¿qué transformaciones sociales debemos afrontar tras una crisis epidémica? El subtítulo del libro es bien elocuente: "Nadie está a salvo si no estamos todos a salvo". Es una invitación a la responsabilidad social, a la empatía y a la solidaridad en su máxima expresión.

¿Ya es mañana? Cómo la pandemia cambiará el mundo

IVAN KRASTEV. EDITORIAL DEBATE, BARCELONA, 2020. 112 PÁGINAS.

El politólogo búlgaro Ivan Krastev centra su nuevo libro en cinco paradojas que esta pandemia global ha puesto de manifiesto sobre: la globalización, la cooperación internacional, el autoritarismo, la cohesión social y la Unión Europea, de la cual se teme que se convierta en un actor irrelevante dentro de la escena mundial. El autor reflexiona sobre el confinamiento global que nos ha llevado a sociedades cerradas, donde las relaciones humanas se paralizan debido a que se han convertido en una amenaza para su propia existencia, para el comercio mundial, para los viajes. Se trata de un ensayo fundamental para entender las consecuencias de una pandemia que marcará el rumbo del mundo y de nuestras sociedades en los próximos años.

La escuela vaciada La enseñanza en la época pospandémica

FEDERICO BERTONI, JACOPO ROSATELLI, CARLOS FERNÁNDEZ LIRIA, OLGA GARCÍA, ENRIQUE GALINDO Y JORDI LLOVET. ALTAMAREA EDICIONES, MADRID, 2020. 148 PÁGINAS.

La educación es por su naturaleza uno de los ámbitos que merece más atención en una situación de pandemia global y confinamiento obligado. ¿Qué papel deben ocupar los

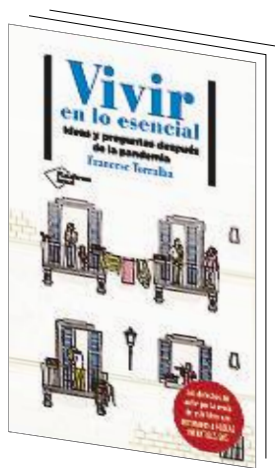
recursos y herramientas digitales en una enseñanza que pretende y debe ser igualitaria? ¿Dónde queda el factor humano, tan esencial en la transmisión de conocimiento y en la comprensión de las emociones? Este libro, escrito por varios profesionales de la educación de distintas disciplinas y geografías, es una excelente reflexión sobre el futuro de la enseñanza y de la escuela como lugar de encuentro social y espacio de aprendizaje. A través de cuatro ensayos sobre la educación en tiempos de pandemia, sobre el protagonismo del docente, sobre la escuela pública y, finalmente, sobre el debate de las humanidades y las nuevas tecnologías, se dan distintas respuestas y reflexiones sobre el pasado más reciente de la enseñanza y los posibles escenarios futuros.

Which country has the world's best health care?

EZEKIEL J. EMANUEL. PUBLIC AFFAIRS, NEW YORK, 2020. 256 PÁG.

La gestión de la pandemia provocada por la Covid-19 ha puesto a prueba los sistemas sanitarios de todo el mundo. En muchas ocasiones nos hemos preguntado por qué un país ha obtenido mejores resultados que otro ante una situación similar. El libro del doctor y bioético Ezekiel J. Emanuel ofrece algunas claves analizando diez sistemas de atención médica en todo el mundo (Estados Unidos, Australia, Canadá, China, Francia, Alemania, Países Ba-

jos, Noruega, Suiza, Taiwán y Reino Unido). Más allá de rankings estériles, y reconociendo que ningún sistema de salud es perfecto, lo interesante del estudio es ver las mejores prácticas sanitarias que nos permitan adaptarlas a otras realidades y evitar así cometer los mismos errores que otros.



Vivir en lo esencial Ideas y preguntas después de la pandemia

FRANCESC TORRALBA. PLATAFORMA EDITORIAL, BARCELONA, 2020. 184 PÁGINAS.

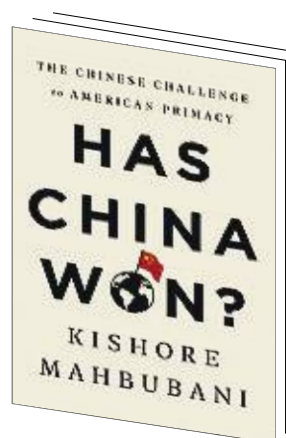
A raíz de lo vivido en confinamiento el filósofo Francesc Torralba reflexiona sobre valores o actitudes como el cuidado, la gratitud, la humildad, la solidaridad, la paciencia, la perseverancia, la generosidad y la entrega. Torralba parte de un punto de partida que nos invita al optimismo, tan necesario en situaciones de crisis: ¿Y si lo que estuviera por venir fuese mucho mejor? Esta es una pregunta valiente, una invitación a sacar lo mejor de nosotros mismos, a subrayar

las lecciones más positivas que hemos aprendido de esta crisis, para utilizarlas en beneficio de todos. Vivir en lo esencial significa auditar y destilar nuestro modelo de vida con una nueva mentalidad que nos ayude a imaginar y desarrollar un futuro distinto. Los derechos de autor de esta obra van destinados a Aldeas Infantiles SOS.

Everything Must Change! The World After Covid-19

RENATA ÁVILA Y SREKO HORVAT. EDITORES. OR BOOKS, NUEVA YORK, 2020. 352 PÁGINAS.

El mundo debe cambiar, y en muchos ámbitos y sentidos diferentes. Este libro presenta múltiples opiniones de un conjunto de voces provenientes de sectores profesionales distintos sobre las consecuencias culturales y artísticas de la pandemia. Artistas, escritores o filósofos como Tariq Ali, David Adler, Gael García Bernal, Larry Charles, Noam Chomsky, Brian Eno, Saskia Sassen, Yanis Varoufakis, Roger Waters, Slavoj Žižek, Maja Kantar, Stephanie Kelton o Stefania Maurizi nos ofrecen sus puntos de vista, sus temores y sus propuestas para superar la crisis actual. La necesidad de un cambio urgente del sistema, no solo para hacer frente a la pandemia actual y a otras amenazas próximas como el cambio climático, sino para corregir los déficits del capitalismo, es un argumento que se repite a lo largo de este ameno ejercicio.

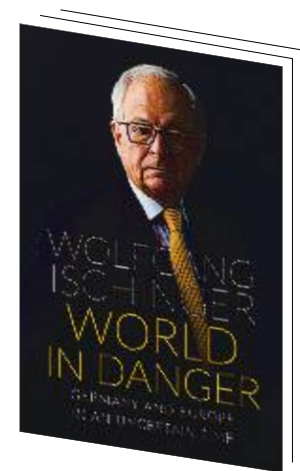


Has China won? The Chinese Challenge to American Primacy

KISHORE MAHBUBANI. BROOKINGS INSTITUTION PRESS, NUEVA YORK, 2020. 320 PÁGINAS.

“En el siglo XIX, el mundo se europeizó. En el XX, se americanizó. Ahora, se está *asiatizando*, y mucho más rápido de lo que se piensa”. Esta es la tesis defendida desde hace años por Kishore Mahbubani, uno de los intelectuales más influyentes de la política internacional. Su último libro representa un indispensable ensayo sobre la política internacional y la competencia sistémica entre Occidente y China. De ascendencia india y afincado en Singapur, Mahbubani afirma que el dinámico y consolidado desarrollo de Japón, Corea del Sur, Singapur y Taiwán, así como el constante crecimiento de China e India contrastan con una Europa ensimismada en un proceso de integración inerte y con un liderazgo mundial estadounidense cada vez más cuestionado. Recientemente Mahbubani ha afirmado que la pandemia consolidará el

cambio que él anuncia desde hace años: “el desplazamiento de un mundo centrado en Estados Unidos a un mundo centrado en China”.

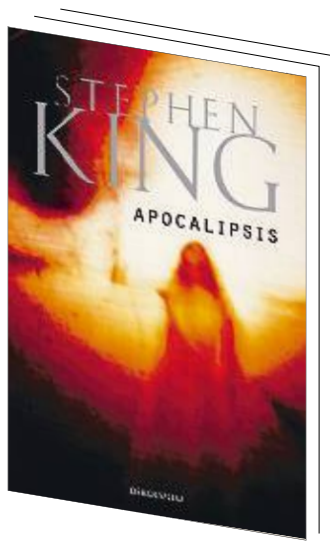


World in Danger Germany and Europe in an uncertain time

WOLFGANG ISCHINGER. BROOKINGS INSTITUTION PRESS, WASHINGTON, 2020. 280 PÁGINAS.

El director de la Conferencia de Seguridad de Munich, Wolfgang Ischinger, ofrece una exhaustiva reflexión sobre la actualidad política internacional y el papel de Europa en el mundo. Estamos en un momento crítico, donde Estados Unidos ha visto menguar su liderazgo internacional, al tiempo que se incrementa la rivalidad entre Washington y Beijing en un contexto de crisis de credibilidad de las instituciones internacionales. El diplomático alemán reivindica una Europa fuerte, tanto a nivel interno como en su acción exterior, capaz de un mayor liderazgo mundial de la mano de Alemania, en un contexto post-Brexit.

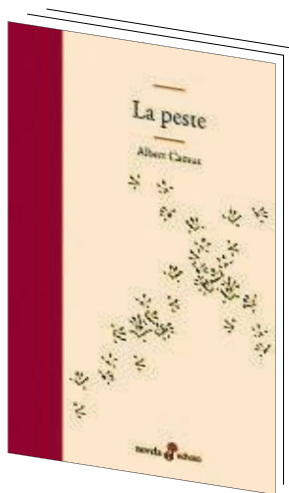
Mauricio Bach. Profesor, crítico literario y traductor.



Apocalipsis

STEPHEN KING. PLAZA Y JANÉS, BARCELONA. 1.584 PÁGINAS.

Si hablamos de pandemias, ¿quién mejor que Stephen King, el maestro del terror contemporáneo, como primera opción de lectura? El éxito de ventas de King se explica entre otras cosas por su capacidad para plasmar literariamente los grandes miedos contemporáneos, las angustias e incertezas que recorren a la sociedad americana y, por extensión, mundial. Y sí, el autor de *Carrie* también escribió hace años su novela pandémica, publicada originalmente en 1978 como *La danza de la muerte* (*The stand*). La recuperó en 1990 con un nuevo título, *Apocalipsis*, en versión ampliada que recuperaba fragmentos eliminados en la primera edición para aligerarla. La nueva versión ocupa algo más de 1.500 páginas. King revisó y actualizó algunas partes y trasladó la historia a las décadas de los años ochenta y noventa. A partir de esta nueva versión se rodó en 1994 una serie de televisión, y lo curioso de esta historia que va mutando y adaptándose a cada época es que ahora Netflix ha rodado una nueva versión que ya juega con referencias al coronavirus, y King ha aprovechado para volver a actualizar la trama. ¿Qué cuenta? Pues la expansión de una epidemia de gripe agresiva que pone patas arriba a la sociedad y tiene una deriva apocalíptica con un personaje que pretende provocar el fin del mundo. En este caso el virus tiene su origen en un laboratorio militar –es por tanto un arma biológica creada por el hombre– de donde escapó por un fallo de los protocolos. En la novela este virus mutante y agresivo provoca la muerte de la gran mayoría de la población mundial, dejando unos pocos supervivientes.



La peste

ALBERT CAMUS. EDHASA, BARCELONA. 360 PÁGINAS.

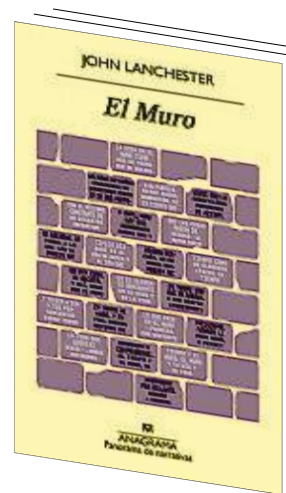
Una de las novelas imprescindibles del siglo XX. Una epidemia –el autor se basó en un brote de cólera que sufrió la ciudad de Orán en el siglo XIX– asola una ciudad. ¿Y qué sucede? Que las peores consecuencias no se producen por la enfermedad en sí, sino por

la reacción de la población. La epidemia saca a la luz lo peor del ser humano –miedo incontrolado, insolidaridad, irracionalidad...–, pero también lo mejor, las reacciones más nobles y solidarias. En la novela pasa un poco como con la actual pandemia: afloran miserias e injusticias que estaban ahí, más o menos tapadas. Camus fue un gran moralista, y esta obra le sirve para radiografiar las grietas tanto de la sociedad –la de su tiempo, pero la historia es extrapolable al presente– como de los individuos que la componen.

El muro

JOHN LANCHESTER. ANAGRAMA, BARCELONA. 328 PÁGINAS.

Las visiones distópicas de sociedades del futuro son campo abonado para los autores de best sellers, pero de tanto en tanto también son un te-



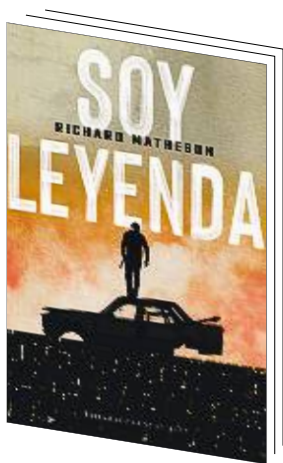
ma utilizado por autores más literarios, como el británico John Lanchester. Después de demostrar su capacidad como cronista social en *Capital*, una novela coral sobre el Londres de la especulación inmobiliaria, crea en *El muro* una sociedad distópica que protege sus fronteras mediante un gran muro vigilado por un cuerpo de guardias armados, llama-

dos “los Defensores”. Aquí no es un virus lo que provoca el cierre de fronteras de este país del futuro atemorizado, sino lo que se llama “la Catástrofe”, que entre otras cosas produjo una notable subida del nivel del mar. La novela es una distopía que habla de la inquietud ante migraciones por motivos económicos de una sociedad a la que incomoda la llegada de “los Otros”, algo que el miedo al contagio del virus también puede acabar provocando.

Soy leyenda

RICHARD MATHESON. MINOTAURO, BARCELONA. 176 PÁGINAS.

Un clásico de la ciencia ficción con toques de terror, adaptado tres veces al cine. El protagonista es el último hombre vivo sobre la Tierra (o al menos eso cree él) tras un acontecimiento apocalíptico causado por una guerra bac-



teriológica que prácticamente ha acabado con la humanidad. El personaje, llamado Robert Neville, debe aprender a vivir por sus propios medios en una ciudad desierta y además enfrentarse a unas extrañas criaturas, una suerte de vampiros producto de las armas químicas, que emergen por las noches e imponen su ley. Este último reducto de ser humano, una suerte de Robinson Crusoe futurista, los combate y trata de eliminarlos. La novela aborda temas como la soledad extrema o los límites entre la normalidad y la anormalidad. Matheson fue uno de los guionistas más sobresalientes de la célebre serie televisiva *La dimensión desconocida*, que abordó muchos miedos contemporáneos a través de la ciencia ficción.

Los ojos de la oscuridad

DEAN KOONTZ, RBA, BARCELONA, 368 PÁGINAS.

¿Una novela visionaria, premonitoria? La aparición de la epidemia de la Covid-19 ha generado un notable revuelo

en torno a esta obra publicada en 1981 por el autor especializado en terror Dean Koontz. ¿Por qué? Porque en un pasaje se habla de un arma biológica en forma de virus con el nombre de Wuhan-400 y encima resulta que... la pandemia que provoca estalla en el 2020. Hasta aquí las coincidencias curiosas o inquietantes. Por lo demás, lo que se cuenta es la historia de una madre que trata de averiguar si su hijo de verdad falleció años atrás durante un campamento de verano, tal como dice la versión oficial, o acaso sigue vivo. Y fruto de sus indagaciones, se verá enfrentada a un misterioso proyecto Pandora.



Diario del año de la peste

DANIEL DEFOE, IMPEDIMENTA, MADRID, 322 PÁGINAS.

El autor de Robinson Crusoe narra en este libro la epidemia de peste que asoló Londres y sus alrededores entre los años 1664 y 1666. Lo que aflora entre los ciudadanos que la sufrieron es un variado ramillete de comportamientos humanos ante una catástro-

fe que rompe la normalidad. Van desde quienes optan por ayudar a los demás a quienes muestran las actitudes más ruines de que es capaz el ser humano. Como en la posterior *La peste* de Albert Camus, la enfermedad en sí es tan solo una faceta de la epidemia, cuyas consecuencias se completan con las reacciones humanas ante ella. Hay ricos que huyen de la ciudad a sus mansiones en la campiña, padres que abandonan a sus hijos infectados, siervos que con abnegación cuidan de sus amos, calles asoladas, casas tapiadas... Era otra época y por suerte hoy parece que tenemos mejores medios para afrontar una pandemia.

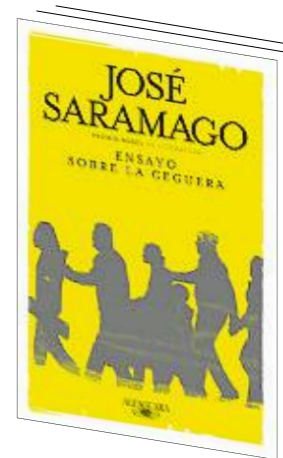


El año de la plaga

MARC PASTOR, ALIANZA EDITORIAL, MADRID, 448 PÁGINAS.

Una versión autóctona del género apocalíptico, mucho más habitual en literaturas como la norteamericana que en la nuestra. La acción se sitúa en Barcelona, durante un caluroso verano. Sin motivo aparente, se desata una extraña epidemia de suicidios de

ancianos. La cosa tiene algo que ver con la infestación de una extraña planta de peculiar olor, y las consecuencias de la epidemia alcanzan al resto de la población con singulares cambios de carácter. Bien armada, con un ritmo trepidante, logra mantener el interés del lector alejándose de los recursos más trillados del género. Como curiosidad: el autor es de profesión criminólogo y mosso d'esquadra.



Ensayo sobre la ceguera

JOSÉ SARAMAGO, DEBOLSILLO, BARCELONA, 384 PÁGINAS.

Una variación intelectual y existencialista del género pandémico y apocalíptico. Aquí nos encontramos ante una repentina plaga de ceguera, llamada *ceguera blanca*, que se propaga por el mundo y obliga a los seres humanos a reaprender rutinas para lograr sobrevivir. La propuesta de José Saramago tiene mucho de parábola y poco de thriller trepidante. Es una reflexión sobre la condición humana y sobre cómo reaccionan las personas en situaciones límite.

El virus global

CONTAGIO. TÍTULO ORIGINAL: CONTAGION.
ESTADOS UNIDOS, 2011. DIRECTOR: STEVEN
SODERBERGH. INTÉRPRETES: MARION COTILLARD,
MATT DAMON, LAURENCE FISHBURNE, JUDE LAW.

Contagio ha sido una de las películas más vistas en las redes durante la pandemia. La causa de su éxito reside en que Steven Soderbergh intentó hacer una película de catástrofes más o menos realista, centrada en la lucha para contener una epidemia mundial. En la película, el origen del virus se sitúa en China, donde unos murciélagos transmiten el virus a los cerdos, y vemos cómo el virus se programa desde Hong Kong a todo el mundo y cómo la enfermedad empieza a diezmar a la población. Lo más curioso son las posibles correspondencias entre el paisaje ficcional con el paisaje real generado por el coronavirus. En *Contagio* vemos un entorno marcado por ciudades vacías en cuarentena, aeropuertos cerrados, trajes especiales, guantes de látex y mascarillas. También resulta interesante comprobar cómo los temas principales que aborda el guion de la película encuentran su eco en los temas mediáticos de los primeros meses de la crisis epidemiológica del 2020 a nivel



Contagio, de 2011, relata algo muy parecido a lo ocurrido con la Covid-19, de ahí que haya sido una de las películas más vistas este año.

global. Una parte de la tensión dramática se centra en el balance entre los motivos personales de los protagonistas y las responsabilidades éticas frente a la amenaza. También aborda el tema de las limitaciones de derechos y sus consecuencias tanto en la seguridad como en la libertad de los individuos. El tema de la distancia social como medida para apartarse del virus también es abordado, incidiendo

en las consecuencias que se derivan de un mundo sin expresión de los afectos. Finalmente es interesante ver cómo la película aborda, a partir del personaje central de una epidemióloga –Marion Cotillard– el proceso científico que se lleva a cabo para contener el patógeno y la lucha por la creación de una vacuna que, una vez patentada, presenta graves problemas para su distribución global.

Políticas de confinamiento

SAFE. ESTADOS UNIDOS, 1995. DIRECTOR: TODD
HAYNES. INTÉRPRETES: JULIANNE MOORE Y
PETER FRIEDMAN.

Una de las grandes cuestiones que ha marcado la lucha política contra el coronavirus ha sido la conciencia de que el mundo se hallaba ante un escenario inédito. *Safe* parte también de esta premisa para reflexionar sobre el aislamiento como medida frente al virus. La protagonista es Carol, una mujer –Julianne Moore– que vive tranquilamente en una residencia cercana a Los Ángeles. Un día su cuerpo empieza a tener extrañas alergias contra muchos de los factores ambienta-

les de su entorno, que la torturan. Con el tiempo se da cuenta de que es víctima de alguna extraña enfermedad viral, de algo que los médicos no pueden controlar. Su caso es percibido como extraño y la única respuesta política que recibe pasa por el aislamiento en medio del desierto dentro de una comunidad de gente contagiada. Carol se instala en un iglú donde decide sobrevivir sin leer ni escuchar noticias que puedan conectarla con la realidad del mundo que la rodea. La fábula política que emerge de *Safe* es una denuncia contra la irresponsabilidad de quienes están en el poder, que han elegido esperar y ver cómo se desarrollan las

cosas en situaciones de crisis, incapaces de ofrecer planes para enfrentarse a los desafíos. En el momento de su aparición, *Safe* fue vista como una alegoría sobre los efectos del sida en la sociedad americana, en la actualidad permite llevar a cabo nuevas lecturas tanto de lo que implican las situaciones de aislamiento como de la angustia que comporta enfrentarse a algo sin respuesta. También incide en los problemas afectivos y psicológicos que provoca una situación de aislamiento vírico. La película aborda el tema manteniendo una clara ambigüedad en sus planteamientos, ya que no existen soluciones sino numerosas preguntas.

Antes y durante la pandemia

SPORTIN' LIFE. ITALIA, 2020. DIRECTOR: ABEL FERRARA. INTÉRPRETE: WILLEM DAFOE.

El cineasta Abel Ferrara ha sido uno de los primeros cineastas en mostrar un trabajo entorno a los efectos del coronavirus en la vida cotidiana. *Sportin' Life* no es una ficción, ni tampoco un documental. La película transita entre ambos géneros para desembocar en la escritura del yo, convirtiendo

al actor Willem Dafoe en un alter ego del protagonista. *Sportin' Life* se presenta como un collage de imágenes dispersas centradas en el antes y en el durante la pandemia. Las que remiten al mundo anterior son de febrero del 2020, momento en que Abel Ferrara presentó su película *Siberia* en el Festival Internacional de Cine de Berlín y organizó un concierto de rock con su propia banda. Estas imágenes están mezcladas con otras

que remiten al confinamiento del cineasta en Roma y a las imágenes televisivas que fue viendo durante su reclusión. En ellas un William Dafoe transformado en Abel Ferrara intercambia experiencias con los miembros reales de la actual familia del cineasta. Una parte significativa de estas imágenes tienen que ver con la política americana y la posición del entonces presidente de Estados Unidos Donald Trump frente al virus.

Sobrevivir a la ceguera

A CIEGAS. TÍTULO ORIGINAL: BLINDNESS, 2008. DIRECTOR: FERNANDO MEIRELLES. INTÉRPRETES: JULIANNE MOORE, MARK RUFFALO.



Una enfermedad que provoca la ceguera acaba con los valores de la civilización en 'A ciegas', basada en una novela de Saramago.

José Saramago publicó en 1995 su novela *Ensayo sobre la ceguera* en la que criticaba la ambición social y la deriva amorosa. Una plaga que volvía ciega a la gente era el pretexto para hablar de un mundo en que la lucha por la supervivencia se convierte en una lucha egoísta. Saramago no quiso vender los derechos de su obra al cine por miedo a que fuera tergiversada. Finalmente, Fernando Meirelles –director de *Ciudad de Dios*– consiguió adquirirlos. Meirelles afirmó en diferentes entrevistas que lo que le interesó de la novela fue la fragilidad de la civilización. Quería mostrar de qué modo la existencia de un virus global puede llevar al derrumbe de unos cimientos aparentemente sólidos. Julianne Moore encarna la esposa de un oftalmólogo que acaba siendo la única persona en el mundo que posee intacta la vista. En un principio debe disimular su capacidad de ver, pero después es el guía en un mundo de ciegos.

Camus en la pantalla

LA PESTE. FRANCIA, ARGENTINA, 1992. DIRECTOR: LUIS PUENZO. INTÉRPRETES: WILLIAM HURT Y SANDRINNE BONNAIRE.

Albert Camus publicó *La peste* en 1947. La obra quería ser, por una parte, una alegoría del nazismo centrada en la actitud de combate y sensación de impotencia contra sus efectos, pero también era una obra existencialista centrada en cómo el azar puede transformar la vida humana y sesgar vidas sin previo aviso. El cineasta argentino Luis Puenzo –autor de *La historia oficial*– realizó la única adaptación de la novela de Camus. La acción se sitúa

en la década de 1990 en una ciudad llamada Oran que no es la ciudad argelina donde nació Camus, sino una hipotética comunidad latinoamericana. La película sigue el trabajo del doctor Rieux y su lucha para contener y erradicar la peste que ha sometido la ciudad a la cuarentena. La película incide mucho en la prudencia de las autoridades sanitarias, que no quieren alarmar a la ciudadanía, pero que por otro lado tienen el deber de informar sobre las consecuencias de la peste. La puesta en escena enfática y ciertas salidas de tono hacen que la película pierda parte de la fuerza que posee la obra de Camus. Su exhibición fue un fracaso comercial.

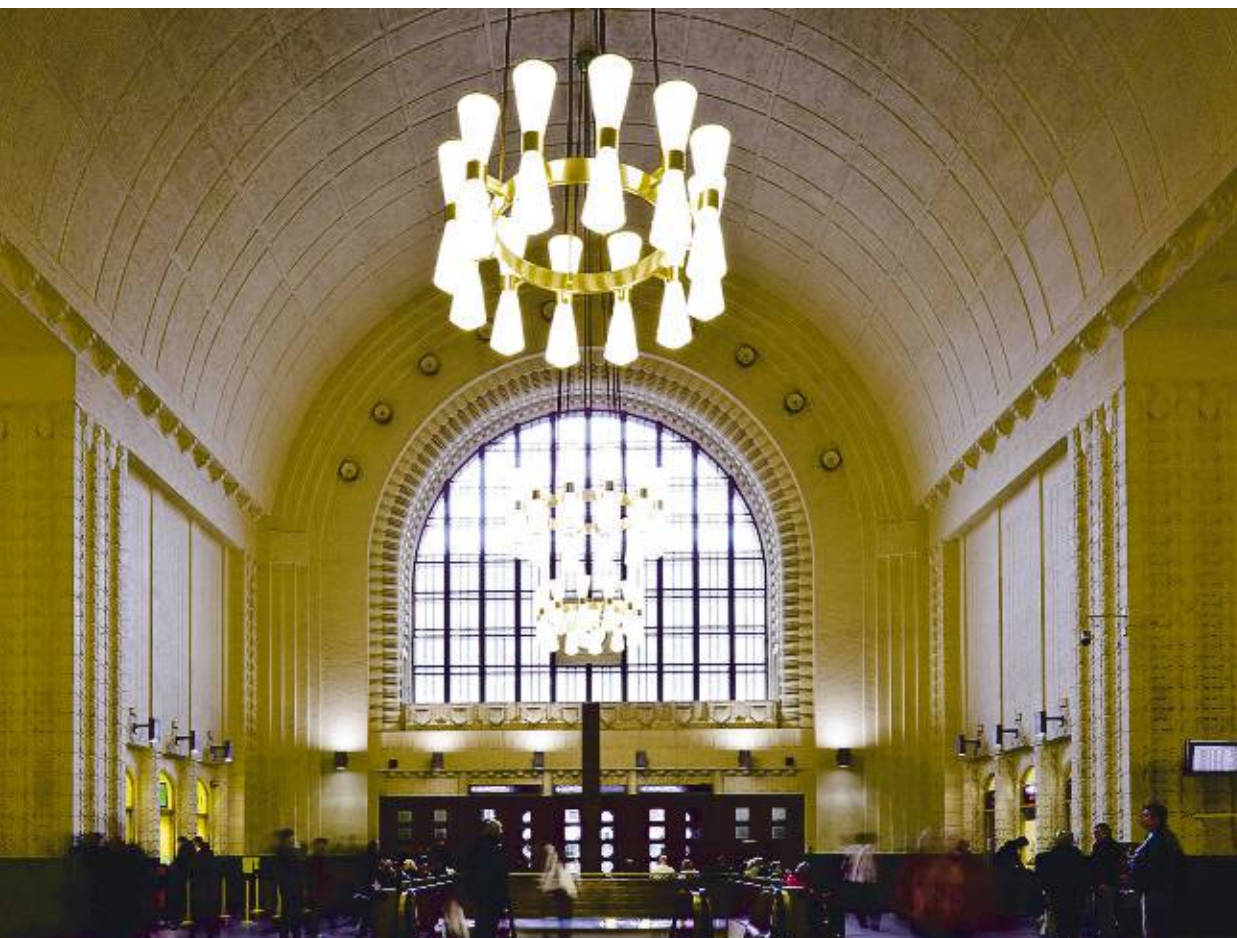
Zombies contagiados

En el 2016 alcanzó un gran éxito la película sudcoreana *Train to Busan*, de Yeong San Ho. Su argumento se centra en un apocalipsis zombie provocado por una planta de biotecnología y explica las desventuras de los pasajeros de un tren obligados a enfrentarse a los zombies. Cuatro años después, se realizó una secuela titulada *Península* en la que Corea del Sur se convierte en un país en cuarentena permanente. Los zombies pueblan sus calles y es complicado sobrevivir. En este contexto unos personajes deben infiltrarse en el país confinado perimetralmente. Es interesante observar cómo muchas de las fábulas apocalípticas sobre los muertos vivientes pueden encontrar una clara conexión con el temor ancestral causado por el virus que las ciudades han vivido. En algunos casos los zombies son una plaga de seres contagiados que provocan la peste en su entorno y transforman la sociedad en un páramo devastado. Algunas películas como *Amanecer de los muertos* o *Guerra mundial Z* son el reflejo de estas alegorías víricas sobre los contagios y sus transmisiones.

Josep Maria Palau Ribera *Periodista especializado en viajes y profesor de Comunicación de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona y del máster de la Organización Mundial del Turismo - UOC. Premio de periodismo de viajes Raccontami l'Umbria 2010 y 2018, concedido por el International Journalism Festival de Perugia.*

HELSINKI (FINLANDIA)

El país del teletrabajo



La estación Central de Helsinki, considerada una de las más bellas del mundo. | Nathan Willock / View Pictures-Getty

Si hay algo a lo que no renuncian los finlandeses es al contacto directo con la naturaleza, incluso si viven en Helsinki. Por ejemplo, desde el mercado de Kauppatori, que se instala a lo largo del muelle donde atracan los ferries que llegan del archipiélago finés y de otros países nórdicos, se puede emprender la breve singladura que lleva hasta a la fortaleza de Suomenlinna o a la isla de Vallisaari. La primera fue construida sobre siete islas durante la dominación sueca y constituye una de las excursiones favoritas de los ciudadanos para hacer un picnic en los prados al pie de las murallas; la segunda acogió la batería del zar Alejandro II cuando Rusia controlaba el territorio, para convertirse luego en campamento militar del ejército finlandés y, desde hace poco, en reserva natural, con caminos bien señalizados, una muestra de arte al aire libre y un refugio de mariposas. Y todo a apenas veinte minutos del centro.

Con aproximadamente cinco millones y medio de habitantes, de los que uno de cada cuatro vive en Helsinki, mientras el

resto está diseminado en un espacio grandioso casi virgen donde crecen unos ochenta trillones de árboles que alimentan la poderosa industria maderera del país, está claro que el teletrabajo en Finlandia es una necesidad histórica más que una moda o el efecto colateral de la pandemia. La tecnología es la gran aliada para los que sueñan con realizar sus labores desde cualquier lugar y con vistas al bosque o al mar, incluso en la capital, donde conviven las grandes avenidas decimonónicas que legaron los zares rusos enamorados del arte occidental con redes de wifi ubicuas que permiten prescindir de una mesa de trabajo fija en un edificio de oficinas. Y es que para el finlandés un día de lluvia o de nieve es un día excelente para pasear y sentir la fuerza de los elementos y nuestra pequeñez. ¿Para qué perder el tiempo encerrado en un despacho, cuando se puede redactar aquel informe o e-mail desde cualquier lado? Algunos de sus vecinos consideran que en realidad los finlandeses son poco trabajados. Para otros, no es que trabajen menos, sino que viven más.

Para visitar...

- **Disfrutar de un paseo por Esplanadi, un bello bulvar salpicado de innumerables edificios art nouveau y cafeterías de estilo parisino.**
- **Aunque no se vaya a subir a un tren a San Petersburgo, visitar la estación Central de Helsinki, creada por Eliel Saarinen y elegida en el 2013 por la BBC como una de las más bellas del mundo.**
- **Tomar una sauna en alguno de los edificios construidos junto al muelle de la antigua zona industrial de Hernesaari. Si el tiempo está frío, se puede acompañar con un vivificante chapuzón.**
- **Seguir los pasos del arquitecto Alvar Aalto visitando la ciudad universitaria de Otaniemi o bien la Casa Finlandia, concebida como sala de conciertos en el 1971 y ampliada más tarde para albergar la Conferencia Internacional de Paz.**
- **Acercarse al remozado Museo Amos Rex, tan interesante por su arquitectura exterior como por su espacio expositivo bajo tierra.**

PRAGA (REPÚBLICA CHECA)

Arte, literatura y clase media

Hasta hace muy poco, aunque ahora ya parece una eternidad, se alzaban voces en contra de la excesiva explotación turística de la capital checa, donde el advenimiento de una serie de emprendedores atrevidos, crecidos a expensas de una visión neoliberal que se contraponía a los tiempos del telón de acero, era capaz de ubicar un centro de masajes anunciado con luces de neón en los bajos de uno de los edificios modernistas catalogados de la plaza Wenceslas o de abrir un sinfín de casinos repartidos por el centro histórico. Como consecuencia, Chequia en general y Praga en particular, tienen junto a Islandia una de las mayores proporciones de ciudadanos de clase media de toda Europa, justo aquella que sufre más las consecuencias de la crisis de la Covid-19. El impacto ya se deja sentir en lugares como la Cruz Dorada, donde se cruza la avenida Wenceslas con la muy comercial calle de Rijna, por donde siglos atrás pasaba un canal y hasta hace poco transitaba una riada de visitantes y compradores. Por fortuna, la misma clase media checa cuenta con

un bagaje construido incluso durante la época soviética, cuando consiguió hacer crecer algo semejante a una burguesía en el entorno ideológico más adverso posible. Y si falta inspiración, basta con levantar la vista para contemplar las agujas de sus torres góticas y neogóticas, desafiando a la historia un siglo detrás de otro.



La Casa Danzante de Frank Gehry a orillas del Moldavia. | Sean Gallup / Getty

Para visitar...

- [Ereloj de la Ciudad Vieja o Stare Mesto. Es el único del planeta que calcula la hora babilónica según la radiación solar.](#)
- [Subir hasta el castillo de Praga, rendir homenaje a Franz Kafka en su pequeño estudio del callejón del Oro y tomar una cerveza artesana en las abadías tras los muros.](#)
- [Contemplar el atardecer a orillas del Moldava, frente al puente Jiraskuv, donde se encuentra La Casa Danzante de Frank Gehry, inspirada en Fred Astaire y Ginger Rogers.](#)
- [Realizar la inexcusable visita al Museo Judío de Praga, nombre que engloba la visita a una serie de sinagogas, exposiciones y el cementerio, una visión muy completa del barrio de Josefov.](#)

ISLAS DE PALAOS

Edén del turismo

Quién lo iba a decir, pero ser el paraíso en la tierra también puede ser un problema irresoluble. Así lo sienten los habitantes de Palaos, un lugar que forma parte del grupo de islas Carolinas de la Micronesia y que hasta el año 1982 no tenía un solo hotel digno de este nombre. Hoy vive casi exclusivamente de las divisas del turismo. Para hacerse una idea de hasta cuánto llegan a depender de esta industria, basta saber que el año pasado se calcula que llegaron a este enclave de ensueño noventa mil turistas, cifra que equi-

vale a multiplicar por cinco el número de sus pobladores. Con alojamientos que llegaban a un 70% o un 80% de ocupación de forma habitual, la situación es insostenible. Lo único que pueden hacer ahora los vecinos de Palaos es practicar el esnórquel o el submarinismo, a la espera de que se abran corredores aéreos seguros con emisores como Taiwán, aunque haya que pagar con los contagios que no ha contabilizado hasta la fecha. Aquí nadie sabe lo que es el confinamiento, aunque Palaos también cuenta con sus prohibiciones: fue el



Vista aérea de las islas Rocosas. | Benjamin Lowy / Getty

primer país en erradicar los protectores solares, porque su composición es tóxica y altera el delicado sistema de las barreras coralinas.

Para visitar...

- [Aprender sobre la extracción sostenible del nácar en la isla de Koror, donde está la capital. Además, es el lugar ideal para una primera etapa por su dinamismo y oferta hotelera.](#)
- [Sumergirse en la islas Rocosas, y en concreto, en](#)

[el lago de las Medusas, habitado por millones de estas criaturas, que nadan en grupo siguiendo la trayectoria del sol. En este caso, son inofensivas.](#)

- [Realizar la excursión a las cascadas Ngardmau, que recompensan con una buena ducha natural el acceso a través de senderos embarrados de la selva.](#)

- [Navegar por el German Channel, un lugar extraordinario a nivel cromático y donde abundan los bancos de mantas.](#)
- [En primavera y en invierno se celebra la Sharks Week, encuentro anual sobre las migraciones de tiburones. Visitas guiadas para contemplarlas.](#)

para saber más

webs

Marta Cambroner. Periodista y estudiante de doctorado en UOC.



PLAN DE RECUPERACIÓN DE LA UNIÓN EUROPEA

https://ec.europa.eu/info/live-work-travel-eu/health/coronavirus-response_en

La Unión Europea tiene un plan para salir de esta crisis siendo “más verde, más digital y más resiliente”. Para ello, la Comisión Europea ha acordado, entre otras medidas de financiación, realizar inversiones directas por valor de miles de millones de euros entre el 2021 y el 2024. La UE señala que los que le corresponden a España deben servir para ampliar el número de camas hospitalarias y asegurar la compra de material farmacéutico y de laboratorio, de equipamiento médico y de protección para el personal sanitario. También para apoyar a las pymes y para introducir las TIC en la educación y la formación.



FUTURO EN COMÚN

<https://futuroencomun.net/medidas-covid19-vulnerabilidad/>

Entidades de la sociedad civil han trasladado a los responsables políticos su preocupación por “el impacto despro-

porcionado que la pandemia del Covid-19 va a tener sobre las personas y poblaciones en situación de mayor vulnerabilidad”. Para estas organizaciones, es imprescindible que el Gobierno de España aproveche el nuevo ciclo de inversiones europeas para impulsar cambios que permitan avanzar en los objetivos de la Agenda 2030. Esto pasa, aseguran, por “fortalecer el Estado de bienestar y la provisión de servicios públicos como garantía de derechos humanos”.



PERSPECTIVAS ECONÓMICAS

<http://www.oecd.org/coronavirus/es/>

Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), ante el actual contexto de incertidumbre, la prioridad es movilizar todos los mecanismos posibles para volver a generar confianza. Esto pasa por que los gobiernos de todo el mundo mejoren las perspectivas de los desempleados, de los trabajadores poco cualificados y de los jóvenes. Para ello, se propone un equilibrio entre las prestaciones de apoyo inmediato y el desarrollo de oportunidades para que los sectores más afectados puedan reorientar su actividad. También se habla de hacer un viraje definitivo hacia modelos de energía, infraestructura, transporte y vivienda sostenibles.

RESPUESTAS EDUCATIVAS A LA COVID-19

<https://globaleducationcoalition.unesco.org/response-toolkit>

Las medidas de distanciamiento social para combatir el virus han afectado de una forma especial a la educación. Los centros escolares, sea cual sea el nivel socioeconómico de su comunidad educativa, han tenido que establecer métodos de enseñanza y aprendizaje a distancia en tiempo récord. En este sitio web aparecen recursos (en forma de textos y podcasts) que pueden ser de interés para profesores y planificadores educativos que este curso se enfrentan de nuevo a los retos de la educación a distancia.



EL MUNDO DEL TRABAJO

www.ilo.org/global/topics/coronavirus

Las desigualdades, ya presentes en el mundo del trabajo antes de la crisis sanitaria, se siguen incrementando. En la página web de la Organización Internacional del Trabajo se recoge información relativa tanto a las distintas situaciones por las que atraviesa cada país y región mundial como a las políticas públicas que se están aplicando en cada uno para impulsar la recuperación y paliar en lo posible la pérdida de puestos de trabajo.

otras webs

Gran 'reset'

www.weforum.org/great-reset

El *think tank* global de la colaboración público-privada tiene un plan: aprovechar el nuevo escenario para asegurarse de que los grandes capitales ocupan un lugar central tras la recuperación.

Retos de futuro

<https://biennialciutatoberta.barcelona>

Miradas progresistas buscan claves para afrontar la dificultad de vivir en un mundo cada vez más desigual. Recuperar la posibilidad de imaginar futuros es primordial.

La vida tras la Covid-19

www.world-after-covid.com

Educación, seguridad, psicología, sanidad, tecnología, medio ambiente, economía... La *nueva normalidad* ha dejado heridas cuyas consecuencias todavía desconocemos.

Alianza Salud Comunitaria

www.alianzasaludcomunitaria.org

Formada por entidades e instituciones españolas que promocionan la salud y la salud comunitaria, Destaca su manifiesto *Covid-19: Una respuesta comunitaria para una pandemia social*.

Arte confinado

www.covidoscope.org

Este sitio recoge obras de arte popular de todo el mundo creadas durante el confinamiento. La expresión y la prueba de que estamos viviendo una experiencia global.

Telefónica

FUNDACIÓN

PROGRAMA
DE FORMACIÓN DIGITAL

CONECTA
EMPLEO



Reiníciate en digital

Apúntate a los nuevos cursos, programas y herramientas digitales gratuitas de **Conecta Empleo** y obtén las habilidades digitales que demanda el mercado laboral.

Reiníciate en
fundaciontelefonica.com



ILUSTRACIONES: TONI BORRELL

NÚMERO 75

ENERO / MARZO 2020

El nuevo Israel

CONFLICTO Y CONVIVENCIA.

Álex Rodríguez. Pág. 3

LOS DESAFÍOS DE ISRAEL: RELIGIÓN, ESTADO Y CRISIS DE IDENTIDAD JUDÍA. Yedidia Stern. Pág. 6

LA SOCIEDAD ISRAELÍ EN LA ENCUCIJADA. Sergio DellaPergola. Pág. 14

ISRAEL EN SU OCTAVA DÉCADA. Yossi Beilin. Pág. 20

¿PUEDE EL ESTADO JUDÍO SER UNA DEMOCRACIA LIBERAL? Omri Boehm. Pág. 32

ISRAEL FRENTE A ISRAEL: SUS OTROS CONFLICTOS Y CONTRADICIONES. José Antonio Lisbona. Pág. 36

LA REVUELTA DE LA CLASE MEDIA ISRAELÍ Y LOS RETOS PARA EL FUTURO. Dany Bahar. Pág. 42

UNA TIERRA DE 'START-UPS' E INNOVACIÓN. Inbal Orpaz. Pág. 47

LOS DESAFÍOS A LA SEGURIDAD NACIONAL DE ISRAEL. Efraim Inbar. Pág. 54

ISRAEL Y LOS PAÍSES DEL GOLFO: UNIDOS POR UN MISMO ENEMIGO. Eduard Soler i Lecha. Pág. 61

CONSTRUIR SOBRE ARENAS MOVEDIZAS: LAS RELACIONES EE.UU.-ISRAEL EN LA ÉPOCA DE TRUMP. Colette Avital. Pág. 66

UNIÓN EUROPEA E ISRAEL, SOCIOS CON DIFERENCIAS. Alfred Tovias. Pág. 76

RELACIONES ESPAÑA-ISRAEL: CRÓNICA DE UN REENCUENTRO. Miguel de Lucas. Pág. 81



ILUSTRACIONES: ALBERT ASENSIO

NÚMERO 76

ABRIL/JUNIO 2020

Amazonia: la batalla por la última frontera

QUERIDA AMAZONIA... Álex Rodríguez. Pág. 3

AMAZONIA: ¿QUIÉN DECIDE SU FUTURO? João Meirelles. Pág. 6

LA SOMBRA DE LA DICTADURA. Rubens Valente. Pág. 14

UN LEJANO OESTE DONDE TODO Y TODOS TIENEN UN PRECIO. Heriberto Araújo. Pág. 22

VIOLENCIA Y 'GRILAGEM': FORMAS DE APROPIACIÓN DE LA TIERRA EN LA AMAZONIA. Girolamo Domenico Treccani. Pág. 26

CADENA DE DEFORESTACIÓN, CADENA DEL CAPITAL Alceu Luís Castilho. Pág. 32

LA FUERZA INDÍGENA CONTRA LA NUEVA GUERRA DE CONQUISTA. Felipe Milanez. Pág. 39

LAS BANDAS CRIMINALES EN LA AMAZONIA. Leonencio Nossa. Pág. 45

MINERÍA EN LA AMAZONIA: UNA PESADILLA DESARROLLISTA. Luis A. Hallazi Méndez. Pág. 56

BOLIVIA Y LA FRONTERA DEL DESARROLLO: DONDE LO VERDE ESTORBA. Marlene Quintanilla. Pág. 62

MINERALES DE CONFLICTO EN VENEZUELA: LA CRISIS INVISIBLE. Alejandro Álvarez Iragorry. Pág. 68

INCENDIOS EN LA AMAZONIA BRASILEÑA: MACRON ECHA LEÑA AL FUEGO. Laurie Servières. Pág. 76

EL FACTOR CHINO. Adriano Marcos Rodrigues Figueiredo. Pág. 82



ILUSTRACIONES: ALBERT ASENSIO

NÚMERO 77

OCTUBRE/DICIEMBRE 2020

¿Quién mandará en la inteligencia artificial?

ESTADOS UNIDOS, CHINA Y LOS DEMÁS. Álex Rodríguez. Pág. 3

LAS GRANDES POTENCIAS DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL. Charles Thibout. Pág. 6

UN TABLERO EN QUE SÓLO JUEGAN DOS. Senén Barro Ameneiro. Pág. 16

LA GEOPOLÍTICA DEL 5G. Julien Nocetti. Pág. 20

LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL EN EL MUNDO: LAS POTENCIAS TECNOLÓGICAS Y LOS NUEVOS JUGADORES. Andrés Pedreño y Luis Moreno. Pág. 24

ÁFRICA, EL PRÓXIMO CAMPO DE BATALLA. Youssef Travalay con Aretha Mare y Kevin Muvunyi. Pág. 34

HACIA UNA INTELIGENCIA ARTIFICIAL 'MADE IN EUROPE'. Nuria Oliver. Pág. 40

GEOPOLÍTICA DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL: EL CAMINO DE ESPAÑA HACIA EL FUTURO. Abishur Prakash. Pág. 44

COMPETENCIA INTERNACIONAL: LA POSICIÓN DE ESPAÑA. Pedro Meseguer. Pág. 47

IMPACTO DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL: CRECIMIENTO ECONÓMICO Y GEOPOLÍTICAS. Nicolas Miailhe, Buse Çetin y Yolanda Lannquist. Pág. 52

LA EXPANSIÓN GLOBAL DE LA VIGILANCIA MEDIANTE IA. Steven Feldstein. Pág. 57

LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y EL FUTURO DE LA GUERRA. Jean-Christophe Noël. Pág. 64

CÓMO TRANSFORMARÁ LA IA NUESTRA SOCIEDAD. Lasse Rouhiainen. Pág. 76

GEOPOLÍTICA DE LAS ÉTICAS DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL. Emmanuel R. Goffi. Pág. 84

TEMAS

ÁFRICA

ÁFRICA, EL PRÓXIMO CAMPO DE BATALLA. Youssef Travalay con Aretha Mare y Kevin Muvunyi. N.º 77. Pág. 34

AMAZONIA

Ver temario del número 74.

QUERIDA AMAZONIA... Álex Rodríguez. N.º 76. Pág. 3

AMAZONIA: ¿QUIÉN DECIDE SU FUTURO? João Meirelles. N.º 76. Pág. 6

LA FUERZA INDÍGENA CONTRA LA NUEVA GUERRA DE CONQUISTA. Felipe Milanez. N.º 76. Pág. 39

BOLIVIA

BOLIVIA Y LA FRONTERA DEL DESARROLLO: DONDE LO VERDE ESTORBA. Marlene Quintanilla. N.º 76. Pág. 62

BRASIL

Ver temario del número 74.

LA SOMBRA DE LA DICTADURA. Rubens Valente. N.º 76. Pág. 14

UN LEJANO OESTE DONDE TODO Y TODOS TIENEN UN PRECIO. Heriberto Araújo. N.º 76. Pág. 22

VIOLENCIA Y 'GRILAGEM': FORMAS DE APROPIACIÓN DE LA TIERRA EN LA AMAZONIA. Girolamo Domenico Treccani. N.º 76. Pág. 26

CADENA DE DEFORESTACIÓN, CADENA DEL CAPITAL Alceu Luís Castilho. N.º 76. Pág. 32

LAS BANDAS CRIMINALES EN LA AMAZONIA. Leonencio Nossa. N.º 76. Pág. 42

MINERÍA EN LA AMAZONIA: UNA PESADILLA DESARROLLISTA. Luis A. Hallazi Méndez. N.º 76. Pág. 56

INCENDIOS EN LA AMAZONIA BRASILEÑA: MACRON ECHA LEÑA AL FUEGO. Laurie Servières. N.º 76. Pág. 76

CHINA

EL FACTOR CHINO EN AMAZONIA. Adriano Marcos Rodrigues Figueiredo. N.º 76. Pág. 82

UN TABLERO EN QUE SÓLO JUEGAN DOS. Senén Barro Ameneiro. N.º 77. Pág. 16

CLASE MEDIA

LA REVUELTA DE LA CLASE MEDIA ISRAELÍ Y LOS RETOS PARA EL FUTURO. Dany Bahar. N.º 75. Pág. 42

DEMOCRACIA

¿PUEDE EL ESTADO JUDÍO SER UNA DEMOCRACIA LIBERAL? Omri Boehm. N.º 75. Pág. 33

ECONOMÍA

IMPACTO DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL: CRECIMIENTO ECONÓMICO Y GEOPOLÍTICAS. Nicolas Miailhe, Buse Çetin y Yolanda Lannquist. N.º 77. Pág. 52

ESPAÑA

RELACIONES ESPAÑA-ISRAEL: CRÓNICA DE UN REENCUENTRO. Miguel de Lucas. N.º 75. Pág. 81

GEOPOLÍTICA DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL: EL CAMINO DE ESPAÑA HACIA EL FUTURO. *Abishur Prakash.* N.º 77. Pág. 44

COMPETENCIA INTERNACIONAL: LA POSICIÓN DE ESPAÑA. *Pedro Meseguer.* N.º 77. Pág. 47

ESTADOS UNIDOS CONSTRUIR SOBRE ARENAS MOVEDIZAS: LAS RELACIONES EE.UU.-ISRAEL EN LA ÉPOCA DE TRUMP. *Colette Avital.* N.º 75. Pág. 66

UN TABLERO EN QUE SÓLO JUEGAN DOS. *Senén Barro Ameneiro.* N.º 77. Pág. 16

EUROPA/UNIÓN EUROPEA UNIÓN EUROPEA E ISRAEL, SOCIOS CON DIFERENCIAS. *Alfred Tovias.* N.º 75. Pág. 76

HACIA UNA INTELIGENCIA ARTIFICIAL 'MADE IN EUROPE'. *Nuria Oliver.* N.º 77. Pág. 40

INNOVACIÓN ISRAEL, UNA TIERRA DE 'START-UPS' E INNOVACIÓN. *Inbal Orpaz.* N.º 75. Pág. 47

LA GEOPOLÍTICA DEL 5G. *Julien Nocetti.* N.º 77. Pág. 20

INTELIGENCIA ARTIFICIAL *Ver temario del número 77.*

ESTADOS UNIDOS, CHINA Y LOS DEMÁS. *Alex Rodríguez.* N.º 77. Pág. 3

LAS GRANDES POTENCIAS DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL. *Charles Thibout.* N.º 77. Pág. 6

LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL EN EL MUNDO: LAS POTENCIAS TECNOLÓGICAS Y LOS NUEVOS JUGADORES. *Andrés Pedreño y Luis Moreno.* N.º 77. Pág. 24

ISRAEL *Ver temario del número 75.*

CONFLICTO Y CONVIVENCIA. *Alex Rodríguez.* N.º 75. Pág. 3

MUNDO ÁRABE ISRAEL Y LOS PAÍSES DEL GOLFO: UNIDOS POR UN MISMO ENEMIGO. *Eduard Soler i Lecha.* N.º 75. Pág. 61

POLÍTICA ISRAEL EN SU OCTAVA DÉCADA. *Yossi Beilin.* N.º 75. Pág. 20

RELIGIÓN LOS DESAFÍOS DE ISRAEL: RELIGIÓN, ESTADO Y CRISIS DE IDENTIDAD JUDÍA.

Yedidia Stern. N.º 75. Pág. 6

SEGURIDAD LOS DESAFÍOS A LA SEGURIDAD NACIONAL DE ISRAEL. *Efraim Inbar.* N.º 75. Pág. 54

LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y EL FUTURO DE LA GUERRA. *Jean-Christophe Noël.* N.º 77. Pág. 64

LA EXPANSIÓN GLOBAL DE LA VIGILANCIA MEDIANTE IA. *Steven Feldstein.* N.º 77. Pág. 57

SOCIEDAD LA SOCIEDAD ISRAELÍ EN LA ENCRUCIJADA. *Sergio DellaPergola.* N.º 75. Pág. 14

ISRAEL FRENTE A ISRAEL: SUS OTROS CONFLICTOS Y CONTRARIEDADES. *José Antonio Lisbona.* N.º 75. Pág. 36

GEOPOLÍTICA DE LAS ÉTICAS DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL. *Emmanuel R. Goffi.* N.º 77. Pág. 84

CÓMO TRANSFORMARÁ LA IA NUESTRA SOCIEDAD. *Lasse Rouhiainen.* N.º 77. Pág. 76

VENEZUELA MINERALES DE CONFLICTO EN VENEZUELA: LA CRISIS INVISIBLE. *Alejandro Álvarez Iragorry.* N.º 76. Pág. 68

AUTORES

· **Álvarez Iragorry, Alejandro** Coordinador general de Clima21 - Ambiente y Derechos Humanos.

· **Araújo, Heriberto** Periodista y escritor español.

· **Avital, Colette** Diplomática jubilada y antigua embajadora de Israel.

· **Bahar, Dany** Economista en la Brookings Institution.

· **Barro Ameneiro, Senén** Director del Citius-Centro de Investigación en Tecnologías Inteligentes (Universidad de Santiago de Compostela) y presidente del Comité de Organización de la European Conference on Artificial Intelligence (ECAI2020).

· **Castilho, Alceu Luís** Periodista y escritor, director del Observatorio Olhos Ruralistas (Terratenientes en el Punto de Mira).

· **Çetin, Buse** The Future Society

· **DellaPergola, Sergio** Universidad Hebrea de Jerusalén.

· **Feldstein, Steven** Investigador no residente del programa Democracia, Conflicto y Gobernanza del Fondo Carnegie para la Paz Internacional.

· **Goffi, Emmanuel R.** Director del Observatorio Ética e Inteligencia Artificial del Instituto Sapiens (Observatory On Ethics & Artificial Intelligence) en París.

· **Hallazi Méndez, Luis A.** Abogado, politólogo, investigador de derechos humanos.

· **Inbar, Efraim** Instituto de Estrategia y Seguridad de Jerusalén.

· **Lannquist, Yolanda** The Future Society

· **Lisbona, José Antonio** Analista sobre Israel y Oriente Medio. Politólogo especializado en relaciones internacionales.

· **Lucas, Miguel de** Director general del Centro Sefarad-Israel.

· **Mare, Aretha** Next Einstein Forum (Kigali, Ruanda).

· **Meirelles, João** Director general del Instituto Peabiru.

· **Meseguer, Pedro** Investigador científico. Jefe del departamento de lógica y razonamiento. Institut d'Investigació en Intel·ligència Artificial (IIIA), Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

· **Mialhe, Nicolas** The Future Society

· **Milanez, Felipe** Instituto de Humanidades, Artes y Ciencias Profesor Milton Santos (IHAC). Universidad Federal de Bahía (UFBA).

· **Moreno, Luis** Profesor de Economía, Universidad de Alicante.

· **Muvunyi, Kevin** Next Einstein Forum (Kigali, Ruanda).

· **Nocetti, Julien** Investigador asociado del Instituto Francés de Relaciones Internacionales (IFRI) y profesor-investigador en la Escuela Militar de Saint-Cyr Coëtquidan.

· **Noël, Jean-Christophe**

Investigador asociado del Centro de Estudios de Seguridad del Instituto Francés de Relaciones Internacionales (IFRI).

· **Nossa, Leonencio** Periodista y autor de libros sobre el Amazonas.

· **Oliver, Nuria** Doctora en Inteligencia Artificial por MIT, co-fundadora de Ellis.

· **Orpaz, Inbal** Asesora estratégica en 'start-ups' e innovación, codirectora de Canarias-Israel Innovation Partnership y antigua corresponsal tecnológica de 'Themarker'.

· **Pedreño, Andrés** Catedrático de Economía Aplicada y presidente de Aliantec.

· **Prakash, Abishur** Futurista geopolítico en el Center for Innovating The Futures.

· **Quintanilla, Marlene** Ingeniera forestal y magister en evaluación de recursos hídricos. Directora de investigación de la Fundación Amigos de la Naturaleza (FAN).

· **Rodrigues Figueiredo, Adriano Marcos** Profesor de Economía en la Universidad Federal de Mato Grosso do Sul, Campo Grande (Brasil).

· **Rouhiainen, Lasse** Autor de libros de gran éxito y experto internacional en inteligencia artificial, tecnologías disruptivas y marketing digital. Es miembro de la junta directiva de 1MillionBot

· **Servières, Laurie** Instituto de Estudios Políticos de París (Sciences Po) y Universidad del estado de Rio de Janeiro (UERJ).

· **Soler i Lecha, Eduard** Investigador sénior, Cidob (Barcelona Centre for International Affairs).

· **Stern, Yedidia** Miembro del Instituto para la Democracia de Israel y catedrático y antiguo decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Bar Ilán (Israel).

· **Thibout, Charles** Investigador y doctorando en el Centro Europeo de Sociología y Ciencias Políticas (CNRS Universidad París I-Panteón-Sorbona, EHES) e investigador en el Instituto Francés de Asuntos Internacionales y Estratégicos (Iris).

· **Tovias, Alfred** Universidad Hebrea de Jerusalén.

· **Travaly, Yousef** Next Einstein Forum (Kigali, Ruanda).

· **Treccani, Girolamo Domenico** Doctor por la Universidad de Trento y la Universidad Federal de Goiás. Profesor de Derecho Agroambiental de la Universidad Federal de Pará.

· **Valente, Rubens** Periodista y reportero desde 1989, trabaja en la redacción de *Folha de S. Paulo*.

CRONOLOGÍAS

NÚMERO 75

SETENTA AÑOS DE HISTORIA DE ISRAEL | Pág. 82

NÚMERO 76

EUROPA DESCUBRE EL GRAN RÍO DE LA TIERRA | Pág. 72

NÚMERO 77

EL SUPERHOMBRE ERA LA IA | Pág. 70

INFOGRAFÍAS

NÚMERO 75

EL ESTADO DE ISRAEL | Pág. 12

UN MAPA POLÍTICO ATOMIZADO | Pág. 26

DIOS Y RELIGIÓN EN LA TIERRA PROMETIDA | Pág. 41

EL PEQUEÑO GIGANTE DE LA INNOVACIÓN | Pág. 52

NÚMERO 76

LA AMAZONIA QUE LATE Y RESPIRA | Pág. 12

SELVA EN REGRESIÓN | Pág. 38

INDÍGENAS: OTROS MUNDOS QUE ESTÁN EN ESTE | Pág. 50

NÚMERO 77

EL NUEVO GRAND PRIX DE LA GEOPOLÍTICA | Pág. 14

DE LA RUEDA AL ANDROID | Pág. 50

ÍNDICES

NÚMERO 9 / Pág. 110.

NÚMERO 14 / Pág. 123.

NÚMERO 18 / Pág. 128.

NÚMERO 22 / Pág. 134.

NÚMERO 26 / Pág. 128.

NÚMERO 30 / Pág. 96.

NÚMERO 34 / Pág. 112.

NÚMERO 38 / Pág. 112.

NÚMERO 42 / Pág. 88.

NÚMERO 46 / Pág. 88.

NÚMERO 50 / Pág. 112.

NÚMERO 54 / Pág. 96.

NÚMERO 59 / Pág. 103.

NÚMERO 63 / Pág. 104.

NÚMERO 67 / Pág. 104.

NÚMERO 71 / Pág. 104.

NÚMERO 75 / Pág. 96



THE PANDEMIC AS PATHWAY TO A NEW COLD WAR

Bruno Tertrais

DEPUTY DIRECTOR, FRIS.

FOR THE FIRST TIME IN HISTORY, A MASSIVE pandemic produced more economic effects than medical ones. At this point, its political effects have been less important. However, coming on top of three years of Trump administration and within the context of a radicalization of Chinese policies, the pandemic heralds and is facilitating the passage to a new Cold war.

TAKING STOCK OF 2020

Covid-19 has not been a game-changer. The pandemic has not been the kind of disruptor that a number of US commentators – Henry Kissinger, Francis Fukuyama and Thomas Friedman being among the best known – expected earlier this year, claiming that “the world will never be what it used to be”. Once again, the failure to take a detached view of the effects caused by a major unfolding event prompted many analysts to exaggerate the probable consequences of the crisis.

At the same time, it has clearly been an amplifier or an accelerator of pre-existing trends. It has confirmed the willingness of the bigger nations to mobilize the assets of their power – manufacturing for Beijing,

finance for Washington – at a time of crisis. It has illustrated the rise of nationalisms and opposition to globalisation. The US administration continued its sabotage of the multilateral system by leaving the World Health Organization (WHO). The pandemic was welcome news for all those who advocated – for political or economic reasons – a decoupling of western economies from China. Moreover, like all major crises, Covid-19 is already a source of “creative destruction”. The early winners are digital industries and national producers.

Covid-19 has not been the main cause of crises or major conflicts. The strategic environment has by-and-large proved to be impervious to the consequences of the pandemic – in the Middle East for example – even though there is room for debate about Beijing’s intentions, clearly displaying throughout the year an aggressive behaviour all around its borders from the Sino-Indian frontier to the South China Sea passing through the Sea of Japan, Taiwan and Hong Kong. But on a worldwide scale *the already existing nationalist dynamics and the perception of relative fading of American power have had a greater impact than the consequences of the pandemic* as one can see for instance in the Eastern Mediterranean¹. As for military organizations, they indicated that, during the crisis, the missions were ongoing, to use a phrase that is in fashion among the military. The same applies to the multinational level: NATO, even though its member States were the worst affected in the

spring of 2020, was hardly hurt by the pandemic in terms of capabilities, even though some exercises had to be postponed. But the global truce called for by the United Nations did not happen either: Saudi and SDF (Syrian Defence Forces) proposals for a pause in military confrontations in Yemen and Syria fell on deaf ears. The same is true the other way round: there is no evidence that the “Abraham Accords” (the normalization of relations between Israel, Bahrain and the United Arab Emirates) would not have happened without the pandemic.

Covid-19 is also a “slowing-down” factor. It is already contributing toward slowing down the development and modernization of the developing countries, notably as a result of diminishing remittances, tourism revenues, and exports of resources. This translates into a general decline in the standards of living, education, and health. One can talk, therefore, of a “great leap backward” for development. It is estimated that in 2020, there will be up to 100 million more poor (150 by late 2021) and more than 130 million more undernourished.² The only good news in this regard is that Africa, at the time of this writing, has not been affected by Covid-19 as much as many feared in early 2020.

No political model has proved better able than others to deal with the pandemic. A brief analysis produced by the Montaigne Institute as early as the end of March concluded that neither democracies nor dictatorships, neither unitary states nor federal systems were able to exhibit a particular comparative advantage.³ One can say, however, that governments described as populist have proved even less able than others to engage in effective and timely action.

The revenge of the State has arrived. Attachment to sovereignty appears to be already one of the great winners of the crisis, aided by what Ivan Krastev calls “*the mystique of borders*”. Much like the health sector, agriculture will reap the benefits of relocation. Having learned from the crises of the 2000s and 2010s, national societies will tend to retrench and demand better protection against external threats in the broadest sense: terrorism, financial crises, illegal migration, commercial competition... By stating that in March that “*we have to regain control*” of our public health system, Emmanuel Macron perhaps

unconsciously borrowed an expression directly associated with Brexit. *R.I.P.* the “world without borders”, 1990-2020? As it does in any other security crisis – war, terrorism, epidemics – the state gets stronger and its role is enhanced to control both the population and its own intervention in the economy (in support of supply and demand). The States against the “GAFA”: a new clash of capitalisms?

Europe has been up to the task. Initially, Europe’s attitude was not any brighter than America’s or China’s. It is common knowledge that the EU competence in the health sector is limited. Still, its reaction was late to come, and so was solidarity among its members. There is a risk that some of the EU *acquis* (the Schengen agreement, the General Data Protection Regulation, the 3% deficit rule...) may vanish tomorrow or at least be placed in suspended animation. Nevertheless, by springtime 2020, the European Central Bank (ECB) took stock of the economic impact of the pandemic, and the historic accord of July 2020 marked a step forward for economic federalization. In addition, the safety nets that are typical for the European models have made it possible to soften considerably the societal shock of the pandemic in most countries. In April, we predicted that the prophets of doom would be once again proved wrong in as far as the EU’s capacity to survive was concerned, much as they were during the Euro or migration crises. That is what actually happened.

LOOKING TOWARDS THE 2020s

In a late 2020 paper, Joseph S. Nye envisioned several possible scenarios for the post-pandemic world: *The end of the globalized liberal order; a 1930s-like authoritarian challenge; a China-dominated world order; and a green international agenda.* He then submitted that each of them had no more than about 10% chances of becoming true, thus judging that “the chances are less than half that the impact of the current COVID-19 pandemic will profoundly reshape geopolitics by 2030”.⁴ We share that assessment.

A return to normalcy is not in sight. While the pandemic is not going to change the world, its impact on health systems is likely to be massive and enduring until an effective vaccine is widely distributed within a time horizon that nobody can predict today. In fact, a downward trend in the

rates of infection and mortality is not in sight either at the time of this writing. In any event, economic revival will take time: one does not recover quickly from a reduction, foreseeable in 2020, of trade and investment flows and transfer of funds, which may range between 20 and 40 per cent according to international institutions. Moreover, in a world where all countries are affected, there is no available leverage for economic growth at this time.

But the end of globalization is not in sight either. We might have passed the high point of globalization by 2008 (the financial crisis) without knowing it. But in the coming months and years enterprises would want to restore their margins and so they will continue to get their supplies from Asia at a lower cost. Much as the Black Plague did not put an end to maritime exchanges, the Covid-19 crisis is not going to cut globalization short and certainly will have only a limited effect on air travel in the medium run. Interconnected societies offer more advantages than inconveniences for epidemic management: alerts and surveillance, repatriation for health reasons, international assistance, or scientific cooperation.

Environmental concerns will gain prominence. It is now the third time in twenty years that we see the emergence of a new *beta*-type coronavirus (with species jump); there will surely be more. No doubt, we shall see more warnings about possible links between global warming and pandemics; there are in fact recurrent fears of possible epidemiological consequences of permafrost melting in particular in the northern parts of Russia. Those fears seem to be poorly founded: there are no serious studies indicating that a grave health hazard could result from such melting. However, ecology in the proper sense of the word has a good chance to enjoy some success: the struggle against deforestation and destruction of natural habitats, which especially after the onslaught of HIV/AIDS are now known to be partially responsible for the emergence of heretofore unknown viruses. The traffic with, and consumption of, wild animals are certainly going to be suppressed a lot more drastically. This is not to mean that we shall fundamentally change our economic model; the attractions of consumerism will remain intact, and the world’s middle class, having benefited from thirty years of globali-

zation, will not willingly forego those gains. “Green” growth will only be readily accepted if it demonstrably allows for the same kind of growth as before.

“Populist governance” could be pushed back. The credibility of populism as a method of governance is likely to exit the crisis in an even worse shape than other political models when it comes to settling the accounts – primarily because one of its characteristic features is defiance with regard to expertise and administrations. This defiance is far from having disappeared (as witnessed in the example of the hydroxychloroquine controversy). But its human and financial cost will surely be revealed at the end of the day. Furthermore, most of leaders who are seen as populists – headed by Donald Trump, Javier Bolsonaro, and Boris Johnson, all contaminated with SARS-CoV-2 – have demonstrated a certain inability to sympathise with the immediate concerns of their fellow-citizens and to express the required amount of empathy. However, if economic management brings us to a return of inflation through monetary creation and higher prices for goods now manufactured in the national territory, this would generate the sort of social unrest that could favour the emergence of a “second wave” of populism at government level.

We are entering an era of digital individualism. In most countries – and not only in the more modern ones – telework, telemedicine, and tele-education will become a lot more familiar in the years to come. Online shopping and home delivery will further develop. Digital transformation of societies will have the support of artificial intelligence, robotization and the advent of 5G. Those who have secondary residences – a concept that, incidentally, can be traced back to the epidemics of the Middle Ages – will get a return on their investment. Faced with the shock of the pandemic, four segments of the population have had their choice of lifestyle and ideological preferences confirmed. What they have in common is the mentality of self-sufficiency which sometimes erases the differences, but their choice stems from a variety of logics: *libertarians*, who do not tolerate any state interference on how they dispose of their bodies; *survivalists*, who share that paranoia and arm themselves in preparation for a catastrophe; *isolationists*, staunch advocates

of closing the borders and supporters of enclosed residential quarters for the privileged; and *doomsdayers*, who emphasize the risk of a global collapse of modern society and preach individual and community self-sufficiency.

A decline of freedoms is probable. Even the most liberal democracies – the United Kingdom, the Netherlands –, which were tempted for a while by the lure of *laissez-faire* and placed their bets on a sort of gregarious immunity that would be acquired within the space of a few months, had to step back when they were confronted with frightening figures concerning the probable lethality of such a strategy. Are we going to enter an era of genuine digital authoritarianism (surveillance, detection, repression) entailing an enduring sacrifice of individual freedoms? Dictatorships dreamed of it. Will democracies actually do it? In any event, it is probable that a majority of the population would accept, as it did in the aftermath on nine-eleven, a significant curtailment of freedoms. And in case there is a parallel resurgence of jihadism, shall we see the imposition of a sort of permanent state of emergency like the one prevailing in Israel, in legal terms, ever since 1948? Shall we all become “all Israelis”?

None of the great powers will be a winner after the crisis. Pandemics always weaken the big actors of the moment; one remembers the impact of the plague on Rome or Venice. Niall Ferguson actually wrote that all the great powers have shown their weakness since January 2020.⁵ Here again the virus served as an eye-opener. It is disturbing enough that the projections produced by the University of Washington in September 2020 offered a median scenario in which the large democracies of the world would be the worst affected by the end of the year: India (600,000 dead), United States (400,000), and Brazil (175,000).⁶ And all major actors will be losers in the short run, as we suggested in a short monograph published in the spring of 2020.⁷ It will be hard for America, given its belated and disorderly reaction having a massive social impact and threatening to cause a catastrophe without precedent in the modern history of the country, to present itself as a role model. And its refusal to provide genuine political leadership – exemplified by its absence from the G7 summit for the first time ever – is not going to help. But China

is not faring much better. Even though the Trump administration was not successful in imposing the expression “Chinese virus”, China clearly was the problem before trying to be part of the solution (through international aid), although it should have been better prepared. But it will not be in a better shape after the crisis is over: delays in managing the pandemic, silencing the whistle-blowers, unabashed diplomatic propaganda (the US alleged responsibility for introducing the virus in China), unusable masks and test kits. On balance, the calendar of China’s flagship project (the New Silk Road) could well be thrown in disarray since the deterioration of its public image is compounded by economic difficulties.

But liberal democracies may have more trump cards to play than the others. Rather than talking about Covid-19, as some Western (Stephen Walt) or Asian (Kishore Mahbumani) experts are doing, as an accelerator of the ostensibly inevitable shift of the world’s centre from the West to Asia, it is more tempting to bet on liberal democracies to get the upper hand in the end. Middle powers such as Germany and South Korea, for example, seem to be on the right track to be considered as models, in relative terms, for the medical and economic handling of the pandemic. As for the United States, its history shows that we should never underestimate its ability to bounce back.

It would be foolhardy to bet on a real relaunch of multilateralism. To be sure, the probable success of sovereign policies does not mechanically translate into diminished international cooperation, and in fact *it is sovereignty that renders multilateralism possible*.⁸ This is, however, a necessary but not sufficient condition. Certainly, the G20 and EU have demonstrated their infinitely superior ability to grasp the economic stakes compared, for example, to the performance of international cooperation during the crisis of 1929. But the weakness of the WHO and the underwhelming role of the G7 as well as the selfish national reactions during the early weeks of the crisis have shown that even when faced with an essentially global crisis and appealing to international solidarity, cooperation does not come about naturally. On balance, it would be therefore risky to hope for an authentic rebooting of multilateralism. This does not

mean that institutions no longer matter: China does its best to maximize its influence in them – and Washington still values placing its people in key positions. In fact, the future of large multinational organizations such as the UN, the World Trade Organization (WTO), the World Bank, the International Monetary Fund, the WHO, or regional ones like NATO or the US-Japan-India-Australia “Quad” will largely depend on the value given to them by Beijing and Washington.

Two risks for further aggravation of conflict situations are still there. One is the risk of inter-state war resulting from an upset of power balance: a brutal enfeeblement, due to Covid-19, of a key nation, thus either engendering the need for an external adventure to divert attention or offering an opportunity to another large state to take advantage of the situation. Another is the risk of internal strife resulting in the further weakening of a state already in a difficult position – for instance those countries in Latin America, Africa, Middle East or Asia which depend for growth on money transfers, revenues from tourism and/or export of resources.

A new Cold war is now on the way. For several years, experts and pundits have debated the relevance of the “new Cold war” metaphor. It now looks increasingly appropriate to use it and barring a new strategic surprise, the pandemic is acting as a pathway to a full-fledged Second Cold War. The radicalization of Chinese and US policies towards each other was already underway; but the mere fact that SARS-CoV-2 came from China, and that the initial outbreak in Wuhan was, from the point of view of most observers, badly managed, has considerably accelerated an already existing trend. Taiwan played an important role here by signalling that a Chinese government (Taipei) could handle things better and by “igniting the spark” in publishing its December 2019 correspondence with the WHO.⁹ The Trump administration’s insistence on calling SARS-CoV-2 a “Chinese virus” did not help. The components of a “Cold War” are now in place: the US-China rivalry is political, economic, and military, and it is global. To be sure, their interdependence is much higher than it ever was in the US-Soviet context. But, precisely, the pandemic will increase what EU experts have called “strategic distancing”.¹⁰ The big question is not whether or not value chains

are going to be regionalized but how and how much. Does all this mean the end of the “liberal order”? Such fate has been heralded so many times that a bit of caution is in order. All the post-1945 institutions are still there, those designed to promote peace (the UN Security Council), development (the World Bank, the Food and Agricultural Organization), the stability of the international economy (the IMF), the liberalization of trade (the WTO), or international law (the International Court of Justice, the International Criminal Court). These institutions will be assaulted by nationalisms, but countries will continue to vie for influence in such forums. What lies ahead is likely to be a blend of traditional great power competition with the aggressive promotion of national interests and a continuation of the multilateral system. This may be the end of the liberal illusion of the 1990s – but not necessarily the termination of the post-World War Two order.

FINAL THOUGHTS

A number of questions will remain by all means open, starting with those that concern prime factors, i.e. epidemiological and medical ones. A significant mutation of SARS-Cov-2 rendering it more contagious or more lethal might change the picture. Conversely, the availability of an effective vaccine accessible to all sooner than envisaged would significantly brighten the horizon. And if a discovery that could be attributed to the efforts of one specific country would give the winner nation an undisputed advantage in the competition for the image of power.

It is thus too early to draw true lessons from the pandemic crisis since we are still in the middle of it. The war against SARS-Cov-2 broke out in the manner of the financial crisis of 2008, first with some faint signals, then in an aggravated form expanding fast throughout the planet. But this war is being waged in much the same way as the campaign against Islamist terrorism after 9/11 and is unlikely to result in final victory. We shall have to live with the virus for a long time, the same as we do with terrorism. The WHO will undoubtedly never proclaim “Mission Accomplished!” on its web site, or at least not within the timeframe of reasonable forecasting. French historian Pierre Grosser, in a text entitled “*De-confinement of analogies*”,

dismantles the relevance of the “war” metaphors that have been most often used in this context.¹¹ It is true that, after two world conflicts, even though the pandemic does not affect directly and profoundly all continents, it has a global effect. But while it is a war, it will not lend itself to a declaration of victory. No doubt, there will be no truly world after, or if there is one it will be neither the world before nor a world totally different from it.

The 2020s will not probably resemble the 1920s, an era of Western renaissance that followed the war and the horrific Spanish flu. We are not going to see either a rerun of the *Années folles* of Europe or the *Roaring Twenties* of America. It is plausible that the pandemic may worsen all the existing ills and add new ones (“*the same world, only worse*” feared the French foreign minister Jean-Yves Le Drian in the spring of 2020).¹² But it is equally possible that the geopolitical situation in the early 2020s and the performance of actors exhausted by the pandemic should play out not as much as a test of force but rather as a “*test of weakness*” as this author suggested in April 2020.¹³

We can have an endless debate on whether SARS-Cov-2 is a “black swan” or a “grey swan” or some other animal from the zoo of strategic forecasting. What is of essence is to observe once again that a scenario that has been frequently envisaged and described by experts, further expounded in all the grand national strategy documents and therefore familiar to political leaders has revealed the faulty nature of our systems of governance. The essential question now is: Will we do better next time? Unfortunately, this is far from certain. There is a risk in being prepared to fight the last war once more, that is, to do everything to pre-empt another pandemic of this type while neglecting other possible strategic surprises be they military, technological or geophysical. We shall never be able to avoid such surprises totally. And if Covid-19 helped some of us to rediscover the indispensable role of the State and the virtues of public intervention, we cannot expect our governments to be permanently ready to handle perfectly all worst-case scenarios. But we can surely do better. As we wrote in the spring of 2020, “*anticipation is a matter of mentality and mental nimbleness. Acceptance of the unfathomable is not incompatible with the improvement of our col-*

lective ability to manage what we could not foresee. We shall be doubtlessly much better prepared for the next pandemic. But we shall not be better prepared for another sort of surprise without an additional effort”.¹⁴

1. History will perhaps tell us one day if the absence of US aircraft carriers from the Western Pacific for a few weeks in early 2020 because of the pandemic may have played a role in China’s geostrategic calculations (as well as the temporary reduction, during the summer of 2020, of Indian patrolling along the line of control separating the two countries).
2. World Bank estimates, October 2020; State of Food Security and Nutrition in the World, July 2020.
3. Michel Duclos & Bruno Tertrais, “Covid-19 – les autoritaires vont-ils l’emporter sur les démocraties?”, *Blog de l’Institut Montaigne*, 17 April 2020. For a historical perspective, see Rachel Kleinfeld, “Do Authoritarian or Democratic Countries Handle Pandemics Better?”, *Carnegie Endowment for International Peace*, 31 March 2020.
4. Joseph S. Nye, “Post-Pandemic Geopolitics”, *Project Syndicate*, 6 October 2020.
5. Niall Ferguson, “From COVID War to Cold War. The New Three-Body Problem”, in Hal Brands & Francis J. Gavin (ed.), *COVID-19 and World Order*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2020, p. 425.
6. Institute for Health Metrics and Evaluation, *First COVID-19 Global Forecast: IHME Projects Three-Quarters of a Million Lives Could Be Saved by January 1*, 3 September 2020.
7. Bruno Tertrais, *L’Epreuve de faiblesse. Les conséquences géopolitiques du coronavirus*, Tracts de Crise no. 62, Gallimard, Paris, 30 April 2020.
8. Justin Vaïsse, “Derrière le triomphe de l’Etat souverain”, *Le Monde*, 28 May 2020.
9. Viorel Mionel et al., “Pandemopolitics: how a public health problem became a geopolitical and geoeconomic issue”, *Eurasian Geography and Economics*, 30 September 2020, p. 3.
10. European Parliament, *The Geopolitical Implications of the COVID-19 Pandemic*, September 2020.
11. Pierre Grosser, “Déconfinement des analogies”, *Esprit*, July/August 2020.
12. Interview for *Le Monde*, 20 April 2020.
13. Bruno Tertrais, *L’Epreuve de faiblesse. Les conséquences géopolitiques du coronavirus*, Tracts de Crise no. 62, Gallimard, Paris, 30 April 2020.
14. Florence Gaub & Bruno Tertrais, “L’anticipation est une affaire de mentalité”, *Le Monde*, 19 May 2020.

CAN THE MIDDLE POWERS SAVE THE MULTILATERAL ORDER?

Bruce Jones

SENIOR FELLOW AND DIRECTOR OF THE PROJECT ON INTERNATIONAL ORDER AND STRATEGY AT THE BROOKINGS INSTITUTION, WHERE HE ALSO WORKS WITH THE CENTER FOR EAST ASIA POLICY STUDIES.

Of the various ways that 2020 has brought disappointment and despair, none were as debilitating as watching the United States and China—the two most powerful countries in the world—meet the outbreak of a global pandemic not by joint efforts at information sharing, treatment and vaccine development, but by denial, hostility, accusation and a futile effort to use the disease as an occasion for diplomatic competition. The spectacle of watching the Trump Administration put on a running display of anti-science, anti-competence and anti-cooperation did more to erode American diplomatic standing than anything since the start of the Iraq war. China, having bungled the early communication around Covid-19, recovered quickly in terms of its domestic response, and could have profited from American dysfunction. Instead it showed its true colors by engaging in a campaign of aggressive ‘wolf-warrior diplomacy’. One measure of China’s lost ground: although its military-scientific establishment were first to secure a vaccine, it has no takers internationally.

International allies hope for the 3 November election to provide a popular repudiation of President Trump’s odious administration; at the time of writing, it seems unlikely that that will have been the result, even if Vice President Biden holds onto his narrow lead and is ultimately declared President. Even if it had done, though, American global leadership would take a while to rebuild, and under any circumstances will be constrained by two realities. One: there is limited domestic American support for the kind of extensive multilateralism that most Europeans would like to see restored to American strategy. Two: US-China rivalry—or at best, strategic compe-

tion—is now all but baked into American foreign policy, irrespective of who occupies the White House, and into the structure of international affairs.

If US-China rivalry now constitutes the central organizing fact of international affairs, the rest of the West, and the rest of the world, is deeply exposed to the consequences. Middle powers, eager to see a restoration of the multilateral order, will have to stretch to respond.

This exposure takes three forms. First, there will likely be direct fallout from the competition, in the form of intense diplomatic pressure on capitals from either or both of Washington, DC or Beijing to comply with their preferences—on 5G, on Nord-Stream, on trade arrangements, on Iran, and more. Far from the ‘G-2’ arrangement that many Europeans feared, where Beijing and Washington would simply make the decisions and expect compliance, Europe and the rest of the world faces the much *worse* prospect of being squeezed between two rival great powers.

Second, there is a growing risk that US-China rivalry will cause some elements of globalization to unwind. So far, we haven’t seen the private sector begin to make the kind of investment moves that would signal the scale of unwinding that some in DC and some in Beijing suggest; but there is certainly mounting pressure for at least partial de-globalization. Managed smoothly, that could result in increased resilience with only limited economic losses; but it is not likely to be managed smoothly.

Third, and most acute: almost all corners of the world are now highly dependent on the production and management of global public goods. The concept of global public goods is still an unfamiliar one in public discourse, but much of international life is dependent on them. They are more easily understood by reference to their opposite, global public *bads*: disruptive climate change; pandemic disease; financial crises. The coordination of international policy to manage climate change, prevent or respond to infectious diseases; prevent and recover from financial crises—that is the business of producing and managing global public goods. They require extensive international policy coordination, financing, and institutions. In the past few decades, the major way global public goods

have been produced is by the most powerful actor in the international system, the United States, leading the charge—either acting independently, for example to contain the fallout of the Mexican financial crisis; providing capacity to global responses, for example in the way the US Centers for Disease Control and Prevention (CDC) has led the response to every major outbreak of infectious disease, as in the Ebola outbreak in West Africa; or in pulling together the institutions needed for collective action, for example in creating the Major Emitters Forum to drive clean-energy solutions, and the G-20 to respond to the global financial crisis.

Great power peace; the smooth operation of globalization; and the production of global public goods—all are put in question by the rapid deterioration in great power relations. In this, the situation we confront is unlike the Cold War, for even at its height the Soviet Union never had anything like the global economic and institutional reach that China already enjoys.

The question then, is: who can help?

One answer is multilateral institutions and arrangements. But multilateral institutions have to be forged, led and animated—they are a reflection of state power and policy, not the producer of them. If the United States does not revert to a policy of leading the multilateral order, and China is not up to the task, who else can act?

The unfolding Covid-19 crisis may provide a glimpse of an answer. From the outset of the crisis, middle powers have played a crucial role in response. That’s true both of their own domestic responses: Japan, South Korea, Singapore, Canada, New Zealand, and Germany have organized some of the world’s best responses to the outbreak. But what’s more, they have stepped up in crucial ways to help manage important dimensions of the international response. All the more so when the Trump Administration, bizarrely and confoundingly, chose to withdraw from the World Health Organization at the peak of the crisis.

Middle powers took on several roles. The UK took on the role of leading the Coronavirus Global Response Summit, to raise funds for vaccine development. That Summit was chaired by the President of the European Commission, and raised Euro 7.4 billion for the response effort. Similarly, the UK, the Dutch and

the Swedes took the lead in supporting World Bank efforts to deploy more than \$14 billion in surge financing to hard-hit developing countries. On 4 June, the United Kingdom—the largest donor to GAVI—hosted a replenishment conference for the organization, raising a further \$8.8 billion in funding. Vivaly, that conference set aside \$3.6 billion to provide free vaccines to countries that won't be able to afford to immunize their populations. Sweden and Spain co-convened a Zoom-gathering of foreign ministers from every region of the world to help coordinate vaccine production. Canada led the effort to arrange humanitarian and health exceptions to the border closures that threatened to impede distribution of vitally-needed health and personal protection equipment. And in a different type of role, Australia helped to broker a critical outcome at the World Health Assembly, generating widespread support for its proposal for an investigation into the sources of the pandemic. It was a move that served two purposes: advancing our knowledge about the evolution of this deadly disease, and defanging some of the most politicized aspects of the America-China PR battle over COVID. Perhaps most crucially, Norway and Switzerland together with the WHO have taken the lead roles in coordinating advanced treatment and vaccine trials (the WHO Solidarity program).

It's not the first time in the post-Cold War era that middle powers have played critical roles in developing or safeguarding the international architecture needed for cooperation. In the 1990s, it was Sweden and Britain that led the charge to create the UN's modern humanitarian architecture, which in the ensuing years has been responsible for saving millions of lives and supporting tens of millions more through dozens of crises. It was Canada that undertook the initial diplomacy that led to the forging of the International Criminal Court, and the concept of the 'responsibility to protect'. It was Australia that led the effort—over initial American opposition—to create a Chemical Weapons Convention. More recently, Japan led the way in creating the TPP-11, to fill the vacuum left when the United States walked away from the Trans-Pacific Partnership.

What would it take for the middle powers to play an effective role in international affairs now?

The most obvious arena for middle power action is in the defense and articulation of the institutions necessary for the production and management of global public goods. Building on their key responses during Covid, the middle powers, working together, could take the lead in driving accountability, reform, capacity building and sufficient financing of the WHO and the ancillary global public health institutions—in short, doing the work necessary to lower the risk of the next major epidemic turning into a pandemic. They can serve as pathfinders both in the industrial model and the international diplomacy for climate change. They can invest in the human capital, institutional arrangements and knowledge circulation necessary to prevent financial crisis. Ultimately, of course, they can't prevent global public bads from occurring without the participation in the two largest actors in global affairs, the US and China. But they can ensure the vibrancy and resilience of the key international institutions and arrangements that will help make that participation viable.

Several of the middle powers, notably Canada, Germany and Japan, are also well positioned to lead efforts to reconceptualize contemporary globalization—to develop the analytical models, training systems and investment incentives necessary to generate a more equitable and more resilience globalization. Again, there are limits to this: as the largest market in the world, if the United States chooses to go down the pathway of full-blown de-linkage from China, there will be sharp limits to how much the middle powers can do to limit the damage. But the emergence of new models may dull the drive to that more destructive deglobalization.

Last, but far from least, the middle powers can invest in the kind of diplomacy, defense arrangements and development systems that can limit the damage from US-China rivalry. This should come in two forms. One is in limiting the spread of Chinese influence in its periphery and further afield. It's important to note that all of the world's middle powers—the ones named above and other key actors like India—see a serious challenge in China's growing influence. Many of them are US allies, some partners, some non-aligned; but all of them see an interest in dulling China's mounting clout. They could coordinate better with one another, and with the US, to protect

space for western interests and liberal values in those countries where China is using both traditional and non-traditional statecraft to wield influence. Second, the middle powers could engage in quiet diplomacy to check escalation between Beijing and DC when the inevitable accidents and incidents turn into crises and threaten to get out of hand. There's a long tradition of middle power diplomacy from the Cold War, when capitals like Ottawa and Bern used their relationships in Washington and Moscow to help those two rivals forge off-ramps and de-escalation agreements; time to reinvent that history.

Looking to middle powers to limit the risks of great power war, find new models for globalization, and defend the space for global public goods is both ambitious, and a 'second best' policy. First best, by far, would be an enduring American return to the leadership of the multilateral order. We may yet see that pivot after the 2020 election; but many countries will wonder how enduring it will be? The populist wing, the anti-multilateralist wing and the isolationist wing of the American political spectrum will not disappear just because Donald Trump leaves, or is escorted out of, the White House (if indeed that is the eventual result.) So middle power investments may be our best hope—ideally, lifted by American engagement, perhaps sometimes by Chinese participation, but not wholly driven by either of those two powerful rivals.





AUTOCRACIES AND POPULISM IN THE NEW ERA

Joshua Kurlantzick

SENIOR FELLOW FOR SOUTHEAST ASIA AT THE COUNCIL ON FOREIGN RELATIONS.

Note: This article has been translated from an earlier piece that appeared in the *Washington Post* at https://www.washingtonpost.com/outlook/dictators-are-using-the-coronavirus-to-strengthen-their-grip-on-power/2020/04/02/c36582f8-748c-11ea-87da-77a8136c1a6d_story.html. And also from a forthcoming *cf.org* Discussion Paper on COVID-19 and its impact on Political Freedoms

AZERBAIJAN'S DICTATOR, ILHAM ALIYEV, IS A wily survivor. He woos European democracies with gas exports, hosts the Eurovision song contest and wins \$100 million offers of military aid from the United States. Those laurels are all the more remarkable considering he regularly tosses politicians and reporters in prison. Now, he sees a new opportunity to consolidate his rule. Aliyev has used the threat of the novel coronavirus to crack down on opposition groups and independent media. He has closed a dissident group's office, saying people could not "gather en masse." There were four people present.

Aliyev is hardly alone. As the coronavirus sweeps across the world, most countries have taken dramatic steps to slow the rate of infection and keep hospitals and medical workers

from being inundated. Many, including liberal democracies, have enacted lockdowns. Some of the countries with the most success in combating the coronavirus, such as South Korea and New Zealand, are closely tracking the personal interactions of infected people, using a range of data about citizens. In many such places, citizens accept that they must temporarily surrender certain freedoms to their democratic governments, confident that their leaders will act in good faith to grapple with this extreme threat.

But authoritarians often take advantage of emergencies — wars, terrorist attacks, high-profile arsons, natural disasters — to consolidate power. These catastrophes spark fear, bolster the public desire for a strong governing hand and lead people to rally around their leaders. Russia experts say Vladimir Putin used the war in Chechnya to grab greater power, while the Indonesian despot Suharto capitalized on massive killings and civil unrest in 1965-66, encouraged by the armed forces, to take control of the country and oust his predecessor. In the most infamous example, Adolf Hitler seized supreme dictatorial power after the 1933 Reichstag fire, an arson that probably involved the Nazis.

A contagion on the scale of the coronavirus, however, may offer authoritarians a greater opportunity than any event short of war. It has no borders, and the sense of panic it creates is broader than that after a terrorist attack, which is designed to scare but usually targets one locale — and which has nowhere

near the same economic impact. In a war or a natural disaster, average people can have some agency: They can volunteer to fight in a war or assist on the home front, or provide aid to an area slammed by a hurricane. But the virus leaves citizens powerless; to help others, all they can do is stay home, leaving them dependent on experts and officials to guide them — and unable to congregate publicly to protest a power grab. And while a war, a terrorist attack or a natural disaster may cause some areas to shutter, it does not usually close down an entire country, a shift that gives a leader the widest latitude. Finally, as autocrats like Cambodia's Hun Sen have shown, a contagion provides an authoritarian a chance to stigmatize certain marginalized populations, scapegoating them for the disease.

Indeed, from the Philippines to Hungary to India to Cambodia, autocratic leaders in many nations are using the coronavirus to enhance their powers — to put in place new rules that will be hard to overturn even if the coronavirus is defeated. Many of the new powers have no clear end date. The pandemic will have entrenched these strongmen indefinitely.

Rodrigo Duterte, the brash, illiberal president of the Philippines, has waged a brutal drug war propelled by perhaps tens of thousands of extrajudicial killings. He also has battled the media and opposition politicians. He now has gotten the legislature, controlled by his loyalists, to grant him broad emergency powers to confront the coronavirus. Some are reasonable, like the ability to order public transport to serve health-care workers. But rights activists believe that Duterte will use his emergency powers to punish opponents and get more control of state funds, and he already has. The emergency powers include the ability to effect a warrantless arrest against anyone a government appointed council claims is "suspicious." The Philippine legislature has extended Duterte's emergency powers, and it remains unclear whether these powers will be time-limited at all. The legislature also made it a crime to spread "false information," the definition of which is disturbingly vague, as Human Rights Watch notes. And given Duterte's record of silencing the press, he could use the broad provisions to punish reporters who criticize him or his government's coronavirus response. Amidst the coronavirus epidemic, Duterte has removed the country's

biggest broadcaster, ABS-CBN, from the air, and pursued criminal charges against investigative website *Rappler*,

In Malaysia, after in-fighting within the governing coalition, which had defeated Malaysia's long-dominant United Malays National Organization in 2018, the king in March nominated a new prime minister, Muhyiddin Yassin. Muhyiddin formed a government primarily with backing from UMNO. Holding a very slim majority in parliament, Muhyiddin's government has repeatedly prevented parliamentary sessions from functioning, citing the pandemic. Curtailing parliament prevents no-confidence votes and defections from Muhyiddin's coalition. The government also has dropped criminal charges against several UMNO figures allegedly connected to the massive 1MDB financial scandal and packed state companies with UMNO allies.

In India, South Asia's regional power, Prime Minister Narendra Modi has stoked cultural and religious divisions since first being sworn-in in 2014 and now has used the pandemic to further foment divisions. Top BJP officials have repeatedly scapegoated Muslims, Dalits, and other minorities as conduits of COVID-19's spread, though there is no scientific evidence to support this claim. This stigmatization, and the already poisonous climate for minorities under Modi, has led to spikes in violence against Muslims in the COVID-19 era. In addition, Modi's government has in recent months arrested many opposition activists, some of whom had led early 2020 protests against a new citizenship law they argue discriminates against Muslims. Yet few government allies who took part in counter-protests supporting the citizenship law have been arrested. The opposition activists, many of whom have been arrested on sedition and antiterrorism laws, claim that once the authorities detain them, they have little access to legal counsel or ability to contest charges, because of restrictions put into place due to COVID-19.

In other parts of Asia, too, strongmen see an opportunity in the virus. Cambodian autocrat Hun Sen has cited the outbreak to arrest at least 17 critics of his regime since late January, according to Human Rights Watch — mostly people who shared information about the spread of the coronavirus in the country and the government's response. Several of

those arrested were members of the leading (and banned) opposition Cambodia National Rescue Party. And Hun Sen has used the virus to smear minority groups like Khmer Muslims. The Health Ministry is insinuating on its official Facebook page that Muslims were somehow responsible for introducing the contagion to Cambodia.

Fellow traveler Viktor Orban, who in the past decade has shifted Hungary from a democracy to an authoritarian regime with a democratic facade, is taking advantage of the coronavirus as well. This past week, Orban's rubber-stamp parliament approved a law that gives the Hungarian leader emergency powers — indefinitely. He can rule by decree for as long as he wants, making him a dictator inside the European Union. Orban no longer maintains even the illusion of democracy: He can unilaterally change any existing Hungarian law and has effectively dissolved the legislature. Now people can be put in jail for spreading false information, which, as in the Philippines, is not well-defined. It's unclear what, if anything, these changes have to do with battling the coronavirus.

In Poland, leaders of the ruling Law and Justice party stuffed new electoral laws into emergency legislation to deal with the coronavirus, passed during a chaos-filled parliamentary session. These shift the election procedures in ways that further favor Law and Justice by making it easier for the party's older core of supporters to cast ballots, but not for opposition supporters to vote.

Israel's Benjamin Netanyahu has tried to utilize the virus for political reasons as well. Facing criminal charges that had already been filed against him, he cited the pandemic as a reason to close the courts, paralyze the Knesset and operate, for a time, without parliamentary oversight.

In Russia, meanwhile, Putin's government has used the virus to bolster its surveillance systems in Moscow, installing more facial-recognition tools to maintain quarantines — tools that could also be deployed to anticipate public rallies. And Putin got his compliant legislature to end term limits, possibly allowing him to serve into the 2030s, as most of Russia was distracted by the spreading virus.

In Turkey, strongman Recep Tayyip Erdogan's government has detained people who dared criticize its response to the crisis. And

the authoritarian government of Turkmenistan, which claims, implausibly, that the country has no coronavirus cases, banned the use of the word "coronavirus" this past week.

In the Middle East and sub-Saharan Africa, the story has been largely the same. The Algerian government has arrested and utilized brutal force against many anti-government activists, under the guise of stopping the pandemic's spread, while Morocco has utilized a COVID-19-related state of emergency to prosecute some 25,000 Moroccans, for violating emergency restrictions. (Some of the arrests may have been necessary to protect public health, but the fact that they included multiple government critics made them suspect.) The Turkish government, meanwhile, has detained hundreds of people for allegedly writing "provocative" posts about the pandemic online. In Egypt, the most repressive state in North Africa, the government of President Abdel Fattah el-Sisi has utilized the pandemic to amend emergency legislation and give himself and the armed forces even more tight-fisted control of Egyptian society. In sub-Saharan Africa, autocratic governments like Zimbabwe also have become more repressive, increasing detentions of opposition politicians and activists as COVID-19 has spread through the continent.

This kind of attack has a history. Over the centuries, rulers often have blamed outsiders for pandemics. During the Black Death of the early 14th century, for instance, officials in Strasbourg claimed that Jews caused the outbreak, as Elizabeth Kolbert noted in the *New Yorker* this past week. Jews were given a choice: Convert or die. Half converted, and the rest were put to death. People blamed Jews in other European cities for the Black Death, too, and slaughtered them.

Autocrats' seizure of emergency powers is often difficult to undo. History suggests that in many cases, after a crisis is over, authoritarian leaders keep those powers and make them a normal part of governing. Putin has only become stronger since he used the Chechnya war to amass more authority, and now he is gunning to rule Russia into his 70s. After seizing control in Indonesia, Suharto ruled dictatorially for 30 more years. What happened in the years after the Reichstag fire is well known.

Having amassed greater political power

through measures implemented in crises, politicians usually are loath to relinquish it. Sometimes, crisis-era legislation and executive actions are kept in place untouched. Other times, they are twisted and repurposed to suit other policy aims, while still helping governments maintain sizable powers. In the United States, a more consolidated democracy than countries in South or Southeast Asia, the USA Patriot Act, passed after 9/11, was still essentially in place nearly two decades later.

But perhaps the coronavirus will play out differently. Unlike wars, in which presidents and prime ministers do not actually fight, the bosses are not immune to a pandemic. Already, world leaders like British Prime Minister Boris Johnson, Australian Home Minister Peter Dutton and Britain's Prince Charles (none of whom are autocrats, to be sure) have contracted the coronavirus. Two senior Iranian ministers, leaders of an autocratic and opaque regime, have it. In previous pandemics — as when a plague hit the Eastern Roman Empire — infected autocrats saw their power wane. And if scientists devise a coronavirus vaccine or treatment, it would provide a clear, obvious endpoint to the panic and fear, a signal that a leader's powers should be curtailed.

In addition, even as they have used the pandemic to gain political and economic power, however, some illiberal leaders have failed on the public health front. Many leaders who have mismanaged the pandemic are illiberal populists, who disdain expertise during their rise to power and utilize an improvisational, chaotic governing style. Disdain for expertise poor policy coordination, challenging even at the best of times, have hindered such leaders in addressing COVID-19, with very poor public health outcomes. In Brazil, for instance, populist President Jair Bolsonaro, who has intense contempt for expertise and operates in an improvisational style, long denied the virus was a real threat, mishandled the federal-state relationship in combating COVID-19, and promoted conspiracy theories about the pandemic, even as he himself contracted COVID-19. Under Bolsonaro's chaotic leadership, Brazil has suffered one of the worst outbreaks in the world.

In the meantime, the maneuvers by men like Hun Sen, Orban and Duterte will keep their countries backsliding further from democracy.

WHAT CHALLENGES ARE POSED TO CAPITALISM IN THE POST-COVID WORLD?

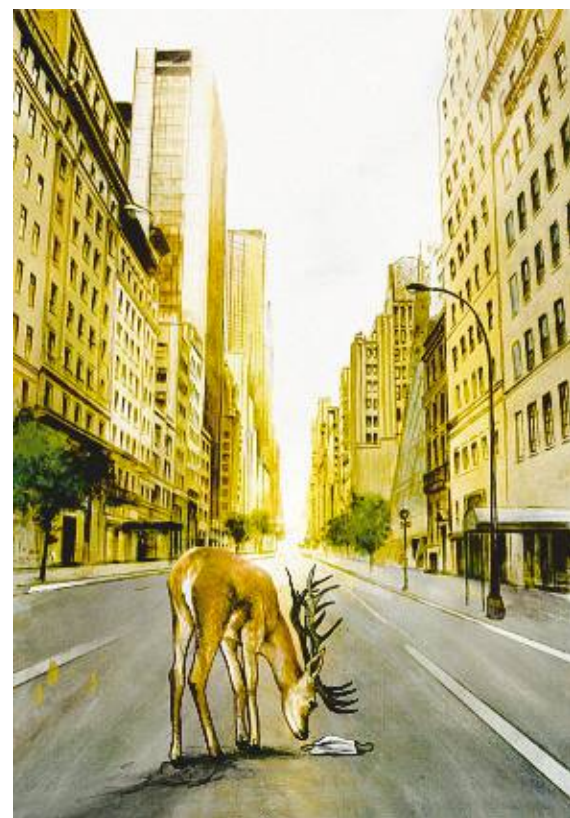
Paul Collier

PROFESSOR OF ECONOMICS AND PUBLIC POLICY AT THE BLAVATNIK SCHOOL OF GOVERNMENT, OXFORD UNIVERSITY. HIS LATEST BOOK IS 'GREED IS DEAD: POLITICS AFTER INDIVIDUALISM', WITH JOHN KAY.

Capitalism was not working well even before COVID. Will the unprecedented scale of the COVID shock accentuate these failings, or trigger remedies? John Kay and I have tried to answer that question in our new book, *Greed is Dead* (too new to have been translated). This article draws on its ideas. I will argue that capitalism has within it unique capacities to build cohesive societies that surmount problems; but the capitalism that was encouraged during the past four decades has done the opposite. The COVID crisis can indeed trigger a reset and that is the task at hand in the coming months.

At its best, capitalism generates *adaptive communities*. That simple-sounding phrase packs a lot of meaning and I begin with 'community.' We have evolved to belong to them. Humans are a distinctively pro-social mammal: we want to belong to a group and to win the good opinion of its other members. Small communities happen naturally, but large ones have to be organized. Rousseau was the first philosopher to see the advantage of cooperating at scale in a community: hunting solo we could only catch rabbits, whereas hunting together we can catch stags.

Successful businesses and public bureaucracies do not just rely on formal hierarchy, they build themselves into communities that achieve a purpose. Similarly, successful cities, regions and countries rise beyond just being places where a random collection of individuals happen to live, to being purposive communities. So how does a community become capable of acting together for some shared goal? The surest way is through *dialogue* and *trusted leadership*. Dialogue is a particular form of communication: it usually takes the form of narrative not analysis: narrative is the style



that all of us have evolved to master. It engages everyone: all members of the community can participate and co-own the outcome. It flows back and forth between equals who aim to understand each other, in contrast to instructions flowing down a hierarchy. And it presumes mutual regard between participants, not indifference or worse. Dialogues tend to build a common understanding of a situation, a common sense of identity that can co-exist with our other identities, and common purposes that we all agree would be desirable. But above all, it can create a sense of common obligation that encourages us to put these purposes ahead of our own individual interests.

Trusted leadership is valuable in building new common purposes quickly, such as we need with COVID. Again, humans have evolved to be distinctive. All other mammals have only one style of leadership — dominance. We are a mammal and so unfortunately there are plenty of dominant leaders around. But uniquely, we have evolved an alternative style of leadership — through behaviour that demonstrates that the community come before self: self-deprecating humour and self-sacrificing actions that win people's trust.

Dominant leaders see themselves only as commanders-in-chief; trusted leaders can also be communicators-in-chief.

That combination of community dialogue that repeatedly achieves common purposes, plus a trusted leader who can guide the dialogue rapidly into new common purposes is, I believe, why Denmark has handled COVID so successfully. It has kept its school open and had among the smallest hits to its economy, while also suffering among the lowest excess deaths. Repeatedly it has achieved common purposes, which is why on all the indices of wellbeing, happiness, and living standards, it is the most successful country in the world. And it is currently led by Mette Frederiksen, a working-class single mother who easily relates to people: when she says ‘we,’ everyone is willing to listen, and so she has been able to build the new common purpose of containing COVID without damaging the economy. She did not need a doctorate in virology to understand what everyone needed to know and to do. We all need to know whether we have COVID, hence the government provides mass track-and-trace. And we need to protect our neighbours: if young, while getting on with our lives, we need to stay clear of the old; if old, we need to stay clear of others. The genius of Denmark is not big science, but fast common purpose.

I now turn to why communities need to be *adaptive*. Again, evolution has come to our assistance: we are distinctively imaginative, starting in childhood. We dream up situations which would be improvements on our present life – I remember as a kid dreaming of something like a mobile phone that I could use to chat with my friend. Currently, in Silicon Valley the dream seems to be ‘if only we had flying cars.’ And then we use our imaginations for creative ideas: my kids now have those phones, and they are every bit as much fun as I had imagined (albeit a parental nightmare). Of course, it is much easier to dream than to create, and so an existential condition of humanity is that we attempt goals that we do not know how to achieve. Both our ambition and the vagaries of life keep plunging us into unknowable futures: a condition now recognized as *radical uncertainty*. Globally, we have had two massive episodes of it in the past twelve years – during both the Financial Crisis of 2008 and COVID, no one knew what to do.

That is why we need to be *adaptive*: if we don’t know, we need to find out as fast as possible. How can we do that?

The knowledge needed for good decisions comes in two forms, expert and tacit. Expert knowledge is what I am supposed to have as a professor of economics. Tacit knowledge is what you get from experience doing a task in a context. Expert knowledge without tacit knowledge is dangerous: the arrogance of experts is a menace. But it is designed to be shared – indeed, teaching it is part of my job as a professor. In contrast, tacit knowledge is very hard to share – you learn it by doing it, and it is very particular to context. So, for rapid learning, it is more sensible to share expert knowledge down the hierarchy, than to drag tacit knowledge up it. The implication is when an organization needs to adapt, the right form of governance is devolved.

But if we don’t know what to do, fusing expert and tacit knowledge is not enough: we also need to experiment. And we need as many experiments as possible and so they should be done in parallel. This is a further reason why an adaptive organization needs devolved governance. When all decisions are taken at the top of the hierarchy it often leads to doing the same thing everywhere, or to differentiation by crudely drawn central criteria. Devolution enables teams in different parts of the organization to use their creativity and so will naturally lead to differing approaches. Some will work better than others, and yet again evolution is on our side: we are uniquely good at imitating the success of others within our community. But for imitation to work, we need devolved decisions within a community, not separation into rival communities. Everything should not be decided in Brussels, London or Madrid: decisions about common purpose need to be taken at the lowest level possible, both for a strong sense of common obligation, and for rapid learning. But Brexit, Scottish Independence and Catalan secession go too far. By destroying a larger sense of community, we retreat into catching rabbits instead of stags, and we reduce the pool of experiments from which we are naturally willing to learn.

Capitalism was not working well even before COVID. Business had retreated from being our primary organization for purposeful innovation to overcome practical problems,

into a scramble for short-term profit that often causes more problems than it solves. Government had retreated from a pragmatic quest for common purposes within a community, to dogma-driven disputes between rival identity groups. The post-COVID world will inherit all the previous problems and add more. So, we will need adaptive communities more than ever, in our businesses and in our politics.

Will we get them? I am hopeful. The rise of individualism has weakened our societies but it is now being discredited. The ideas which claimed to justify it are being refuted: *Greed is Dead* is part of a tidal wave of work by communitarian intellectuals revealing the new evidence. And we can all see before our eyes the manifest damage that the loss of community has wreaked. COVID has brought us face-to-face with the need for common purpose. In Britain, one of the most over-centralised countries in the world, the government issued commands but felt obliged to open a portal for volunteering. It expected 250,000 people and had no idea what it might do with them. That portal revealed a strong residual desire to contribute to community: even on the first day over 500,000 volunteered. Yet in the USA, where individualism has been rampant for longer, people’s initial response was to queue outside gun shops. Not ‘protect your neighbour’ but ‘shoot your neighbour.’ And the political spectacle we have just watched with disbelief? Not dialogue, but shouting down. COVID can bring us to our senses; or it can complete the process of tearing us apart.

GLOBAL DISTRIBUTION OF INCOME WORLD AFTER CORONAVIRUS

Branko Milanovic.

AUTHOR OF ‘GLOBAL INEQUALITY’ AND ‘CAPITALISM, ALONE’ (2019). GRAD CENTER CUNY, LSE, STONE CENTER.

WHAT CAN WE SAY ABOUT THE IMPACT of the pandemic on the global distribution of income? It is hard to say anything meaningful now because we have no idea how long the pandemic will last, how many countries will be affected, how many people will die, wheth-

er the social fabric of societies will be ripped apart or not. We are totally in the dark. Most of what we say today may be proven wrong tomorrow. If someone is right, it may be not necessarily because they are smart, but because they are lucky. But in a crisis like this, luck counts for a lot...

How likely is the crisis to reduce global income? Figure below shows global real per capita growth rates from 1952 to 2018. The thick line gives the conventional (plutocratic) measure: it shows whether the average real GDP per capita of the world had expanded or shrunk. (All calculations are in dollars of equal purchasing power.) Global world per capita GDP had gone down only four times: in 1954, 1982, 1991, and most recently in 2009 as the consequence of the Global Financial Crisis. Each of the four global declines was driven by the outcome in the United States. This is quite understandable. US was until recently the largest economy in the world and when it slowed down, the world growth rate was affected.

ulation, increase of both will count the same. In a democratic calculation, the increase in China will count for much more because many more people would feel an improvement. This second measure therefore weighs growth rates of countries with their populations. There we notice that the world has never had a negative growth rate except in 1961 when the disaster of the (ironically termed) Great Leap Forward reduced Chinese per capita income by 26 percent, and moved the world into negative territory.

What can we say about the likely evolution of the two measures in 2020? The IMF which calculates only the first measure, recently estimated that the world GDP would be reduced by at least as much as during the Global Financial Crisis. The second measure is unlikely to be negative as China is on the mend, and as we have seen, it is the populous countries that largely determine what happens to that measure. Yet we do not know how India will be affected by the crisis. If its growth rate becomes negative, it may—combined with



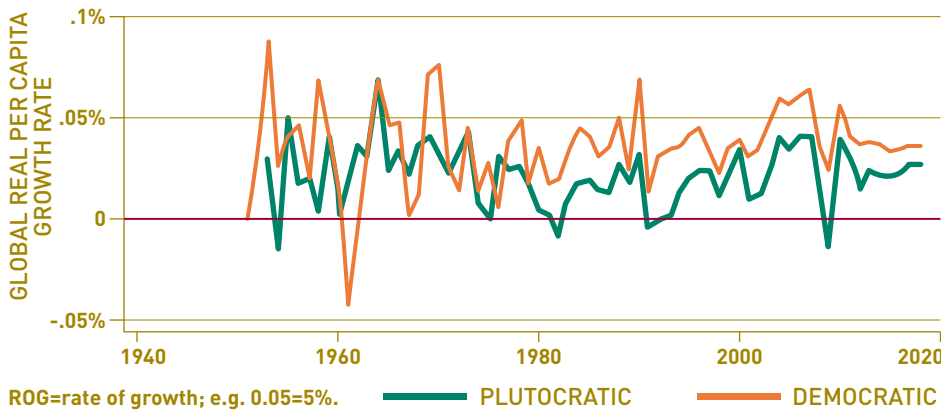
ty. Like after 2008-09, the reduction in global inequality will be achieved not through the “benign” forces of positive growth in both rich and emerging economies of Asia, but through “malignant” forces of negative growth in the rich countries.

This would have the following two effects. First, geopolitically, the shift of the center of gravity of economic activity will continue to move towards Asia. Whether one decides to “pivot” toward Asia or not will be increasingly irrelevant. If Asia continues to be the most dynamic part of the world economy, everybody will be naturally pushed in that direction. Second, the decline in real incomes of Western populations will come exactly at the time when Western economies were exiting the period of economic austerity and low growth, and one could expect that the lack of middle class growth that characterized these countries since the financial crisis would come to an end.

In purely accounting (economic) terms we are thus likely to see to some extent a replay of the Global Financial Crisis: the deterioration in the relative income position of the West, increasing inequalities within rich countries (as low-wage and more vulnerable workers lose out), and stagnation of middle class incomes. The shock of the coronavirus crisis thus might come as a second dramatic shock to the position of rich countries within the past 15 years.

We may expect, in some area, the reversal of globalization. This is most obvious, in the relatively short-term (one to two years) during which, even under the optimistic scenario on the handling of the pandemic, movement of people and possibly of goods will be much more controlled than before the crisis. Many of

PLUTOCRATIC & DEMOCRATIC ROG OF GLOBAL PER CAPITA INCOME



A different measure of global growth is the so-called democratic or people’s real growth rate (thin line in the Figure below). It asks the following question: assuming that income distribution in each country remains the same, what was the average growth experience of the people in the world? To put it more simply: if GDPs per capita of India, China and other populous countries increase fast, more people will feel better off than if some rich, but small, countries’ GDPs per capita go up. Or yet differently: think of the time in the 1960s, when the total GDP of (say) Benelux was similar to the total GDP of China. In a plutocratic cal-

almost certainly negative growth rates of most of Europe and North America— produce the second people’s recession since the 1950s.

So the negative effects of the crisis on growth will be very strong. But it will not affect everybody the same. If the economic decline is the severest, as it appears now, in the United States and Europe, the gap between large Asian countries and the rich world would be reduced. This is the main force which has led to the reduction in global inequality since approximately 1990. Thus we can expect, akin to what has happened after 2008-09, an acceleration in the decline of global inequali-

the impediments to the free movement of people and goods may come from the well-founded fear of the recurrence of the pandemic. But some of them will dovetail with economic interests of companies. Thus the removal of restrictions will be difficult and costly. We have not removed expensive and cumbersome airplane security measures despite the absence of terrorist attacks for years. We are unlikely to remove them in this case too. There will be also a not unreasonable fear that depending entirely on the kindness of strangers in the conditions of national emergency is not necessarily the best policy. This will undermine globalization as well.

Yet, we should not overestimate these impediments to trade and movement of labor and capital. When our short-run self-interest is at stake, we are very quick to forget the lessons of history: so if several years pass without any major new turbulence, we are, I think, likely to go back to the forms of globalization that we lived through before the coronavirus crisis.

What however may not go back to where it was is the relative economic power of different countries, and the political attraction of liberal vs more authoritarian ways to manage societies. Sharp crises like this one tend to encourage centralization of power because this is often the only way that societies can survive. It then becomes difficult to divest of power those who have accumulated it during the crisis, and moreover can credibly claim that it was thanks to their ability or wisdom that the worst was avoided. Thus politics will remain turbulent.

Note: From the blog 'Globalinequality', by Branko Milanovic.

DEBT CONCERNS IN THE POST-COVID DEVELOPING WORLD

Jayati Ghosh

CURRENTLY RESEARCHER AT POLITICAL ECONOMY RESEARCH INSTITUTE, UNIVERSITY OF MASSACHUSETTS AT AMHERST, USA. THIS PIECE REFLECTS WORK DONE IN COLLABORATION WITH C. P. CHANDRASEKHAR.

Misconceptions about the nature of debt and the problems it can pose still pro-

liferate among policy makers and the general public. On the one hand, it is perceived that debt (especially sovereign debt of governments) is inherently problematic and can be the source of financial crises and capital flight, especially for developing countries. On the other hand, the preferred macroeconomic policy solution to recurrent crises over the past two decades has been extremely loose monetary policy, resulting in even greater increases in debt levels. In addition, there is the idea that debt taken by private agents (households and companies) is more market-driven and therefore more viable than debt taken by governments; even though recent experience has shown clearly that private debtors can be even more prone to default and that typically states have to step in to underwrite, guarantee and ultimately take over bad debts of private agents.

These misconceptions have become even more widespread during the pandemic, which has required massive increases in debt-financed public spending. Well before the health crisis hit, the world was awash in debt. Perversely, the period after the Global Financial Crisis—which many argued was the result of excess debt build-up in US mortgage markets—witnessed a sharp increase in global debt. In developing countries, by the end of 2018, external debt to GDP ratios were significantly higher than in 2008 in Europe and Central Asia, Latin America and Sub-Saharan Africa. Only in East Asia and the Pacific and the Middle East and North Africa were debt levels marginally above or below those in 2008. Even low-income countries whose external debt stock had fallen from \$88 billion in 2000 to \$83 billion in 2008 (partly because of debt write offs under the HIPC initiative) more than doubled thereafter, to \$173 billion in 2018.

In the so-called emerging markets (developing countries with greater degrees of global capital market integration), a new concern was the large increase in both internal and external debt exposure of the private sector. The ratio of credit to the non-financial sector to GDP, which had risen moderately from 111 per cent in December 2001 to 120 per cent in March 2008, went up to 183 per cent by the end of 2018, with private debt rising from 83 per cent to 138 per cent. Much of this corporate exposure was on account of foreign exchange borrowing, adding exchange rate risks to the risk of a possible rise in interest rates.

This pre-Covid debt surge was essentially supply driven, as there was a push of capital to the South from the North in search of higher yields. In the aftermath of the global financial crisis, developed country central banks opted for a policy of “quantitative easing”, and ease monetary levers to infuse large volumes of cheap liquidity into the system. Much of this debt accumulation occurred in the developed countries. But some of the liquidity found its way to developing and emerging economies as well, in the form of both equity and debt flows. A World Bank study (*Global Waves of Debt: Causes and Consequences*, World Bank 2019) notes that there have been four waves of debt in developing and emerging markets since the 1970s, of which the first three had ended in financial crises (the Latin American debt crisis of the 1980s, the Asia financial crisis of the late 1990s, and the global financial crisis of 2007-2009). The fourth wave of debt that began in 2010 and took debt developing country debt to \$55 trillion in 2018, is the largest, broadest and fastest growing of the four. In these eight years total debt by 54-percentage points of GDP to record high of around 170 percent of GDP. So the specific way in which the global financial crisis was sought to be addressed keeping in mind the interests of finance, has delivered a debt spiral, without imparting much dynamism to the world economy.

The Covid-19 shock has already resulted in spikes in the flow of debt, including external debt. As developing country governments have been forced to respond to the Covid-19 pandemic with substantially increased expenditures even as revenues shrink, they have added to their external debt exposure. Private borrowers have delayed repayments, adding to debt levels and raising the possibility of another debt meltdown. According to the *Institute for International Finance*, global debt which grew by \$10 trillion over all of 2019 to \$255 trillion, rose by a huge \$14 trillion just between January and mid-May.

Debt exposure is likely to increase further in the near future, as countries move from the phase of managing the pandemic and addressing the consequences of the lockdowns to the phase of spurring a recovery. The renewed waves of infection in many countries, along with the continued spread of the pandemic in others, generate even more uncertainty about the future economic trajectory in the world,

significantly raising the probability of default in low and middle income countries. The problem is that debt stress in developing countries tends to fuel itself. With signs of stress, lenders turn wary and debtors tend to lose access to credit. Longer term debt gets more difficult to access, increasing dependence on short term debt. In time, it becomes difficult to roll over short term debt, and the cost of new credit rises, worsening debt stress. If nothing is done to halt and reverse this trend, foreign exchange reserves fall and currencies come under attack, necessitating emergency support and imposition of austerity measures by lenders. Cutbacks in public spending then impact on crucial social protection and poverty alleviation measures and reduce the ability of governments to outlay the sums needed to realise sustainable development goals.

The measures that can be adopted to address debt stress vary across countries, because of the differences in the nature of vulnerability. In poorer, low income countries, external debt tends to be predominantly sovereign debt, with a stable share of around 80 per cent since 2006. The willingness of lenders to accommodate private borrowers increases with the per capita income of countries. The share of public debt in the external debt of lower middle income countries was 59 per cent in 2006 and declined further to 52 per cent in 2018. In upper middle income countries, this share fell from just 39 per cent in 2006 to 31 per cent in 2018.

There have been significant changes in the sources of credit to developing countries. There has been a shift away from official sources, as “aid fatigue” reduced the credit provided by governments either at concessional or commercial rates. As global markets were swamped with cheap liquidity, private institutions stepped in and then surged ahead. As rich country governments withdrew from concessional lending, multilateral institutions, especially the IMF and the World Bank, besides the regional development banks increased their share in total lending, but they too lost ground to the private sector. The other important trend is the growing role of newer players, especially China.

High levels of indebtedness can set constraints on the necessary expenditure required for dealing with the pandemic, ensuring stable and equitable economic recovery and

alleviating and adapting to climate change. There also typically tends to be pressure from lenders and bond market investors to severely limit the fiscal deficit on the government budget. This leads to the view that there is little headroom for additional spending, with the axe falling on such investments. Even where governments do not overemphasise such fiscal conservatism, the level of debt and the extent of vulnerability can constrain governments by limiting access to debt, especially from increasingly important private sources.

Addressing the problem of an excessive debt burden requires a range of measures, from those that ease the terms of debt service to those that wipe out past debt in part or full. But it is also important to ensure the continued flow of reasonable volumes of credit, especially from the hard currency holding North to the South. Even if in the long run countries must rely more on mobilising domestic resources and on borrowing at home rather than on external debt, dependence on borrowing abroad will decline gradually at best, especially in developing countries that require foreign exchange. External debt is unlikely to diminish to near-zero in countries that do not have the benefit of being home to reserve currencies in which trade transactions and capital flows are denominated.

Dealing with the debt problem in developing countries therefore requires (i) reducing the immediate burden of debt service; (ii) diminishing the size of the accumulated debt burden through debt forgiveness by sovereigns and multilateral institutions and restructuring of privately held debt; and (iii) ensuring the flow of new credit in reasonable volumes, to provide countries the fiscal and financial headroom to finance climate-related expenditures and meeting other Sustainable Development Goals.

Current measures for debt relief are far from adequate, including the \$12 billion agreed to at the April 2020 meeting of the G20. Debt payments have not been written off but only postponed, so this was only temporary “liquidity relief”. Some multilateral donors have been reticent to join even this limited rescheduling arrangement, in case this affects their ratings and therefore their ability to mobilise funds at competitive rates from the markets. By contrast, the Jubilee Debt campaign estimates that full cancellation of

poor countries’ debt payments, including to private creditors, would release \$50 billion through 2021. However, even this full cancellation may not be sufficient—in addition to debt service remission, a significant degree of debt forgiveness is required.

However, even in this crisis, holdout lenders and vulture funds continue to scupper debt restructuring and resolution efforts, as illustrated by the ongoing concerns in Argentina and Ecuador. Inadequate and diverse legal frameworks have made the introduction of appropriate collective action clauses, which ensure that consent of a specified majority of bondholders is adequate to impose a restructuring programme on all lenders, in new debt agreements difficult. This needs to be addressed immediately, with active international cooperation.

Private lenders need to be persuaded to join debt relief and restructuring efforts in their own medium-term interests. Legal frameworks that allow some creditors to insist on unsustainable conditions, to the detriment of borrowers as well as other creditors, must be altered. Particular pressure is required to ensure such change in the US and UK, where most private international credit contracts are drawn up. Private investors should be willing to join this effort, because the current economic trajectory suggests that defaults are now inevitable (if not imminent) in many countries. Imposing austerity on them will not help, as much evidence from Europe and Latin America amply illustrates. That only makes it more difficult for them to repay and forces them to accept emergency support provided to prevent large scale default and a financial collapse. A more sensible solution is to agree on an orderly bailout, in which creditors too share the losses.

Most civil or common law systems do contain some provisions to deal with extraordinary and unanticipated circumstances, of which the Covid-19 pandemic could arguable be a prime example. Among the most common in general contracts are “force majeure” clauses, which are provisions in contracts that either defer or release parties from their contractual obligations because of circumstances beyond their control. Typically, these have applied to natural disasters, wars, terrorist attacks and unanticipated legal or regulatory changes that create “the impossibility to act

legally” because “unforeseen circumstances beyond the control of the person or persons concerned absolutely prevent them from respecting their international obligation, by virtue of the principle that one cannot do the impossible.” While there has been widespread invoking of force majeure clauses curing the current pandemic for a change of contracts within and across national borders in many areas of economic activity, very few debt contracts, and particularly sovereign debt contracts, contain such a clause.

A potentially viable strategy with wider applicability could be to use Article 62 of the Vienna Convention on the Law of Treaties, which opens the possibility of a *fundamental change of circumstances* (compared to when a treaty or agreement was concluded) being invoked as a ground for terminating or withdrawing from a treaty or suspending its operation, if: “(a) the existence of those circumstances constituted an essential basis of the consent of the parties to be bound by the treaty; and (b) the effect of the change is radically to transform the extent of obligations still to be performed under the treaty.” This could be extended to problems of meeting sovereign debt contracts. The special circumstances created by the pandemic suggest that it is worth exploring the possibilities of exploring innovative legal remedies.

It is obvious that developing countries now need vastly increased access to external resources, including new and enhanced credit. Many leading economists and even IMF Managing Director Kristalina Georgieva have called for an issue of additional Special Drawing Rights (SDRs), in sums varying from \$500 billion to \$3 trillion. Being international reserve asset created by mutual consent and issued to IMF member countries, SDRs are a costless way of creating global liquidity. Countries can sell their SDR holdings for hard currency to finance foreign exchange payment commitments of different kinds, and to the extent they do, they pay a miniscule rate of interest of around 0.1 per cent currently, much below the commercial rates at which developing countries can borrow. They are under no pressure to buy back, and do not have to return their quota of SDRs to the Fund.

The issue of SDRs in times of economic stress is an accepted policy. It was put to use in 2009, when a speculative boom in financial

markets in the US and Europe went bust and plunged the world economy into the Great Recession. Yet, the United States which holds veto power on the matter, since it holds 16.5 per cent of votes at the IMF and the measure requires 85 per cent of member votes to pass, turned down the proposal, joined by some “allies” like India. If this is done, many debtor developing countries would immediately experience significant easing of external constraints. It is still not too late to push for this measure.

Since developing country governments will also need to access more credit to enable urgently required investments, state-contingent bonds and central bank guarantees are worth considering. State contingent bonds link payments to some variable that captures the state of the economy, like GDP-linked bonds whereby debt service payments are linked to GDP growth. In periods when growth is high, countries pay larger sums as debt service and vice-versa.

To push for real solutions, the common misconceptions about debt described earlier must be discarded, and developing countries in particular need to be freed from the tyranny of debt markets skewed towards favouring the interests of creditors.

DEBT CONCERNS IN THE POST-COVID DEVELOPING WORLD

Francisco Betti

HEAD OF SHAPING THE FUTURE OF ADVANCED MANUFACTURING AND PRODUCTION, WORLD ECONOMIC FORUM.

Hernan Saenz

SENIOR PARTNER AND GLOBAL HEAD, PERFORMANCE IMPROVEMENT PRACTICE, BAIN & CO.

Juliane Stephan

ASSOCIATE PARTNER, PERFORMANCE IMPROVEMENT & DIGITAL TRANSFORMATION, BAIN & CO.

COVERD-19 DEALT A FINAL BLOW TO SUPPLY chains that only prized reliability and efficiency. The pandemic shattered brittle supply chains around the world and thrust resilience – the ability to heal, reroute or substitute – to the top of the agenda for supply chain executives.

For decades, reliability and efficiency were the dual priorities of supply chain organizations. But the price of focusing almost exclusively on dependable supply at the lowest cost was supply chains that became inflexible and opaque. And resilience wasn’t the only sacrifice: the goal of sustainable supply chains – those that embed environmental, social or corporate governance considerations as raw materials are sourced, converted to products and delivered to market – also remained elusive.

Without visibility into how materials and goods entered and moved through those chains, it was difficult if not impossible for companies to effectively police those inputs and outputs for sustainable practices. Even today, Bain & Company estimates that up to 60% of executives have zero visibility into items in their supply chain beyond their first-tier suppliers. With almost no data to evaluate trade-offs, sustainability often lost out to reliability and efficiency by default.

Now, however, resilience demands that companies are able to see what is happening everywhere in their supply chain and trace any item in it – from field to factory to customer (and beyond). And, as it happens, those same capabilities are also exactly what companies will need to integrate sustainability into their core supply chain design. The same tools that support resilience can also underpin sustainability efforts. And those tools can provide the data to accurately evaluate trade-offs between cost, reliability, resilience and sustainability – or reveal that trade-offs aren’t even necessary.

The twin engines of resilience and sustainability

Visibility describes the degree to which a company can see exactly what’s happening within its supply chain, which may include real-time insights and analysis and predictive problem solving. Traceability refers to the ability to follow the exact path and process of every input, including provenance and origin information, as well as insights into the conversion process and certifications.

To achieve the visibility and traceability that resilient supply chains need, companies are adopting so-called “control towers”. Today’s control tower solutions range widely in technical sophistication. Some provide

real-time data across the full supply chain and can predict sub-optimal events or disruptions, while less sophisticated ones focus on limited portions of the supply chain, with batched data, and less ability to predict. With the right data and deep transparency, control towers can not only boost resilience, they also make it easy to embed sustainability into the overall supply chain decision-making across both the inputs to the supply chain and the corresponding conversion processes.

their current capabilities allow them to deliver traceability consistently. A majority of companies have started to build some traceability capabilities, but struggle to integrate them or consistently create value.

Transforming Markets

During the last 50 years there has been unprecedented progress in human indicators – life expectancy has increased to record levels; infant- and maternal mortality has fallen;

for data exchange and the calculation of metrics. There are also technological barriers, such as the absence of end-to-end platforms, and organizational barriers, such as untrustworthy data-sharing mechanisms or privacy concerns.

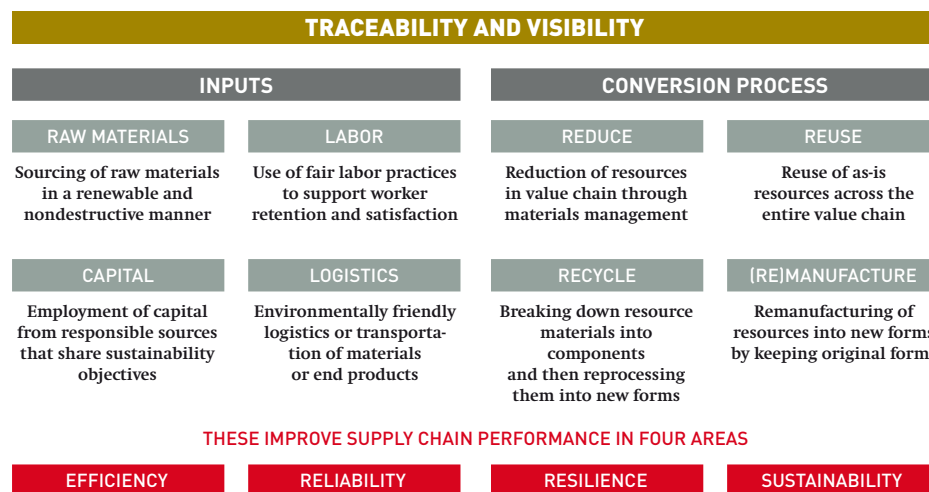
Overcoming these hurdles to resilient and sustainable supply chains will require collaboration among multiple stakeholders within a sector, both to set standards and fund platform-type investments, as well as to focus resources, share costs, and gain traction. If multiple players in a sector can align on a common language, standards, or data model, all will benefit from accelerated capability development, less decision complexity, easier benchmarking and other forms of collaboration.

In recent years, several sectors have combined forces to accelerate traceability and visibility. For example, IBM’s Food Trust, founded in 2017, addresses the need for smarter, safer and more sustainable food supply systems by connecting an ecosystem of producers, suppliers, manufacturers, retailers, and other stakeholders. The blockchain-powered solution helps participants eliminate supply chain bottlenecks, enhance their reputation for quality, ensure safety and regulatory compliance, and build a sustainable supply chain with less waste and spoilage.

If industry-wide sharing and collaboration are the future, how do we get there? Our view is that industry leaders – moving ahead of regulators – will likely push the initial development of the platforms and set the standards, then be joined by other industry players who see the value. These leaders can consider and act on four key steps:

1. Create an environment for sharing data, experiences and best practices. To achieve sector-wide adoption, these efforts will likely require the involvement of trusted neutral entities, such as industry associations. While only 6% of executives surveyed feel comfortable sharing supply chain data with competitors, two-thirds are comfortable sharing with industry associations.
2. Bring the digital platform to life for multi-stakeholder collaboration. A technology company will likely need to shoulder the ongoing hosting and development of the platform, then commercialize the solution.
3. Create trust in certification. Certification providers can verify the inputs and

TRACEABILITY AND VISIBILITY IMPROVE SUPPLY CHAIN PERFORMANCE ACROSS THE BOARD



This traceability is essential to meet the increasing push for circular supply chains that recapture and reuse raw materials at the end of a product’s lifecycle. Tracing materials throughout the product lifecycle is a prerequisite for feeding it back into the conversion process for reuse, recycling, or remanufacturing. Each cycle reduces the consumption of raw input materials. These circular supply chains are not limited to circularity within a single company’s value chain. Often, materials are recycled by third parties and later fed into another sector’s value chain as substitutes for the virgin raw materials. Visibility into supply and demand are also critical for companies to seize these opportunities.

The path to visibility and traceability

In the context of the Great Reset, this is a critical time for the evolution of supply chain visibility and traceability. But most companies have a long way to go. According to a recent Bain survey, fewer than 15% of executives feel

more girls are staying in school; more people have been lifted out of poverty than ever before; and inequality between nations has narrowed. The market system has served us well.

But deep fractures are beginning to show: gaping inequality within almost all countries; record environmental degradation and species loss; and the broader impacts of irreversible climate change. Our markets are unsustainable – and we need a new economic model.

To tackle these challenges, Transforming Markets is one of four focus areas at the World Economic Forum’s 2019 Sustainable Development Impact summit. A range of sessions will bring stakeholders together to take action that places human and environmental health at the core of market systems and value chains. These include building sustainable markets, responsible supply chains, moving beyond disposability, circularity and scaling solutions of the Fourth Industrial Revolution, among others.

The most common reasons were data barriers, including unreliable data from supply chain partners and a lack of standardization

processes of each platform participant, the digital platform itself, or the analytical results it produces in a trusted way.

4. Develop a toolkit to effectively mobilize and create value. Every company involved will need a playbook for how to build the required talent, systems, and processes; guidance around how to benchmark performance, progress, and development against the sector; and clear roles and responsibilities for deriving business value, resilience and sustainability from the newly available insights.

We expect industry leaders will be prescient enough to avoid the potential paralysis that comes with too broad a scope and instead focus pilots on solving one big issue before moving on to the next. As additional participants, even competitors, join the effort, sectors can work together to ensure efficient, reliable, resilient and sustainable supply chains.

HOW WORKING FROM HOME WORKS OUT

Nicholas A. Bloom

PROFESSOR OF ECONOMICS, STANFORD INSTITUTE FOR ECONOMIC POLICY RESEARCH.

Working from home (WFH) is dominating our lives. If you haven't experienced the phenomenon directly, you've undoubtedly heard all about it, as U.S. media coverage of working from home jumped 12,000 percent since January¹.

But the trend toward working from home is nothing new. In 2014 I published a study of a Chinese travel company, Ctrip, that looked at the benefits of its WFH policies (Bloom et al. 2014). And in the past several months as the coronavirus pandemic has forced millions of workers to set up home offices, I have been advising dozens of firms and analyzing four large surveys covering working from home.²

The recent work has highlighted several recurring themes, each of which carries policy questions — either for businesses or public officials. But the bottom line is clear: Working from home will be very much a part of our post-COVID economy. So the sooner policymakers and business leaders think of the implica-

tions of a home-based workforce, the better our firms and communities will be positioned when the pandemic subsides.

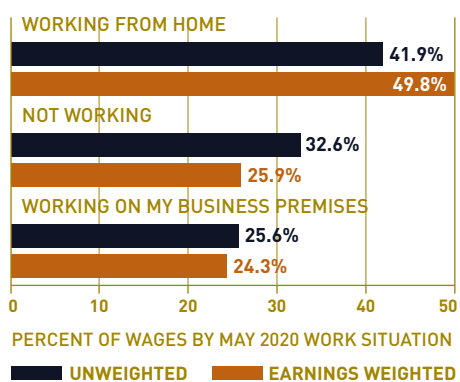
The US economy is now a working-from-home economy

Figure 1 shows the work status of 2,500 Americans my colleagues Jose Barrero (ITAM) and Steve Davis (Chicago) and I surveyed between May 21-25. The responders were between 20 and 64, had worked full time in 2019, and earned more than \$20,000. The participants were weighted to represent the U.S. by state, industry, and income.

We find that 42 percent of the U.S. labor force are now working from home full time, while another 33 percent are not working — a testament to the savage impact of the lockdown recession. The remaining 26 percent are working on their business's premises, primarily as essential service workers. Almost twice as many employees are working from home as at a workplace.

If we weight these employees by their earnings in 2019 as an indicator of their contribution to the country's GDP, we see that these at-home workers now account for more than two-thirds of economic activity. In a matter of

FIGURE 1
WFH NOW ACCOUNTS FOR OVER 60% OF US ECONOMIC ACTIVITY



Source: Response to the question "Currently (this week) what is your work status?" Response options were "Working on my business premises", "Working from home", "Still employed and paid, but not working", "Unemployed, but expect to be recalled to my previous job", "Unemployed, and do not expect to be recalled to my previous job", and "Not working, and not looking for work".

Data from a survey of 2,500 US residents aged 20 to 64, earning more than \$20,000 per year in 2019 carried out between May 21-29, by QuestionPro on behalf of Stanford University. Sample reweighted to match current CPS.

Shares shown weighted by earnings and unweighted (share of workers).

weeks, we have transformed into a working-from-home economy.

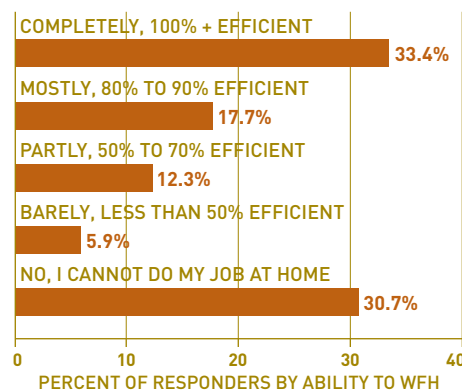
Although the pandemic has battered the economy to a point where we likely won't see a return to trend until 2022 (Baker et al. 2020), things would have been far worse without the ability to work from home. Remote working has allowed us to maintain social distancing in our fight against COVID-19. So, working from home is a not only economically essential, it is a critical weapon in combating the pandemic.

The inequality time bomb

But it is important to understand the potential downsides of a WFH economy and take steps to mitigate them.

Figure 2 shows not everyone can work from home. Only 51 percent of our survey reported being able to WFH at an efficiency rate of 80 percent or more. These are mostly managers, professionals, and financial workers who can easily carry out their jobs on their computers by videoconference, phone, and email.

FIGURE 2
NOT ALL JOBS CAN BE CARRIED OUT WFH

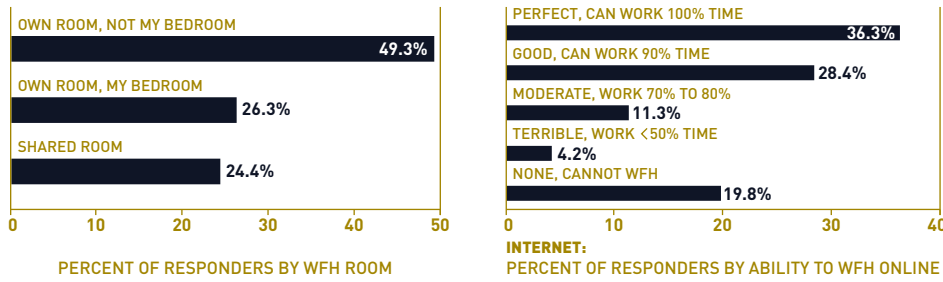


Source: Data from a survey of 2,500 US residents aged 20 to 64, earning more than \$20,000 per year in 2019 carried out between May 21-25 2020, by QuestionPro on behalf of Stanford University. Sample reweighted to match the Current Population Survey.

The remaining half of Americans don't benefit from those technological workarounds — many employees in retail, health care, transportation, and business services cannot do their jobs anywhere other than a traditional workplace. They need to see customers or work with products or equipment. As such they face a nasty choice between enduring greater health risks by going to work or forgoing earnings and experience by staying at home.

In Figure 3 we see that many Americans

FIGURE 3
WFH UNDER COVID-19 IS CHALLENGING FOR MANY EMPLOYEES



Source: Pre-COVID data from the BLS ATUS. During COVID data from a survey of 2,500 US residents aged 20 to 64, earning more than \$20,000 per year in 2019 carried out between May 21-25 2020, by QuestionPro on behalf of Stanford University. Sample reweighted to match the Current Population Survey.

also lack the facilities to effectively work from home. Only 49 percent of responders can work privately in a room other than their bedroom. The figure displays another big challenge — online connectivity. Internet connectivity for video calls has to be 90 percent or greater, which only two-thirds of those surveyed reported having. The remaining third have such poor internet service that it prevents them effectively working from home.

launched one of the great infrastructure projects in American history when it approved the Rural Electrification Act in 1936. Over the following 25 years, access to electricity by rural Americans increased from just 10 percent to nearly 100 percent. The long-term benefits included higher rates of growth in employment, population, income, and property values.

Today, as policymakers consider how to focus stimulus spending to revive growth, a

worked in an office.

Since these employees also tend to be well paid, I estimate this could remove from city centers up to 50 percent of total daily spending in bars, restaurants, and shops. This is already having a depressing impact on the vitality of the downtowns of our major cities. And, as I argue below, this upsurge in working from home is largely here to stay. So I see a longer-run decline in city centers.

The largest American cities have seen incredible growth since the 1980s as younger, educated Americans have flocked into revitalized downtowns (Glaeser 2011). But it looks like 2020 will reverse that trend, with a flight of economic activity from city centers.

Of course, the upside is this will be a boom for suburbs and rural areas.

Working from home is here to stay

Working from home is a play in three parts, each totally different from the other. The first part is pre-COVID. This was an era in which working from home was both rare and stigmatized.

A survey of 10,000 salaried workers conducted by the Bureau of Labor Statistics showed only 15 percent of employees ever had a full day working from home.³

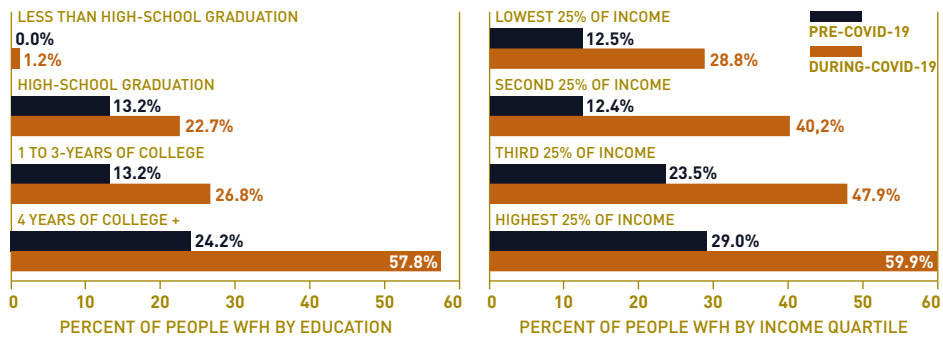
Indeed, only 2 percent of workers ever worked from home full time. From talking to dozens of remote employees for my research projects over the years, I found these are mostly either lower-skilled data entry or tele-sales workers or higher-skilled employees who were able to do their jobs largely online and had often been able to keep a job despite locating to a new area.

Working from home before the pandemic was also hugely stigmatized — often mocked and ridiculed as “shirking from home” or “working remotely, remotely working.”

In a 2017 TEDx Talk, I showed the result from an online image search for the words “working from home” which pulled up hundreds of negative images of cartoons, semi-naked people or parents holding a laptop in one hand and a baby in the other.

Working from home during the pandemic is very different. It is now extremely common, without the stigma, but under challenging conditions. Many workers have kids at home with them. There’s a lack of quiet space, a

FIGURE 4
WFH IS MUCH MORE COMMON AMONG EDUCATED HIGHER-INCOME EMPLOYEES



Source: Pre-COVID data from the BLS ATUS. During COVID data from a survey of 2,500 US residents aged 20 to 64, earning more than \$20,000 per year in 2019 carried out between May 21-25 2020, by QuestionPro on behalf of Stanford University. Sample reweighted to match the Current Population Survey. We code a respondent as working from home pre-COVID if they report working from home one day per week or more.

In Figure 4, we see that more educated, higher-earning employees are far more likely to work from home. These employees continue to earn, develop skills, and advance careers. Those unable to work from home — either because of the nature of their jobs or because they lack suitable space or internet connections — are being left behind. They face bleak prospects if their skills erode during the shutdown.

Taken together, these findings point to a ticking inequality time bomb.

So as we move forward to restart the U.S. economy, investing in broadband expansion should be a major priority. During the last Great Depression, the U.S. government

significant increase in broadband spending is crucial to ensuring that all of the United States has a fair chance to bounce back from COVID-19.

Trouble for the cities?

Understanding the lasting impacts of working from home in a post-COVID world requires taking a look back at the pre-pandemic work world. Back when people went to work, they typically commuted to offices in the center of cities. Our survey showed 58 percent of those who are now working from home had worked in a city before the coronavirus shutdown. And 61 percent of respondents said they

lack of choice over having to work from home, and no option other than to do this full time. Having four kids myself I have definitely experienced this.

COVID has forced many of us to work from home under the worst circumstances.

But working from home post-COVID should be what we look forward to. Of the dozens of firms I have talked to, the typical plan is that employees will work from home between one and three days a week and come into the office the rest of the time. This is supported by our evidence on about 1,000 firms from the Survey of Business Uncertainty I run with the Atlanta Fed and the University of Chicago.⁴

Before COVID, 5 percent of working days were spent at home. During the pandemic, this increased eightfold to 40 percent a day. And post-pandemic, the number will likely drop to 20 percent.

But that 20 percent still represents a four-fold increase of the pre-COVID level, highlighting that working from home is here to stay. While few firms are planning to continue full time WFH after the pandemic ends, nearly every firm I have talked to about this has been positively surprised by how well it has worked.

The office will survive but it may look different

“Should we get rid of our office?” I get that question a lot.

The answer is “No. But you might want to move it.”

Although firms plan to reduce the time their employees spend at work, this will not reduce the demand for total office space given the need for social distancing. The firms I talk to are typically thinking about halving the density of offices, which is leading to an increase in the overall demand for office space. That is, the 15 percent drop in working days in the office is more than offset by the 50 percent increase in demand for space per employee.

What is happening, however, is offices are moving from skyscrapers to industrial parks. Another dominant theme of the last 40 years of American cities was the shift of office space into high-rise buildings in city centers. COVID is dramatically reversing this trend as high rises face two massive problems in a post-COVID world.

Just consider mass transit and elevators in a time of mandatory social distancing. How

can you get several million workers in and out of major cities like New York, London, or Tokyo every day keeping everyone six feet apart? And think of the last elevator you were in. If we strictly enforce six feet of social distancing, the maximum capacity of elevators could fall by 90 percent⁵, making it impossible for employees working in a skyscraper to expediently reach their desks.

Of course, if social distancing disappears post-COVID, this may not matter. But given all the uncertainty, my prediction is that when a vaccine eventually comes out in a year or so, society will have become accustomed to social distancing. And given recent nearly missed pandemics like SARS, Ebola, MERS, and avian flu, many firms and employees may be preparing for another outbreak and another need for social distancing. So my guess is many firms will be reluctant to return to dense offices.

So what is the solution? Firms may be wise to turn their attention from downtown buildings to industrial park offices, or “campuses,” as hi-tech companies in Silicon Valley like to call them. These have the huge benefits of ample parking for all employees and spacious low-rise buildings that are accessible by stairs.

Two types of policies can be explored to address this challenge. First, towns and cities should be flexible on zoning, allowing struggling shopping malls, cinemas, gyms, and hotels to be converted into offices. These are almost all low-rise structures with ample parking, perfect for office development.

Second, we need to think more like economists by introducing airline-style pricing for mass transit and elevators. The challenges with social distancing arise during peak capacity, so we need to cut peak loads.

For public transportation this means steeply increasing peak-time fares and cutting off-peak fares to encourage riders to spread out through the day.

For elevator rides we need to think more radically. For example, office rents per square foot could be cut by 50 percent, but elevator use could be charged heavily during the morning and evening rush hours. Charging firms, say \$10 per elevator ride between 8:45 a.m. and 9:15 a.m. and 4:45 p.m. and 5:15 p.m., would encourage firms to stagger their working days. This would move elevator traffic to off-peak periods with excess capacity. We are moving from

a world where office space is in short supply to one where elevator space is in short supply, and commercial landlords should consider charging their clients accordingly.

Making a smooth transition

From all my conversations and research, I have three pieces of advice for anyone crafting WFH policies:

First, working from home should be part time. Full-time working from home is problematic for three reasons: It is hard to be creative at a distance, it is hard to be inspired and motivated at home, and employee loyalty is strained without social interaction.

Second, working from home should be optional. The simple advice is to let employees choose, within limits. Nobody should be forced to work from home full time, and nobody should be forced to work in the office full time. The two exceptions are new hires, for whom maybe one or two years full time in the office makes sense, and under-performers, who are the subject of my final tip.

Third, working from home is a privilege, not an entitlement. For WFH to succeed, it is essential to have an effective performance review system. If you can evaluate employees based on output — what they accomplish — they can easily work from home. If they are effective and productive, great; if not, warn them, and if they continue to underperform, haul them back to the office.

1. Newsbank Access World News collection of approximately 2,000 national and local daily U.S. newspapers showing the percentage of articles mentioning “working from home” or “WFH.”

2. These are the U.S. Bureau of Labor Statistics American Time Use Survey; the Survey of Business Uncertainty; the Bank of England Decision Maker Panel; and the survey I conducted of 2,500 U.S. employees.

3. U.S. Bureau of Labor Statistics, *Job Flexibilities and Work Schedules News Release*. Sept. 24, 2019.

4. *Firms Expect Working from Home to Triple*. May 28, 2020. Federal Reserve Bank of Atlanta.

5. In a packed elevator each person requires about four square feet. With six-foot spacing we need a circle of radius six-feet around each person, which is over 100 square feet. If an elevator is large enough to fit more than one person, experts have advised riders to stand in your corner, face the walls and carry toothpicks (for pushing the buttons), as explained in a NPR report.

Telefónica



**Llevamos
muchos años
cuidando las redes
de este país.**

Y seguimos cumpliendo este compromiso para que, pase lo que pase, todos podamos estar **#MejorConectados**.

